Marissa Cazpri

LA LUZ DE SUS VIDAS




Marissa Cazpri
LA LUZ DE SUS VIDAS

Primera edición: 27 de marzo de 2024
©2024, Marissa Cazpri

Diseño de cubierta: Maiki Niky Design (Rosa Ceballos)
wwww.maikinikydesign.es
Corrección: Dani Vera
Maquetación: Marissa Cazpri

Los personajes, eventos, lugares y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas es pura coincidencia.

Las canciones nombradas en este libro se han utilizado única y exclusivamente con la intención de entender a los personajes y dar más realismo a la historia. Los derechos de las mismas no pertenecen a la autora.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del escritor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Gracias por comprar esta novela.

A mis personas Luz.
Ellas saben quiénes son.

ÍNDICE

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45

46
47
48
EPÍLOGO
Agradecimientos
¿Quieres saber más sobre Óscar y Luz?


ENTREVISTA

1

Abrió la puerta del local, avergonzado por lo que le obligaron a hacer.

«No puedo creer que esté aquí», se dijo Óscar mientras entraba en la sede del periódico local.

—Buenos días —saludó con sequedad.

—Buenos días, señor. ¿En qué puedo ayudarle? —preguntó con amabilidad la recepcionista.

—Vengo a pedir presupuesto para un anuncio de empleo.

Le tendió un papel en el que estaba escrito, con una caligrafía clásica, todo lo que quería que pusieran en el anuncio y esperó a que la recepcionista le diese presupuesto. Andaba corto de tiempo para registrarse en la web y le pillaba de camino al trabajo, así mataba dos pájaros de un tiro.

«Cuatro en lo que va de año», resopló en su interior. Desde la agencia, ya no le enviaban más niñeras, por lo que no tuvo más remedio que buscarse otras vías para encontrar a una que soportara el trabajo. Mientras se lamentaba en silencio, un movimiento lo distrajo. Una mujer de mediana estatura, pelo castaño, largo y rizado se encontraba frente al panel de corcho que había en una de las paredes de la recepción. Estaba tan concentrada leyendo que Óscar aprovechó para observarla con detenimiento. La mujer se mecía con suavidad y movía los labios. Bailaba al ritmo de una melodía, sus cascos púrpuras la delataron. Se fijó en su perfil: ojos grandes y color miel, nariz respingona y unos labios carnosos que se intuían dulces y apetecibles.

«¡Óscar! Has venido a poner el anuncio, no a ligar», se reprendió a sí mismo, girando su cuerpo hacia el mostrador. Un ligero rubor encendió sus mejillas. ¿Cómo podía ser tan descarado? ¡Y con una desconocida!

Luz esbozó una sonrisa. Aquél atractivo hombre se la comía con los ojos desde el mostrador, pero algo le hizo volverse con brusquedad. Era como si sintiera culpabilidad por haberla mirado así. Bajó el volumen de la música para saber más sobre su presencia en el periódico.

—Entonces, necesita una niñera —confirmó Leticia a sabiendas de que alguien escuchaba su conversación.

Entendió en ese instante por qué el hombre se sintió avergonzado al mirarla con descaro. Estaba casado.

—Sí.

—Interna, con un día de descanso a la semana —agregó la recepcionista.

—Sí.

—Sería para cuidar a dos niños de dos y doce años…

Óscar frunció el ceño, ¿por qué repetía todo lo que ponía en el papel?

—Señorita —la interrumpió de malas formas—. ¿Me va a dar el presupuesto o va a repetir línea por línea el anuncio? No tengo todo el día.

Leticia dio un respingo en su silla al escuchar la reprimenda.

—Sí, claro. Ahora mismo.

Mientras tecleaba algo en el ordenador, Luz se acercó sin hacer ruido hacia el mostrador. Observó al hombre durante unos instantes. Parecía un ejecutivo por cómo iba vestido: pantalón negro de pinzas y una camisa blanca que se ajustaba a la perfección a un torso que se intuía trabajado en el gimnasio. Paseó la mirada por su rostro de facciones duras y muy varoniles, con unos labios perfilados y carnosos que la hicieron suspirar en silencio. Acabó su rápido escáner en los ojos, que llamaron su atención, de color miel, pero que reflejaban una inmensa tristeza. Ocultó una sonrisa al ver una cicatriz que partía una de sus pobladas cejas. Seguro que fue fruto

de alguna pelea.

«Decidido, yo seré su niñera», pensó mientras se acercaba más a él en silencio.

Óscar, al sentirse observado, giró la cabeza con una ceja enarcada. Estaba dispuesto a despachar enseguida a quien fuera, pero al ver que se trataba de la mujer del tablero de corcho, se quedó mudo.

—Perdone la intromisión —se disculpó Luz, que intuyó el enfado de aquél malhumorado hombre—. No he podido evitar escuchar que necesita una niñera para sus dos hijos.

—Así es —aclaró y cambió su tono por uno más amable.

No supo por qué, pero no quería ser grosero con ella.

—Busco empleo y me interesa el puesto —le informó con una gran sonrisa.

Deslumbrado por la luz que irradiaba esa sonrisa, Óscar le explicó, con una dificultad y un nerviosismo impropios en él, qué era lo que necesitaba de la futura empleada.

—Perfecto. Si necesita referencias, le facilitaré el número de teléfono de los padres de algunos niños que cuidé anteriormente —dijo risueña—. Se los anoto en mi currículum.

Abrió la ajada mochila que colgaba de sus hombros hacía unos segundos y le tendió una hoja de papel en la que había escrito varios datos.

—Gracias, la llamaré durante el día de hoy para confirmarle si el puesto es suyo.

—Gracias a usted.

Se despidió de él y de Leticia con un movimiento de mano y, sin dejar de sonreír, desapareció por la puerta. Óscar se quedó durante unos segundos mirando hacia la salida, sorprendido por lo que acababa de ocurrir. Se sintió confuso. Hacía tiempo que una mujer no le ponía tan nervioso.

—Señor —carraspeó Leticia—. ¿Qué pasa con el anuncio?

—Rómpalo —respondió sin mirarla.

Cuando volvió en sí, salió de allí con rapidez, llegaba tarde a la oficina y eso le puso de peor humor, estado en el que se encontraba con demasiada frecuencia desde hacía casi tres años.



A media mañana, Óscar hizo una pausa en el trabajo para ir a la sala de descanso y tomar un café bien cargado. Ser auditor de cuentas le permitía mantener a su familia y vivir bien, pero no le hacía feliz. Al ser el mejor de su empresa, no debía de ser así, ya se encargaba su jefe de recordárselo, hecho que hacía que sus compañeros le tuvieran cierta envidia. Él no le daba importancia, solo quería trabajar para distraerse. No le gustaba la competición. El único objetivo que perseguía era el no pensar, solo ansiaba que los días pasaran lo más rápido posible; por eso era el primero en llegar y el último en irse de la oficina, para volver a casa agotado y caer rendido en la cama, así el dolor y el recuerdo no lo alcanzaban.

—Buenos días. —Una voz femenina interrumpió sus pensamientos.

—Buenos días, Pilar —respondió de forma autómata.

Cuando ella se acercó, él dio media vuelta y salió disparado hacia su despacho. Eso le dolió, una vez más. Resignada por la actitud del hombre, cogió su café y volvió a su puesto de trabajo. Aún tenía el recuerdo de sus manos y sus labios recorriendo su cuello en la cena de Navidad de la empresa. Los dos bebieron demasiado y, no recordaba cómo, acabaron en la terraza del restaurante besándose. Todo apuntaba a que esa noche iba a terminar bien, pero, cuando le insinuó la idea de ir discretamente a su casa para tomar la última copa más tranquilos, él se puso

nervioso y la rechazó entre tartamudeos y pobres excusas. Desde entonces, la evitaba a toda costa. En el fondo, entendía su actitud; no obstante, se sentía humillada. No habían hecho nada malo.

Óscar se encerró de nuevo en el despacho. Suspiró para tranquilizarse. Sabía que cualquier día tendría que darle explicaciones a esa mujer, pero no sabía cómo. La humilló sin pretenderlo. Se acercó a la ventana para mirar hacia el infinito.

«Ojalá estuvieras aquí». Pensó triste.

Apretó los ojos con fuerza para esfumar los recuerdos que se formaban en su mente y giró su cuerpo hacia el escritorio para volver a centrarse en lo que le hacía olvidar. Comenzó a repasar mentalmente la auditoría en la que estaba inmerso y agarró el café. Mientras bebía del vaso de cartón, ya más calmado, su mirada se desvió curiosa hasta el papel que descansaba en una esquina de su caótico escritorio. Lo mantuvo entre sus dedos y posó los ojos en la foto de aquella risueña mujer. Comenzó a leer:

«Luz del Valle… 34 años… soltera…».

Tenía bastante experiencia con el cuidado de niños y ancianos, además de haber sido camarera, dependienta, teleoperadora y diversos puestos que apenas tenían que ver el uno con el otro. Eso le extrañó a Óscar. Luz no tenía oficio en concreto. Revisó su formación académica, sorprendiéndose al ver que se especializó en danza. Recordó su indumentaria: pantalón vaquero ancho, camiseta de manga corta blanca con una clave de sol dibujada en ella y una mochila un tanto gastada colgada de sus hombros; no tenía pinta de ser bailarina, al menos, no como se las imaginaba él: caminar recto y elegante, e indumentaria que entreviera su profesión.

«¿Qué la llevaría a trabajar de todo menos de lo que estudió?», se preguntó mientras marcaba el primer teléfono de referencia.

—Gracias, señor Martínez. Ha sido muy amable al atenderme.

Colgó el teléfono, se recostó en el asiento y leyó el currículum de nuevo. No estaba del todo convencido, pero las referencias de sus anteriores jefes y la urgencia de una niñera eran motivos suficientes para él, además, no podía depender de su madre para que cuidara de sus hijos. Ella tenía otras ocupaciones y los malcriaba sobremanera. Decidido, marcó el número de Luz.

—¿Diga? —respondió al segundo tono con voz alegre.

—¿Señorita Luz del Valle?

—Sí, soy yo.

—Soy Óscar Belmonte, nos conocimos esta mañana en el periódico…

—¡El puesto de niñera! —exclamó interrumpiéndolo—. ¡Perdón! Me he adelantado, prosiga —carraspeó avergonzada.

En ese instante, se sintió una estúpida al reaccionar de esa manera, pero se le pasó al escuchar una leve carcajada a través del teléfono.

—Sí, no se preocupe. ¿Le viene bien quedar esta tarde sobre las siete?

Luz se contuvo para no gritar de alegría.

—Por supuesto, dígame la dirección, y allí estaré —agregó con serenidad.

—Primero, le tengo que advertir que mis hijos querrán dar el visto bueno antes de contratarla, ¿tendría algún problema con ello?

—Ninguno, estoy segura de que me aceptarán —afirmó convencida.

Óscar se maravilló del optimismo de esa chica, pero no conocía a sus hijos, sobre todo, a la mayor. Prefirió no revelar las razones por las que las otras niñeras dejaron el puesto, no quería espantarla antes de tiempo, y le indicó la dirección de su casa.

—¡Bien! —gritó Luz al colgar el teléfono.

Sin demora, marcó un número en su móvil.

—Hola, ¿papá? —Esperó unos segundos para continuar—. Me han llamado de un empleo… sí, es un puesto de niñera... seré interna, pero no te preocupes, nos veremos cuando tenga un descanso… yo también te quiero. ¡Hasta luego, Cocodrilo!

Feliz y pletórica, encendió el reproductor de música de su ordenador y comenzó a bailar al son de *Freedom! ‘90* de George Michael.


EL ENCUENTRO

2

Luz llegó puntual como un reloj a la cita con Óscar y sus hijos. Atravesó con paso firme el camino, que daba acceso a la propiedad, fijándose en el césped recién cortado y en el turismo familiar aparcado frente a la cochera. Antes de tocar el timbre de la puerta, alzó la vista para contemplar la bonita fachada de la casa adosada. Situada en uno de los mejores barrios residenciales de la ciudad, no cabía duda de que no tenía ningún problema económico. Se atusó el pelo, colocó bien su ropa y dirigió su dedo hacia el timbre. Escuchó un pequeño revuelo, que provenía del interior, y le hizo esbozar una sonrisa al imaginarse la escena en la que un pequeño de dos años corría ansioso por conocer a su nueva niñera.

Nada más lejos de la realidad: Óscar reprendía a sus hijos por no estar listos a la hora acordada.

—¿Por qué la abuela no puede ser nuestra niñera? —preguntó Sara una vez más.

Desde que recibió la noticia de la entrevista, estaba enfadada. Su plan no salió como ella esperaba; el tinte rosa con el que rellenó el gel de la última niñera no disuadió a su padre de contratar a más incautas.

—Ya te lo he explicado mil veces. No pienso volver a repetirlo. No lo será, y punto —repuso, malhumorado.

La niña se cruzó de brazos y lo miró con odio. El pequeño, que peleaba con Óscar porque no quería ponerse los pantalones, imitó a su hermana y cruzó también sus pequeños brazos. Por lo general, Ángel se portaba bien, pero admiraba tanto a su hermana mayor que la imitaba en todo, incluyendo sus actos de rebeldía, actos que ocurrían con más frecuencia de la deseada. Se acercaba a la adolescencia, y cada vez era más difícil razonar con ella.

—Portaos bien porque, si hacéis que la nueva niñera se marche, os meteré de cabeza en un internado, ¡entendido! —les amenazó con un dedo.

En segundos, cambiaron su cara de enfado por una de pánico al pensar que su padre fuera capaz de hacer algo así, eso les hacía temblar de miedo. Óscar les ordenó con la mirada que esperaran en el salón. Obedecieron de inmediato.

—¡Buenas tardes! —saludó Luz de manera jovial al abrirse la puerta.

Su entusiasmo se desinfló en el mismo instante en que cruzó la mirada con la de Óscar.

—Buenas tardes.

Se apartó e indicó con un gesto de cabeza que entrara. Mientras lo hacía, dudó si había tomado la mejor decisión al dejar que esa mujer cuidara de sus rebeldes hijos.

Luz accedió a una casa decorada con estilo sobrio, demasiado para su gusto, teniendo en cuenta que allí habitaban niños.

—Por aquí —le indicó con la mano que caminara delante de él.

Lo hizo con paso titubeante mientras recorría con sus curiosos ojos castaños todo lo que encontraba a su paso. Al llegar al salón, vio a dos niños que la observaban con recelo.

—Estos son Sara y Ángel —dijo Óscar, colocándose detrás de ellos.

—¡Hola! —saludó con una amplia sonrisa.

Se acercó a ellos dispuesta a darles un par de besos, pero, al ver la cara de Sara, solo se limitó a tenderles la mano. Los niños la saludaron después del toque que les dio su padre en el hombro.

—Hola —espetó Sara.

El pequeño imitó a su hermana de nuevo, y Luz les estrechó la mano confirmando lo que ya sospechaba, no se lo pondrían fácil. Cuando el señor Belmonte le anunció que el puesto era suyo,

llamó a su amiga Natalia, que trabajaba como telefonista en la agencia de niñeras de la ciudad. Esta le explicó que todas las chicas que trabajaron allí habían acabado hartas de esos «niños del demonio» y de su autoritario padre. Luz le restó importancia alegando que habría algún motivo de peso para que se comportaran de aquella manera. Y, en ese momento, se lo estaban demostrando.

—Niños, vamos a enseñarle a Luz la casa.

El hombre empujó a sus hijos mientras la nueva niñera iba detrás tomando notas mentales de todo.

Pasaron de habitación en habitación, y Luz estaba cada vez más asombrada con esta peculiar familia. La habitación del pequeño no parecía la de un niño de su edad: apenas estaba decorada, y el único muñeco de peluche que tenía era un osito marrón en la cama, nada más, y eso la entristeció. Lo que más le llamó la atención fue la habitación de Sara: las paredes no estaban empapeladas con pósteres de cantantes ni de alguna película o serie de televisión, solo había diplomas y certificados de estudios.

—Esta es mi habitación, y nadie puede entrar, a no ser que yo le dé mi permiso, ¿entendido? —espetó desde el final del pasillo.

Asintió, esbozando una leve sonrisa.

«¡Qué severidad!», pensó.

—Y este es su dormitorio —dijo cuando llegaron al extremo opuesto del pasillo—. Aquí tiene un intercomunicador. —Señaló una especie de altavoz incrustado en la pared—. Por si hay alguna emergencia por las noches.

Luz observó la pequeña habitación. Tenía una cama, una mesita de noche y un pequeño armario para colocar su ropa. Además, contaba con un pequeño baño con ducha. Todo de un blanco impoluto, neutro. En su mente imaginaba ya cómo decoraría la estancia. Si iba a vivir allí, tenía que sentirla como suya.

—Perfecto —dijo entusiasmada.

—De acuerdo, vayamos a mi despacho para ultimar los detalles. Sara, esperadme en vuestras habitaciones —ordenó a su hija.

Ya a solas en el despacho, Óscar le habló del sueldo y las tareas a realizar. Ella se encargaría de llevar y recoger a los niños del colegio; supervisar que acabaran sus tareas e incluso ayudarles con ellas; de su alimentación y de cuidarles si se pusieran enfermos. También tenía que llevarles a sus actividades extraescolares: piano, los lunes; piscina, los martes; inglés, los miércoles; y equitación, los jueves. Los viernes no tendría que preocuparse porque era el día que le había concedido libre.

Sus labores solo se limitaban a sus hijos, en casa no tendría que hacer nada porque ya había empleados para ello. Una mujer iba todas las mañanas para realizar las tareas del hogar, y un jardinero arreglaba los jardines y plantas que había alrededor de la casa. De la comida, tampoco tenía que preocuparse, pues la pedían a una empresa de *catering*.

Atónita por la vida tan cuadriculada que llevaba esa familia, Luz comenzó a preocuparse por esos niños. Tan ocupados que no les dejaba un minuto para jugar o aburrirse. Todas sus actividades extraescolares se realizaban en el centro de la ciudad, y tardaban bastante en llegar desde su casa. Desde luego que ella no iba a aburrirse si tenía que llevar una agenda tan ajustada.

—Aquí tienes un horario que he confeccionado para ti. —Le acercó un papel impreso—. Es muy importante que no lleguen tarde y, aunque te supliquen que no les lleves, alegando estar enfermos, no les hagas caso. Tienen que cumplir sus responsabilidades.

Luz asintió en silencio.

«Pobres niños», pensó apenada.

Sabía que parecía un padre autoritario, pero no creía que llegara hasta el punto de obligarles a hacer todas esas cosas, y sin poder rechistar. ¿Qué tenía que decir de todo esto la madre? Que ahora que lo pensaba, ¿dónde se encontraba?

—¿Cuándo voy a conocer a su mujer? —preguntó, sonriente.

Óscar hizo una leve mueca que no supo interpretar.

—De ese tema le quería hablar también —dijo, mirándose las manos que reposaban sobre la mesa de caoba—. Hace casi tres años que falleció.

—¡Vaya! Lo siento, ¿de qué murió?

Al oír la pregunta, su jefe la taladró con los ojos.

—No… no hace falta que me responda —tartamudeó al ver un inmenso dolor en su mirada.

—Murió por una hemorragia interna. A los pocos días de nacer Ángel.

—Lo siento.

—Es muy importante que no les hable de ella, bajo ningún concepto. Es un tema muy delicado, y ellos no lo han superado todavía.

«Usted tampoco».

Pensó que era un error no hablar de ello, pero prefirió guardarse su opinión. No quería comenzar con mal pie con su nuevo jefe. Además, no parecía un hombre que aceptara otras opiniones con facilidad.

«Ha tenido que ser muy duro afrontar todo esto solo».

—No se preocupe. ¿Hay algo más que debería saber?

Óscar suspiró, meditando si confesarle el motivo de la huida de todas las niñeras. La observó durante unos segundos en los que sintió que debía sincerarse ante aquella mujer tan optimista y risueña. Apoyó los codos sobre la mesa y habló:

—Mis hijos no se lo van a poner fácil, no quieren tener niñera y van a hacer lo que sea para volverla loca y que se marche lo antes posible. Y cuando digo lo que sea, es lo que sea —añadió con firmeza—. Medítelo bien, si cree que no podrá aguantar las bromas pesadas que le puedan hacer o cualquier rabieta que finjan, no la culparé si no quiere el trabajo.

Luz amplió su sonrisa ante la confesión del padre de esos dos granujillas.

—No se preocupe, señor Belmonte, es muy difícil hacerme enfadar —respondió, levantándose y tendiéndole la mano a modo de despedida—. ¿Cuándo empiezo?

—Llámeme Óscar, por favor. Mañana, yo les llevaré al colegio, así podrá instalarse con tranquilidad hasta la hora de recogerles. La acompaño —le indicó, siguiéndola hasta la salida.

Una vez en la puerta, Luz se despidió, una vez más, agradeciéndole la confianza que había depositado en ella.

—Buena suerte.

«La va a necesitar», pensó Óscar al cerrar la puerta.

Parecía una buena chica, y no quería que sus hijos hicieran una de las suyas con ella, por lo que subió las escaleras dispuesto a advertirles que, si la espantaban, estudiaría en serio la idea de meterlos en un internado.

Entusiasmada por el nuevo reto que tenía por delante, Luz llegó a casa. Era consciente de que iba a ser muy difícil que Óscar y su familia la dejaran entrar en su vida, pero eso no iba a frenar su empeño de ninguna de las maneras. Necesitaban volver a ser felices, y ella les iba a ayudar.

Con la mente puesta en ellos, tomó una ducha relajante, se enfrascó en su pijama de caritas sonrientes y se recostó en su cómodo sofá para llamar de nuevo a su padre.

—Papá, estoy emocionada con el nuevo trabajo. Es una familia un tanto peculiar, pero creo

que necesitan darse un respiro para vivir. Mañana me instalo con ellos en su casa. Buenas noches, te quiero *cantidubi*.

Cuando colgó el teléfono, saltó del sofá y, tarareando una de sus canciones favoritas, comenzó a preparar lo imprescindible para trasladarse al que sería su nuevo hogar durante mucho tiempo, o eso es lo que iba a intentar.


HOGAR

3

Eran las siete de la mañana y, como siempre, en casa de la familia Belmonte todos estaban despiertos preparándose para una nueva jornada. Aunque esta vez era diferente, una nueva persona llegaría para recordarles que debían sonreír más.

Luz pulsó el timbre de la puerta con nerviosismo, apenas pudo dormir la noche anterior debido a la excitación que para ella suponía el nuevo trabajo. En su mente, imaginó una y otra vez cómo sería su primer día con esos niños y deseaba conocerles más a fondo. A su padre también, algo le atraía de ese triste y malhumorado hombre.

Con paso titubeante, Óscar se acercó hasta la puerta. Los nervios por la incertidumbre de no saber si Luz encajaría en su familia no lo habían dejado dormir. No quería que ella notara nada, por lo que inspiró hondo para infundirse valor, carraspeó y abrió con firmeza, que flaqueó al verla allí plantada. Vestida con unos vaqueros oscuros y camiseta de manga corta con una gran flor en el centro, lo recibió con una sonrisa y emoción en los ojos que llegó directa a su malherido corazón.

«Preciosa», pensó al instante.

—¡Buenos días! —saludó con entusiasmo.

—Buenos días —susurró Óscar.

A pesar de la sencillez de su atuendo, Luz irradiaba un atractivo que nunca había visto antes. Bueno, eso no era del todo cierto… Se tornó serio al recordar a su difunta mujer, hecho que no pasó desapercibido a la niñera.

—Déjeme ayudarla —dijo con sequedad, haciéndose con una maleta rígida de color rosa.

Luz lo siguió cargada con una bolsa de viaje a juego con la maleta y un par de bolsas de rafia llenas de diversos objetos de decoración para su nuevo dormitorio.

Una vez dejaron todas sus pertenencias en la habitación, bajaron a la cocina.

—Buenos días, niños —saludó Luz con amabilidad.

—Si tú lo dices —susurró Sara, removiendo sus cereales.

—Sara…

Su padre la reprendió con la mirada, pero ella continuó con la misma actitud durante todo el desayuno. Cansado de lidiar con ella, la ignoró y se limitó a dirigirse a Luz para entregarle un juego de llaves.

—En el horario que le proporcioné ayer tiene toda la información necesaria para las actividades extraescolares y las direcciones de los centros, incluida la del colegio de mis hijos. He dejado en el garaje una silla infantil para que la instale en su coche y pueda llevar a Ángel sin problema. Si surge cualquier cosa durante el día, estaré disponible en mi teléfono móvil, aunque también le he anotado el teléfono de la oficina —explicó como un autómata.

—Pero ¿usted no come con nosotros? —preguntó extrañada.

—No y no creo que lo haga en toda la semana.

Al ver el asombro de la niñera, añadió:

—Trabajo como auditor de cuentas y tengo mucho trabajo acumulado; además, habrá semanas en las que tendré que salir de viaje para visitar las empresas que audito.

—Ah, vale.

—Bien, creo que ya está todo. —Le dio la espalda—. Sara, Ángel, vamos.

Los niños saltaron de la mesa como un resorte al oír la orden de su padre, dejando los restos del desayuno en la mesa. Cogieron sus mochilas y se dirigieron hasta la salida. Luz los

acompañó en silencio.

—Tened un buen día —les deseó desde la puerta.

Extrañados, los tres miraron a la niñera que decía adiós con la mano y esbozaba una gran sonrisa. Óscar hizo una señal con la cabeza a modo de despedida; Ángel sonrió, levantando su pequeña mano con timidez, y Sara optó por poner los ojos en blanco para dejar patente su malestar. Estaba claro que le iba a costar que confiaran en ella, pero no iba a dejar de intentarlo.

Una vez en el interior de la casa, Luz se dispuso a fregar los platos y cuencos del desayuno. Mientras lo hacía, organizó mentalmente su primera mañana en esa casa. Lo primero: personalizar su habitación.

—¡Ahora sí que parece mía! —exclamó con orgullo cuando acabó.

Las paredes estaban decoradas por varios pósteres de temática ochentera, incluyendo un par de carteles de las películas *Dirty Dancing* y *Fama*. Satisfecha con su trabajo, consultó su reloj. Aún faltaban un par de horas para ir a recoger a los pequeños, por lo que decidió familiarizarse un poco con la casa.

Comenzó por la habitación de Ángel. Parecía sacado de una revista de decoración: muebles blancos, paredes empapeladas de rayas verticales azules y blancas, sin más adornos que un ventilador, también blanco, colgado del techo. La cama, adaptada a su altura, estaba vestida con una colcha azul cielo. Se acercó y recogió el pequeño oso marrón que descansaba en la almohada. Lo llevó a la nariz y aspiró su olor: una mezcla de infancia y suavizante.

Abrió sus pequeños ojos y no supo en qué cama despertó. Solo se conformó con abrazar al hombre que dormitaba junto a ella.

—Buenos días, Princesa —la saludó, dando media vuelta.

Sus ojos se encontraron, y él sonrió con ternura.

—Buenos días, papi.

Besó su frente, haciéndola sonreír.

Suspiró ensoñadora, soltó el oso en su sitio y salió al pasillo mientras pensaba en Ángel. Ese niño le provocaba una mezcla de ternura y tristeza, al igual que ella cuando era pequeña.

Entró en la habitación de Sara que, como ya comprobó el día anterior, era demasiado serio y sobrio para una niña de su edad. Por mucho que buscara, no había rastro de objetos que delataran sus doce años. Sus curiosos ojos se detuvieron en el escritorio que estaba junto a la ventana. Sin pensarlo, se acercó a escrutar en uno de los cajones. Todo estaba algo revuelto: lápices, bolígrafos, papeles garabateados… y una caja de color rosa al fondo.

La agarró entre sus manos y la sorprendió una foto doblada.

—¡Qué guapa!

Una mujer de pelo largo y moreno sonreía feliz a la cámara, posaba con sus manos colocadas en la barriga de embarazada. Junto a ella, estaba Óscar que la miraba con devoción. Entre ellos, Sara. Una familia feliz.

La estudió durante un momento en el que reflexionó sobre cómo la vida puede cambiarte en un segundo y convertir esa burbuja de felicidad en un oscuro y triste agujero. Guardó la foto, colocó la caja donde estaba y cerró el cajón, sintiendo pesar por ellos.

Una vez en el pasillo, pasó de largo por la habitación de invitados y llegó hasta la habitación prohibida. Dudó en entrar, su curiosidad era fuerte, pero su moral pudo más y se obligó a bajar las escaleras, espantando los malos recuerdos.

Llegó a la cocina para estudiar el menú del día, que se encontraba sujeto con un imán en la puerta de la nevera.

—Parece equilibrado —murmuró al ver la alimentación de la familia.

—Sí, así es.

Luz gritó asustada al escuchar una voz femenina.

—Tranquila, tranquila.

En la puerta, se encontró con una mujer alta y elegante.

—¡Qué susto! —exclamó la niñera cuando se tranquilizó—. Me llamo…

—Luz del Valle —terminó por ella—. Mi hijo y mi nieta me han hablado de usted. Permítame que me presente: soy Alicia Herrera.

Le tendió una mano con una piel y manicura envidiables, que confirmó al darle la mano.

—Encantada de conocerla, Alicia.

—¿Qué tal todo? —preguntó, dejando su caro bolso sobre la mesa y mirando, con poco disimulo, su indumentaria.

Luz observó a la mujer con suspicacia. Ya había pasado por eso demasiadas veces en su vida, pero nunca se amedrentaba ante ese tipo de inspecciones.

—Bien, bien. Aquí me ponía al día con todo mientras hago hora para ir a recoger a los niños.

—¡Ah! Es verdad, es casi la hora de ir a por mis nietos —dijo, mirando su pulsera digital de última generación.

Luz rio en su interior. Esa mujer hacía su papel, y no la culpaba, por lo que decidió seguirle el juego.

—Ya que está aquí. Si quiere, puede acompañarme —le ofreció Luz—. Lo cierto es que me vendría bien su compañía, así puede contarme algo más sobre sus maravillosos nietos.

Alicia, que era una mujer inteligente, supo en ese instante que esa chica no era como las demás niñeras.

—¡Estupendo! Así te indico un atajo para llegar antes al centro —aplaudió feliz.

La niñera asintió y le indicó que la esperara en el jardín mientras iba a su dormitorio a por las instrucciones que le dejó Óscar. También pasó por el garaje a por la silla infantil.

—Qué coche tan cuco —señaló Alicia al tomar asiento de copiloto en el pequeño utilitario de color amarillo chillón. En realidad, no quiso decirlo de manera despectiva, era verdad que le gustaba.

—Gracias.

Pusieron rumbo hacia el colegio de los niños siguiendo las indicaciones de Alicia. Conversaron de diversas cosas banales, hasta que llegaron a la puerta del colegio.

Luz agrandó los ojos al ver el gran edificio que las recibía. Sobrio, elegante, de alto *standing.*

—Impresiona, ¿verdad?

Solo atinó a asentir, los recuerdos de una parte de su niñez se agolpaban en su cerebro. Un colegio similar, frío y cruel que casi se lleva toda su inocencia.

—¡Niños!

El grito de Alicia la sacó de su ensoñación, y esbozó una gran sonrisa para recibirlos.

—¡Abuela!

Ignoraron a la empleada y fueron directos a besar a la mujer.

—No me monto ahí ni loca —dijo Sara al mirar con horror el color del coche.

—Cielo, es el único que tenemos —se excusó Alicia.

Aunque reticente, y cerciorándose de que nadie los observaba, la chica montó en el asiento de atrás y se encogió un poco para que no la reconocieran. Lo que menos necesitaba era que la vieran en aquel engendro amarillo.

Cuando Luz iba a por el pequeño Ángel, Alicia se le adelantó. Lo cogió entre sus brazos, se dirigió hacia la otra puerta del vehículo, lo sentó en la silla y lo abrochó con pericia. No quiso

darle importancia, seguro que no lo hizo a posta.

—¿Cómo ha ido el día, Sara? —preguntó Luz al ponerse en movimiento.

La aludida miraba por la ventana con el ceño fruncido. Si esa mujer pensaba que se lo iba a poner fácil, iba lista. No necesitaban niñera.

—Cariño —intervino Alicia—. ¿Puedes responder a Luz, por favor?

—Bien —gruñó.

La abuela miró a Luz encogiendo los hombros. El resto del trayecto lo hicieron en silencio.

Al llegar a la casa, Alicia tomó de nuevo el mando. Incluso al llegar los del catering, los atendió ella y se encargó de servir a los niños.

—¿Brócoli otra vez? —protestó Sara.

—Cariño, ya sabes que tenéis que comer de todo.

Luz no perdió detalle: Alicia acarició la mejilla de su nieta, y esta asintió sin rechistar. A continuación, se encargó del pequeño, le colocó un babero y comenzó a darle de comer, limpiándole la boca con cariño y hablándole con suavidad, aunque él no respondía, solo la miraba y sonreía de vez en cuando.

Al terminar, las dos recogieron todo.

—Niños, en media hora, salimos para las extraescolares —anunció la abuela, y les indicó que se marcharan a sus habitaciones a descansar un poco.

Luz preparó café, y tomaron asiento en la mesa de la cocina.

—Siento si no le he dejado sola con los niños, pero es la costumbre —se disculpó—. Además, no quiero que Sara la espante tan pronto. Parece buena persona.

—¿Espantarme? No lo creo.

—Créame que lo intentará. —Adelantó los brazos y agarró una de sus manos con suavidad—. Lo poco que he visto hoy me da confianza absoluta en ti, pero mi nieta puede ser un poco…

—¿Insistente?

—Obstinada. —Alzó las cejas, sorprendida por ese calificativo—. Quiere que los cuide yo y no se detendrá hasta que lo logre, pero prométame que aguantará.

—Se lo prometo —rio Luz.

Se mantuvieron conectadas por sus ojos llenos de entendimiento. Alicia dio unas palmaditas en su mano, sonrió, la soltó y se relajó en la silla.

El silencio se interpuso entre ellas, y fue entonces cuando la mujer cayó en la cuenta de algo.

—Querida, ¿de qué me suena su cara? —preguntó de pronto.

—Pues no lo sé, quizá me ha visto por Madrid.

—No, no —murmuró, entornó los ojos y escrutó su rostro. La conocía, estaba segura—. Ya me acordaré.


BROMA

4

—Es hora de irnos, Alicia —dijo Luz, al consultar su reloj Casio de plástico.

La mujer la miró, pero no dijo nada, y ella lo agradeció. No era que ocultara su identidad adrede ni se avergonzara de sus orígenes, pero aún no quería desvelar quién era en realidad.

—¡Chicos! Tenemos que salir ya —los llamó desde las escaleras.

Los niños siguieron la misma dinámica de antes: solo le hicieron caso a su abuela. Luz la dejó hacer, no quería entrometerse el primer día y así los podía observar bien. Aunque ya tenía suficientes datos como para saber qué era lo que ocurría en esta familia, no estaba de más estudiarlos.

Se montaron de nuevo en el coche y pusieron rumbo a la academia. Todos iban sumidos en sus pensamientos, por lo que Luz decidió encender la radio, buscó su dial favorito y comenzó a tararear la melodía que sonaba en ese instante.

—¿Qué canción…? —Sara dejó la pregunta en el aire.

Fue un descuido por su parte, no quería mostrar interés por la niñera ni nada relacionado con ella.

—*Walk Like an Egiptian* de The Bangles, un grupo exclusivo de mujeres —respondió orgullosa, mirándola por el retrovisor—. ¿Te gusta?

—No mucho, la verdad —dijo y evitó sus ojos.

Las mujeres compartieron una mirada de complicidad. Sara pretendía ser desagradable, pero no podía mantener ese papel siempre. Era una niña, al fin y al cabo.

El resto del trayecto transcurrió sin percances, hasta que aparcaron a cinco minutos de la academia. Al bajarse del coche, Sara vio a un grupo de compañeras de clase que, cuando pasaron por su lado, le susurraron algo que los demás no llegaron a escuchar, pero que hizo cambiar su actitud.

—No quiero ir a clase de inglés —dijo, ceñuda.

—¿Por qué no quieres ir? —preguntó Alicia.

—Porque quiero estar contigo un rato más, abuela —respondió zalamera, se acercó y cogió una de sus manos.

Alicia, que ya conocía su faceta embaucadora, acarició una de sus mejillas.

—El sábado comeremos juntas, ¿de acuerdo?

—Pero abuela…

—Si tu padre se enterara de que faltas por mi culpa, nos meteríamos en un problema las dos, Sara —añadió con toda la paciencia que pudo—. Además, te van bien las clases. Tu profesora está muy contenta contigo.

Ahí supo que no podía escaparse de la hora que le esperaba junto a Claudia y sus amiguitas. Resopló y se adelantó sin esperar a nadie.

Luz no dijo nada. Bajó al hermano del coche y le dio la mano.

—Portaos bien con Luz, ¿eh? —advirtió Alicia al llegar a la puerta de la academia.

—¿No vas a esperarnos, abuela? —preguntó Sara esperanzada.

—No, cielo. —Acarició su cabeza—. Ya es hora de que os deje a solas. —Guiñó un ojo a la niñera a modo de despedida.

Les dio sendos besos cariñosos en las mejillas y se marchó sin mirar atrás porque, si lo hacía, haría caso a su nieta y se quedaría a esperarlos con la niñera. Sin embargo, su lado racional actuó y la dejó hacer su trabajo. Lo poco que había visto en la chica le gustaba.

Luz aprovechó la marcha de la mujer para animarlos a entrar con ella. Quería acompañarlos para saber cómo eran sus clases y sus profesores.

—Cuando termine la clase, recoge a tu hermano, yo os espero fuera. ¡Que vaya bien!

Sin darle tiempo a réplica, salió del edificio. No quiso tentar a la suerte de que le diera una negativa o algo parecido. Era mejor hacerlo rápido, tal y como le había visto a la abuela.

Una vez en la calle, investigó un poco los alrededores y descubrió una pequeña cafetería en la acera de enfrente, por lo que se dirigió hasta ella, pidió un café con leche y se sentó a esperar la hora en la que los niños daban clase.

Consultó su reloj, aún quedaban cuarenta minutos para la salida. Sacó sus cascos, los enchufó al móvil y puso su lista de reproducción favorita. Se relajó en la silla y disfrutó de la actividad que había en la calle. Le gustaba observar el ir y venir de la gente e imaginar sus vidas.



—¿Cómo ha ido, niños? —preguntó al verlos salir de la academia.

Sara la miró de reojo y pasó de largo; sin embargo, Ángel, que iba aferrado a ella, se soltó y corrió junto a la niñera que, feliz, agarró la mano que le ofrecía. La hermana, disgustada por ese gesto, frunció los labios, pero no dijo nada. Se limitó a caminar delante de ellos.

Ya en casa, Luz consultó el horario para seguir con la organización de Óscar.

—Toca baño —susurró—. Sara, voy a bañar a tu hermano mientras haces tus tareas.

—¿Es una orden? —preguntó, alzando con exageración las cejas.

—No, yo nunca doy órdenes —respondió desconcertada.

La chica compuso una mueca de incredulidad, giró sobre sus talones y se dirigió escaleras arriba.

—Eso dices ahora —susurró, lo que dejó con la boca abierta a Luz.

¿Órdenes? ¿Disciplina? La horrorizaba pensar en todo lo que esos niños estaban viviendo. ¿De qué servía tenerlos atemorizados de esa forma? Suspiró con pesar. Debía estudiar la manera de ayudarlos a ver la vida de otra manera. Con ese pensamiento, guio al pequeño hacia su habitación.

No hizo falta buscar la ropa que necesitaba. Gracias a las detalladas instrucciones, sabía en qué cajón del armario estaba la ropa interior y los pijamas. Una vez más, se asombró del control que el cabeza de familia ejercía sobre ellos. No daba pie a la improvisación.

Ángel, que la seguía en silencio, la observaba con ojos grandes y curiosos.

—¿Te gusta este? —le preguntó al enseñarle un conjunto de nubecitas azules.

Como era de esperar, no respondió.

—Seguro que te gusta. —Se agachó y le dio un pequeño toquecito en la nariz, que le provocó una sonrisa que le llegó directa al corazón—. Vamos.

Entraron en el baño de su habitación, cerró la puerta y, después de revisar que todo estaba a mano, preparó el agua a la temperatura óptima, lo desvistió, entre muecas divertidas y cosquillas, y lo metió en la bañera. Ángel se dejó hacer, y ella no hacía más que comérselo a besos. La estancia se llenó con el sonido del chapoteo y las risas de los dos, por eso, extrañada por todo ese ruido, Sara entró de golpe.

—¿Ocurre algo? —preguntó algo alterada.

—No, cariño, estamos jugando, ¿te unes?

Con asombro, observó la estampa que había en el baño: Ángel soplaba risueño la espuma que acumulaba Luz en mitad de la bañera y reía a carcajadas cuando caía sobre los azulejos. Hacía mucho que no escuchaba la risa de su hermano y eso la enfureció.

—Sigo con las tareas —gruñó, cerrando con un sonoro golpe.

El corazón le martilleaba en el pecho, no lo podía permitir. No, si quería que su plan saliese a la perfección. Tenía que actuar ya, antes de que su hermano se encariñara con ella, por lo que no esperó más y se dirigió hacia el dormitorio de la niñera para comenzar con su operación Echar a Luz. El nombre no era muy original, pero ya se le ocurriría otro más adelante, si es que daba tiempo, porque estaba completamente segura de que duraría muy poco en su casa.

Dentro del baño, ajena a los planes de Sara, Luz continuó con su tarea: sacó al pequeño del agua, lo rodeó con una de las mullidas toallas y lo secó con mimo. Sin darse cuenta, comenzó a tararear *There Must Be An Angel* de Eurythmics, que pareció encantarle al crío. Cantándole con suavidad, lo vistió y peinó su pelo castaño.

—¡Listo! —Le plantó un sonoro beso en la mejilla.

Recogió toda la estancia, incluida la ropa sucia, y bajó con el pequeño hasta el cuarto de la colada, que se encontraba en el garaje. Estando allí, el rugido de un motor se hizo eco al tiempo que la puerta automática subía. Era Óscar.

—¡Hola! —lo saludó—. ¿Cómo ha ido el día?

Mientras se acercaba, Ángel alargó los brazos hacia su padre.

—Mucho trabajo —respondió escueto—. Hola. —Se agachó, besó fugaz a su hijo y se encaminó con rapidez a la casa.

Decepcionado porque su padre no lo había cogido en brazos, lo siguió cabizbajo. Luz se entristeció al ver la carita del niño y, sin pensar, comenzó a hacerle cosquillas provocándole carcajadas.

—Pero qué…

El corazón de Óscar sufrió un vuelco. Giró la cabeza para cerciorarse de que ese sonido salía de su hijo y, con la boca abierta por la sorpresa, asistió a una escena que hacía mucho que no veía: Ángel riéndose. Quiso morir cuando vio a la niñera alzarlo por los aires. Su respiración se aceleró. ¿Cuánto había pasado desde la última vez que lo vio así? Una rabia contenida resurgió de sus entrañas.

—¿Podéis dejar de hacer tanto ruido? —rugió antes de darse la vuelta y desaparecer de su vista.

Luz abrazó con fuerza al crío, pues este había comenzado a temblar con el grito.

—Ya, ya, cariño, tu padre solo está cansado.

Una vez que se calmó, lo llevó a su dormitorio para que jugara un rato antes de la cena. Después fue hasta la habitación de la hermana y llamó con suavidad. Entró cuando interpretó el gruñido que emitió.

—Voy a ducharme yo, estate pendiente de tu hermano, ¿vale?

Sara se limitó a asentir con la cabeza.

«Esto será más difícil de lo que creía», pensó Luz, camino a su habitación.



El agua estaba en un punto en el que casi no podía soportarla, pero ese frío era lo que necesitaba

en ese momento. Su hijo se había reído a carcajada limpia con Luz. No podía creerlo. No sabía si estaba más enfadado porque lo hizo con la nueva niñera, o porque con él nunca se había mostrado así. Pegó un puñetazo en los azulejos con rabia. ¿Desde cuándo se había convertido en un extraño para él? Solo quería lo mejor para ellos y así se lo demostraba, dándoles la mejor de las educaciones mientras él intentaba sobrevivir. Inspiró alterado al sentir ese dolor en el pecho tan conocido y se dejó llevar por las lágrimas.



El golpe que provenía del dormitorio principal le era muy familiar, por eso lo ignoró. Ese hombre necesitaba descargar su frustración. Suspiró con pesar. Esa familia necesitaba amarse mucho. Con ese pensamiento, se metió en la ducha y dejó que el agua templada cayera sobre su larga melena castaña. Emitió un gemido de satisfacción y se relajó, aunque no demasiado; si lo hacía, se recrearía y no era cuestión de hacer esperar a los demás por culpa de, según decía su ex, sus famosas duchas largas. Sonrió al acordarse de Isaac, un bailarín con el que estuvo durante un tiempo y que se convirtió en un gran amigo, que aún veía cada viernes en su club favorito.

Distraída por los recuerdos, agarró el bote de champú y echó una cantidad generosa en la palma de su mano. Cuando iba a aplicarlo, algo no le cuadró. Bajó la mano hasta sus ojos, que se agrandaron al ver el color del mismo: verde chillón. Extrañada, miró hacia el recipiente que, a pesar de ser gama alta, lo conocía a la perfección y sabía que no tenía ese color tan extraño. Olió el producto verdoso y cayó en la cuenta de lo que era.

—¡Te pillé!

El juego había comenzado con Sara, y ella iba a entrar en él. Sonrió y comenzó a aplicarse el champú mecha a mecha.



—¿Has terminado las tareas? —preguntó Óscar al ver a su hija en el salón con la tele encendida.

La ducha le había sentado de maravilla, pero aún resonaban en su cuerpo los ecos de la rabia contenida con la que lidiaba todos los días. Por desgracia, últimamente afloraba con más frecuencia y debía controlarla, pues estaba llegando al límite. Sin embargo, no se lo ponían fácil.

—Sí —respondió cambiando con rapidez de canal.

Veía vídeos musicales.

—Ya sabes que no me gusta que veas eso. —Se colocó en su campo de visión.

No respondió, se cruzó de brazos y miró hacia otro lado que no fueran los inquisidores ojos de su padre. Odiaba la música clásica, y él se empeñaba en que solo podían escuchar ese tipo de melodías.

—Casi es hora de cenar, ve a por tu hermano —suspiró, cansado de lidiar con ella.

El trabajo estaba haciendo mella en él y, por si no tuviese suficiente, al día siguiente le tocaba marcharse de viaje. Necesitaba un descanso, aunque, ¿a dónde iría? Con esa pregunta que le rondaba la cabeza, fue hasta la cocina y se quedó allí plantado, mirando hacia el infinito. Quizá podría hacer un esfuerzo y volver a…

Una carcajada que provenía de la orilla le llegó como si fuera la melodía más hermosa que había escuchado jamás.

—¡Amor! —lo llamó—. ¡El agua está estupenda!

No se movió de la toalla, observó a las dos mujeres de su vida que jugaban con el agua.

A Mónica ya se le notaba el embarazo, que le sentaba fenomenal. Estaba preciosa. En esos momentos se sentía el hombre más feliz de la Tierra y no podía pedir más.

—¡Papi! —Sara lo llamaba para que se uniera a ellas.

Trató de incorporarse, pero no pudo. Algo lo retenía.

—¡Papá! ¡Vamos!

Lo intentó de nuevo en vano. No podía moverse. Quiso gritar, tampoco lo consiguió. Entonces, comenzó a respirar con dificultad.

—¡Papá!

Las miró desesperado.

—¡Papá!

—¡Papá!

Sara le dio un toque en el hombro.

—¡Qué! —Dio un respingo.

—¿Qué ocurre? Te has quedado plantado ahí en medio y no te movías.

—Nada —gruñó—. Sentaos a esperar a Luz.

Esperaron durante diez minutos a la niñera.

—Sara, ¿sabes por qué tarda tanto? —preguntó Óscar, consultando su reloj.

—Ni idea —dijo con fingida inocencia.

Su padre, que ya la conocía, la miró sin parpadear.

—¿No habrás hecho una de las tuyas?

Cuando iba a responder con una mentira, Luz hizo su aparición en la cocina.

—Perdón por el retraso —dijo apurada.

Todos, incluido el pequeño, la miraron horrorizados. La cara de Óscar se tornó de color rojo. Sara pensó que iba a salirle humo por las orejas, como si fuera una tetera.

Luz se sirvió la cena de espaldas a la familia, intentando disimular su risa. Sin embargo, ellos interpretaron que estaba llorando.

—¿Te encuentras bien, Luz? —preguntó al fin Óscar.

Ella se serenó, dio media vuelta y tomó asiento junto al pequeño, que la miraba con la boca abierta. Su pelo castaño estaba salpicado de mechas de color verde chillón.

—Perfectamente, ¿por?

Sonrió, enseñando su dentadura al completo.

—Por tu repentino cambio de *look*.

Óscar intentó no alzar demasiado la voz, no quería estallar contra ella porque sabía quién había sido la autora de tal horror.

—¡Ah! ¿Esto? —Agarró uno de los mechones entre sus dedos—. Necesitaba un cambio y me he dicho: ¿por qué no?

Comenzó a comer bajo el escrutinio de su jefe, que no creía ni una palabra. Sara, cuyas orejas rojas delataban su culpabilidad, la miraba asombrada, ¿por qué no decía la verdad?

—¿Seguro que ha sido idea tuya? —Insistió, dándole la oportunidad de revelar a la verdadera responsable.

—Seguro.

—De acuerdo. —Inspiró con fuerza—. Para la próxima, te agradecería que me avisaras de este

tipo de cambios, no me gusta que llames demasiado la atención.

Luz detuvo su cubierto de camino a la boca.

—No lo olvidaré.

Dieron el tema zanjado, por el momento, y Sara, desconcertada por la actitud de la niñera, pensó que tal vez la había juzgado a la ligera.


MÚSICA

5

La mañana siguiente a la broma pasó tranquila. Luz se presentó con sus mechas de color verde en el colegio, pero nadie dijo nada. O eso pensaba ella, porque nadie la miró apenas. En ese instante, se encontraba en la casa, a punto de llamar a su padre para recordarle su visita del día siguiente. Encendió la Smart TV y buscó en Youtube su canción favorita, mientras sacaba el móvil del bolsillo de su vaquero.

—No deberías de poner la música muy alta —dijo una voz femenina.

Una mujer morena, poco mayor que la niñera y vestida de uniforme blanco, la miraba con cara de pocos amigos.

—Tú debes de ser la mujer de la limpieza, me llamo Luz y soy la nueva niñera.

Avanzó hasta ella y le ofreció la mano. La limpiadora se la quedó mirando con desconfianza.

—Lo imaginaba —espetó, devolviéndole el saludo con rapidez—. Yo soy Isabel.

—¿Por qué no quieres que ponga música?

—Porque no tenemos permiso del señor Belmonte —respondió seria.

—Oh, pero ahora mismo no está, ¿verdad? —susurró cómplice.

Isabel frunció el ceño.

—Tú misma, pero, si te pilla, que conste que te lo advertí.

Dio media vuelta y la dejó sola. No culpaba a la mujer por temer al jefe, pero ella no se achicaba ante nadie. Se encogió de hombros y llamó a su padre.

—El pequeño es un encanto y, aunque no habla, se hace entender. La que me tiene preocupada es Sara, no quiere que me quede aquí, aunque sé que es por toda la situación que están viviendo… Mañana iré a verte, ¿vale? Te quiero, papá.

Colgó con un suspiro largo. Estaba deseando ir a verlo, pero tendría que esperar al día siguiente. No estaba acostumbrada a estar tanto tiempo sin hacerle una visita y estaba impaciente por contarle, con pelos y señales, lo emocionada que se sentía con su nuevo empleo y con esos niños. Esbozó una gran sonrisa y continuó con su tarea: estudiar la mejor manera de hacerse con la hija mayor. Mientras ideaba su plan, escuchaba una de sus canciones favoritas de Culture Club en la televisión del salón. Aprovechando que estaba sola, no pudo evitar bailar. Era algo que le salía solo.

Óscar entró en su casa y se extrañó al oír música. Volvía para informar a Luz de su viaje y a recoger una muda. Acogió todo el aire que le permitieron sus pulmones y avanzó hasta el salón, dispuesto a tener unas palabras con ella, pero se desinfló al ver el espectáculo: la niñera cantaba a pleno pulmón, con una botella de agua como micrófono. Sin pensarlo, se refugió entre las sombras y aprovechó el privilegio de espiarla sin ser visto. No se perdió detalle de sus movimientos.

Luz, desinhibida, alzó los brazos y se dejó llevar haciendo lo único que sabía: bailar. Se deslizó por el suelo, como antaño hacía en el escenario. Alzó una pierna y la elevó hasta el cielo, volvió a bajarla, contoneó sus caderas y repitió todo de nuevo, terminando con un giro completo.

Óscar se sintió maravillado por su cuerpo y por su dulce voz. A pesar de no gustarle esa canción, en su boca sabía a gloria. Envidiaba a la gente que bailaba así, solo por el placer de hacerlo. Sin prisas, sin importar su agenda, sin nada más que la música y él, pero el pitido de su móvil lo devolvió a la realidad. Bajó la mano, consultó el mensaje de su jefe, carraspeó y la llamó. Repitió su nombre, pero no consiguió llamar su atención. Resopló y buscó el mando de la televisión.

Luz siguió cantando durante unos segundos sin más sonido que el de su voz. Extrañada, por no percibir la música, miró hacia la tele y fue cuando vio que estaba apagada y el reflejo de Óscar la miraba con cara de pocos amigos.

—¡Ups! —exclamó, girando con lentitud su cuerpo.

Su jefe apretó la mandíbula al malinterpretar el divertido gesto de ella.

—Le agradecería que no escuchase ese tipo de música delante de mis hijos —espetó—. En su habitación, a un volumen prudencial y en su día libre, puede hacer lo que quiera. Tengo unas normas muy estrictas al respecto y espero que las cumpla a rajatabla, ¿entendido?

—Por supuesto —susurró avergonzada—. Siento si lo he molestado, señor Belmonte.

Por norma general, no importaba lo que los demás pudieran decir de sus peculiares gustos musicales, pero, en esa ocasión, le molestó el tono despectivo que utilizó con ella.

Óscar se sintió mal, sobre todo, cuando Luz agachó la cabeza. La hirió y no era su intención, por lo que suavizó su gesto y su tono al volver a dirigirse a ella.

—He venido a por mi bolsa de viaje.

—¿Se marcha? —preguntó, mirándolo a los ojos.

—Solo será una noche, y volveré a tiempo para que pueda disfrutar de su día libre.

Dando por zanjada la conversación, asintió con la cabeza y desapareció escaleras arriba, dejando a la niñera con mil preguntas en su cabeza. ¿Tan mal había actuado? Vale que no era su casa y que quería una educación estricta, sin embargo, de ahí a que ni siquiera ella pudiera relajarse un poco era pasarse. Además, los niños no estaban y, si él no hubiese llegado sin avisar, tampoco se habría enterado de su pequeño concierto. No obstante, decidió dejarlo estar. Aún no tenía la suficiente confianza como para mantener ese tipo de conversación.

—Puede contactar conmigo al WhatsApp o llamarme. —Le habló desde el último escalón, con la vista puesta ya en la salida—. Pero solo en caso de emergencia. Adiós.

Intentó seguirlo hasta el exterior, pero un portazo le indicó que no quería más interrupciones.

—Buen viaje —murmuró contra la puerta.

«No es personal, solo está estresado y la ha pagado contigo», respiró hondo y se tranquilizó.



La salida del colegio fue complicada. Sara apareció con mala cara, llevando a rastras a su hermano, que parecía no querer caminar. Al verlos, Luz salió a su encuentro.

—¿Qué ocurre, chicos?

—El enano este que no quería salir de clase —gruñó, soltando a su hermano de mala manera.

Ángel comenzó a hacer pucheros que exasperaron a Sara, que subió al coche refunfuñando molesta con su hermano.

—Cielo, ¿qué pasa? —Se agachó para estar a su altura y acarició su pequeña cabeza.

Dos lágrimas resbalaron por sus mejillas y comenzó a llorar. Luz lo apretó fuerte contra el pecho. Dejó que se desahogara, consciente de la dificultad para gestionar sus emociones. No le importó esperar de rodillas, ese niño necesitaba consuelo y cariño, y ella estaba dispuesta a dárselo todo.

—¿Podemos irnos ya? —protestó Sara desde el coche.

Luz la ignoró, y puso toda su atención en Ángel que, poco a poco, se relajó. Lo alejó de su pecho.

—¿Te encuentras mejor?

El pequeño la miró a los ojos ya más calmado. Ella limpió sus lágrimas con delicadeza, plantó un dulce beso en su frente y lo cargó en brazos hasta que llegaron al coche. En ese pequeño trayecto, pudo sentir cómo su corazoncito se ralentizaba con cada paso y suspiró aliviada. Si ya es difícil lidiar con las emociones de esa edad, todo se complicaba con su mutismo. El trayecto a casa lo hicieron en silencio.

Apenas aparcó en el garaje, Sara saltó del coche y desapareció por la puerta de acceso a la casa. Luz suspiró, estaba claro que algo había pasado en el colegio y estaba dispuesta a ayudarla, pero prefirió darle espacio. A última hora de la tarde, hablaría con ella.

—Vamos, chiquitín —susurró al sacar al pequeño.

Lo posó en el suelo y le ofreció la mano libre, en la otra llevaba su mochila. Él la agarró encantado. Lo bueno de los críos es que olvidan pronto sus rabietas o llantos. Caminaron a su ritmo, mientras Luz le hablaba con dulzura.

—Hoy papá está de viaje, pero me ha dicho que te va a echar mucho de menos —decía bajo la atenta mirada de unos ojos grandes y curiosos—. Luego, si quieres, le mandamos una foto por WhatsApp para que te vea, ¿sí?

La sonrisa que esbozó iluminó su cara. ¡Al fin! Ese niño era un amor, y la niñera lo premió con un sonoro beso en la mejilla.

—No le hará ninguna gracia —bufó Sara desde el sofá.

—¿Cómo?

Giró su cara para hablarle por encima del respaldo.

—Que a mi padre no le gusta que le mandemos fotos mientras está de viaje.

Luz abrió los ojos como platos. No le cabía en la cabeza lo que le decía.

—Se la mandaremos a la hora de la comida, que seguro que tendrá un ratito para saber de vosotros.

—Buena suerte —susurró, volviendo a prestar atención a la televisión.

Se quedó plantada mirando la nuca de la niña, preguntándose si le decía la verdad o era otra travesura para hacerla quedar mal con su jefe. Sacudió la cabeza y le restó importancia. A pesar de su advertencia, ella haría lo normal: hacerles una foto a sus hijos y mandárselas. Se dirigió hasta la cocina para servir la comida de ese día: lentejas guisadas con patata, zanahorias y chorizo.

—¡Chicos! Lavaos las manos, la comida ya está casi servida —gritó hacia el salón.

Sara acompañó a su hermano al baño que se encontraba bajo las escaleras. Otro día habría protestado por la comida, pero su estómago rugía y le encantaban las lentejas.

—¡Qué aproveche! —los recibió con una gran sonrisa.

Los hermanos miraron la mesa asombrados, parecía sacada de una foto típica de Instagram. Tenía hasta un centro de mesa repleto de flores frescas recién cortadas.

—Venid —los animó a sentarse y les indicó cómo tenían que posar para las fotos que les iba a tomar.

—¿Vas a tardar mucho? —protestó Sara—. Tenemos hambre.

—Vamos, es solo unos segundos.

Peinó al pequeño con los dedos, corrigió su postura y se alejó para enfocar bien.

—Un momento… ¡sonreíd!

Hizo varias fotos, al tiempo que les pedía que se movieran un poco. Ángel parecía encantado con aquello, pero su hermana perdía la paciencia por momentos.

—¿Ya?

—No, hasta que vea una sonrisa —canturreó Luz, disparando de nuevo.

Con tal de que acabase de una vez, claudicó y esbozó una de sus falsas sonrisas. Esas que mostraba todos sus dientes.

—¡Muy bien! Ha salido preciosa. Le va a encantar.

Satisfecha con su hazaña, tecleó el pie de foto y le dio a enviar.



Luz curvó sus labios al ver el doble *check* azul. No le importó no recibir respuesta. Solo quería demostrarle que sus hijos pensaban en él y con eso se conformaba.

La tarde en la piscina fue una delicia. Disfrutó al ver a Sara nadando con una soltura propia de una campeona olímpica y a Ángel que comenzaba sus pinitos como futuro nadador. Sacó varias instantáneas, en las que se reflejaban sus caras de felicidad, y se las mandó todas a su padre, pese a que se arriesgaba a una regañina por enviarlas en horario laboral.

Al llegar a casa, los vio tan alegres que los animó a bailar una de sus canciones y les grabó un vídeo de tres minutos en los que los tres se movían a descompás pero divertidos. También se lo envió, bajo la atenta mirada de Sara.

—¿Ha respondido? —preguntó como si nada.

Aparentaba desinterés, pero, en el fondo, anhelaba que su padre los llamara y les dijera que le encantaban las fotos y el vídeo, que ojalá estuviera allí con ellos y que, la próxima vez, él también aparecería en las imágenes.

—No, cielo —respondió con pesar—. Estará ocupado, pero lo hará esta noche, seguro.

—Ya.



Agobiado, esa era la palabra que lo definía. Acababa de llegar a Segovia, y su móvil no dejaba de emitir notificaciones de correos entrantes. La auditoría que estaba pasando lo iba a dejar exhausto. Una empresa familiar, dedicada a la venta de carne y embutidos, en la que una de las hermanas no hacía más que exigir las cuentas a través de su abogado. Un caso difícil, no por la contabilidad en sí, todo estaba claro, sino por los conflictos que esa mujer había generado.

—Óscar —lo saludó el hermano mayor y presidente de la empresa—. Espero terminar con esto rápido, esta tarde celebramos el cumpleaños de mi hija, y no me gustaría perdérmelo.

—No se preocupe, Félix. Lo tengo todo aquí —respondió, alzando el maletín donde llevaba el portátil.

—Estupendo. —Le indicó que lo siguiera hasta su despacho y tomara asiento—. ¿Qué tal va todo?

—Bien —respondió sin mirarlo.

Las preguntas personales lo incomodaban, por lo que centró su atención en sacar el portátil, encenderlo y preparar toda la documentación que allí tenía.

—¿Y tus hijos?

—Bien, también. —Tecleó con rapidez su contraseña.

Félix apoyó los codos en el escritorio y adelantó el cuerpo.

—¿Desde cuándo nos conocemos, Óscar?

Esa pregunta lo descolocó. Alzó los ojos para mirar al hombre.

—Casi dos años.

—En estos dos años, ¿cuántas veces nos hemos reunido?

Frunció el ceño. ¿Adónde quería ir a parar con ese interrogatorio?

—No llevo la cuenta, la verdad.

—Creo que más de treinta, si no me equivoco —respondió por él—. En algunas de ellas, has conocido a mi familia. Mi mujer, mis hijos… Hemos comido juntos, te he enseñado mi casa y mis terrenos. Y, sin embargo, en todo este tiempo, nunca me has hablado de tus hijos. ¿Seguro que todo va bien?

Las mejillas de Óscar se tornaron rosadas. ¿A qué venía todo esto? Él solo quería llegar, hacer su trabajo e irse. Había aceptado sus invitaciones porque su jefe le había insistido, no porque quisiera tener una relación más allá de lo laboral con él.

—Perfectamente.

—De acuerdo. —Alzó las manos a modo de rendición. Ese hombre lo preocupaba, no era normal esa actitud esquiva—. Empecemos, pues. Tenemos reserva para comer en una hora.



A punto de degustar una buena comida a cuenta del cliente, Óscar se disculpó para mirar su teléfono móvil. Frunció el ceño al ver un mensaje de Luz. ¿Habría pasado algo con los niños? Rezando para que no fuera nada grave, abrió el chat y descargó la foto que recibió. Se quedó paralizado al ver a sus dos hijos sonrientes. En Sara era obvio que no era su sonrisa natural, pero Ángel, a pesar de no hacerlo abiertamente, tenía una expresión de serenidad que no le había visto nunca. Pero lo que más descolocado le dejó fue el mensaje que acompañaba la foto: «Te queremos, papá».

—¿Ocurre algo? —preguntó su acompañante.

Carraspeó y tragó saliva con dificultad antes de mostrarle el terminal.

Félix se colocó las gafas para ver de cerca y sonrió.

—Son preciosos.

—Sí que lo son.

Y con un nudo en la garganta, comenzó a cortar su carne.



La ducha le sentó genial. La reunión de la tarde se alargó más de la cuenta gracias al abogado de la hermana de Félix, que no dejaba de exigirles más información. Por suerte, se había preparado para este asalto y ganaron el combate. Se recostó sobre la cama con una camiseta de manga corta blanca como pijama y cerró los ojos un instante. Inspiró, espiró y repitió el proceso hasta que las imágenes de sus hijos llegaron a su retina. Buscó el móvil con la mano y se lo acercó hasta la cara.

Una leve carcajada salió de su garganta al ver cómo se divertían en la piscina. De todas las niñeras que habían pasado por su casa, ninguna se dignó a enviarle fotos de sus hijos. Siempre se preguntó por qué.

«Porque tú les dejabas claro que no te molestaran, idiota», dijo la voz de su conciencia.

Volvió a ver las fotos de todo el día, y su corazón se encogió al recordarle que faltaba alguien en esas imágenes. Pasó el chat hasta el final y se percató del vídeo que aún no había descargado. No se sentía preparado.

«¡Vamos, cobarde!».

Sin pensarlo, y con los ojos cerrados, pulsó la flecha. Enseguida apareció el símbolo del *play* que lo llamaba sin cesar. Soltó el terminal en la cama. No, no podía.

«¿A qué esperas? Estás deseando verlos, no te mientas más». Esa maldita voz solo se callaba cuando trabajaba, pero estaba tan exhausto que no tenía fuerzas para levantarse y abrir el portátil.

—¡Venga, va! —exclamó, agarrando el móvil y dándole al vídeo.

Durante los tres minutos que duró no movió ningún músculo ni parpadeó. No podía creer lo que veían sus ojos: su pequeño, agarrado de las manos de Luz, bailando y riendo; y Sara daba vueltas, cantando. Algo en su interior comenzó a crecer, dejándolo sin respiración, oprimiéndole el pecho. Una mezcla de sentimientos invadieron su ser y manejaron su mano para llamar a la niñera sin importar la hora que fuera.

A punto de ponerse el pijama, Luz se asustó al oír la melodía de su teléfono. Tragó saliva y rezó para que no fuese su padre. El suspiro de alivio que soltó, al ver de quién se trataba, reverberó en su pecho.

—Dígame, Óscar —respondió con voz cantarina.

—Que sea la última vez que interrumpe mis reuniones con estupideces —dejó que hablara su rabia.

—Pero…

—Ni pero ni nada, Luz. Último aviso.

Colgó con la respiración agitada, dejando a la niñera boquiabierta.


PASO A PASO

6

Luz no daba crédito. ¿Estupideces? ¿Enviarle fotos y vídeos de sus hijos eran estupideces? Indignada, se levantó de la cama de un salto, salió al pasillo y fue hasta la habitación de Ángel para cerciorarse de que seguía dormido. Después, se dirigió hacia la de Sara, también dormida. Bajó con rapidez las escaleras para llegar al despacho lo antes posible y encerrarse allí. Tomó asiento en el sillón de director, abrió el WhatsApp y pulsó el botón de grabación:

—Siento mucho haberle interrumpido en sus reuniones. Pensé que lo tendría en silencio o en modo avión —habló con seriedad—. Y hasta ahí mis disculpas porque, señor Belmonte, no voy a excusarme por lo que le envié. —Inspiró con fuerza—. Lo que le mandé no eran estupideces, eran sus hijos, sí, sus hijos, ilusionados porque su padre les viera en su día a día. Para que supiera que lo echan de menos, que lo necesitan, a pesar de su autoridad y su actitud distante. Y si nadie se lo ha dicho, se lo digo yo: su familia lo necesita y, dígame si me equivoco, pero usted también a ellos, pero no quiere verlo. Prefiere centrarse en su trabajo y así no sentirse culpable por dejarlos conmigo cuando podría asistir a alguna de las actividades extraescolares y sentirse orgulloso de lo bien que lo hacen. —Hizo una pausa porque su voz se había quebrado—. Mañana no me espere aquí cuando regrese porque me tomaré el día libre, que me corresponde, en cuanto los deje en el colegio. Volveremos a vernos el sábado. Y, si lo estima oportuno, hablaremos de ese último aviso.

Soltó el móvil en el escritorio con manos temblorosas y dejó salir las lágrimas que había aguantado todo el tiempo. ¿Por qué le afectaba tanto?

«Ya sabes por qué», le dijo su conciencia.

Claro que le afectaba, sabía perfectamente por lo que esos niños estaban pasando. El dolor y el vacío que sentían por la ausencia de su madre. Aunque la diferencia era que su padre sí que estuvo por y para ella, independientemente de sus obligaciones como coreógrafo y bailarín del cuerpo de baile de Televisión Española. Se había criado, prácticamente, en los estudios de Prado del Rey, pero su padre se encargó de que recibiera una buena educación y todo el cariño del mundo. Por eso no entendía que Óscar se desentendiera de esa manera de sus hijos. Sacudió la cabeza para espantar los dolorosos recuerdos y recogió el móvil. Miró el mensaje, que había quedado en pendiente de envío, y después de pensarlo bien, decidió eliminarlo. Ella no era nadie para darle lecciones, al menos por ahora. Se levantó, colocó el sillón en su sitio y salió del despacho dispuesta a olvidar los malos modos de su jefe. Al día siguiente, se disculparía. Eso sí, haciéndole entender que solo lo había hecho por ellos.

Antes de entrar a su dormitorio, un ruido, procedente de la habitación de Sara, la alertó. Fue hasta allí, abrió la puerta y la vio durmiendo, o eso fingía. Suspiró con pesar y rezó para que no la hubiera escuchado.



Óscar aparcó el coche en el garaje con el corazón martilleándole el pecho. La noche había sido movidita. Después de la llamada a Luz, sufrió un ataque de ansiedad como hacía ya tiempo que no le daban. Tuvo que tomarse un tranquilizante, ese del que tuvo que desengancharse y llevaba

siempre encima. Solo por si acaso. Inspiró hasta que sus pulmones dijeron basta y expulsó todo el aire con lentitud. Salió del coche, cargó con la maleta y el maletín, cerró de un golpe el maletero y se encaminó hasta el interior de su hogar.

Ya sin zapatos, se arrastró hasta su dormitorio. Pasó por toda la casa como un autómata, sin mirar hacia ningún lado en concreto y sin percatarse de que Isabel limpiaba el polvo en el salón. Ella, acostumbrada al humor de su jefe, ni se molestó en saludarlo. Al llegar a su habitación, dejó la bolsa de viaje en el suelo, se quitó la chaqueta, se deshizo de la corbata, desabrochó un par de botones de la camisa y comenzó a estirar los brazos y la espalda con un suspiro. La tensión y el viaje la habían entumecido. En cuanto se pusiera el chándal, descargaría todo en el gimnasio.

Unos golpes en la puerta interrumpieron su ejercicio. Dio media vuelta extrañado. Se creía solo en la casa.

—Buenos días, señor Belmonte —lo saludó Luz.

Estaba plantada en la entrada del dormitorio con las manos entrelazadas delante de su cuerpo. Lo miraba con seriedad, pero, a pesar de eso, estaba guapísima. Su larga y rizada melena caía sobre sus hombros en cascada, confiriéndole un aspecto angelical, y se preguntó a qué rayos olería. Continuó con su escrutinio, fijándose en cada detalle de su cuerpo. Estuvo tentado de acercarse a ella. Quería saber si debajo de esa ropa, tan holgada, se escondía una piel suave y dispuesta a recibir sus caricias.

«¡Hazlo! Estás deseándolo».

Frunció el ceño y carraspeó, acallando a esa maldita voz.

—Buenos días —espetó.

Luz abrió ligeramente las aletas de la nariz, y sus mejillas se tiñeron de rojo. Tragó saliva. Parecía enfadada, y no era de extrañar, se había comportado como un gilipollas con ella. No debió de haber sido tan borde. ¿Y qué era eso de amenazarla? Después del ataque de ansiedad, recapacitó sobre lo que había hecho y trató de emplear las herramientas que la psicóloga le proporcionó en su día: ser consciente de su respiración y revivir lo que había ocasionado ese ataque, verlo desde otra perspectiva, como si fuese un espectador, reflexionar sobre su gravedad y si podía arreglarlo.

—Solo quería decirle que los niños han entrado bien en el colegio y preguntarle los planes para el fin de semana. —La voz de Luz interrumpió su recuerdo.

—No hay planes.

Alzó las cejas sorprendida, pero enseguida recompuso su actitud seria.

—¿A qué hora comienza mi jornada de mañana?

—A la hora del desayuno, lo especifica en el horario que le facilité. —¿Por qué había sonado tan borde? No era su intención.

Luz asintió con la cabeza y dio media vuelta dispuesta a marcharse, pero él, que no quería perder la oportunidad de disculparse, añadió:

—Puede comenzar a la hora que le venga bien. —Al ver que ella volvía a mirarlo, aprovechó su atención—. ¿Podemos hablar antes de que se marche?

—Sí, claro. —Cruzó sus brazos delante del pecho y tomó una actitud defensiva.

—Deme cinco minutos para ponerme cómodo —dijo algo más amable—. Espéreme en el despacho, por favor.

La vio asentir de nuevo y marcharse, cerrando la puerta a su espalda. ¿Qué narices estaba haciendo? ¿Por qué, de pronto, quería ser tan amable con ella? Era consciente de que se había pasado con la llamada, pero no debería ir más allá de la disculpa y fijarse en su belleza, ni imaginarse cómo sería su cuerpo desnudo. Sacudió su cabeza y corrió hasta el vestidor, en el que

no tardó ni cinco minutos en cambiarse.

Ataviado con un pantalón de chándal oscuro y camiseta de manga corta blanca, fue hasta el baño para refrescarse la cara y peinarse sin detenerse demasiado en su reflejo. Sabía que sus ojeras se habían acentuado y prefería ignorarlas. Se dio prisa por llegar al despacho, no quería entretener a la niñera más de la cuenta. Al entrar, la pilló tarareando.

—No la entretendré mucho —dijo, tomando asiento.

Ella volvió de nuevo a la actitud defensiva de antes, esta vez alargando su espalda en la silla, mostrando su postura más elegante y altiva, lo arponeó con sus ojos y esperó paciente a que hablara.

¡Vaya! Quedó fascinado con esa pose. Nunca había visto nada tan divino. Pretendía intimidarlo, pero consiguió otro efecto: admiración. En ese instante se preguntó cómo sería verla bailar *El Cascanueces*. Si es que llegó a hacerlo alguna vez, pues en su currículum no especificó si trabajó como bailarina, solo que estudió para ello.

—¿Y bien? —exigió, enarcando una ceja.

Carraspeó y bajó la mirada nervioso. ¿Por dónde empezar?

«¿Qué tal con: soy un gilipollas integral por haberte llamado casi a la hora de dormir y echarte la bronca del siglo?», dijo mordaz su conciencia.

Inspiró y espiró para buscar las palabras correctas. Algo que dijera que lo sentía y que no volvería a comportarse de esa forma. Clavó los ojos en ella y solo le vino una:

—Discúlpame.

Luz alzó las cejas. No esperaba ni sus disculpas ni su atrevimiento para tutearla. Pero no respondió. Óscar supuso que necesitaba algo más que una palabra. Tomó aire de nuevo y habló:

—No sé qué me pasó. —«Mentiroso»—. El estrés del trabajo y el cansancio del viaje hicieron que lo pagara contigo. —«No te lo crees ni tú». Suspiró porque tenía razón—. Gracias por enviarme las fotos y el vídeo, Luz. Me alegra saber que mis hijos se encuentran a gusto contigo. —«¡Por fin lo admites!».

La mujer elevó las comisuras de sus labios, se adelantó y posó una de sus manos sobre las del hombre, que descansaban en el escritorio entrelazadas.

—No se preocupe. —Apretó un poco la mano—. Nos vemos mañana.

Sin añadir nada más, se levantó y se marchó, dejando a Óscar desconcertado. Acababa de perdonarle sin más. ¿Qué clase de persona hacía eso, después de todo lo que le dijo? De pronto, sintió que quizás no se arrepentía de haberla contratado.



Salió del despacho aliviada. Cuando escuchó el coche de Óscar entrar en el garaje, iba dispuesta a cantarle las cuarenta, pero, al verlo en su dormitorio de espaldas, estirando sus músculos, se quedó paralizada y solo atinó a darle los buenos días. Lo que terminó de mortificarla fue ver la camisa medio desabrochada y sus pies desnudos. Ese hombre ceñudo, borde e iracundo estaba como un queso, y ella quería catarlo. Tuvo que hacer un esfuerzo descomunal para recordar por qué estaba enfadada y que era su jefe.

Aunque lo que terminó de rematar la faena fue ese cambio de actitud. ¡Si hasta le había dado las gracias! Sonrió incrédula. Estaba claro que Óscar era la culpabilidad hecha persona. Dispuesta a entenderlo, ideó un plan para el fin de semana que, esperaba, no lo rechazara. Montó

en su coche y arrancó, no quería llegar tarde a la cita con su padre.



Volvió a acariciar esa mano que la agarró tantas veces para realizar giros y piruetas. No pudo evitar la lágrima que surcaba su mejilla.

—Tres años, papá. —Sorbió su nariz—. Creo que ya va siendo hora de levantarse.

Apoyó su cabeza en la cama y se dejó llevar. Hacía mucho que no lloraba delante de él. No quería que la sintiera triste, por eso había llegado a un acuerdo con los médicos y enfermeras. Ella llamaba por teléfono para hablar con su padre, y ellos ponían el manos libres para que él escuchara su voz. Había leído un estudio que decía que la gente en coma podía oír a sus seres queridos.

—Luz, tenemos que hablar.

Se incorporó al oír la voz de Julia, que la esperaba en la entrada de la habitación. Secó sus lágrimas, sonó su nariz con el arrugado pañuelo que tenía en la mano, acarició la mejilla de su padre y siguió a la mujer hasta el pasillo.

—La última resonancia no ha salido bien —informó con voz queda. No era plato de buen gusto darle la noticia—. Además, sus constantes son cada vez más débiles.

—¿Cuánto? —preguntó con la mirada perdida.

—Un mes… quizá dos.

Luz la miró a los ojos con angustia. Desde que ingresó en el hospital San Juan de Dios, después de un grave accidente de tráfico, tuvo la esperanza de que los neurólogos y traumatólogos curarían a su padre. Aunque después de la última operación hacía tres años, se sumergió en un coma profundo y no pudieron hacer nada más que mantenerlo en buen estado hasta que despertara o su cuerpo dijera basta.

—¿Tan poco?

La neuróloga suspiró, esa era la parte que más odiaba de su profesión. Habían hecho todo lo posible por ese hombre. Sin embargo, sus lesiones cerebrales eran tan graves que solo tocaba esperar lo inevitable. Y había sido un milagro que sobreviviera a un coma de tantos años, pero su cuerpo ya no podía más. Apoyó una mano sobre el hombro de la mujer que la miraba con los ojos llenos de lágrimas, se lamentó en silencio y la dejó sola de nuevo. Necesitaba asimilarlo.

Luz no quiso volver a entrar en la habitación. Con un nudo en la garganta, salió con rapidez del hospital, necesitaba desahogarse, y su casa era el único lugar en el que podía hacerlo.

Vagó por su hogar como alma en pena. Escudriñó cada rincón, recordó todos los momentos vividos con su padre: recetas divertidas en la cocina, *ballets* clásicos en la televisión, cuentos antes de dormir, juegos en el jardín, bailes en el estudio… La había conservado, con mucho esfuerzo —sus cuidados médicos se habían llevado, prácticamente, todos los ahorros de la familia—, por si volvía, pero, si no era así, se plantearía ponerla a la venta. No podía vivir ahí sin él. Era demasiado doloroso.

Con el estómago encogido por la posibilidad de perderlo todo, fue directa hasta el estudio de su padre. Allí los recuerdos se acrecentaron: su primer maillot, la sonrisa de orgullo de su padre al verla hacer su primer giro… Se desnudó entre sollozos, quedándose en ropa interior, y se calzó sus zapatillas de *ballet*, que guardaba en un mueblecito al fondo. Calentó con rapidez piernas, brazos, cuello y se acercó hasta el equipo de música. Puso la primera canción que había en el

reproductor, fue hasta el centro de la sala, se colocó en primera posición y esperó a que la canción comenzara. Las suaves notas de un piano la envolvieron, y su cerebro pasó a modo baile. Nada importaba, solo la música y su cuerpo.

La canción comenzó de manera suave, así como sus movimientos. Meció sus brazos de un lado a otro, con lentitud. *Plié*, giro, vuelta a posición. El recuerdo de la llamada de urgencias llegó hasta su mente. *Arabesque*, vuelta a posición. Su padre lleno de sangre, vendas y cables en el hospital. Entonces, como si le leyera la mente, la canción comenzó a acelerar el ritmo, y sus más de veinte años de experiencia como bailarina aparecieron. Al principio, titubeó, no quería forzar la rodilla, pero los recuerdos del accidente de su padre, las operaciones, el coma... Todo llegó como un torbellino a su mente, y bailó con rabia. Su corazón comenzó a bombear con fuerza, su respiración se alteró y el sudor llegó hasta sus sienes. Sabía que estaba forzando demasiado su cuerpo, llevaba mucho tiempo sin bailar y, aun así, no dejó de hacerlo. Iba como loca de una punta a otra de la estancia hasta que un aguijonazo en la rótula la hizo tirarse al suelo. Entonces, estalló, gritando y llorando como nunca.


COLEGIO

7

La llegada al colegio se intuía tranquila, o eso creía Sara, aunque nada más lejos de la realidad. Las mechas verdes de Luz fueron el motivo de cuchicheos entre madres, padres, niñeras y compañeros de clase.

—Qué tengáis un buen día, chicos —les deseó desde el coche—. Mañana nos veremos en casa.

Ni siquiera se molestó en responder. Agarró a su hermano por el brazo y lo guio hasta su clase, para después poner rumbo hacia la suya y aguantar el último día de la semana como pudiera. Al entrar, la recibieron Claudia y sus seguidoras.

—Huérfana —la saludó con desdén—. Dile a tu nueva niñera que me dé el teléfono de su estilista. —Todas se rieron como hienas—. Me encanta su nuevo *look*.

«Ni las mires. Corre y siéntate».

Pero ese día, estaba dispuesta a fastidiarla.

—No huyas, huérfana. —Apoyó las manos en su mesa—. No he terminado contigo.

Agachó la cabeza hasta quedar a la altura de sus ojos y contempló, como cada día, la malicia de esos ojos marrones. Claudia Gómez de los Ríos era la típica niña de bien, guapa, con estilo e hija del famoso constructor Ricardo Gómez y María Isabel de los Ríos, mujer florero por antonomasia. Todos la temían porque usaba el poder que tenía su padre a su antojo, de ahí que nadie le llevara la contraria, ni siquiera el director del colegio. Su familia era su mayor benefactora.

Cuando entró en el colegio, era un encanto y, de hecho, se hicieron muy buenas amigas, pero, con el paso de los años, se convirtió en una arpía si no le seguías el juego, aunque Sara era la excepción y no se metía mucho con ella. Sin embargo, todo cambió cuando su madre murió. Desde entonces, la llamaba huérfana y le hacía la vida imposible.

—¡Jóvenes! —exclamó el profesor de Lengua y Literatura al entrar—. Todos en su sitio y atentos a la lección.

—Por supuesto, señor Pérez —respondió Claudia, que mostró su rostro angelical. Ese con el que se ganaba el beneplácito de profesores y padres del colegio.

La suerte que tuvo Sara era que el señor Pérez venía dispuesto a no darles tregua con las oraciones, por lo que Claudia la dejó tranquila esa hora y la siguiente, que tocaba Religión, y ella cambiaba de clase para ir a Valores. Otro motivo más para sus burlas por no formar parte de su comunidad religiosa.

Al regresar a su pupitre, Claudia la abordó de nuevo.

—¿Qué? ¿Ya habéis aprendido otro conjuro en el aquelarre?

Sara se limitó a mirar al frente e ignorarla. Había días que funcionaba y le daba un respiro, pero ese día estaba especialmente pesada con ella. Incluso los demás, que no participaban demasiado en ese ensañamiento, también reían. No entendió por qué hasta la hora del recreo.

—La niñera de la huérfana está chiflada —se jactó en el patio—. A la nuestra, nunca se le ocurriría ir de esa guisa. Mi padre la despediría *ipso facto*. Aunque hablamos del señor invisible.

Trató de ignorarla, en cambio, la otra chica sacó su móvil de última generación y le enseñó un montaje de Luz y su pelo verde.

—Aquí sale muy favorecida, ¿no crees? —Esbozó una sonrisa malvada.

No entendía las carcajadas de los demás hasta que Claudia amplió la foto y vio un piojo, moviéndose por el cabello de la niñera. El insecto tenía pegada la cara de Sara. Miró a su

alrededor, se dio cuenta de que todos miraban divertidos sus teléfonos y la señalaban. No aguantó más y huyó hasta los baños, se pasó el resto del recreo llorando.

Se sentía humillada, y todo por culpa de Luz. ¿No podía haberse teñido de nuevo el pelo? No, ella tenía que llamar la atención y presentarse con esos pelos verdes, además de esa ropa pasada de moda para dejarla en ridículo. Secó sus lágrimas con rabia al sonar el timbre y volvió a clase dispuesta a vengarse de ella.

Durante el resto de la jornada, aguantó como pudo las burlas y los cuchicheos que la foto había generado, así que la última hora se le hizo eterna. El minutero de su reloj de pulsera se había confabulado con las manecillas para no avanzar. Quedaban diez minutos para salir y no llegaban nunca. ¿A quién se le ocurrió la genial idea de poner la clase de Inglés a última hora del viernes? Con lo bien que estaría en su casa, sin Claudia ni los demás, tirada en su sofá y viendo vídeos musicales… Un bostezo salió de su boca.

—Si tanto le aburre mi explicación, a lo mejor debería salir a pizarra y dar la lección usted, señorita Belmonte —espetó, en un perfecto inglés, la profesora.

Las risas y los murmullos no tardaron en llegar.

«¡Lo que me faltaba!», se encogió en el pupitre, tratando de esconderse lo máximo posible.

—¿Sale o puedo continuar? —insistió la remilgada señora Peach con una ceja alzada.

—Sí, señora Bitch… ¡Peach! ¡Señora Peach!

Todos estallaron en carcajadas al oírla. Se le había escapado nombrarla con el mote que le había puesto Claudia. No era que la mujer pareciese una bruja, era solo por la rima, más bien su mente le había jugado una mala pasada, fruto de los nervios de todo el día. No quiso ni mirarla a la cara y rezó en su interior para que no se hubiese dado cuenta, pese a que sus labios fruncidos y su mirada asesina no auguraban nada bueno. Quiso que la tragara la tierra.

«¡Bocazas!».

Cuando la profesora iba a reprenderla, el timbre sonó.

«¡Salvada por la campana!».

Todos recogieron con rapidez, y ella aprovechó la confusión del momento para salir huyendo de allí. No le apetecía llevar una nota a su casa por mal comportamiento. Llegó con paso rápido hasta la zona infantil para recoger a su hermano.

—¡Sara! —la llamó María—. He dejado una nota en la mochila de Ángel. Quiero una tutoría y, por favor, insístele a tu padre que venga. Es importante.

—Sí, señora Ruiz.

—Llámame María. —Le guiñó un ojo, mientras se despedía del pequeño con una caricia.

La profesora de su hermano era un encanto. Joven, recién salida de la carrera y con una vocación que al resto de profesorado de esa escuela les faltaba. Le devolvió la sonrisa, agarró a su hermano de la mano y tiró de él hasta la salida. Buscó con la mirada el coche de Luz, pero, en su lugar, se topó con el de su padre. Resopló. Había olvidado el día libre de la niñera.

«Perfecto, no tenía ya bastante con lo que ha pasado. Ahora a aguantar su mal humor», pensó mientras arrastraba los pies hasta él.

—Buenas tardes, chicos.

Salió del coche para recibirlos y eso la sorprendió. Normalmente, se quedaba sentado, en silencio y solo les decía un seco «hola» al arrancar. Cuando se acercaron, Óscar se agachó, besó a Sara en la frente, dejándola boquiabierta, y tomó al pequeño en brazos.

—Hola, campeón —susurró, y besó una de sus mejillas.

Ángel le regaló una de sus mejores sonrisas y lo abrazó, lo que provocó que el corazón de su padre diera un vuelco. Ambos cerraron los ojos y disfrutaron de unos segundos llenos de amor.

—Papá, la profe del hermano quiere tutoría contigo. —Aprovechó que estaba de buen humor para decírselo—. La nota está en la mochila.

—Luego lo miro. —Alargó una mano y acarició la cabeza de su hija.

«Vale, ha pasado algo grave y no sabe cómo decírnoslo. ¡La abuela! No, por favor», pensó con el ceño fruncido. Demasiada amabilidad no traía nada bueno.

—¿Y la abuela?

Óscar alzó las cejas y se tornó serio.

—Supongo que en su casa, ¿por qué?

—No, por nada.

Abrió la puerta y se metió con rapidez en el coche, aliviada al saber que su abuela estaba bien. ¿Entonces? ¿A qué venía tanta amabilidad? Algo ocurría, estaba claro.

Óscar, ajeno a las conjeturas de su hija, rodeó el vehículo en silencio, colocó al pequeño en su sillita y le abrochó el arnés.

—¡Señor Belmonte! —Una estridente voz llamó su atención.

Sara quiso morirse en ese instante. La señora Peach corría hacia ellos.

—¿Sí? —respondió Óscar desconcertado.

Una mujer andaba en su dirección con paso rápido. La miró con detenimiento: vestimenta chapada a la antigua, pelo negro recogido en un moño bajo, gafas redondas y pequeñas, y una cara de pocos amigos que lo alarmó.

—Soy la señora Peach. —Le tendió la mano.

—Oh, hola.

—La profesora de Inglés de su hija —añadió, sabiendo que fingía conocerla.

—Sí, claro. —Sonrió avergonzado.

—¿Puedo hablar con usted un momento? —Le indicó con la cabeza que se alejaran un poco del coche.

Asintió y la siguió, conteniendo el aire. Esperaba que su hija no hubiera cometido ninguna falta grave.

Sara los observó a través de la ventanilla con el pánico instalado en el rostro. Su padre la miró de reojo, y supo que le estaba contando lo que había pasado en clase. Esa manera de apretar la mandíbula y sus acusatorios ojos se lo revelaron. No oyó la despedida, pero la cara de satisfacción de la señora Peach y la mirada que le echó su padre a través del espejo retrovisor revelaban que estaría castigada de por vida.



Nada más llegar, Sara intentó escabullirse en la casa en vano. Su padre la llamó.

—Te quiero en mi despacho, ¡ya! —bufó, señalándola con el dedo.

Asintió cabizbaja y fue directa a esperarlo allí. Mientras tanto, sacó al pequeño del coche para intentar tranquilizarse y no pagar con él su enfado.

—¿Cómo te ha ido en el cole, campeón?

Ángel lo miró con ojos redondos, y su padre sonrió.

—No estás acostumbrado a que te pregunte, ¿verdad? Pues eso se acabó. —Chasqueó la lengua—. A partir de hoy, voy a preguntarte todos los días, ¿de acuerdo?

Al no recibir respuesta, se entristeció. A su mente llegó la imagen de cómo lo trataba Luz y la

imitó. Comenzó a hacerle cosquillas, provocándole una carcajada. Ese sonido le indujo un sentimiento indescriptible. Una mezcla de orgullo y amor que lo envolvió, al igual que unas pequeñas manitas alrededor de su cuello. Aspiró su olor, se impregnó de él para anclarlo a su memoria. Con una calma, impropia en él, entró en su casa con Ángel en brazos. Su enfado se había suavizado, y decidió llevarle consigo al despacho. Así no montaría en cólera. No podía. No con él en su regazo.

—¿Quieres contarme lo que ha pasado en clase de Inglés? —preguntó con calma al tomar asiento.

Ángel comenzó a toquetear los papeles que había sobre el escritorio. En otra ocasión, se los habría arrebatado con furia, sin embargo, se limitó a darle un lápiz para que dibujara en uno de ellos. Total, podría imprimirlo de nuevo.

Sara, testigo de todo, no salía de su asombro. Era la primera vez que su padre permitía que su hermano pintara en sus papeles. De hecho, era la primera vez que lo tenía encima de sus piernas en su despacho. Era todo muy extraño, así que decidió contarle la verdad. Lo mismo ni le echaba la bronca.

—La llamé *bitch* sin querer —murmuró, mirándose las manos.

Óscar acarició la cabeza de su hijo, buscando la manera de responder a eso sin parecer muy brusco.

—Nadie llama bruja a una persona sin querer.

—Es que Claudia la llama así todo el tiempo.

—No tiene justificación —espetó con toda la paciencia del mundo.

—¡Jo! Me he confundido —replicó—. Es que encima rima con su apellido.

—Me da igual que rime o no, Sara. —Alzó un poco la voz, sin pretenderlo y asustando al niño. Inspiró para intentar calmarse y acarició la espalda del pequeño—. No puedes hacer esas cosas. Le debes un respeto. Así que le vas a escribir una nota de disculpa y se la darás la próxima vez que tengas clase con ella.

—¿Delante de todos? —Abrió los ojos como platos.

—Delante de todos.

—Pero, papá. —Saltó de la silla para convencer a su padre de que aquello avivaría aún más la guerra que le tenían declarada Claudia y los demás.

—No sigas, que aún puedo castigarte. —Levantó una mano y dio por zanjada la conversación.

Resopló, enfadada, y salió corriendo del despacho, pegando un portazo. Óscar miró a su hijo, besó su coronilla y lo abrazó por detrás, así buscaría la calma que necesitaba para no correr detrás de su hija y gritarle. Fue entonces cuando le vino a la cabeza el apellido de la profesora.

—Señora Peach, señora *Bitch* —susurró para sí mismo, y comenzó a reírse al comparar las dos palabras—. Es gracioso, aunque no se lo digas a tu hermana, ¿de acuerdo? —le dijo al pequeño, que lo miró con atención al escuchar su risa.


REALIDAD

8

Su día libre se había convertido en una pesadilla. Después del desesperado baile en el estudio y su llanto incontrolable, Luz se metió en la ducha. Intentó relajarse. No pudo. Tan solo la idea de no volver a verlo le oprimía el pecho. Aunque siempre fue consciente de su marcha, había mantenido la esperanza de que despertara en cualquier momento. Buscó decenas de casos milagrosos en los que el paciente se encontraba más grave y al final despertó.

Se dirigió hasta el salón para tumbarse en el sofá. A pesar de ser casi mediodía, no le apetecía comer. Cuando estaba a punto de acomodarse, un mensaje llegó a su móvil. Bufó porque no tenía ganas de hablar, pero su curiosidad se impuso y lo miró.

«Tú, yo y los setenta en Come y baila esta noche, ¿qué me dices?».

Una leve sonrisa llegó hasta su boca. Isaac tenía el don de la oportunidad. Siempre que ella estaba triste, aparecía como por arte de magia. Si no creyera en esas cosas, diría que era adivino. Come y baila, su restaurante temático y local de fiestas favorito. Cada viernes celebraban un concurso de baile enfocado en una década en concreto. Casi a todos los que se presentaban, les ganaban porque eso se les daba mejor que bien. Sin embargo, no tenía cuerpo para fiestas, así que se inventó una excusa.

«Lo siento, hoy me quedo en casa a descansar. Estos primeros días de trabajo han sido duros».

La llamada no se hizo esperar.

—¿Desde cuándo a mi chica le parecen duros los primeros días de un trabajo?

Se lo imaginaba con una ceja levantada, su sonrisa torcida y su pose de canalla. Por todo eso, por su peculiar manera de ver la vida y su acento francés, se enamoró de él. De eso hacía mucho. Ahora eran solo buenos amigos y pareja esporádica de baile.

—Isaac…

—¡Eh! ¿Qué ocurre, *beau*?

—No me apetece hablar de ello —respondió con la voz rota, con él no podía fingir.

—Voy para tu casa.

Colgó sin darle tiempo a réplica. También era un cabezota de cuidado y no admitía una negativa, por lo que suspiró, resignada, y se tiró en el sofá a esperarlo. Aunque, en el fondo, necesitaba desahogarse con alguien, y él era perfecto para eso. La escucharía y la apoyaría, como siempre. Luego intentaría llevársela a la cama, eso era algo que no podía evitar. Isaac era un bohemio y practicaba el amor libre, cosa que ella respetaba, pero no compartía. Por eso y por muchas cosas más, ya no estaban juntos.

El timbre la devolvió a la realidad. Se arrastró hacia la puerta y la abrió sin ganas.

—Hola —la saludó con ternura.

La recibió su metro noventa de pura fibra, ojos verdes y cabello rebelde dorado. Vestido con unos vaqueros desgastados y una sencilla camiseta blanca, estaba condenadamente guapo. Se acercó, la rodeó con sus fuertes brazos y besó su coronilla. Eso bastó para que se dejara llevar y lloró sobre su pecho.

—Shh. Ya estoy aquí, *mon petit.*

La cargó sin esfuerzo en sus brazos, cerró la puerta con un pie y la llevó hasta el sofá. Tomó asiento sin soltarla, la colocó a horcajadas sobre él y acarició su espalda en silencio, esperando que se tranquilizara.

—Vamos, cuéntame lo que ha pasado —dijo, escrutando sus ojos y confirmando lo que intuía —. Tu padre, ¿verdad?

El labio inferior de Luz comenzó a temblar.

—Ven aquí.

Volvió a abrazarla con fuerza y dejó que se desahogara. Eso era lo mejor de Isaac, que no te agobiaba. Se refugió en ese pecho que tan bien conocía, se aferró a su camiseta y lloró hasta quedarse casi sin lágrimas. No supo cuánto tiempo estuvieron así, tuvo que ser bastante porque ya comenzaba a estar incómoda en esa postura. Se apartó y se colocó en el sofá junto a él.

—Toma. —Le ofreció la caja de pañuelos que estaba sobre la mesita auxiliar.

Mientras Luz se limpiaba los ojos y sonaba su nariz, Isaac se levantó para estirar las piernas. Caminó hasta la cocina, trasteó en ella y volvió con un vaso de agua en la mano.

—Gracias.

Le quitó importancia con un gesto de la mano. Tomó asiento de nuevo, a su lado, y esperó a que ella bebiera y se recompusiera, acariciándole una de las piernas, que tenía cruzadas en forma de indio.

—La neuróloga ha hablado conmigo —dijo con voz queda.

Isaac clavó los ojos en los suyos.

—¿Cuánto?

—Un mes…, quizá dos —repitió la frase de la doctora.

Asintió y suspiró. Perdió su mirada hacia el frente. Sabía que llegaría ese momento, era cuestión de tiempo que el cuerpo de Fabián fallara. ¡Maldita sea! Ojalá hubiera podido hacer algo. No se lo merecían, pero era inevitable.

—Ya hablamos de esto, cariño —se lamentó.

—Lo sé —sollozó—, pero es que no puedo perderlo a él también, Isaac.

Volvió a mirarla, alzó la mano y acarició una de sus mejillas. Tragó el nudo que se le formó en la garganta. No podía verla así, tan vulnerable, con sus preciosos ojos enrojecidos y derrotada. Era su talón de Aquiles. Y eso lo mataba por dentro. Su lucero no debía venirse abajo porque, si ella lo hacía, él iría detrás. Había sido la única mujer que intentó llevarle por el buen camino, pero su mala cabeza y unas rubias demasiado tentadoras lo estropearon todo. Al menos, mantuvo su amistad, perdonándole por la canallada que le hizo, y eso decía mucho de ella.

Agarró su rostro con ambas manos y se acercó hasta sentir su aliento. La besó en la boca con ternura. Fue un beso fugaz cargado de intenciones.

—Sabes que aquí me tienes —murmuró contra sus labios y volvió a besarla.

Luz cerró los ojos y abrió ligeramente la boca. Necesitaba consuelo, y él estaba más que dispuesto a dárselo de la única manera que sabía. La besó, esta vez con más ahínco, buscando su lengua tentadora. Ella rodeó su cuello y entrelazó los dedos en su pelo. Con él era todo tan fácil… solo dejarse llevar por el aquí y ahora. Pasión y libertad. Recordó todos los momentos que vivieron durante años: el baile en televisión como pareja; los viajes a paraísos como Bali; las noches interminables de sexo salvaje. Pero también recordó la soledad que sentía cuando Isaac se perdía durante días, sus discusiones y las rubias con las que lo pilló en la cama. Se apartó de golpe con la respiración entrecortada.

Él volvió a la carga, pero ella lo frenó poniéndole la mano en el pecho.

—No puedo —susurró.

—¿Por qué? No hacemos nada malo. —Intentó besarla de nuevo.

Le empujó y se levantó de un salto.

—No lo estropees, por favor.

La miró con una disculpa en sus ojos y no solo por haberla besado, el peso de la culpa le acompañaría para siempre. Le hizo mucho daño y no se lo perdonaría jamás. Se levantó, la

abrazó y posó los labios en su frente.

—Te quiero. —Luz cerró los ojos y suspiró. Ella también lo quería, pero no lo confesaría. No quería darle pie a nada—. Si quieres que me marche, lo comprenderé.

Se apartó para mirarlo a los ojos. Estaba siendo sincero y eso la reconfortó.

—Quédate como amigo —le pidió.

—Como amigo. —Le regaló una de sus mejores sonrisas y la guio de nuevo hasta el sofá.



Luz tragó el último bocado que su estómago le permitió.

—No puedo más. —Retiró el plato y se repanchingó en la silla.

Isaac arqueó una ceja.

—Si apenas has tocado el plato.

—De verdad que no puedo.

En otra ocasión, hubiera devorado la deliciosa pasta al pesto que le había preparado, pero el nudo que tenía en el estómago le impedía comer más. En diez minutos, volvería a la clínica a ver a su padre. Quería aprovechar lo máximo posible a su lado.

—Está bien —gruñó—. Pero esta noche cenarás —le advirtió, señalándola con el dedo.

—¿Esta noche? —preguntó extrañada.

—Sí, no te vas a librar así como así de mí, *ma belle.*

Torció una sonrisa seductora mientras recogía la mesa. En el fondo, Luz había esperado que se quedara hasta el día siguiente con ella. Sin embargo, no le parecía buena idea porque, aunque él no había vuelto a besarla, no descartaba otro intento y no sabía si tendría fuerzas suficientes para rechazarlo de nuevo.

—¿Nos vamos?

Asintió y lo siguió hasta el exterior, donde descansaba su Tesla descapotable rojo. Esbozó una sonrisa al verlo.

—¿Te acuerdas cuando lo probamos? —Alzó ambas cejas varias veces.

Luz negó con la cabeza, cada vez que montaba en su coche le hacía la misma broma. Con probarlo, se refería al día que recogieron el vehículo en el concesionario y lo estrenaron con una de sus muchas sesiones de sexo al aire libre. El rugido, tan familiar, del motor inundó el jardín. Se acomodó en el asiento y cerró los ojos cuando la capota dejó paso a los rayos de sol. El día era tan alegre, y ella estaba tan rota.

Tardaron cinco minutos en llegar. Se apearon del coche, y varias miradas femeninas se posaron sobre el dueño. Isaac les guiñó un ojo, ganándose un codazo de Luz.

—¿Qué? —Alzó las manos de forma defensiva—. Solo les doy un poco de cariño. El resto es todo para ti, *chérie* —dijo, señalándose a sí mismo.

La mujer puso los ojos en blanco, sabía que lo hacía para distraerla, por eso no la molestó demasiado. Entraron en el hospital, y la recepcionista, que ya la conocía bien, solo se limitó a saludarla en silencio. Fueron hasta el ascensor y subieron hasta la última planta. Isaac la tomó de la mano cuando salieron, la acompañó hasta la puerta de la habitación, la besó en la coronilla y dejó que entrara sola. Nunca había entrado con ella. No quería recordar al gran Fabián Duval postrado en una cama, y Luz respetaba su postura.

Caminó hasta el sillón que estaba junto a la cama, lo arrimó todo lo que pudo y tomó asiento.

—Isaac está fuera —susurró—. ¿Recuerdas cuando lo conocimos en el Olympia? Nos llamó la atención a los dos. Tú viste en él un bailarín en potencia, y yo al amor de mi vida. —Sonrió con tristeza—. Cómo han cambiado las cosas, ¿verdad?

Acarició su mano derecha, haciendo caso omiso de las vías y esparadrapos que las rodeaban. Su mente viajó hasta el *backstage* del Olympia Music Hall, y un joven se acercó a ellos. Al cruzar su mirada con la suya, supo que le iba a dar más de un quebradero de cabeza. Y no se equivocó. Los tres estuvieron un par de horas hablando sobre *ballet* y la vida entre bambalinas. Fabián le dio su número y lo ayudó a encontrar trabajo en España. Desde entonces, forjaron una bonita amistad que se estrechó aún más cuando comenzaron a salir. Su padre aprobó esa relación desde el principio, pese a que le advirtió sobre la vida bohemia de Isaac.

—Si eres capaz de soportarlo, adelante —le dijo entonces—. Pero ese tipo de personas no cambian nunca, pequeña. Lo sé muy bien.

En ese momento, no fue consciente de que le hablaba de su madre. Con el paso de los años, fue descubriendo cómo era en realidad la persona que la trajo al mundo. Aunque seguía sin saber por qué los abandonó y, por desgracia, ese secreto se lo llevaría su padre a la tumba. Una lágrima surcó una de sus mejillas. Se recostó sobre la cama y dejó la mente en blanco.



Una hora después, caminaban sin rumbo por el parque situado en el centro del pueblo. Lugar de esparcimiento de pequeños y mayores. Algunos lo llamaban el Miniretiro. Tenía un circuito donde hacer ejercicio, rodeado de césped y árboles frondosos donde cobijarse y hacer pícnics; también había un pequeño estanque donde los chiquillos navegaban con sus barcos de juguete y los jóvenes, y no tan jóvenes, podían pasear en barca.

Isaac la condujo hasta el embarcadero.

—¿Te apetece? —preguntó, señalando una de las barcas amarradas.

—Vale —suspiró. Un paseo por el agua le vendría bien para relajarse.

Mientras Isaac se acercaba al hombre que gestionaba el embarcadero, Luz miró hacia el estanque. Solo había una embarcación en el centro. Era una pareja, ya entrada en años, que se hacía carantoñas, sin prestar atención a su alrededor. Solos los dos. En cierta manera, los envidiaba. Ella siempre había soñado llegar a esa edad junto con alguien que la mirara de la misma manera en que el hombre lo hacía a la mujer. Con devoción.

—Ya está. —Isaac interrumpió sus pensamientos—. Es esa. —Le señaló la primera barca libre y la guio hasta ella.

Primero montó él, le tendió la mano para ayudarla a subir y se acomodaron, cada uno en un extremo, y comenzó a remar en silencio. Luz se hizo un ovillo, cerró los ojos y se dejó llevar. Abrió sus sentidos, atenta al rumor del agua y los remos, el canto de los pajaritos volando sobre sus cabezas. El murmullo de algunos padres con sus hijos y los susurros de la otra pareja, que parecían cada vez más cercanos.

—¿Luz?

Abrió los ojos y se sorprendió al ver a Alicia entre los brazos de un hombre.

—¡Oh! Hola.

—¿Qué haces aquí? —La mujer sonreía tensa.

Luz los observó con detenimiento. Todo parecía indicar que era una pareja más, pero había

algo que no cuadraba. Ladeó la cabeza y miró hacia sus manos entrelazadas. ¡Claro! Ninguno llevaba alianza. ¡Ja!

—Dando un relajante paseo, al igual que tú —respondió divertida.

—Él es Roberto, un amigo. —Soltó sus manos. Saltaba a la vista que los había pillado in fraganti.

El hombre la saludó con un escueto «encantado» y se apartó ligeramente de Alicia, pero no mucho. Luz dedujo que su relación no era conocida entre sus allegados. Sin darle mucha importancia, decidió presentarle a su acompañante.

—Este es mi amigo…

—¡Isaac Michel! —exclamó emocionada.

El aludido sonrió, coqueto, e inclinó la cabeza a modo de saludo, y Luz quiso que la tragara la tierra porque, si lo conocía, sabría quién era ella realmente.

—Sabía que te conocía de algo. —La señaló con un dedo—. ¡Eres la hija de Fabián Duval! —Aplaudió feliz—. Verás cuando se entere Óscar.

—¡No! —gritó al oírla decir eso—. Por favor, Alicia —añadió bajando la voz. Había sonado demasiado brusca—. No le diga quién soy en realidad. —La mujer la miró, extrañada—. Mi trabajo actual es cuidar de sus hijos, nada más.

—Entiendo. —Los miró a ambos pensativa—. Te guardo el secreto si tú guardas el mío —susurró.

Luz suspiró aliviada.

—No sé de qué me habla, señora.

Ambas se guiñaron un ojo.



El resto de la tarde la pasaron paseando y hablando de cosas banales. Después fueron al supermercado a comprar los ingredientes para la cena: ensalada de rúcula, mix de lechugas, queso de rulo de cabra, nueces, pasas y vinagre balsámico, y que terminaban en ese momento.

—Exquisita, como siempre —murmuró Luz, soltando el tenedor. No había dejado nada en el plato.

—*Merci mademoiselle.*

Hizo una exagerada reverencia y comenzó a recoger la mesa mientras ella se trasladaba al sofá para esperar el postre: fresones con nata. Miró hacia la cocina y disfrutó de la vista. Era una delicia verlo en acción. Cómo se marcaban los músculos en su camiseta, sus ligeros y elegantes movimientos, su culo respingón. Comenzó a sentir el calor de la excitación y tuvo que apartar sus ojos de él.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó al llegar junto a ella.

—Sí, claro. —Esbozó una falsa sonrisa.

—¿Seguro? —Tomó asiento a su lado y le ofreció uno de los cuencos que llevaba en la mano —. Te has ruborizado.

—Será la comida, que me ha sentado muy bien.

Se llevó un fresón a la boca sin mirarlo a los ojos. La conocía demasiado bien como para adivinar sus pensamientos.

—*D'accord.*

La imitó y se llevó una pieza de fruta a sus carnosos labios, pero no la mordió. En su lugar, sacó la punta de la lengua y comenzó a lamer la nata, sin apartar los ojos de ella. Luz abrió ligeramente los labios. Isaac la saboreó con un ronroneo, y ella se relamió los labios sin darse cuenta. Entonces, él se metió la pieza entera en la boca y masticó con sensualidad. Luz carraspeó y se removió nerviosa en el sofá, lo que le provocó una carcajada.

—¿Qué pasa?

Isaac se acercó hasta su oído.

—Eres un libro abierto para mí, *chérie*. Sé que te excita verme cocinar —susurró—. Pero no voy a tocarte. —Se alejó y alzó las manos—. A no ser que tú me lo pidas, no lo haré. Estoy aquí como amigo.

Luz sonrió.

—Y yo te lo agradezco —susurró a su vez—. Así que deja de provocarme, listillo. —Le propinó un puñetazo en el brazo y los dos arrancaron a reír.



Se revolvió inquieta en la cama.

—¿Por qué tienes que irte, mami?

—Cariño, dentro de poco nos volveremos a ver, pero ahora tengo que irme a un sitio…

—¡No! ¡Mami!

—Nunca olvides que te quiero.

—¡Mami!

Despertó con la respiración agitada y la cara empapada en sudor. Luz pasó sus manos por el rostro en un intento de tranquilizarse. Hacía mucho tiempo que no tenía esa pesadilla. Mucho. ¿Por qué ahora?

Su mirada, perdida en el espejo situado frente a su cama, reflejaba la imagen de una niña de cuatro años, aferrada a la pierna de su madre para impedir que se marchara de su lado. De nada sirvieron aquellas súplicas, los llantos, los gritos... Se marchó para siempre.

—¿Qué ocurre, *beau*? —preguntó Isaac, restregándose los ojos.

Ella lo miró sorprendida durante unos segundos, hasta que recordó su día juntos. Él se incorporó y acarició su espalda.

—¿La pesadilla?

Habían dormido muchas noches juntos como para saber a qué se refería. Sin mediar palabra, se acercó hasta su boca y comenzó a besarlo con desesperación. Él fue reticente al principio, incluso la apartó, pero, al ver la súplica en sus ojos, no lo dudó. La dejó hacer. Se dejó utilizar con tal de que su sufrimiento se desvaneciera.


FIN DE SEMANA

9

Por primera vez en meses, Óscar durmió del tirón toda la noche. Y todo gracias a la calma que intentó mantener el día anterior con sus hijos. A cambio, Ángel le regaló todo su cariño. Ya había olvidado lo que era eso y echaba de menos a los dos, pero Sara era otro cantar.

—Buenos días —la saludó al entrar en la cocina. Estaba desayunando un tazón de cereales con leche.

—Buenos días —espetó.

Ignoró su mal humor. Era consciente de su malestar por el castigo que le impuso, pero no iba a ceder ni a dejarse salpicar por ese sentimiento. Quería pasar un fin de semana en paz y relajado. Se hizo un café de cápsula, metió una rebanada de pan en el tostador y tomó asiento en la mesa. Observó a su hija, que lo miraba de reojo, y se dio cuenta de lo que se parecía a Mónica. Cada día más. Alargó el brazo y recogió uno de los mechones que le caían sobre la cara y se lo puso detrás de la oreja para admirar mejor su perfil.

—¿Qué? —Se apartó.

No le reprochaba su actitud defensiva. Él tenía la culpa de que su niña, su chiquitina, fuera así. Se dedicó a apartarla, apartarlos de su estresada y triste vida sin apenas darse cuenta.

—Nada —suspiró con pesar y fue a por su tostada. Cuando le echaba el aceite, alguien tiró de su pantalón de chándal—. Buenos días, campeón.

Ángel alzó los brazos pidiendo atención, y su padre estaba dispuesto a dársela. Lo cogió, besó su mejilla, dejó a un lado su pan tostado y comenzó a calentarle un poco de leche en un cazo.

Sara no perdía detalle. A su padre le pasaba algo. No era normal que se comportara de aquella forma. Por su mente, pasaron todas las posibilidades y ninguna era buena. ¿Por fin había decidido mandarlos a un internado y por eso estaba tan contento? No, no podía ser. No lo veía tan retorcido. ¿Y si estaba enfermo? ¿Y si le quedaba poco tiempo de vida? ¡No! El estómago le dio un vuelco al imaginarlo. Se levantó como un resorte de la silla y corrió hasta él para abrazarlo con fuerza desde atrás.

—¡Eh! —Sorprendido por el arrebato de su hija, acarició su cabeza—. ¿Qué ocurre?

Cuando iba a conseguir despegarla de su espalda, alguien irrumpió en la cocina.

—¡Buenos días! —los saludó Luz.

En ese instante, Sara huyó hacia su habitación, dejándolos boquiabiertos.

—¡Caray! No esperaba ese recibimiento —dijo divertida—. Buenos días, precioso —se dirigió al pequeño, que le echó los brazos encima.

Óscar le pasó a su hijo y continuó con su tarea.

—¿Café?

—No, gracias, ya he desayunado en casa.

Tomaron asiento, y el niño quiso volver al regazo de su padre. Luz los miró maravillada: Óscar solo tenía ojos para Ángel. La idea de haberlo hecho partícipe de su día a través de fotos y vídeos funcionó, y tenía que aprovecharlo.

—¿Qué le parece si mañana pasamos el día en el parque? —preguntó de pronto—. Alicia podría acompañarnos.

Cuando estuvo el día anterior, pensó que era el sitio perfecto para hacer un pícnic en familia, y qué mejor manera para terminar de conectar y perdonarse.

El hombre la miró inexpresivo, y ella se preparó para cualquier reacción negativa. Sin embargo, no le dejó de sonreír. Estaba rota por dentro, pero ese fin de semana quería centrarse en

esa familia y rezar para que su teléfono no sonara.

Óscar frunció el ceño al ver su expresión. ¿Parecía triste o era cosa suya? ¿Debería preguntarle? No, claro que no. Seguramente solo era su impresión, no la conocía tanto como para inmiscuirse en sus asuntos.

—De acuerdo, avisaré a mi madre —respondió sin darle importancia a sus pensamientos.

Ella asintió satisfecha y comenzó a hacer la lista de la compra.



Sentados en unos de los bancos de madera, distribuidos por la zona habilitada para comer, Alicia y Óscar disfrutaban de la comida. Luz y los niños lo hacían en una manta que habían extendido a un lado.

—Ha sido una idea fantástica venir a pasar el día aquí. Gracias por invitarme, hijo.

—En realidad, ha sido idea de Luz —dijo sin apartar su mirada de la niñera.

—Pues espero que la próxima vez salga de ti —añadió, agarrando una de sus manos.

Óscar se la llevó a los labios y la besó. Tenía razón, era maravilloso ver a su familia relajada, sin más obligación que la de disfrutar del entorno y de unos ricos sándwiches que Luz había preparado con mimo. Esa mujer lo sorprendía con cada cosa que hacía. En ese instante, estaba convenciendo a Sara para que jugara con ella y su hermano a la pelota. Sonrió sin darse cuenta.

—¡Óscar! ¡Alicia! Animaos a jugar —los llamó, enseñándoles la pelota.

—¿Qué dices, mamá? —preguntó al levantarse—. ¿Te animas?

Lo miró con los ojos muy abiertos. Hacía mucho que no lo veía sonreír. Jugaron como nunca, pasándose la pelota, tirándose al suelo, rompiendo a carcajadas cuando alguno hacía trampas. Incluso Sara, que al principio no quería, se unió a ellos.

—¡Tramposos! —gritó cuando Óscar y Luz se confabularon para hacerla rabiar.

—¿Nos acusas de hacer trampas? —fingió indignación la niñera.

—Eso no está bien, señorita —añadió su padre—. Debe presentar pruebas de que hacemos trampa, si no, la castigaremos.

—¿Castigo? —replicó sin saber si estaban de broma.

Los dos adultos se miraron cómplices y echaron a correr para atrapar a Sara que, al verles venir, gritó y huyó. Alicia, por su parte, reía a carcajadas por la estampa, a la que se unió el pequeño para intentar coger a su hermana. Óscar fue quién lo consiguió y la retuvo entre sus brazos.

—¿Cuál es la sentencia, señoría? —le preguntó a Luz.

Ella fingió meditarlo, adoptando una pose solemne.

—Cosquillas —susurró mientras les señalaba con el dedo.

—¡No! Cosquillas no, por favor —gritó, entre risas, la acusada.

Cayeron al suelo, y su padre comenzó su cometido. Luz aprovechó para grabarles un vídeo que, estaba segura, les gustaría ver.

—¡Basta, papá!

—Dame un beso, y pararé.

—¡Por favor!¡Abuela!

—Ya lo has oído, cielo —dijo con las manos alzadas—. Dale un beso, y parará.

—¡Está bien!

Óscar se detuvo, sin soltarla, esperando. Sara se alzó sobre sus codos —seguían en el suelo— y besó su mejilla. Fue entonces cuando él aprovechó para abrazarla. En un primer momento, ella se quedó quieta, pero al sentir la familiar calidez de ese abrazo, le correspondió. Los dos suspiraron al mismo tiempo. Había pasado demasiado tiempo desde la última vez que se abrazaron. Ángel, que estaba junto a su abuela, corrió hacia ellos y se unió.

—Gracias —dijo Alicia con lágrimas en sus ojos.

—No he hecho nada del otro mundo —respondió Luz, que encogió los hombros.

—Sí que lo has hecho. —Posó una mano sobre su brazo.



Después del juego, decidieron descansar un rato. Alicia se recostó en una de las sillas plegables que habían llevado, mientras que Luz y los niños se tumbaron en la manta. Óscar había ido a buscar un par de cafés y dulces al quiosco que había en el parque. Al regresar, se encontró a su madre y sus hijos dormidos. Luz se levantó con cuidado y fue a por su café.

—Se han quedado fritos —susurró divertida.

—Sí, están exhaustos.

Tomaron asiento uno junto al otro en el banco de madera mientras observaban la calma de los durmientes. Luz bebió un poco de café y enrolló uno de sus rizos en el dedo índice de la mano libre. Óscar la miraba con disimulo, ¿qué es lo que pasaría por su cabeza para tener esa mirada tan triste? Sintió la necesidad de saberlo, de consolarla, pero se contuvo. ¿Qué era aquella sensación que salía de su pecho? Carraspeó y se obligó a despegar sus ojos de ella. Necesitaba alejarse de su lado, por lo que soltó el vaso, ya vacío de café, en la mesita de madera, se levantó y caminó hasta un árbol cercano. Lo suficientemente cerca de su familia, pero lejos de esa mujer que había irrumpido en su vida y que le provocaba sentimientos ya olvidados.

Apoyó su espalda en el tronco, con la mirada perdida hacia unos años atrás pensando en cómo había cambiado todo de la noche a la mañana. Eran tan felices, estaban tan ilusionados con volver a ser padres… Sintió una presión en el estómago y tragó el nudo que se le formó en la garganta.

—¿Se encuentra bien? —Luz estaba a su lado.

—Sí —carraspeó para espantar los recuerdos—. Y, por favor, tutéame.

Asintió con la cabeza.

—La echas de menos, ¿verdad?

Óscar no respondió, solo frunció el ceño, incómodo y miró hacia el frente.

—Lo siento, no quería molestarte —susurró, alejándose unos pasos.

Se sintió un imbécil. Se notaba a leguas que algo le pasaba y él era un borde.

—Todos los días —respondió hacia su espalda.

La niñera clavó sus ojos en los suyos y lo que vio le desgarró el alma. Sin mediar palabra, se acercó de nuevo, agarró una de sus manos y la acarició con una ternura y suavidad que nunca había sentido. De nuevo, asustado, levantó su duro muro de hormigón, apartó con brusquedad su mano, y la dejó allí contrariada.

—Voy a despertar a los niños —dijo sin mirarla—. Es hora de marcharnos.

Ella tragó saliva y miró hacia el cielo, intentando reprimir las lágrimas. Sacudió la cabeza.

«Hoy estás muy sensible, no lo tomes en cuenta», se dijo.

Inspiró profundo, exhaló y dio media vuelta con una de sus muchas sonrisas, dispuesta a terminar bien el fin de semana.

Después de dejar a Alicia en su casa, llegaron en seguida al hogar de la familia.

—¡Vamos, chiquitín! Es hora del baño —anunció Luz cuando terminó de colocar las cosas del pícnic.

—Déjame a mí —intervino Óscar.

Le miró boquiabierta.

—¡Claro! —respondió feliz ante la idea de que se implicara en los cuidados de su hijo.

Sara, que subía las escaleras, sintió una punzada en su pequeño corazón. La idea de que a su padre le ocurría algo malo no se iba, y eso la ponía aún más nerviosa. Se encerró en su cuarto entre lágrimas silenciosas.

Ajenos a lo que le estaba ocurriendo, Luz y Óscar reían divertidos con Ángel. Una vez terminaron en el baño, lo secaron y vistieron entre los dos. Se compenetraron a la perfección, y eso reconfortó al padre, que, por fin, creía haber encontrado a la niñera perfecta para ellos.

—Gracias por tu ayuda —soltó sin pensar.

—Es mi trabajo —respondió ella mientras peinaba el cabello del pequeño.

—Sí, pero haces que no lo parezca.

Luz le miró a los ojos y sintió que quiso decir algo más. Ambos se quedaron paralizados. Conectaron sus miradas, lo que les hizo temblar. Él de miedo, y ella de emoción. Por un momento fugaz, se les pasó por la mente acercar sus labios. De hecho, sus cuerpos ya estaban casi pegados.

«Esto no está bien, es tu jefe».

«¡Vamos! Lo estás deseando», gritó la mente de él.

El momento de intimidad se esfumó cuando el timbre de la casa comenzó a sonar. Óscar aprovechó para huir en silencio, dejando a Luz turbada y acalorada.

Mientras abría la puerta de entrada, el hombre aprovechó para calmarse. Su ansiedad amenazaba con volver. Había estado a punto de cagarla.

—¡Hermanito! —Un cuerpo se abalanzó sobre él.

—¿Enrique? —Se zafó de su abrazo—. ¿Qué haces aquí?


¡SORPRESA!

10

La cara de Óscar al verle plantado en la puerta de su casa no daba lugar a dudas: estaba cabreado.

—¿Qué haces aquí? —gruñó.

—¡Vaya! Yo también me alegro de verte.

Entró con rapidez sin que pudiera evitarlo. Lo siguió hasta el salón, molesto por su visita. ¿Qué hacía su hermano allí? Lo creía en Barcelona.

—He decidido que voy a quedarme con vosotros un tiempo —dijo mientras soltaba un macuto negro en el suelo—. ¡Oh! Hola —dijo, mirando por encima del hombro de su hermano—. ¿He interrumpido algo? —Preguntó divertido.

Óscar puso los ojos en blanco y supuso que Luz estaba detrás de él.

—Enrique, esta es Luz —Se volvió hacia ella y la animó a acercarse—. La nueva niñera de Ángel y Sara —Recalcó esto último—. Este es mi hermano.

El hombre, que se parecía a su jefe, se acercó y la escrutó con unos llamativos y bonitos ojos verdes. Al llegar a su altura, le plantó dos besos demasiado cerca de la comisura de sus labios.

—Encantada, Enrique —susurró ruborizada.

Ese hombre desprendía sensualidad por todos los poros de su piel.

—Llámame Quique, Preciosa.

Su tono de voz y su manera de mirarla hicieron que sintiera calor, por lo que, nerviosa, se excusó y se marchó.

—Bueno, os dejo que os pongáis al día. Nos vemos en la cena. Hasta luego.

—Hasta luego —se despidió Óscar.

—¡Un placer! —gritó su hermano.

Enfadado por su actitud, Óscar se volvió hacia él.

—Ni se te ocurra —Le advirtió con un dedo.

—¿Qué?

—Ya sabes a lo que me refiero —gruñó—. Luz es la mejor niñera que hemos tenido hasta ahora, y no quiero que te acerques a ella.

Quique puso los ojos en blanco, gesto que hacía que se parecieran más aún.

—Ya te pedí perdón por aquello. No seas tan rencoroso.

—¿Rencoroso? —Se acercó a él—. Aún tengo que aguantar sus insultos.

—Vamos, hermanito —resopló—. No creo que sea para tanto.

Se acercó hasta quedar demasiado cerca de su cara.

—Te acostaste con la mujer del dueño del gimnasio, y tuve que darme de baja. Ni siquiera puedo pasar por la puerta sin que me grite.

Le dio una palmada en el hombro en un intento de calmarlo.

—Míralo por el lado bueno, ahora tienes un estupendo gimnasio gratis y sin tener que desplazarte.

A raíz de aquello, Óscar adecuó una parte del garaje y compró una cinta para correr y un banco de pesas. Iba a responderle con una bordería, pero prefirió calmarse, estaba demasiado interesado en su visita.

—¿Me vas a decir por qué estás aquí?

—Ya te lo he dicho: quiero pasar un tiempo con vosotros, nada más.

Entornó los ojos. No se lo creía. Quería a su hermano, pero lo conocía demasiado bien como para saber que no era una persona muy familiar. Sus visitas nunca duraban más de tres días.

—Vale. —Ya tendrían tiempo de hablar a solas. Era casi la hora de la cena, y todavía tenía que ducharse—. Ya sabes dónde está tu habitación. Todo está limpio.

Lo dejó a solas para que se instalara, y Quique suspiró aliviado. No quería dar explicaciones sobre el motivo que lo condujo a huir de Barcelona. Negó con la cabeza. Necesitaba tiempo. Eso era todo.



—¡Tito!

Sara se colgó de su cuello.

—¡Hola, Princesa! —Después de darle varios besos por la cara, la separó de su cuerpo para verla mejor—. Estás hecha toda una mujercita —susurró orgulloso—. ¿Y el peque?

Buscó a Ángel, que en ese instante entraba en la cocina con Luz. El niño soltó la mano de la niñera y corrió hasta sus brazos para que lo alzara, y comenzó a darle vueltas.

—¡Mi campeón!

Lo abrazó y aspiró su olor. Algo en su corazón se removió y alargó el momento de tenerlo ahí pegado como si así pudiera ordenar sus pensamientos y su vida.

Óscar, suspicaz, observó el comportamiento de su hermano. Estaba claro que algo raro le ocurría, pero decidió callarse y esperar a que fuera él quien se lo contara.

—Venga, vamos a ayudar a Luz a poner la mesa —dijo, zanjando el saludo.

Todos iban y venían a la mesa colocando cubiertos, vasos y platos. Hasta el pequeño ayudó en lo que pudo, y eso le encantó a Luz. Parecía una tontería, pero eso los hacía parecer una familia normal.

—¿Qué hay de cena? —preguntó Quique.

—Salchichas frescas de pollo a la plancha, acompañadas de guisantes y puré de patatas —respondió Óscar, que revisó el menú semanal del frigorífico.

—¿Aún sigues pidiendo de ese *catering*? —Frunció la nariz.

—Sí, ¿por?

Lo fulminó con la mirada, y este entendió que había metido la pata. Sabía que a sus sobrinos no les entusiasmaba esa comida —cómo los entendía—, pero no había otra. Así que se tragó su opinión.

—Nada… era mera curiosidad.

Al terminar la cena, Luz se encargó de acostar al pequeño, que llevaba un rato bostezando.

—¿Puedo quedarme un rato más? —preguntó Sara, pendiente de todo lo que le contaba su tío.

—No —respondió su padre.

—¡Jo!

Sentía admiración hacia su hermano, no la culpaba. Tantos viajes y experiencias como fotógrafo fascinaban a todos. Había tenido mucha suerte en los últimos años, no obstante, le constaba lo mal que lo pasó al principio de su carrera. Por eso no le hacía gracia que alentara a su hija, ella tenía que centrarse en estudiar algo de provecho.

—Haz caso a tu padre. Mañana puedo llevaros yo al cole, Princesa —intervino Quique.

—¡Sí!

Satisfecha con su respuesta, dio sendos besos a los dos hombres y los dejó a solas.

Durante un minuto, el silencio reinó la cocina. El cruce de miradas entre los hermanos pedía a

gritos una buena charla, sin embargo, hicieron lo contrario. Óscar suspiró, se levantó y fue directo hasta el mueble-bar, ubicado en un extremo de la gran cocina.

—¿Solo o con hielo? —preguntó, alzando un grueso vaso.

—Solo, por favor.

Sirvió dos whiskies solos y volvió de nuevo a su asiento. Ambos bebieron mirando hacia el infinito: uno pensando en cómo abordar el tema que lo carcomía desde hace días, y otro dudando en si meterse en su vida. Cruzaron de nuevo la mirada y parecían decididos a hablar cuando Luz entró en la estancia.

—Ángel ya está dormido, y Sara, a puntito —dijo sonriente—. Creo que he interrumpido algo, ¿no?

Frenó su camino en seco al ver las bebidas y los semblantes de los dos hombres que tanto se parecían físicamente, pero que, intuía, no así en carácter.

—Para nada, Preciosa. Sírvete uno. —Alzó el vaso—. Y siéntate con nosotros.

—Mañana, quizá —Aunque se moría por saber más sobre el hermano de su jefe, percibía que debía dejarlos a solas—. Estoy cansada, y mañana nos levantamos temprano.

—Hasta mañana, pues.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Luz —se despidió Óscar.

Esperó hasta que subió las escaleras, apoyó los codos en la mesa y miró fijamente a Quique.

—¿Me vas a contar de una vez qué haces aquí, o tendré que adivinarlo?

—Eres un pesado —suspiró.

—Solo quiero saber a qué atenerme, nada más.

—Pero ¿qué dices?

—Algo pasa, si no, te hubieras quedado en casa de mamá.

«Mierda». Quique desvió la mirada, eso sí que no se lo podía decir. Su cuello estaba en juego. Si su hermano se enterara, por un casual, de que conocía la existencia del novio de su madre era hombre muerto.

—Quiero estar el mayor tiempo con mi hermano y mis sobrinos, ¿qué tiene eso de malo? —Soltó el vaso de golpe en la mesa—. Además, si me pasara algo, que no es el caso, creo que tengo derecho a contarlo cuando quiera, ¿no?

—De acuerdo. —Alzó las manos en son de paz—. Cuando quieras, ya sabes que estoy aquí.

—Ya. —Bebió el resto del líquido que quedaba de un trago y se levantó—. Buenas noches.

—Buenas noches.

«Algo ocultas, hermanito». Óscar sonrió en su interior.


HERMANO

11

Como prometió la noche anterior, Quique llevó a sus sobrinos al colegio. Luz iba con ellos, tenía que hacer algunas compras por el centro, y él se ofreció gustoso a acompañarla. Quería conocerla un poco más sin su hermano alrededor.

—Así que, fotógrafo de moda.

—Sí.

Después de dejar a los niños, fueron hasta el centro de Madrid, aparcaron y decidieron tomar un café antes de ir de compras.

—Mi padre quería que siguiéramos sus pasos y ser abogados, pero ni a mi hermano ni a mí nos apetecía mucho trabajar para él —relató, mirando su café—. Yo soy un alma libre y necesito mi espacio. Así que lo decepcioné. —Esbozó una medio sonrisa—. Nos peleamos, me fui de casa… Te puedes imaginar.

—¿Y Óscar?

—Él tampoco quería ser abogado, pero eligió Administración de Empresas, y eso bastó para convertirse en su favorito.

Luz fue consciente del rencor que transmitía su tono, pero no dijo nada. Eran cosas de familia y prefirió no meterse.

Quique agradeció su silencio.

—De todas formas, nos dejó hace mucho y eso nos permitió volver a ser una familia feliz. —Hizo otra pausa, y sus ojos verdes se llenaron de lágrimas—. Aunque esa felicidad duró poco.

—Tu cuñada.

Clavó sus ojos en ella.

—Mónica era la bondad hecha persona. Enamoraba a cualquiera —carraspeó, al darse cuenta que revelaba más de la cuenta—. ¿Te ha hablado de ella?

—Aún no, y no creo que lo haga. Incluso les tiene prohibido a los niños hacerlo.

No le gustaba hablar mal de su jefe, aunque eso la superaba y necesitaba la complicidad de alguien que lo conociera bien para saber cómo actuar.

—Lo sé, y mi madre y yo estamos cansados de decirle que es un error, pero, como ya lo habrás intuido, mi hermano es muy celoso de su intimidad y no permite que los demás se metan en ella. Lo cierto es que no sé qué es lo que Mónica vio en él.

«¿Celoso?», pensó ella.

—No es que tuviera celos, ni nada parecido —dijo al adivinar sus pensamientos—. Es que Mónica y yo éramos muy amigos antes de que comenzara a salir con él. Ella buscaba el amor de su vida, y yo solo quería volar.

—Entiendo.

No sabía por qué le contaba todo esto a esa mujer, algo le decía que podía confiar en ella.

—Bueno, háblame de ti. —Apoyó los codos en la mesa—. Que estoy acaparando toda la conversación.

Luz rio en su interior. Era la misma pose de Óscar.

—No hay mucho que contar, la verdad.

—Permíteme que lo dude, aunque prefiero tu agradable compañía si no quieres hablar. —Le guiñó un ojo.



Después de haber comprado varias cosas que Luz necesitaba de aseo, pasaron por un supermercado.

—Como vuelva a comer algo más de ese maldito *catering*, me tiro de un puente —dijo Quique agenciándose con un carrito.

—No está tan mal.

Frenó en seco y la miró con ambas cejas alzadas.

—Eso es porque llevas poco tiempo. Cuando pasan las semanas y siempre, siempre, comes lo mismo, lo aborrecerás.

A Luz le dio un ataque de risa, y él la acompañó en las carcajadas.

—De acuerdo, pero esto ha sido cosa tuya, no quiero problemas con tu hermano.

—Descuida, Preciosa —dijo mientras buscaba la lechuga—. *Mea culpa*.

«¿Cómo pueden parecerse tanto y, a la vez, tan poco?», meneó la cabeza divertida. Era la antítesis de su hermano: divertido, simpático, extrovertido… No le extrañaba ese afán de volar que tenía. Aunque Óscar tenía algo más que lo hacía interesante. Le pegó un pequeño empujón y le metió prisa, no quería pasarse toda la mañana allí.



Óscar refunfuñó. ¿Dónde se habían metido esos dos? No es que le importara demasiado, pero deberían de haber vuelto hacía ya una hora. Quería comentar con Luz un par de cosas sobre los niños. Miró su móvil, que descansaba sobre su escritorio. No quería parecer pesado ni que la espiaba, pero necesitaba hablar con ella.

«Y saber qué ha estado haciendo con tu hermano, admítelo». Gruñó mientras cogía el terminal. Cuando estaba a punto de realizar la llamada, el murmullo de unos pasos y unas voces le llegaron desde el salón.

Quique y Luz entraron en la casa entre risas.

—¡Cállate ya, por favor! —No podía más con ese hombre—. Como sigas, voy a tener que ir corriendo al baño.

Le contaba varias de las anécdotas que le ocurrían como fotógrafo de moda. Desde ser seducido por las modelos hasta ser pillado por las parejas o padres de estas en situaciones un tanto complicadas.

—Parece que os divertís.

Luz se sobresaltó al oír su voz.

—No le esperaba aquí, señor Belmonte.

Óscar tensó la mandíbula.

—¿Volvemos a hablarnos de usted?

—Lo siento, Óscar —dijo con suavidad, parecía enfadado y era lo último que ella pretendía—. Es la costumbre.

Quique les miraba divertido. ¿Acaso su hermano habría abierto la posibilidad a algo con la niñera?

—Bien. —Volvió la vista hacia su hermano—. Por cierto, mamá viene a comer.

La sonrisa se le congeló.

—¿Por qué se lo has dicho?

No es que no quisiera verla, pero no se sentía preparado para sus preguntas. Le sonsacaría todo, seguro. Óscar se encogió de hombros y ocultó una sonrisa. Le encantaba fastidiar a su hermanito.

—Luz, tengo que comentarte algo sobre Ángel —dijo en tono suave—. ¿Te importa que hablemos en el despacho?

—Claro.

—Yo colocaré esto —gruñó Quique, que señaló las bolsas de la compra.

Su hermano lo ignoró, se limitó a encaminarse hacia el despacho seguido de Luz, que le dio una palmadita en el hombro antes de irse.

—¿Le ocurre algo al niño? —preguntó al tomar asiento frente a él.

—No, no te preocupes. Es solo que tengo una nota de su profesora para que vaya a una tutoría esta tarde y…

—Y no puedes ir —lo interrumpió—. Sin problema, te informaré de todo.

Lejos de esperar otra reacción, Óscar soltó una risotada que dejó desconcertada a Luz.

—Me has interrumpido —declaró divertido—. Quería pedirte que me acompañaras, así estaremos los dos informados sobre su evolución académica.

—¡Ups! Me he anticipado, perdón.

Sus mejillas se tornaron rosadas, y eso lo enterneció. Unas semanas antes eso no le hubiese conmovido, pero su presencia y su personalidad abrían una grieta en su muro.

—No te preocupes, creo que me estoy acostumbrando.


CONFIANZA

12

Faltaban apenas diez minutos para que sonara el timbre, y Sara deseaba volver a casa para continuar la charla con su tío. No había pensado en otra cosa en toda la mañana. Ni siquiera le molestaron las burlas de Claudia. Tomaba nota en su agenda de las tareas que tenía que hacer esa tarde cuando la directora entró en la clase y le hizo una señal al profesor de Lengua y Literatura para que saliera un momento.

—Seguro que hablan sobre la función de teatro de todos los años —dijo Claudia con voz repipi—. Y, por supuesto, yo seré la protagonista.

Parte de la clase la abucheó, pero sus más acérrimas seguidoras la aplaudieron. Ella no dijo nada, metió la cabeza en su agenda. Tenía más que claro que ella participaría en la función como personal de apoyo. Nunca le habían dado un papel. No iba a ser distinto ese año.

—Chicos y chicas —anunció el profesor cuando se fue la directora—. Como ya sabéis, todos los años se celebra una función de teatro con el propósito de dar rienda a vuestras dotes artísticas y recaudar dinero para la fundación benéfica del centro. —Todos comenzaron a murmurar—. Esperad, esperad. Este año se ha decidido, con el apoyo del AMPA y del claustro, cambiar el formato del acto, y vamos a hacer un concurso de canto y baile.

El murmullo se convirtió en gritos y aplausos. Al ser un concurso, todos podrían participar, y eso les daría la oportunidad de ganar a la estúpida de Claudia.

—Se enviará toda la información a vuestros padres a través de la plataforma.

Sara se quiso morir. ¿Cantar y bailar? Eso sería una muerte anunciada. Estaba tan absorta que apenas si pudo oír el timbre de salida. Para cuando se dio cuenta, tuvo que correr, tenía que ir a por su hermano.

Ya en las afueras del colegio, vislumbró el coche de su tío. Los dos corrieron hasta él, que los esperaba con los brazos abiertos.

—¿Qué tal, campeones?

Sara apenas respondió, y Quique, que la conocía bien, supo que estaba triste. Terminó de abrochar al pequeño, se acomodó en su asiento y la miró por el espejo retrovisor. Sabía que si le preguntaba en ese momento no le contaría nada.

—¿Qué os parece si nos vamos a comer por ahí hoy?

—¿Y papá lo sabe? —preguntó Sara, lo que menos quería era una bronca de su padre.

—No, pero no creo que le importe —replicó.

No la convenció y no podía creer lo que iba a decir, pero era lo más sensato:

—Será mejor que nos lleves a casa, tito. Luz es nuestra niñera, y nos estará esperando.

Quique alzó las cejas. Esa niña demostraba una madurez impropia en alguien de su edad.

—Tienes razón, Luz es vuestra niñera, y por eso la voy a llamar para que se una a nosotros.

—¡Tito! —protesto en un intento de evitar el desastre.

Pero él no la escuchó, llamó a Luz a través del manos libres del coche.



Feliz por ver a sus sobrinos disfrutar de una buena *pizza*, Quique se recostó en la silla. Sin duda,

había tenido una idea genial al traerlos a la pizzería del pueblo.

—¿Está rica? —les preguntó.

—Sí, pero ya verás cuando papá se entere.

—No te preocupes más que, si se enfada, la pagará conmigo y nadie más, ¿entendido, señorita?

—Si tú lo dices.

Miró hacia un lado y siguió comiendo, al menos, disfrutaría de esa *pizza* antes de que se le amargara la tarde.

—Tiene razón —susurró Luz, que estaba a su lado.

—Otra igual —resopló—. ¿No puedo disfrutar de la compañía de mis sobrinos fuera de la rutina espantosa que les impone mi hermano?

Lo acarició en el hombro, gesto que le produjo un leve cosquilleo.

—Yo no he dicho eso. Solo digo que tenías que haberle avisado. Además, tu madre también estará esperándote.

—A ella sí que la he avisado. —le guiñó un ojo divertido.

Su móvil comenzó a sonar de pronto. Luz le miró condescendiente, pero él sonrió y pulsó el botón rojo.

—Deberías responder —dijo ella cuando volvió a sonar.

Quique apagó el teléfono y zanjó el asunto, volviendo a centrarse en sus sobrinos. Quería pasar ese rato con ellos, y nadie se lo iba a impedir. Había viajado hasta allí para desconectar y disfrutar sin pensar en lo que dejó en Barcelona. El estómago le dio un vuelco al recordar lo que le esperaba al volver. Soltó de golpe el trozo de *pizza* que sostenía en la mano y se recostó en la silla pensativo.

Luz, que no perdía detalle, supo que, al igual que su hermano, Quique también tenía problemas, a pesar de su intento en ocultarlo tras esa máscara de pasotismo.



Diez llamadas perdidas tenía cuando encendió el móvil, pero no le importaba. Lo había pasado tan bien con los niños que soportaría cualquier cosa que le dijera su hermano.

—Chicos —dijo al aparcar en la entrada—. Papá solo está enfadado conmigo, ¿de acuerdo?

Sara puso los ojos en blanco, gesto que compartía con su familia, ayudó a bajar a su hermano del coche y caminó con lentitud hasta la puerta, esperando a Luz. No quería ser la primera en entrar, por mucho que su tío dijera, seguro que su padre la amonestaba a ella también.

Luz, consciente de ello, se adelantó y abrió.

—Hola —saludó Óscar, que los esperaba en la entrada—. Chicos, subid a lavaros los dientes y descansad un poco para estar frescos para piano.

Sara alucinó. ¿No estaba enfadado? Eso confirmaba sus sospechas: a su padre le pasaba algo tan malo que había cambiado radicalmente.

—Ya habéis oído —dijo Luz—. Os acompaño.

—Gracias —le susurró al oído cuando pasó junto a él.

Ella asintió con una leve sonrisa y se los llevó escaleras arriba. Cuando Quique la llamó, informó a Óscar de sus planes. Por mucho que no estuviera de acuerdo con las normas de esa casa, él era su jefe y debía estar al tanto de todo.

—Enrique. —El aludido esperó su bronca con solemnidad—. Ven a mi despacho.

Sorprendido, pero alerta, siguió a su hermano en silencio. Una vez entraron, cerró la puerta, no quería que los niños escucharan sus gritos. Sin embargo, nada de eso ocurrió. Óscar tomó asiento, suspiró y cerró los ojos. Parecía tan cansado. Lo observó durante esos segundos de tregua y se dio cuenta de que tenía más arrugas desde la última visita. Se sintió un gilipollas.

«Egoísta», esa voz volvió a recordárselo.

—Lo siento —murmuró y contuvo la respiración.

Su hermano abrió los ojos de golpe. En vez de mostrar ira o enfado, emanaban una tristeza enorme, y eso lo hundió más todavía en el fango. Soltó el aire que había retenido.

—Debí avisarte de que me llevaba a los niños por ahí, pero es que tengo tantas ganas de pasar tiempo con ellos que actué sin pensar. —Esperó una respuesta que no llegó—. Lo sé, soy un gilipollas y un egoísta que solo piensa en sí mismo.

Derrotado, se hundió en la silla. Esas mismas palabras fueron las que provocaron su repentina huida de Barcelona. Y ahora se las decía él mismo.

—Vaya, es la mejor bronca que he echado en mi vida —soltó Óscar.

Y sin más, comenzó a reírse bajo la atónita mirada de su hermano. Era la primera vez, en mucho tiempo, que reía de esa manera. Fue liberador y cuanto más se relajaba, más reía. Quique no pudo reprimirse y lo acompañó. Ambos expulsaron el mal rollo que se había generado entre ellos con carcajadas y lágrimas.

Luz sonrió al oírles. La cosa parecía ir mejor entre los dos. Sara, en cambio, seguía desconcertada.



Después de un buen descanso, pusieron todos rumbo hacia sus actividades. Óscar pidió a su hermano que llevara a los niños a piano, mientras él y Luz iban a la tutoría con María Almagro, la profesora de Ángel.

—Su hijo está avanzando muchísimo este curso, señor Belmonte —dijo la tutora—. Aunque sigue sin hablar, juega con los demás e intenta comunicarse a su manera, y quiero mostrarle el dibujo que ha hecho hoy.

Óscar miró con atención los garabatos de su pequeño. Había dibujado un arco iris y lo que parecía una persona montada en lo más alto de la curva.

—¿Sabe de quién se trata? —le pregunto la profesora. Él negó con la cabeza y le devolvió el dibujo—. ¿Le habla alguna vez de su madre?

Adoptó la postura rígida de siempre y puso su máscara seria.

—No.

—Sin duda es ella. —Señaló el papel—. Creo que lo que necesita Ángel es que le hable de su madre porque este dibujo da a entender que él es consciente de que su madre está en el cielo. —Hizo una pausa y continuó al ver que no respondía—. No hace falta que le explique lo que pasó. Solo hable de ella con normalidad, de cómo era, lo mucho que lo quería…

—Señorita —interrumpió—. No necesito que me explique cómo hablar con mi hijo y, si no tiene nada más que decir al respecto de su evolución académica, creo que la reunión ha terminado.

Se levantó de golpe y le dio la espalda. Se llevó una de sus manos temblorosas a la frente

tratando de calmarse.

—Señor Belmonte. —Se levantó a su vez—. Mi trabajo no solo se limita a lo académico. También velo por su bienestar emocional y, últimamente, parece más tranquilo y receptivo. Por eso le he dicho esto. En ningún momento he querido ofenderle. Perdóneme.

Óscar se sintió horrible, pero no admitía que nadie se metiera en cómo llevaba el duelo, ni que dudaran sobre su actuación como padre. Aunque la realidad fuera distinta, sabía que no lo estaba haciendo bien.

—Estamos de acuerdo con que esta situación no es fácil —intervino Luz—. Los dos quieren el bienestar del pequeño. Creo que debemos ser un equipo y trabajar a una, independientemente de nuestras opiniones personales.

—Tiene toda la razón —aseveró la tutora.

Una vez más, esa mujer lo calmó con sus palabras. Suspiró resignado y dio media vuelta.

—Sí, lo único importante aquí es mi hijo.

Una vez estuvieron de acuerdo, tomaron asiento de nuevo y comentaron las pautas a seguir, despidiéndose algo menos tensos. Al salir de clase, Óscar aceleró el paso pues no quería que Luz lo viera afectado. Las palabras de María le recordaron que Mónica no había disfrutado del pequeño, y eso le partía el corazón. Ella le dejó espacio, pero al llegar al coche, no pudo callarse porque, a pesar de que él intentó esconderse, vio sus lágrimas.

—¿Te encuentras bien?

Se acercó y le acarició la espalda. Sintió el temblor de su cuerpo, y ella reaccionó dándole un abrazo. Óscar tensó todos sus músculos, no esperaba ese contacto tan íntimo pero tan anhelado. Por un segundo, pensó en dejarse abrazar, pero la culpabilidad no lo dejó. Como no quería herirla, se deshizo de sus brazos con suavidad y se alejó.

—No te preocupes —susurró antes de entrar en el vehículo—. Se me pasará.

Luz suspiró. Se arrepintió de haberlo abrazado. Sin embargo, cuando notó su cuerpo, se sintió tan bien. Apartó ese pensamiento y decidió olvidar lo ocurrido. Estaba clara la incomodidad de su jefe, y no se volvería a repetir. Aunque las ganas le pudieran, porque una cosa era cierta: empezaba a sentir algo por él.


SENTIMIENTOS

13

Dos días habían pasado desde que Luz lo abrazara y él la rechazara. Dos días en los que se refugió en la oficina para no toparse con ella en casa. Se sentía tan avergonzado, tan vil por no haberle agradecido su amabilidad y su trato con la tutora de Ángel, pero no supo gestionar bien lo que sintió ante su contacto. Lo asustaba demasiado. Era pronto, demasiado pronto para sentirse así.

—Óscar —lo llamó su jefe desde la puerta del despacho.

Se levantó de golpe para disimular.

—Dígame.

Lo escrutó durante unos segundos en los que Óscar se sintió incómodo.

—Recuerda que en una hora salimos —dijo, al fin.

Tenían auditoría en Toledo.

—Sí, claro.

Asintió, hizo ademán de irse, pero volvió a mirarle.

—¿Te encuentras bien?

«Joder, ¿tanto se me nota?».

—Sí.

Volvió a observarle en silencio. Óscar cambió el peso de su cuerpo de un pie a otro y apretó la mandíbula. Su jefe enarcó ligeramente una ceja.

—De acuerdo, el tren sale a las 9:15.

Dicho esto, desapareció. El señor Fuentes era conocido por su discreción. Nunca se inmiscuía en los asuntos personales de sus empleados, a no ser que el propio perjudicado fuese el que le contara algo. Era de agradecer, sobre todo para Óscar. Aún recordaba cuando volvió al trabajo después de la terrible baja paternal: todos lo atosigaban hasta que el jefe intervino y les instó a dejarle en paz. Él solo le preguntó un par de veces por su estado de ánimo y por sus hijos, y se conformó con sus escuetas respuestas. Nunca pudo desahogarse con nadie más que con su terapeuta.

Sacudió la cabeza para alejar todos esos recuerdos y comenzó a guardar la documentación en su maletín. Al terminar, informó a Luz con un mensaje corto, puso en silencio el móvil y se marchó. No quiso mirar si respondió, solo quería concentrarse en el trabajo y que todo volviera a como estaba antes de la llegada de esa mujer.



Disgustada. Esa era la palabra que definía su estado de ánimo. Por mucho que intentó restarle importancia a lo que pasó, por mucho que aparentó normalidad, no consiguió salir de ese estado. ¿Tan mal actuó? Fue un simple abrazo. Un gesto de cariño, de apoyo. Recostó su cabeza en la mesa de la cocina sin encontrar un posible arreglo a la situación.

—¿Sigue sin hablarte?

Quique apareció recién duchado. Su perfume inundó la estancia, y Luz lo miró desde su posición. La noche anterior, en un arrebato de sinceridad, le contó lo que había pasado.

—Mira.

Le enseñó el escueto mensaje que le había mandado: «Salgo de viaje. Vuelvo mañana». Quique sonrió con tristeza.

—Ya se le pasará. Dale tiempo.

—Creo que la he fastidiado.

—Venga. —Le tendió una mano—. Vamos a despertar a los peques, los dejamos en el cole, y te llevo a un sitio.

Dudó unos segundos, pero su sonrisa la animó a levantarse. Con Quique todo era más fácil.



Después de dejar a los niños en el colegio, Quique la llevó hasta una urbanización de Somosaguas. Aparcó junto a una de las casas y le indicó que lo siguiera. Rodeada por unos muros altos, se acercaron hasta la puerta que daba acceso. Él sacó unas llaves de su bolsillo y entraron en silencio.

—Sígueme.

Anduvieron por un camino de piedras, que conducían a una gran casa de dos plantas. El jardín delantero parecía muy bien cuidado. Le daba un aspecto alegre al edificio de ladrillo visto. Luz adivinó de quién era esa casa, pero se mantuvo en silencio mientras la guiaba hasta el enorme jardín trasero. Pasaron junto a la piscina y continuaron por una gran zona de árboles, que parecía fundirse con el parque natural que rodeaba la urbanización. Sin duda, era un terreno muy amplio que tuvo que costar un dineral en su día. Continuaron hasta llegar a un riachuelo que atravesaba la valla que rodeaba la finca.

—¡Qué bonito! —exclamó Luz.

—Sí que lo es, pero no es esto lo que te quería enseñar. Ven.

Caminaron unos pasos en contra de la corriente del agua.

—Aquí está.

Quique miraba hacia arriba frente a un enorme árbol.

—¡Vaya! —exclamó asombrada.

Una casa construida en el tronco del árbol les daba la bienvenida. Con su tejado inclinado, una ventana en la que se veía unas cortinas y una escalera que subía por el tronco, parecía sacada de un cuento.

—Vamos.

Ella subió primero seguida, muy de cerca, de Quique. Al entrar, se maravilló. Estaba decorada con motivos infantiles. Una alfombra revestía todo el suelo; al fondo, había una cocina de juguete; en un lateral, una cama llena de peluches los invitaban a sentarse; y en el otro, una pequeña mesa rodeada de cuatro sillas.

—Ponte cómoda —le indicó, señalando la cama.

Una vez lo hizo, él se colocó frente a ella, en el suelo, con las piernas cruzadas. La observó divertido. Esa mujer era extraordinaria. Estaba fascinado por sus ojos curiosos, su simpatía y su manera de ver la vida. Solo la conocía de unos días, pero fueron suficientes para saber que la quería cerca.

—¿Te gusta?

—¡Me encanta! Seguro que Sara y Ángel se lo pasan genial aquí.

Él dejó de sonreír.

—Hace tiempo que no vienen —susurró.

Luz clavó su mirada en él.

—No parece abandonada.

—Mi madre se encarga de tenerla a punto para ellos, pero mi hermano no les deja venir. —Se encogió de hombros, jugando con la alfombra entre sus dedos.

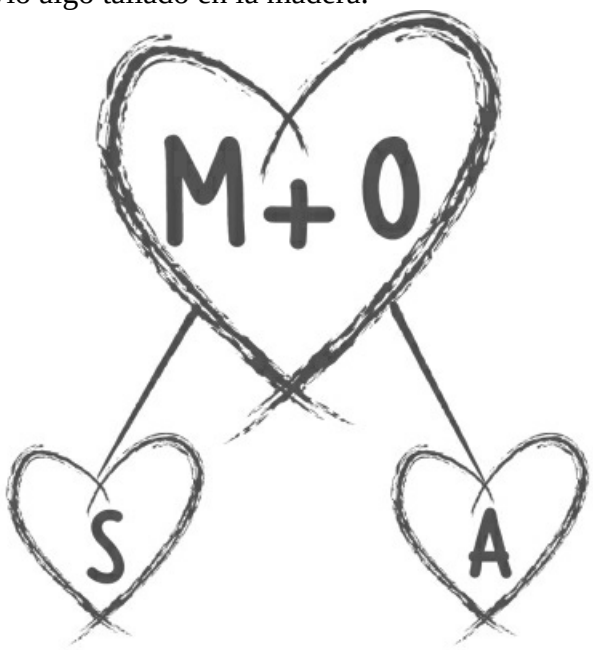
Frunció el ceño, y eso le enterneció.

—¿Por qué me has traído entonces?

Se puso de rodillas y se acercó peligrosamente a ella, que se quedó quieta y alerta, a la espera de su próximo movimiento. Eso le hizo sonreír, a pesar de todo, le afectaba su presencia. Se acercó aún más, intimidándola. Desde su posición, podía sentir el corazón de Luz galopando. Escrutó su rostro angelical pasando por sus preciosos ojos castaños, su nariz respingona y ese lunar tan sexi cercano a sus labios. Al ver que no se movía, se atrevió a dar otro paso, pero algo hizo que ella volviera la cara. Quique congeló la sonrisa. ¿Lo había rechazado? Su ego se resintió, pero enseguida se recompuso. Alzó una mano y apartó un dibujo de Sara de la pared.

—Mira.

Luz siguió su mano y vio algo tallado en la madera.



—Cuando éramos pequeños —dijo, alejándose de ella. Al sentirse rechazado, puso distancia entre ellos y tomó asiento, como pudo, en una de las pequeñas sillas—, Óscar quería una casa en un árbol. Casi todos nuestros amigos tenían una en su jardín, y él se encaprichó. Pero, una vez más, mi padre se negó en rotundo, y nos dio una disertación de por qué no necesitábamos estas chorradas. —Hizo una pausa para tragar el nudo que se le formó en la garganta, y Luz sintió una enorme tristeza por ellos—. Mi hermano construyó esta cabaña cuando Mónica se quedó embarazada de Sara, talló ese corazón con sus iniciales y añadió la de mis sobrinos cuando nacieron.

Ella se arrastró hasta él y agarró sus manos entre las suyas. Él le mostró una sonrisa amarga. Qué diferentes eran los dos. Quique aceptó su contacto sin más, pero Óscar tenía demasiadas cosas en su mochila como para dejar que alguien se le acercara. Sin embargo, estaba dispuesta a

intentarlo. El hombre que construyó esta maravilla ocultaba un gran corazón roto, que ella iba a reparar poco a poco.


CELOS

14

Ya no había excusas. Dos días y una noche fuera tenían que bastar para que lo que pasó se diluyera. Tenía que enfrentarse a ese pelo rizado, a esa sonrisa y a esos curiosos ojos que le traspasaban el alma. Esas horas alejado de ella lo habían calmado. También ayudaron las fotos que le enviaba de sus hijos. Eso no cambió, a pesar de lo seco y escueto de su comunicación, ella actuaba como si no hubiese ocurrido nada. Y ahí estaba él, encerrado en el coche desde hacía media hora, debatiéndose en cómo entrar a su casa.

«¡Vamos! Deseas verla de nuevo», su conciencia, como siempre, dándole la vara.

Suspiró y salió del vehículo, abrió el maletero para hacerse con su equipaje, cerró la puerta con cuidado y puso rumbo hacia el interior de su casa. Eran casi las diez de la noche y, en teoría, todos estarían durmiendo, o a punto de hacerlo. Entró con sigilo sin encender las luces y avanzó hasta el salón. Nadie, todo apagado.

«¡Bien!».

Continuó hasta las escaleras y fue cuando escuchó un murmullo procedente del jardín trasero. Dejó sus maletas en el suelo y quiso saber quién estaba allí. La escena que vio lo dejó helado: Luz estaba apoyada en el hombro de su hermano. Una punzada en el pecho lo atravesó cuando Quique rodeó el cuerpo de la mujer con un brazo y besó su frente.

«¡Joder!».

Dio un paso atrás con tan mala suerte de tropezarse con el maletín de su portátil. Eso le hizo perder el equilibrio y, al intentar agarrarse a algo, tiró un adorno de cerámica que había sobre una mesita auxiliar junto a la escalera. El ruido alertó a los espiados.

—¡Óscar! ¿Te encuentras bien? —preguntó Luz, mirando el estropicio.

«¿Cómo ha llegado tan rápido?».

—¡Sí! —respondió sin mirarla—. No quería interrumpiros.

Recogió todos los trozos y desapareció por la cocina, nervioso. Tiró todo a la basura, volvió a por sus cosas y subió a toda prisa sin decir nada. El corazón se le iba a salir del pecho y la cara, roja como un tomate, parecía que iba a estallarle. Ignoró a su hermano, que lo llamaba y se encerró en su dormitorio.

«¡Gilipollas!».

Con ese pensamiento, se dio una ducha rápida, se tomó una pastilla para dormir y se acostó. La poca hambre que traía se le había pasado.



Después de cenar y acostar a los niños, Quique invitó a Luz a sentarse en el jardín, la temperatura era buena, y le apetecía relajarse.

—Cuéntame cosas de ti —dijo, tendiéndole una copa de vino.

—No hay mucho que contar. —Se encogió de hombros.

Tomó un sorbo de vino, se descalzó y se tumbó para mirar el cielo. Esa noche estaba despejada y podía vislumbrar alguna estrella. Él la imitó, había sido buena idea sacar las hamacas del garaje.

—Mi madre me ha contado quién eres en realidad —soltó sin mirarla.

Luz se incorporó boquiabierta.

—¿Qué te ha dicho?

—Todo. —Se recostó de lado para sostener su mirada—. Tu secreto está a salvo conmigo, Preciosa. —susurró.

Alzó una mano para acariciar su pelo, pero ella se apartó, tumbándose de nuevo.

—¿Tienes pareja?

La pregunta sonó a reproche, aunque no era su intención.

—No.

Lo miró de soslayo.

—¿Mi hermano?

Se alzó sobre sus codos.

—Es mi jefe.

—Eso no es un no.

Suspiró cansada del tema. Cambió la postura y se sentó frente a él.

—No estoy con nadie ahora mismo, si es lo que quieres saber, y no, no quiero tener nada contigo. —Hizo una pausa para ver su reacción, pero él no pareció inmutarse, seguía con esa sonrisa de suficiencia en la cara. Esa que decía: «algún día, caerás»—. Quique, en otras circunstancias, a lo mejor, tendríamos algo.

—Pero…

—Pero ahora no puedo complicarme con nadie, y menos, con el hermano de mi jefe. No sería profesional, ¿de acuerdo?

Él frunció el ceño.

«¡Dios! Cómo se parecen», pensó, arrepintiéndose por no dejarse llevar. Tenía delante a un hombre guapo, atractivo, simpático y con unos labios y manos que intuía que la harían sentir un placer inimaginable. Pero no podía sucumbir a la lujuria, sería como traicionar la confianza de Óscar, y eso era lo que menos necesitaba si quería ayudarle.

—Supongo que lo de tu padre te afecta, ¿no? —Agarró una de sus manos.

Una punzada de dolor le llegó al pecho, y unas lágrimas afloraron de sus ojos. Él tiró de ella para sentarla a su lado.

—Lo siento, no pretendía ponerte triste. Solo quiero conocerte más.

—No me apetece hablar de eso —dijo con la voz ronca.

—Vale, cuando quieras, aquí tienes mi hombro.

Apoyó su cabeza en él, aceptando el ofrecimiento. Él la rodeó con su brazo y besó su frente. Disfrutó de ese contacto hasta que el ruido de cristales rotos los sobresaltó, y salieron corriendo hasta el interior de la casa.

Quique observó cómo su hermano huía escalera arriba. Los había pillado, y eso seguro que le afectó. En ese instante, se dio cuenta de que Luz no era una niñera cualquiera, era algo más para su hermano, y él estaba dispuesto a echarles un cable. Aún a sabiendas de las represalias que obtendría porque, conociéndolo, Óscar se iba a enfadar mucho.


FAMILIA

15

El sol de la mañana lo invitaba a disfrutar de un día espléndido. Sin embargo, en su corazón y su alma solo habitaba la oscuridad. Óscar se levantó del mismo humor que la noche anterior. Fue un estúpido al comportarse de esa manera. Como si esa mujer y él tuvieran algo. ¡Qué bobada! Bajó a la cocina, dispuesto a retomar su rol de jefe. Pero al entrar, su pose se tambaleo. Luz cantaba la misma canción que cuando bañaba y bailaba con Ángel en sus brazos. El crío reía con ella, y su corazón saltó de emoción. Tragó saliva y apartó ese sentimiento junto al resto, que reprimía con demasiada frecuencia.

—Buenos días —espetó.

Ella detuvo su baile, y lo taladró con sus ojos.

—Buenos días, Óscar.

Su voz sonó dulce, demasiado. ¿Lo hacía por lástima? ¿Se burlaba de él? Ignorando su mirada, avanzó hasta ellos, plantó un beso en la cabeza de su hijo y fue a prepararse un café. El aroma a cerezas que desprendía el cabello de Luz llegó hasta su nariz. Por mucho que lo intentó, se rindió y disfrutó de la sensación que le provocaba. Se imaginó acariciando esos rizos que, curiosamente, ya no estaban verdes. ¿Cuándo se había quitado el tinte?

«¡Basta!». Se dispuso a hacer el café, pensando en el trabajo.

Ella lo observó en silencio. Quería decirle que lo de la noche anterior fue un malentendido, pero, por cómo la había mirado, prefirió callar. Esperaría a que estuviera tranquilo para hablar.

—¡Buenos días, familia! —Quique los saludó con una gran sonrisa.

«Esto es el colmo». Óscar soltó la taza con un sonoro golpe en la encimera, provocando las miradas de sorpresa de los demás.

—Luz, ¿nos disculpas? —No apartó la mirada del café derramado.

—Sí, claro.

Obedeció sin rechistar porque no quería entrometerse demasiado. Al pasar junto a Quique, se disculpó con la mirada. Este la tranquilizó con un guiño.

El silencio se hizo en la cocina. Quique puso los brazos en jarras y esperó paciente a que su hermano decidiera hablar. Sabía perfectamente lo que ocurría, pero prefirió dejar que él empezara la conversación.

—Tú nunca escuchas, ¿verdad? —Apretó las manos en el filo de la encimera—. Te dije que mantuvieras tus jueguecitos de seducción lejos de ella.

La sonrisa de su hermano se amplió aún más al confirmar sus sospechas: Óscar estaba más interesado de lo que parecía en la niñera.

—Yo no juego, hermanito —lo provocó, ganándose una mirada de reproche.

—Déjala en paz, te lo advierto.

Apretó tanto la mandíbula que le provocó un dolor de cabeza. Estaba demasiado cabreado.

—Luz ya es mayorcita como para que andes con actitud paternalista con ella, ¿no crees? —Lo miró con sorna—. ¿O es que te gusta y no quieres admitirlo?

Óscar abrió aún más los ojos. ¿Cómo se atrevía? Siempre hacía lo mismo, llegaba y salía de su vida sin importarle nada en absoluto. Solo pensaba en follarse a cualquiera que estuviera a su alrededor sin tener en cuenta las consecuencias. ¿Y qué insinuaba? No pudo reprimir la ira que lo invadió y no lo pensó. Se acercó hasta él con rapidez y le asestó un puñetazo en la cara. Se arrepintió al momento, pero no dijo nada. Se marchó con la respiración alterada.

Quique, que apenas se había movido del sitio, llevó una mano a su mejilla. «Sí que está

pillado». Negó con la cabeza. Era hora de intervenir.



Después de preparar al pequeño para el cole, Luz quiso despedirse de todos antes de marcharse para disfrutar de su día libre, pero, al no ver a nadie, se dirigió a la habitación de Sara.

—¿Y tu padre y tu tío?

La niña, que la miraba desde su escritorio, se limitó a encoger los hombros.

—Que tengas un buen día, nos vemos mañana.

Se marchó sin esperar su respuesta. Ya sabía que no le diría nada. Mientras bajaba las escaleras, pensó en los hermanos. ¿Qué había pasado entre ellos? Solo confiaba en que arreglaran pronto sus desavenencias. Por los niños, por Alicia y por ellos mismos. Ella siempre había deseado tener un hermano o hermana con el que compartir juegos, confidencias y risas. Sin embargo, solo tuvo amistad con los amigos y amigas de su padre. Bailarines y técnicos de televisión que, aunque se portaron de maravilla, no eran de su edad. En cierto modo, sentía envidia de las familias con varios hijos. Aunque, en el fondo, su vida no había sido del todo mala.

Condujo hasta el hospital recordando lo divertido que era jugar con todos entre las grabaciones de sus coreografías. Una sonrisa involuntaria se dibujó en su cara. Su padre era un hombre muy divertido y bromista, le caía bien a todo el mundo. Se entristeció al recordar su deterioro a raíz del accidente. No logró reprimir las lágrimas. Aparcó en el *parking* del centro y esperó a tranquilizarse un momento antes de entrar al edificio. No quería visitarlo con ese sentimiento de tristeza.



Refugiado en su habitación, Óscar esperó a que la niñera se marchara. No quería que lo viese en ese estado de nervios. Consultó su reloj de pulsera.

«Aún tengo diez minutos».

Salió con rapidez de su dormitorio, bajó las escaleras y se refugió en su despacho. Tomó asiento en la silla, buscó el mando del reproductor de música y lo encendió. El sonido de un violonchelo inundó la estancia. Se recostó en el sillón y centró todos sus sentidos en la música. Notó cómo sus músculos se destensaban a medida que la melodía avanzaba. Su «viejo amigo» Bach era perfecto para relajarlo.

Durante los casi nueve minutos que duró la pieza, se centró en su cuerpo y su respiración, tal y como le habían enseñado en terapia. Al terminar la melodía, ya se encontró mucho mejor y la disputa con su hermano quedó algo lejana.



Quique jugueteaba con un trozo de filete. Después del encontronazo con su hermano, agarró su cámara de fotos y fue a casa de su madre. Hizo varias instantáneas del arroyo, los árboles, algunos pájaros y de ella y su pareja. De extranjis, eso sí. La veía tan feliz, tan llena de vida. Y todo gracias a Roberto, un comerciante viudo que conoció en sus clases de baile de salón y que le devolvió el brillo a su mirada. Después de las infidelidades de su padre y del escándalo por sus desfalcos, ella no volvió a ser la misma mujer que recordaba cuando era pequeño. A pesar de haberse librado de su marido, que la dejó por una joven cazafortunas, no consiguió ser feliz del todo. Hasta hace unos meses. Los dejó disfrutar de sus arrumacos un momento antes de advertirles de su presencia. Alicia besuqueó a su hijo y lo convenció para quedarse a comer.

—Hijo, ¿no tienes hambre?

—No, mamá.

Dejó de marear la carne y soltó el tenedor.

—¿Tiene que ver con ese golpe que tienes en la mejilla?

—¿Esto? —La señaló—. Me di un golpe con la elíptica de Óscar. No coloqué bien el pie y me resbalé.

Alicia entrecerró los ojos.

—Si tú lo dices. —A ella no la engañaba, algo había pasado entre él y su hijo mayor.

—¿Cómo van las ventas, Roberto? —preguntó para desviar el tema.

Comenzaron un debate sobre la subida de precios bajo la atenta mirada de su madre. Creía que solo tenía que preocuparse por Óscar, pero algo le decía que Quique ocultaba un problema. Suspiró con pesar recordando que la maternidad consiste en eso: nunca dejas de velar por ellos.

—Voy a por el postre —anunció en una pausa de la conversación.

No tardó en volver, y disfrutaron de una buena dosis de chocolate y risas, olvidando, por unos minutos, los problemas.



Luz salió del hospital cabizbaja y con la visión borrosa por el llanto. Cuando entró por la mañana, su padre aparentaba estar igual que siempre, pero la realidad se impuso a mediodía: sus pulsaciones bajaron, y entró en parada cardíaca. Los médicos consiguieron estabilizarlo, pero esa era la señal de que el fin estaba próximo. Intentaron convencerla, una vez más, para desconectarlo y dejarlo ir, pero ella no podía. Era incapaz de decidir una cosa tan terrible. Necesitaba despejarse, pensar. Así que dejó el coche donde estaba y echó a andar sin rumbo.

Al cabo de unos minutos, y sin pretenderlo, había llegado hasta el parque. ¿Qué hora era? Al mirar su reloj, se sorprendió. Eran las seis de la tarde y no había comido nada desde el desayuno. Aunque eso no tenía importancia. El hombre más importante de su vida se moría, y ella no podía hacer nada. El pecho le dolía tanto que tuvo que sentarse en uno de los bancos, situados en los caminos del recinto. Se quedó mirando hacia el infinito y comenzó a llorar en silencio.

—¿Luz? ¿Te encuentras bien?

Parpadeó varias veces para enfocar la vista. Tres figuras la miraban preocupados.


¿QUIÉN ES LUZ?

16

Intentó ocultar sus lágrimas, pero Alicia se acercó a ella.

—Luz, ¿qué te pasa? —preguntó.

Ella, Roberto y Quique la miraban con preocupación.

—Nada —susurró.

Secó sus lágrimas y suspiró intentando esbozar una sonrisa, que apenas se quedó en una mueca.

—Cielo. —Tomó asiento junto a ella—. Sabes que puedes confiar en mí, en nosotros. —Enfatizó y señaló a sus acompañantes.

La niñera miró a los ojos a aquella amable mujer y le confirmaron lo que decía. Le mostraban confianza y ternura. Desvió su mirada hacia Quique, que la observaba dispuesto a enfrentarse a quién la hubiera perturbado. Apretaba la mandíbula, al igual que hacía su hermano cuando estaba enfadado. Si no estuviese rota por dentro, hasta le haría gracia. Suspiró de nuevo, era una estupidez ocultar lo que le ocurría. Ellos sabían lo de su padre. Iba a hablar, pero lo único que salió de su boca fue un sollozo.

—Vamos, te sentará bien soltarlo. —Le acarició el hombro con dulzura.

Sin poder reprimirse, se abalanzó sobre sus brazos sollozando como una niña pequeña. En esos momentos, le hacía falta una madre.

—¡Oh, cielo! Desahógate todo lo que quieras, pero después me lo vas a contar todo —susurró Alicia meciéndola.



Sentados en un bar cercano al parque, Luz, más calmada, daba un sorbo a la tila que Alicia le había pedido. Después de llorar durante un buen rato en el pecho de esa mujer, la arrastraron hasta el establecimiento. Al principio, se negó, pero tenía que agradecérselo. La bebida le sentó bien, y el desahogo, para qué negarlo, también. Les había contado, con pelos y señales, todo lo que llevaba sufriendo desde hacía tres años.

—Quiero que sepas que tienes nuestro apoyo —dijo Alicia sin soltarla de la mano.

Esa chica la había calado hondo, y quería ayudarla de alguna manera.

—Gracias.

—Deberías contárselo a mi hermano.

Quique, que no había hablado hasta ese momento, estaba tan triste e impotente por su situación que no sabía cómo ayudarla. En cambio, Óscar sí que podría darle el tiempo necesario para despedirse de su padre.

—No, acabo de empezar a trabajar como para pedir días libres. Además, lo que menos necesita Óscar es preocuparse por mí.

—Cielo —intervino su madre—. Tiene que saberlo, y tú necesitas estar en ese hospital estos días. Nosotros nos encargaremos de los niños en tu ausencia. Él lo entenderá, no es tan intransigente como aparenta.

Luz intentó negar la evidencia, pero tenían razón. Los médicos se lo habían advertido, y no

quería alejarse demasiado de su lado. Así que hizo acopio de valor y llamó por teléfono a su jefe, pero no respondió. Lo llamó de nuevo, se aclaró la voz y le dejó un mensaje en el contestador:

—Hola, Óscar. Te he llamado porque tengo que tomarme unos días libres, pero quiero que lo hablemos para cuadrarnos. Llámame en cuanto escuches este mensaje. Hasta luego.

La llamada no se hizo esperar.

—Sí, Óscar.

—¿Podría saber el motivo por el que me pides unos días libres? —espetó.

—¿El motivo? Pues, verás… yo…

No era capaz de pronunciar en voz alta lo que pasaba. Si lo decía de nuevo, la pesadilla que era en esos momentos su vida se volvía más real.

—Seguro que no se los da —dijo Quique en voz baja, llevándose una regañina de su madre.

—¿Ese es mi hermano? Me parece increíble. ¿Sabes qué? Tómate los días que quieras y disfrútalos con él. Estás despedida.

Colgó, dejando a Luz boquiabierta.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Alicia, temiéndose lo peor.

—Piensa que me tomo el descanso para estar contigo —respondió, mirando a Quique a los ojos.

—¡Mi hermano es un gilipollas!

Se levantó de la silla tan fuerte que la tiró al suelo, lo que provocó las miradas del resto del bar.

—¡Enrique! —Alicia se llevó la mano al pecho.

—¡¿Qué?! ¿Es que no se da cuenta de que le ha pedido los días libres porque le pasa algo?

—Cariño, te ha oído y pensará lo que no es. Además, tu hermano lleva un tiempo perdido…

—¡Tres años! Ya va siendo hora de que viva la vida, de que se dé cuenta de que no es el único que sufre.

Tras decir eso, cerró la boca de pronto. Había dicho demasiado en pocas palabras.

—Si necesitas hablar, ya sabes que estamos aquí —dijo su madre.

Miró hacia un lado y negó con la cabeza.

—Ahora es momento de apoyar a Luz.

Se acercó a la niñera.

—Yo me encargo de Óscar, no te preocupes —susurró y besó su frente.

Sin despedirse, se marchó directo a tener unas palabras con su hermanito.

—¡Enrique! —lo llamó su madre en vano. Estaba decidido a cantarle las cuarenta a Óscar—. Roberto, por Dios. —Le tendió una mano, en busca de apoyo.

El hombre se acercó, la agarró por los hombros y besó su cabeza.

—Luz, querida, ¿tienes con quién quedarte? —preguntó Roberto.

—Sí, no os preocupéis por mí, de verdad —gimió—. Siento todo esto.

—Ni se te ocurra disculparte, cielo —añadió Alicia—. Ve junto a tu padre y mantennos informados, ¿de acuerdo?

—Gracias.

Apretó sus manos y se marchó, dejando a la pareja en el bar.

Roberto ayudó a Alicia a levantarse.

—Vamos, te acompaño.

Lo miró indecisa.

—Creo que ya va siendo hora de decirle la verdad a tu hijo.

Suspiró. No eran las mejores circunstancias, pero no había más remedio. No, si quería evitar

que sus dos hijos se pelearan.


LA VERDAD

17

Qué idiota había sido al confiar en la niñera. Pensaba que era diferente a las demás por cómo trataba a sus hijos, a él. Que era una profesional.

«Y que no sucumbiría a los encantos de tu hermano, y sí a los tuyos», dijo su conciencia.

Negó con la cabeza. No, él no tenía tiempo ni ganas de pensar en ella de esa manera. Desde luego, no tan cerca del aniversario de ese fatídico día.

—¡Joder! —gritó, estrellando su teléfono móvil contra una de las paredes de su despacho.

Se quedó mirando el aparato que, por suerte, apenas sufrió daños estéticos.

Sara, que salía de la cocina —había picoteado algo—, escuchó el grito y el golpe. Preocupada, corrió hasta la puerta.

—¿Papá? ¿Estás bien? —preguntó contra la madera.

Tuvo que frenarse para no abrirla. La última vez que pasó algo parecido estuvo unos días castigada por irrumpir sin permiso en la habitación. No cometería el mismo error. Pero eso no quitaba que se preocupara por él. Últimamente estaba muy raro, y necesitaba saber qué ocurría.

—Se han caído varias carpetas de la estantería, no te preocupes —respondió Óscar tras la puerta.

Se maldijo por su poca discreción. No quería que su hija pensara que estaba perturbado.

—Vale —dijo no muy convencida y se marchó al salón.

Se tiró en el sofá, agarró el mando de la televisión y comenzó a hacer *zapping*. Su padre seguiría aún una hora más en el despacho, y su hermano, miró hacia la alfombra de juegos que había al fondo de la estancia, jugaba con un coche. Pasó los canales con rapidez y aburrida hasta que el ruido de la puerta de entrada la esperanzó.

—¡Tito! —lo llamó para que se sentara junto a ella.

—Ahora no puedo, Preciosa. —Le propinó un fugaz beso en la mejilla y siguió su camino—. ¿Está en el despacho?

—Sí, pero… —Cerró la boca, no quería meterse en ningún lío.

Quique dio media vuelta, y Sara agachó la cabeza.

—Princesa. —Se acercó y alzó su barbilla para ver sus ojos—. ¿Qué ocurre?

A su tío no le podía mentir y, a sabiendas de que podían regañarle, le contó lo que había oído.

—Los mayores somos muy complicados y, a veces, no gestionamos bien lo que nos pasa —dijo con dulzura—. Voy a hablar con él. —Se incorporó—. No te preocupes y, oigas lo que oigas, no es por tu culpa, y nunca olvides que os queremos mucho, ¿de acuerdo?

Asintió y recibió un cariñoso abrazo por encima del respaldo del sofá. Inspiró calmada, su tío era el mejor para explicarle las cosas que no entendía. Lo iba a echar en falta cuando se marchara, porque siempre lo hacía. Era por trabajo, pero eso no dolía menos.

Quique se dirigió al despacho, respiró hondo y llamó a la puerta.

—Sara, ya te he dicho que estoy bien —gruñó Óscar, abriendo la puerta.

Al ver a su hermano, se quedó paralizado. Quique aprovechó los segundos de confusión para entrar.

—¿Qué haces aquí? —exigió Óscar, cerrando la puerta.

—Eres un gilipollas.

Plantado en mitad de la habitación, cruzó los brazos esperando que Óscar reaccionara. Apretó la mandíbula y los puños, pero no se movió del sitio porque, si daba un paso más, el golpe del día anterior se repetiría. Abrió sus fosas nasales, respiró con fuerza y soltó de un tirón el aire.

—Dime qué coño quieres y luego lárgate.

Caminó hacia su mesa, pegándole un empujón con el hombro. Tomó asiento en su sillón y le dio la espalda.

—¿Esas tenemos? —resopló indignado—. ¿Ni siquiera tienes el valor de mirarme a la cara?

No se movió, solo esperó a que hablara.

—Si no estuvieses tan pendiente de mí y de lo que hago, te hubieses dado cuenta de que Luz no se encontraba bien estos días —dijo—. Sé que la conocemos poco, pero es una chica risueña, alegre, con ese brillo en los ojos que ilumina cada rincón de tu alma. —Óscar apretó los ojos al oír eso—. Pero hoy ha perdido esa… luz. Mamá y yo nos la hemos encontrado en el parque, destrozada. —Abrió los ojos y giró la silla—. Su padre se está…

—¡Papá! ¡Tito! —Sara irrumpió en el despacho—. ¡Luz sale en las noticias!

Los dos miraron atónitos a la niña, que les hacía señas, y la siguieron corriendo. Óscar adelantó a su hermano, le arrebató el mando a su hija y subió el volumen del televisor.

«…como ya les hemos adelantado, el famoso bailarín Fabián Duval está en sus últimos momentos. Fuentes del hospital donde está ingresado nos revelan que, después de tres años en coma, ha sufrido una parada cardíaca, lo que indica que su final está cerca. Su hija, Luz del Valle, exbailarina profesional, ha entrado hace unos minutos en el edificio acompañada por Isaac Michel, uno de los primeros bailarines del Ballet Nacional de España y expareja de la misma».

A continuación, se vio la imagen de Luz, rodeada por un brazo de Isaac, que la protegía de las cámaras y los periodistas que la agobiaban. Ellos preguntaban, pero ella solo se tapaba la cara, escudándose detrás del acompañante. Acto seguido, pusieron el vídeo de una actuación de Fabián junto a un hombre y una mujer jóvenes. La canción era *She's Like the Wind* de la banda sonora de la película *Dirty Dancing.* Al principio, no se dieron cuenta, pero una voz les alertó:

—¡Luuuzzz! —exclamó Ángel, atrayendo las miradas de su familia.

El pequeño reía y señalaba la tele. Sara bajó las piernas del sofá y adelantó su cuerpo para ver mejor.

—¡Es Luz y el tío ese que la acompañaba al hospital! —confirmó sorprendida.

En otro momento, Óscar la habría reprendido por su lenguaje, pero estaba tan ensimismado con la tele que solo emitió un siseo para que callara. La voz de la reportera contaba la vida de Luz y su familia: su madre la abandonó cuando ella tenía cuatro años, su infancia entre bambalinas, su relación con Isaac, el accidente de su padre y un largo etcétera.

Él intentaba atender a todo. Sin embargo, solo pudo centrarse en el baile. La vio pasar de un hombre a otro como si volara. Isaac intentaba retenerla entre sus brazos, pero ella se escabullía de vuelta a su padre. El vestido plateado de seda se enrollaba entre sus estilizadas piernas, su pelo rizado y suelto volaba de un lado a otro; sus movimientos, suaves, delicados; y su rostro que mostraba la emoción acorde a la melodía eran una maravilla.

Quique, que estaba como su hermano, recibió una llamada de su madre.

—Sí… no… no te preocupes. —Miró de reojo a su hermano y medio sonrió, en sus ojos vio la mezcla de sentimientos que lo invadían—. Todo controlado, hablamos luego.

Colgó y lo palmeó en el hombro.

—Necesito una copa, hermanito —susurró.

—Yo también —le dijo, mirando todavía hacia la televisión.



Besó a su hija en la frente, le deseó buenas noches y se encaminó hacia la puerta.

—Papá.

Dio media vuelta.

—¿Sí?

—Luz estará muy triste —murmuró con ojos brillantes.

Se acercó de nuevo a la cama y tomó una de sus manos.

—Sí, hija. Le daremos todo el apoyo que podamos cuando vuelva a casa, ¿de acuerdo?

Asintió, dio media vuelta y cerró sus ojos, intentando ocultar sus lágrimas. Óscar acarició su cabeza y suspiró. Ojalá pudiese protegerla de todo esto, pero, por desgracia, la muerte estaba muy presente en sus vidas.

Salió al pasillo y se encontró con Quique, que salía, a su vez, de la habitación de Ángel. Ambos se hablaron sin palabras y bajaron hasta la cocina. Óscar se dejó caer sobre una silla y esperó a que su hermano le sirviera la copa. Restregó sus ojos con fuerza y pasó las manos a lo largo de su cara y su cabello.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó, tendiéndole el vaso.

Bebió de un trago el whisky, hizo una mueca y se recostó mirando hacia ningún sitio en concreto.

—Por ahora, nada.

—¿No vas a llamarla?

—¿Tú crees que, después de lo que le dije, va a cogerme el teléfono? —Lo miró con una ceja enarcada.

—Cierto. —Frunció los labios y le clavó sus ojos verdes—. Es que aun no entiendo por qué le dijiste eso. —Meneó la cabeza.

Óscar lo fulminó con su mirada. Él levantó las manos en defensa, y no volvieron a cruzar palabra hasta que se dieron las buenas noches. Ya acostado en su cama, escribió y borró varias veces un mensaje. Al final, decidió que lo mejor era no hacer nada hasta que pasara lo inevitable. Cerró los ojos, y la imagen de una joven Luz bailando le vino de pronto.



De pie, junto a la puerta de la habitación donde descansaba su padre, trasteaba con el teléfono. Pasaba los chats de WhatsApp, viendo todo el que la había escrito, cuando se dio cuenta de que su jefe estaba escribiendo. Detuvo la pantalla y esperó expectante. ¿Se estaría disculpando? ¿Quique y Alicia le habrían contado todo? No lo sabía. Recibió varios mensajes de ellos, sin embargo, no los miró. Isaac le confiscó el móvil por culpa de la prensa. Lo recuperó hacía un minuto, cuando él fue a buscarle un café. La noche iba a ser larga, los médicos acababan de desconectar a su padre y necesitaba estar despierta en todo momento.

—¿Qué te he dicho, *mon petit*? —Estaba junto a ella con la mano extendida.

Luz resopló, pero le hizo caso y le devolvió el teléfono. Aceptó el café, volvió a sentarse junto a la cama y agarró la mano de Fabián. Isaac se colocó justo al lado contrario. Intentaba centrarse en ella, no quería recordar a su mentor de esa manera. Pero estaba ahí y aguantaría todo lo que hiciera falta por el amor de su vida. Así se lo había prometido, después de convencerla de que lo mejor era dejar ir a su padre. El diagnóstico estaba claro: después de tres años en coma, y con el paro cardíaco de esa mañana, era inútil alargar la agonía.

Se recostó en el sillón y cerró durante un momento los ojos. Estaba agotado. Había estado grabando todo el día un anuncio para la televisión y, cuando creía que iba a descansar, Luz lo llamó entre llantos. Desde entonces, no se separó de ella. La acompañó a su casa a por algo de ropa y fueron directos hasta el hospital cuando terminaron. El revuelo de periodistas y prensa los sorprendió cuando bajaron del coche. Ya veía las portadas y los supuestos homenajes. ¡Hipócritas! Tres años sin saber nada de nadie, y hoy todo el mundo se acordaba de Fabián y su hija. Negó con la cabeza. Cambió un poco la postura, estaba incómodo, inquieto. ¿Qué era ese sonido?

—¡Isaac! —el grito de Luz hizo que abriera los ojos de golpe.

¡Mierda! Se había dormido. Se levantó y corrió junto a ella, que lloraba contra el pecho de su padre. Un pitido desagradable salía del monitor cardíaco. Avisó a la enfermera con el corazón acelerado. El final había llegado.


DESPEDIDA

18

El murmullo de los asistentes al tanatorio le llegaba embotellado. Cada persona que se acercaba para darle el pésame, o contarle lo maravilloso que era su padre, era un puñal más clavado en su maltrecho corazón. Isaac no se movió de su lado en ningún momento. Aguantó el tipo por ella, que no tenía fuerzas para responder más allá de un «gracias» entre lágrimas.

Bailarinas y bailarines, técnicos de televisión, presentadores y gente famosa de la época de esplendor de su padre paseaban entre la multitud, abriéndose paso para hablar con Luz. Pero ella estaba lejos de allí. No quería saludarlos ni recibir sus hipócritas palabras. Cuando Fabián sufrió el accidente, todos le ofrecieron apoyo, pero, al caer en coma, uno a uno se alejaron de su vida. Hasta que lo olvidaron y, a raíz de su lesión de rodilla, a ella también.

—¿Te encuentras bien? —La mano de Isaac buscó la suya.

—Necesito respirar.

Asintió, se disculpó con una mujer que se acercó a ellos y la ayudó a incorporarse. La animó a caminar, pero ella no se movió del sitio. Se quedó muy quieta, mirando hacia la puerta de entrada. Él la imitó y vio a un hombre alto, moreno y atractivo que oteaba a las personas congregadas allí. Habló con alguien, y esa persona los señaló. Al verles, apretó la mandíbula y se encaminó hacia ellos. Su instinto protector actuó y la rodeó con un brazo cuando se imaginó quién era.

—Lo siento, Preciosa —susurró al llegar a su altura.

Abrió los brazos, y Luz se deshizo del brazo de Isaac para refugiarse en su pecho. No pudo contener las lágrimas y lloró durante unos minutos. Él le acarició con delicadeza la espalda, y el bailarín se removió en el sitio. Cuando supo lo que ese energúmeno le había dicho, se cabreó, y mucho. Nadie trataba así a su *coeur*. Carraspeó para hacerse notar, no estaba dispuesto a olvidarlo tan fácilmente.

Luz se separó, ya más calmada y le sonrió. Lo conocía demasiado bien como para saber lo que estaba pasando por su cabeza. Los acercó a los dos.

—Isaac, te presento a Quique.

Su cuerpo se relajó al oír ese nombre, y aceptó la mano que le tendía el recién llegado. Cualquiera diría que se amedrentaría por los centímetros que este le sacaba tanto en altura y anchura, pero no importaba. Cuando se trataba de Luz, perdía los estribos. Gracias a Dios, la persona que tenía delante era el hermano.



Qué bien le estaban sentando esos minutos lejos de la gente. Se agenciaron una mesa al fondo de la cafetería. Daban a entender que necesitaban intimidad. Entonces, Luz le contó todo lo sucedido a Quique, que la escuchaba atentamente y acariciaba una de sus manos, dándole todo su apoyo sincero. Isaac supo que podía confiar en ese hombre. Estaba seguro de que no permitiría que su hermano le hiciese daño, y eso lo tranquilizó. Aunque ya se encargaría de decirle cuatro cosas, si es que se atrevía a aparecer por allí.

—Siento que hayas pasado por todo esto —dijo al terminar su relato—. Mi madre te manda

besos y te verá en el entierro. Se ha quedado con los niños.

Luz clavó sus ojos en los suyos, dejando la pregunta en el aire. Iba a responder, pero su móvil sonó y respondió sin dejar de mirarla.

—Sí, en la cafetería. —Cortó la llamada y suspiró.

—Está aquí —afirmó ella.

—Lo he convencido para que viniera porque cree que no lo vas a recibir. —Ella no se inmutó —. Ya sabes lo tozudo que puede llegar a ser, pero, créeme cuando te digo que se muere por disculparse en persona.

Isaac resopló.

—Mi hermano no es mala persona —añadió, mirándolo—. Lo ha pasado muy mal desde la muerte de mi cuñada y no sabe gestionar muy bien sus emociones. No voy a disculparle por lo que dijo y así se lo hice saber. Sin embargo, creo que merece ser escuchado. —Volvió a mirar a Luz—. No te imaginas el esfuerzo que es para él estar aquí hoy. Acepta verle y, si aún estás enfadada, díselo y él te dejará marchar.

Ella titubeó.

—¿No te lo estarás planteando? —gruñó Isaac.

—Él no sabía lo de mi padre —replicó, apretando sus manos.

—Pero eso no le exime, *mon petit.*

Sonrió y acarició una de sus mejillas.

—No es tu decisión, cariño.

En ese instante, Óscar entró en la cafetería. Como si intuyera su presencia, ella miró hacia la puerta y se enfrentó a su mirada. Lo que encontró fue arrepentimiento. Se levantó, al tiempo que le decía:

—Además, ya soy mayorcita para defenderme sola.

Fue al encuentro de su exjefe, dejó a Isaac receloso, y a Quique, tranquilo. Supo que lo había perdonado. Esa mujer era extraordinaria.



La boca del estómago le ardía, las manos le temblaban, y él no supo cómo había sido capaz ni de conducir, pero ahí estaba. En la puerta de la cafetería, dudando si entrar o no. Ese lugar le traía demasiados malos recuerdos, y no imaginaba que lo iba a pisar tres años después. Inspiró hondo y entró en el establecimiento. La vio al momento, y su corazón dio un vuelco cuando Luz lo miró. Se la veía tan pequeña, tan vulnerable, que tuvo unas ganas enormes de correr hacia ella y acogerla entre sus brazos. Sin embargo, se quedó plantado esperando su aprobación. Cuando se levantó y caminó hacia él casi sonrió por la emoción, pero se contuvo.

—Vamos a dar un paseo —murmuró, pasando por su lado.

La siguió en silencio con la cabeza agachada. No podía mirar a su alrededor. No, si quería seguir allí con ella. Caminaron por un jardín que había en un lateral del recinto. Una especie de rincón más amable, lleno de vida con sus plantas y flores, pero que no conseguía disimular la tristeza de aquél lugar. Llegaron hasta una fuente rodeada de bancos de piedra, y Luz tomó asiento en uno de ellos. Él la imitó. Tragó el nudo que tenía en la garganta y giró su cuerpo hasta quedar frente a ella.

—Siento lo de tu padre —balbuceó.

Volvió su cara para enfrentarse a él, dispuesta a dejarle claro su enfado, pero se desinfló al ver el rostro abatido de Óscar.

—Te pido disculpas por mi comportamiento —continuó al ver que no respondía—. No sé por qué te dije eso. Yo… quiero que sepas que eres, has sido la única que ha conectado con Ángel y, aunque ella no lo reconozca, también con Sara. —Y con él, pero no lo admitiría en su presencia —. Toma. —Sacó un papel doblado del bolsillo trasero de su vaquero y se lo enseñó—. Es una carta que te ha escrito, abajo hay un dibujo de Ángel.

Luz agarró el papel entre sus manos y lo leyó:

«Luz, sé que estás muy triste, y papá nos ha dicho que te apoyaremos cuando vuelvas a casa, pero yo te prometo que voy a ser más amable y no volver a echar tinte en tu champú. Vuelve pronto. Besos, Sara».

Debajo había dibujado un arco iris y un monigote encima, que intuyó era ella. Sonrió con tristeza, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Apoyó el dibujo en su pecho y lloró en silencio.

Sus ganas de abrazarla se acrecentaron, quería acunarla y susurrarle palabras de consuelo, pero no quería arriesgarse a ser rechazado y solo se limitó a mirarla desde la poca distancia que los separaba.

—¿Y tú? —preguntó de pronto, secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

Óscar arrugó la frente sin entender.

—Tu hija me pide que vuelva pronto. ¿Y tú? ¿Quieres que vuelva?

Lo enfrentó con los ojos enrojecidos por el llanto, pero con firmeza.

En un gesto involuntario, se acercó más a ella.

—Claro que sí, por eso he venido —susurró sin apartar sus ojos de los suyos.

Qué guapo estaba con esa camisa blanca y ese vaquero oscuro, y qué bien olía el condenado. Hasta en esos terribles momentos, la atraía. Carraspeó y clavó un dedo en su pecho.

—Con una condición: que no se vuelva a repetir el numerito del teléfono. Si tienes algo que decirme, lo hablamos en persona y como la gente civilizada, sin acusaciones. ¿Entendido?

—Por supuesto, tienes mi palabra. —Se llevó una mano al pecho sin rozar su dedo.

—Bien. —Se acercó más a él y estuvo tentada de agarrar esa mano entre las suyas, pero se detuvo al recordar su reticencia al contacto. Suspiró y recogió las manos en su regazo—. Ahora soy yo la que te pide perdón.

La miró sin comprender por qué no lo tocaba y por qué se disculpaba.

—Tenía que haberte contado quién soy y lo que pasaba, pero no quería involucraros en todo esto. Ya habéis sufrido bastante.

Sin pensarlo, y ante su sorpresa, él agarró sus dos manos. Ambos sintieron una corriente eléctrica que les recorrió por completo.

—No me importa quién seas, solo importa lo bien que nos tratas a mi familia y a mí, a pesar de mis formas. No te lo puedo prometer porque no sé cómo lo voy a hacer, pero ten claro que intentaré ser más amable y sincero.

Luz no necesitó más para soltar sus manos y darle un abrazo. Óscar solo pudo responder cerrando los ojos y rodeando el cuerpo de esa sorprendente mujer. Ella aprovechó para aspirar su olor y sentir su corazón.


VUELTA

19

Paseaba nervioso de un lado a otro mirando el reloj. Se acercó a Ángel para colocarle bien el pelo y la ropa. Hizo intención de hacerlo con Sara.

—Me estás poniendo nerviosa, papá. —Lo esquivó para que no volviera a peinarla con los dedos.

Desde que se despertaron, no había parado de meterles prisa para estar preparados en el salón.

—Perdona.

Consultó de nuevo el reloj y apretó la mandíbula. Llegaba tarde. ¿Se habría arrepentido? El ruido de la puerta lo alertó, y se colocó junto a sus hijos. Su corazón golpeaba con fuerza el pecho.

—Buenos días.

Se tensó un poco más de lo que ya estaba al ver a su madre y a Quique entrar.

—Llegáis tarde —gruñó, acusando a su hermano.

—Hijo, es culpa mía —se disculpó Alicia—. Me estaba despidiendo de Roberto, va a visitar a sus hijas, y no lo veré en una semana.

Apretó de nuevo la mandíbula, pero no dijo nada. Cuando se lo presentó, no le hizo ni pizca de gracia, y no porque su madre volviese a enamorarse, sino porque no habían confiado lo suficiente en él como para contarle su relación. Los últimos acontecimientos le dejaron claro que tenía que cambiar su actitud si quería participar en la vida de su familia.

Consultó por enésima vez su reloj.

—Tranquilízate, hermanito. —Palmeó su hombro—. Vendrá.

Después de su conversación en el tanatorio, Luz le pidió un par de semanas de descanso, para poner todo en orden, que él le concedió sin dudar. Desde entonces, no habían hablado hasta hacía un par de días que recibió un mensaje que le anunciaba su vuelta. Catorce días sin verla desde ese abrazo que recordaba en cada centímetro de su piel. Más de 336 horas sin oír su risa. No podía admitir lo que todos sabían. No, aún no.

El ruido de unas llaves los alertó. Tomaron posición y esperaron en silencio a que Luz hiciera su aparición.



Impaciente por volver, no había pegado ojo en toda la noche. Agradeció a Óscar que le concediese esas dos semanas para asimilar la muerte de su padre. También aprovechó para poner en orden todo lo referente a su herencia y hablar con una inmobiliaria para vender la casa que tanto le costó mantener los últimos años por si Fabián despertaba. Los ahorros de ambos los había usado para su cuidado y bienestar. Solo le quedaba su sueldo y un seguro de vida que tenía que emplear para terminar de pagar la clínica y el funeral.

Suspiró con pesar y se levantó de la cama. Paseó por cada habitación, recordando su vida allí. El olor a loción de afeitado del baño; el suavizante de sus sábanas; los libros que leyó junto a la chimenea con él; las comidas quemadas en el horno por no saber seguir las recetas; las risas viendo su comedia favorita y las horas de ensayo en el estudio. Allí acabó, como siempre, pero

esta vez no quiso bailar.

Se acercó hasta el pequeño armario del fondo y sacó las zapatillas de *ballet* de su padre. Las desenvolvió, pues estaban envueltas en papel de periódico —su truco estrella para conservarlas —, y sonrió al recordar la primera vez que las vio así. Acarició cada deformidad, los lazos y se las llevó al pecho. Inspiró con fuerza para evitar las lágrimas, cerró el armario y se marchó para intentar dormir un poco. Se despertó junto a ellas y decidió guardarlas en la maleta. Así tendría un trocito de él en su nuevo hogar.

Terminó de preparar las cosas, las metió en el coche y se encaminó hacia casa de Óscar. ¿Cómo la recibirían? Habían pasado demasiados días, y los echaba mucho de menos. ¿Sería recíproco? Esperaba que así fuera. En esos momentos, necesitaba que la quisieran. A pesar de tener a Isaac, él no era una constante en su vida. Había temporadas en las que solo se veían una vez al año, y eso no era suficiente para ella. Y hacía ya una semana que lo demostraba: tenía un compromiso en París, y no sabía cuándo volvería de nuevo.

—Lo siento tanto, *mon petit* —le dijo afectado.

—Estaré bien —mintió.

Agitó la cabeza para borrar ese recuerdo y se centró en la carretera, estaba llegando a su destino. Aparcó junto al garaje, bajó del coche, abrió con rapidez el maletero y cargó los dos macutos hasta la puerta de entrada. Abrió con manos temblorosas y entró, portando los bultos.

—¡Bienvenida! —gritó la familia al verla aparecer en el salón.

Ella sonrió emocionada, y todos se abalanzaron para abrazarla y darle besos. Todos, menos Óscar, que se quedó rezagado. ¿Por qué no se acercaba? Estaba muy serio. Fingió no importarle, pero por su mente pasaron diversas teorías absurdas del porqué de su actitud. Apenas escuchaba lo que le decían los demás.

—Bienvenida, Preciosa —dijo Quique, abrazándola.

—¿Cómo te encuentras, querida? —preguntó Alicia que hizo lo mismo que su hijo.

—Luz, tengo que contarte una cosa superimportante —añadió Sara.

Ella solo les sonreía feliz y abrumada. No podía hablar. Alzó al pequeño que tiraba de su vaquero y le dio mil besos en la carita, provocándole la risa. Ese maravilloso sonido era lo que necesitaba. A todos. A pesar de conocerles tan poco, esa familia se había instalado en su corazón y en su alma para siempre. Una vez terminaron, se alejaron y dejaron espacio para que jefe y empleada se saludaran.

Óscar estaba sudando, se sintió desfallecer cuando entró por la puerta del salón, con ese vaquero ajustado y esa melena castaña y rizada que tanto le encantaba. No supo qué hacer y se quedó a un lado, dejando a los demás para que le dieran mimos. Cuando alzó a su hijo, su corazón estalló de felicidad. Esa mujer había conseguido lo que nadie pudo con Ángel. Lo depositó con suavidad en el suelo y lo taladró con la mirada.

«Ya está, ya la tienes en casa».

—Bienvenida —susurró, acercándose un paso.

—Gracias —respondió con una enorme sonrisa.

Quiso abrazarla con fuerza, pero se contuvo. Pasó una mano por su cabello y le sonrió de medio lado.

—¿Cómo te encuentras?

—Ya sabes, tengo días.

El resto de la familia contemplaba la escena en silencio. Alicia, emocionada, agarró la mano de su otro hijo y la apretó. Él le devolvió el gesto. Su hermano, por fin, empezaba a vivir. Sara, por su lado, no entendía bien qué estaba pasando, pero no importaba. Ahora que Luz estaba allí,

estaba segura de que su padre estaría de mejor humor.

Luz y Óscar no dijeron nada más. No, al menos, con la voz porque, con sus miradas, se lo dijeron todo. Y eso les aterró por igual. En el fondo de sus corazones, sabían la verdad: sentían algo el uno por el otro, y no sabían cómo lo iban a afrontar.


BAILAR

20

Los días siguientes a su vuelta transcurrieron sin incidentes. Luz estaba feliz con aquella familia, que no dejaban de mimarla y ayudarla a pasar mejor el duelo. Óscar sonreía como un bobo todo el tiempo. Incluso bromeaba con todos. Sara, por su parte, estaba ceñuda y apenas hablaba, hecho que no le pasó desapercibido a la mujer. Una tarde, al volver de la clase de inglés, subió a su dormitorio para hablar con ella.

Ambas tomaron asiento en el borde de la cama.

—Desde mi vuelta al trabajo, estás más callada y seria de lo normal, ¿he hecho algo que te ha molestado? —preguntó con suavidad.

Sara bajó la mirada y se miró las manos, que descansaban en su regazo. Estaba claro que algo ocurría. Luz alzó su barbilla para mirarla a los ojos.

—Puedes contarme cualquier cosa, ¿de acuerdo?

Suspiró.

—¿Recuerdas que te dije que tenía que contarte una cosa superimportante?

Luz se sintió mal por haberlo olvidado, iba a pedirle disculpas, pero la niña continuó hablando.

—El colegio ha organizado un concurso de canto y baile para final de curso, y yo no sé qué hacer y había pensado que tú… bueno… como tú eres…

Emocionada por su petición, la agarró de las manos.

—Te ayudaré con el baile. —De pronto se puso seria—. Pero, he de advertirte una cosa: canto fatal.

Las dos estallaron en carcajadas.

—Tengo que pedirte algo más —añadió—. ¿Puedes decírselo a papá? —Luz la miró extrañada —. La directora dijo que mandaron la información a los padres, pero él no me ha dicho nada todavía. A lo mejor es que no quiere que baile —susurró esto último.

Se le encogió el corazón al oír eso. No entendía el silencio de Óscar, y más ahora que estaba tan de buen humor.

—Se lo diremos las dos.

Le dio un toquecito en la nariz, se levantó y le tendió una mano. Sara, reticente, tardó en aceptarla. Luz tiró de la pequeña, y se encaminaron hacia el despacho. Llamó a la puerta y entró cuando Óscar le dio permiso.

—Queríamos comentarte una cosa —dijo al tomar asiento.

Él las miró con el ceño fruncido.

—Decidme.

Apoyó los codos en la mesa y esperó a que hablaran.

—Papá… yo… —tartamudeó, mirando a la niñera para suplicarle ayuda.

—¿Ocurre algo?

Preocupado, imaginó cualquier cosa que hubiese sucedido. No sabía qué esperar, últimamente no pensaba demasiado en problemas.

—¿Has recibido alguna información del colegio en estos días? —intervino Luz.

Sara suspiró aliviada.

—¿Del colegio? —Entrecerró los ojos, buscó su teléfono móvil en la mesa y comenzó a trastearlo—. Pues no tengo nada… ¡Ah! Tengo un mensaje pendiente en el correo electrónico. —Enarcó una ceja y miró inquisidor a Sara, que se puso colorada y agachó la cabeza.

Abrió el mensaje y comenzó a leer. Al momento, alzó las dos cejas y miró a su hija.

—¿Quieres participar?

—Había pensado que, como Luz es bailarina, me puede ayudar con el baile —susurró sin levantar la cabeza.

Óscar dirigió su mirada hacia la niñera. Ella le respondió con una sonrisa y una subida de hombros.

—¿Y qué es lo que tenías pensado?

Sara alzó la cara.

—Aún no lo sé, pero me gusta una canción que me puso Luz en el coche —titubeó.

Sabía que era imposible que su padre aceptara un baile con música de ese tipo, pero, ya que estaba con ella a su lado, se sintió valiente para hacer la petición. Aunque se vino abajo al verlo apretar la mandíbula.

—¿Qué canción es? —Esta vez miró a la niñera.

—Tiene un ritmo perfecto para un concurso de baile —dijo emocionada al recordar la canción —. Seguro que sabes cuál es —añadió sacando su teléfono—. Toma.

Agarró el terminal y le dio al *play*. Las notas de *Walk Like an Egiptian* de The Bangles resonaron en el despacho. Una vez terminada, le devolvió el móvil a Luz, inspiró y meditó sus palabras. No quería ofenderla, ni desilusionar demasiado a su hija.

—Hay algunas frases que no son apropiadas para su edad —dijo poco a poco. Sara encogió el rostro—. Sin embargo, Luz podría buscar algo más clásico y adecuado.

Mientras hablaba vio el cambio en su hija y se le partió el corazón, pero tampoco podía permitir que presentara esa canción. ¿Cómo se lo tomarían en el colegio? Esa institución era demasiado regia para aceptar otro tipo de música que no fuera la clásica. Además, a él tampoco le entusiasmaba la idea de ver bailar a Sara algo ochentero.

La niña abrió los ojos con esperanza. Luz tragó saliva, eso no se lo esperaba.

—Lo intentaré —dijo, ideando un plan en su cabeza.

Sara sonrió a la niñera, aunque no estaba del todo convencida de bailar música clásica.

—Gracias, papá —susurró antes de marcharse.

Luz abrió la boca para rebatirle a Óscar su postura, pero no lo hizo. En su lugar, se despidió con un movimiento de cabeza y siguió a la niña hasta su habitación.

Él se quedó pensativo. Sabía que había decepcionado, una vez más, a su hija. Pero lo que menos necesitaba era ser el hazmerreír del colegio por culpa de una dichosa canción. Ya lo entendería, aún era demasiado pequeña para comprenderlo. Suspiró y continuó con su trabajo un rato más.

Sara corrió hasta su habitación y se tiró sobre la cama.

—Jo, ¿y ahora qué canción elegimos? —se quejó contra la almohada.

Luz se sentó junto a ella y acarició con mimo su espalda. En su mente, buscaba canciones de *ballet* clásico sin parar, y ninguna le llamaba la atención, hasta que le llegó la melodía de *La Danza del Azúcar*.

«¿Y sí…?». Sonrió con malicia.

—Tengo una idea. —La niña se incorporó de golpe—. Pero tienes que guardar el secreto porque, cuando tu padre se entere, nos castigará a las dos.

Y tanto que las iba a castigar. No solo no le iba a hacer caso, sino que, si salía bien, destacaría sobre todos los bailes del concurso. De eso estaba segura.


CUMPLEAÑOS

21

Los ensayos con Sara se habían convertido en algo más que bailar. Al principio, era muy reservada y apenas hablaba, pero Luz le dejó espacio, y sola se fue abriendo a ella hasta confesarle lo que ocurría en el colegio.

—Me parece que esa niña no está pasándolo muy bien en su casa.

—No lo creo. Es perfecta, tiene todo lo que quiere, su padre es el más rico del colegio y su madre es la presidenta del AMPA —imitó la voz aguda de su compañera.

—Cariño. —Se acercó y acarició su cabeza—. Hay personas que parecen tener todo, pero les falta lo más importante.

—¿El qué?

—Amor.

Sara agrandó los ojos comprendiendo lo que Luz acababa de decir. Al segundo, negó con la cabeza.

—No, Claudia no deja de repetirnos lo guay que son sus padres, y todo lo que le regalan. Es mala, y punto.

La niñera sonrió, cada día se parecía más a su padre, por mucho que lo negara. Le revolvió el pelo.

—Bueno, yo solo digo que, a lo mejor, lo que esa niña necesita es cariño. —Se alejó de ella, tomó posición y añadió—: Desde el principio.

Ensayaron la entrada, que ya les salía a la perfección. Sara, aunque no tenía la habilidad de una bailarina, se defendía muy bien, por lo que ya faltaba poco para continuar con el numerito que Luz tenía pensado.



Faltaba apenas una semana para recordar el día más terrible de su vida. Con Luz en su día a día, le escocía algo menos, pero sus sonrisas no disipaban la oscuridad en la que llevaba inmerso esos años. Lo intentaba, Dios sabía si lo intentaba con todas sus fuerzas. Sin embargo, el tercer aniversario se acercaba, y la sombra de la ansiedad amenazaba con volver a convertirlo en un hombre irascible, gruñón y solitario. Por eso, había adelantado una de sus auditorías. Necesitaba poner distancia de por medio.

—Luz, ¿te importa venir un segundo a mi despacho? —la llamó cuando todos desayunaban en la cocina—. Tenemos que hablar de algo.

—Yo también quería hablar contigo de una cosa —dijo, tomando asiento.

—Mañana salgo de viaje —añadió ignorándola—. No volveré hasta, mínimo, el viernes que viene.

La niñera abrió la boca con exageración.

—El domingo vendrán mamá y Roberto a comer. De la tarta, se encarga ella, Quique comprará los regalos…

—¿Me estás hablando en serio? —interrumpió sorprendida.

Obvió su tono porque sabía lo que opinaba, ya la empezaba a conocer muy bien. Así que opto

por fingir que buscaba algo en su mesa para no mirarla a los ojos.

—¿Es el cumpleaños de Ángel, y tú te marchas de viaje? —insistió.

Apretó la mandíbula, porque no quería ser grosero con ella, y prefirió callar.

Luz no salía de su asombro.

—Óscar. —Se levantó, rodeó la mesa, se colocó a su lado y giró el sillón hasta que quedó frente a él y se agachó—. Sé que debe ser durísimo, pero, ahora que te están recuperando, no puedes alejarte de nuevo. No, en un día tan especial como el tercer cumpleaños de tu hijo.

Sintió su mirada taladrándolo. Esa mujer sacaba lo mejor y lo peor de sí mismo. Aunque, si debía ser sincero, ganaba la parte buena con creces.

—No, no puedo —susurró, mirando hacia un lado.

Luz sostuvo sus manos entre las suyas para obligarle a mirarla.

—No tienes que pasar por todo esto solo. —Apretó un poco su agarre y se acercó más—. Tienes a tu familia que te apoya. —Hizo una pausa—. También me tienes a mí.

Su estómago dio un vuelco al oír esto último. Ojalá tuviera fuerzas y agallas para tirar de ella y hacer lo que llevaba días queriendo, pero no podía. No ahora. No con su difunta mujer rondando su mente. Es como si la engañara. Al no recibir respuesta, Luz soltó sus manos y se alejó. En ese instante, sintió frío, necesitaba la calidez de su contacto.

—Yo puedo organizar todo para que este cumpleaños sea lo más llevadero posible. Piénsatelo.

En el momento en que se marchó, Óscar dejó salir las lágrimas. Gimió sin querer y se mordió un puño con fuerza. No quería que nadie lo escuchara.

Luz apoyó la coronilla en la puerta. El llanto de su jefe le llegó a lo más profundo de su corazón, y quiso entrar de nuevo y abrazarlo con fuerza, pero no se movió. Debía dejarle espacio suficiente para que se diera cuenta de lo que tenía a su lado. Suspiró, se limpió las lágrimas y volvió a la cocina para continuar con su rutina.



Un puñetazo, eso es lo que necesitaba su hermano. Un golpe de realidad. Solo eso. Cuando Luz volvió de su charla con él, tenía los ojos enrojecidos, y eso lo preocupó. Así que, cuando se marchó con los niños, entró en su despacho sin permiso y le exigió una explicación. En ese instante, se encontraba frente a él, aguantándose las ganas de gritarle que se equivocaba, pero respiró hondo y le habló con toda la tranquilidad que pudo.

—Ella tiene razón, hermanito.

—¿Te pones de su parte? —gruñó.

—Por supuesto, en esto y en la mayoría de las cosas que hace —rio irónico—. Esa mujer solo ha traído cosas buenas, y deberías hacerle caso de una vez. Y no solo en el tema de los niños.

Óscar frunció el ceño.

—No sé qué quieres decir —mintió.

Quique alzó las manos.

—¡Vamos, hombre! Miéntete a ti mismo, pero no a los demás.

Su hermano se levantó del sillón con tanta fuerza que golpeó la pared que tenía a su espalda.

—¿Qué sabrás tú?

Apretó los puños a los lados de su cuerpo.

—¡Claro que lo sé! —Se acercó tanto a la mesa que sintió el borde en sus muslos—. ¿Sabes

cuál es tu problema? Que tienes miedo.

—¡Cállate!

Ambos se retaron con la mirada, pero Quique no se acobardó.

—Te da pánico admitir que sientes algo por ella —sentenció.

—Mira quién me va a dar consejos —replicó, dejándose llevar por la ira—. El que huye de Barcelona para no enfrentarse a algo o alguien. ¿Acaso piensas que no lo hemos adivinado mamá y yo?

—¡No tenéis ni idea! —Pegó un golpe en el tablero—. Y no me cambies de tema, esto no tiene nada que ver ni conmigo ni con lo que haya pasado en mi vida.

Tenía la respiración tan agitada que pensó que le iba a dar un infarto. Se alejó y se llevó una mano al pecho. Al verle así, Óscar se asustó. Dejó a un lado su enfado y fue a socorrerlo.

—¡Eh, eh! Tranquilo —Se acercó y lo sujetó por los hombros—. Mírame, inspira por la nariz como yo.

Era un ataque de ansiedad. Conocía los síntomas a la perfección. Durante unos minutos, lo ayudó a regular su respiración y sus pulsaciones. Una vez se tranquilizó, lo obligó a sentarse y fue a por un vaso de agua.

—¿Me vas a contar lo que te ocurre de verdad?

Quique bebió del vaso.

—Cuando tú admitas lo de Luz.

—Eres un cabezota. — Óscar soltó una carcajada incrédulo y negó con la cabeza.

—Igual que tú.

Ambos rieron.

—De acuerdo —claudicó—. Pero empiezas tú primero.


TRES AÑOS

22

El gran día había llegado, y todos estaban nerviosos, hasta el pequeño Ángel, que reía y corría de un lado a otro de la casa emocionado. Cuando Óscar le dijo a Luz que no se marchaba de viaje, no imaginaba la que iba a montar en casa: alquiló uno de esos castillos hinchables de verbena, que era un arma mortal para los niños; encargó al *catering* una cantidad de comida, que no se acabaría en una semana; contrató animación y pintacaras, y no sabía cuántas diversiones más para que no le falte nada al Principito de la casa.

Si lo llega a saber, no la hubiera dejado encargada de organizar la fiesta. ¡Se había vuelto loca! Además de todo lo que había contratado, invitó a todos los niños de la clase de Ángel, incluidos los padres. Y, no contenta con eso, se las apañó para averiguar el teléfono de sus suegros y enviarles un mensaje.

—¿Cómo se te ha ocurrido hacer algo así? —la recriminó, encerrados en el despacho.

Al ver a los padres de Mónica, la agarró del codo y la obligó a entrar en casa.

—Pensé que les haría ilusión ver a su nieto —se disculpó, sin saber por qué se ponía así.

Óscar resopló, apretó la mandíbula, pasó las manos por su cara y pelo y la miró atónito.

—¿Por qué no me has consultado? —habló más alto de la cuenta.

Luz encogió los hombros con la culpa instalada en su rostro.

—Lo siento, creí que hacía lo correcto —susurró a punto de llorar.

Se acercó a ella más calmado y habló todo lo suave que pudo.

—Esas personas nos hicieron la vida imposible a su hija y a mí. Apenas nos hablábamos cuando ella murió y no hemos vuelto a tener contacto.

Ella abrió los ojos.

—Lo siento, Óscar, de verdad que yo no pretendía incomodarte —se le quebró la voz.

—Vale, vale. —La abrazó y acarició su cabeza con mimo—. Solo espero que no digan nada porque, a la más mínima, los echo de casa.

Se calmaron un momento y salieron al jardín, dispuestos a que eso no ocurriese.



La fiesta fue un éxito. Quién lo iba a decir. Los niños jugaron, saltaron, comieron y rieron; los padres, encantados, felicitaron a la familia. Ángel recibió toda clase de regalos y mimos, que lo hicieron inmensamente feliz, incluso chapurreó varias palabras, emocionando a su padre; y sus suegros, sorprendiéndolo, estuvieron amables y cordiales. Eso lo alivió, porque, conociéndolos, los veía capaces de criticar todo abiertamente, sin importarles quién escuchara.

A las siete y media de la tarde, todos se habían marchado ya. Óscar se despidió de la última familia y suspiró exhausto. Su madre se acercó para despedirse, mientras Quique se llevó a los niños al interior de la casa. Ángel bostezaba, y Sara no soportaba más a los repipis de sus abuelos maternos.

—Deberías ir a socorrer a Luz —le dijo Alicia—. Por la cara de Isabel, creo que le va a soltar una de las suyas.

Óscar siguió su mirada y vio a la niñera hablando con sus suegros, que no parecían querer irse

de allí.

—No te preocupes, mamá. ¿Te han dicho algo?

—Nos hemos evitado todo el tiempo —se carcajeó.

—Mejor.

Besó su frente y se despidió de ella, antes de ir en busca de la niñera.

—Sara es una niña maravillosa y responsable —decía Luz—. Y el pequeño está avanzando a pasos agigantados.

Los dos asentían con la cabeza y se miraban entre ellos, forzando las sonrisas. A cada palabra que soltaba, más tensas se volvían sus caras. Estaba más que claro que no les hacía ni pizca de gracia lo que les contaba.

—Luz —carraspeó al acercarse—. No deberías entretenerlos. Es tarde, y tienen un largo camino hasta llegar a casa.

Vivían a una hora de allí. Además, no los quería tampoco tanto tiempo cerca.

—No te preocupes, querido. La niñera nos está poniendo al día de todo lo concerniente a nuestros nietos. No se ha dejado ni un detalle —dijo Isabel.

Óscar dibujó una línea recta en su rostro al oír su tono, que no tenía nada de amabilidad.

—Supongo que sus métodos educativos irán en consonancia con el prestigioso colegio al que asisten, y no con bailes ni famosos de tres al cuarto —intervino Beltrán, que la miraba con desdén.

Luz casi se atraganta con su propia saliva. Hasta ese instante, no habían mostrado signos de conocer la historia de su padre y su tono fue cordial. Pero claro, no se habían quedado a solas en ningún momento.

—No os preocupéis por nada. —Utilizó el mismo tono que ellos—. Luz es una excelente profesional que vela por los intereses de los niños.

—¿Incluidos los tuyos? —añadió Isabel mordaz. Durante toda la fiesta, los había observado. Se veía a leguas que tenían algo y no perdería la oportunidad de decírselo—. No creo que sea bueno para mis nietos ver cómo su padre anda detrás de la niñera como si fuera un quinceañero. Tienes que dar ejemplo.

Eso fue el colmo que acabó con su paciencia.

—¡Se acabó! —bufó—. Creo que ya va siendo hora de que os marchéis.

—Mónica y tú eráis tal para cual.

Óscar avanzó un paso amenazante, y Luz lo agarró de un brazo para que no hiciera algo de lo que se arrepintiera.

—Ni te atrevas a cuestionar a tu difunta hija. —La señaló con el dedo—. Mónica fue una mujer extraordinaria y una maravillosa madre. Y dad las gracias a que Luz no conocía vuestro repudio y habéis podido ver a los niños hoy porque no pisaréis más esta casa.

Isabel tragó saliva, pero continuó con su máscara altiva.

—Vámonos, querido —se dirigió a su marido—. Las malas hierbas siguen saliendo aunque las cortemos de raíz.

Iba a ir tras ella, pero Luz lo frenó y apretó su brazo para que la mirara.

—¿Sabes, querido? —imitó a Isabel—. Prefiero las malas hierbas a una traicionera rosa. Parece hermosa hasta que muestra su verdadera cara y te pincha con crueldad.

La mujer profirió un gemido de indignación y se marchó arrastrando a su marido.

—Necesito tomar el aire —se disculpó Óscar.

—Te acompaño.

Mandó un mensaje a Quique para que se encargara de los niños y lo siguió.



Anduvieron en silencio y sin rumbo fijo durante unos minutos. Llegaron hasta el final de la calle, y Óscar se detuvo junto a una valla publicitaria. Alzó la vista y suspiró.

—Cuando vimos este cartel lo supimos: queríamos criar a nuestros hijos aquí —susurró.

Luz leyó la publicidad: Nueva urbanización en la que construir tus sueños.

—Vivíamos en un pequeño apartamento de una habitación, en pleno centro de Madrid, cuando Mónica se quedó embarazada de Sara. —Hizo una mueca parecida a una sonrisa—. Sus padres, que estaban en contra de nuestra relación, arremetieron, una vez más, contra nosotros, y ella les dejó claro que era su vida y haría lo que quisiera.

Pegó una patada a una pequeña piedra y continuó caminando hacia ninguna parte.

—¿Por qué no querían que estuvierais juntos?

Detuvo su paso y la miró sin mostrar un ápice de sentimientos.

—Decían que yo era igual de sinvergüenza que mi padre.

Luz alzó las cejas y lanzó una pregunta silenciosa.

—Mi padre era un prestigioso abogado. Conocido por sus exitosos casos, en los que los ricachones siempre ganaban. Mis suegros estaban encantados de formar parte de la familia Belmonte. —Sonrió con ironía—. Hasta que un día se destapó toda la trama en la que estaba metido: chantajes, extorsiones a jueces, sobornos a la policía… Fue un escándalo que tuvo copados los telediarios varios meses, y que nos destrozó. —Negó con la cabeza—. Mi padre se las ingenió para fugarse y dejarnos con una mano delante y otra detrás. Por suerte, ya ejercía como auditor de cuentas y conseguí que no embargaran la casa. Pero nuestra reputación quedó tirada por los suelos por culpa de los *paparazzis*. Así que, mis sue… exsuegros intentaron por todos los medios que Mónica me dejara, aún éramos novios en ese momento, y decían que sería menos traumático. Como ella se negó y acabamos casándonos, la repudiaron de por vida.

—Cuánto lo siento.

Óscar sonrió con tristeza.

—A pesar de todo lo que nos hicieron, ella intentó mantener la relación. Incluso les llevó a Sara cuando nació —se carcajeó—. No le abrieron la puerta. Y ya no supe más de ellos hasta que se dignaron a aparecer en el funeral.

—Imagino que montarían un numerito parecido al de hoy.

Clavó los ojos en los de Luz.

—Peor. Me acusaron de haberla matado. Por supuesto que los echamos de allí, pero sembraron esa semilla de culpa en mí, y desde entonces me he torturado por ello.

—Pero no es culpa tuya. —Se acercó y acarició una de sus mejillas.

Cerró los ojos al sentir su piel.

—Lo sé, pero no puedo evitar pensar que, si no le hubiera insistido para tener otro hijo, ella estaría hoy conmigo —se le quebró la voz.

—¡Oh, no! No digas eso. —Le abrazó con fuerza—. Tú no sabías lo que iba a pasar.

Su cuerpo tembló, intentó alejarla, pero ella lo sujetó con firmeza. Haciéndole saber que estaba a su lado, que lo apoyaba. Entonces, se rindió, enterró la cabeza en su cuello y se dejó llevar por las lágrimas que llevaba reprimiendo desde que salió de su casa.


ANIVERSARIO

23

Cuando sonó la alarma del móvil, no lo pudo creer. Apenas había dormido y su cuerpo estaba exhausto. Era como si una losa de una tonelada le oprimiera el pecho. Como cada maldito año. Se incorporó como pudo, posó los pies en el suelo y comenzó a estirar cada músculo de su cuerpo con lentitud. Mientras lo hacía, intentó dejar la mente en blanco. Tal y como le enseñaron en terapia. Solo su cuerpo, su respiración y él.

Primero el cuello. Hacia un lado, inspira; hacia el otro, espira; y así bajando por todo el tronco hasta llegar a la cintura. Se puso en pie, se inclinó hacia delante con los brazos por encima de su cabeza y bajó hasta tocar el suelo. Aguantó unos segundos, inspiró y se incorporó, redondeando la espalda, hasta levantar las manos al techo. Repitió el ejercicio unas cinco veces y terminó estirando brazos y piernas.

«Bien hecho». Ya estaba preparado para colocarse el chándal y realizar su rutina de ejercicios en el garaje.

Bajó con sigilo, esperaba que todos estuvieran durmiendo. Sin embargo, cuando llegó hasta la puerta de salida al garaje, supo que no iba a estar solo. El ruido de unas zancadas en la cinta lo alertaron.

«Seguro que es Quique». Puso los ojos en blanco. Ya le había dicho, por activa y por pasiva, que necesitaba esa mañana libre las máquinas. Dispuesto a echarle la bronca, abrió de golpe la puerta.

—¿Qué habíamos hablado? —vociferó.

Entonces, el ruido de un golpe y un grito llegaron hasta él. Entró con rapidez y vio a Luz tirada en el suelo.

—¡Dios!

Corrió junto a ella y la ayudó a levantarse.

—¡Me has asustado! ¡Ay! —se quejó al tirar de ella.

—Creí que eras mi hermano. ¿Qué te duele?

—El codo.

—Déjame que lo vea.

Agarró su brazo derecho y comenzó a moverlo con excesiva lentitud. No quería hacerle daño.

Luz apretaba la boca para no llorar, pero el dolor era insoportable.

—Se está inflamando. Vamos a urgencias.

—¡¿Qué?! No, no, no. Esto con reposo se quita —respondió nerviosa—. Además, mira, ya lo tengo mejor. —Movió el brazo hacia arriba y apretó los labios para no gemir.

Óscar levantó las cejas y negó con la cabeza, fue hasta el armarito donde guardaba las llaves de su coche y lo abrió con el mando.

—No digas tonterías. Entra —ordenó.

Como ella no se movió, la obligó a caminar, la acomodó en el asiento del copiloto y le abrochó el cinturón. Si no estuviera muerta de dolor, disfrutaría de esa cercanía.

—¿Dónde tienes tu documentación? —le preguntó, alejándose.

—No hace falta, de verdad.

—Si no me lo dices, revolveré tu dormitorio —dijo tajante.

Puso los brazos en jarras y subió la ceja de la cicatriz esperando una respuesta. No bromeaba. Lo creía capaz, así que, claudicó y le indicó dónde encontrar sus cosas. Él asintió, le ordenó que no se moviera del sitio y desapareció con rapidez.

Mientras, ella luchaba por no llorar. Se había hecho daño. Mucho. Pero, a pesar de eso, era reticente a que él la llevara al médico.

Óscar no tardó nada en localizar sus cosas, en despertar a su hermano y volver al garaje.

—Ya lo tengo todo —dijo al tomar asiento y dejar todo en la parte de atrás—. Quique está al tanto y se encarga de los niños.

—Podía haberme llevado él —susurró Luz.

—¿Por qué dices eso? —La miró con el ceño fruncido.

—Sé que no te gustan los hospitales y hoy…

—Necesitas que alguien te lleve a urgencias, y Quique estaba dormido. No te preocupes —gruñó.

Apretó la mandíbula y arrancó el motor. Claro que no le gustaban los hospitales, y menos ese día, sin embargo, ella necesitaba un médico, y él estaba dispuesto a hacer un esfuerzo por llevarla. ¿Tan difícil era de entender? No quería ser grosero, para nada. Pero su hermano le había dicho lo mismo, y eso le molestó. ¿Por qué se empeñaban en recordárselo? Resopló y condujo hasta el hospital en silencio.

Luz aguantó el dolor todo lo que pudo sin quejarse, no quería incomodarlo más de lo que ya estaba. Por suerte, no tardaron más de diez minutos. Una vez aparcó, la ayudó a salir y la guio hasta urgencias. Se ocupó de todo: de hablar con los administrativos, pasar el triaje y sentarse a su lado en la sala de espera. En otras circunstancias, lo hubiera hecho todo ella, sin embargo, lo dejó estar. Comenzó a mover la pierna izquierda sin darse cuenta.

Óscar, al sentirla, posó una mano sobre ella para detenerla y comenzó a acariciarla en un intento de tranquilizarla.

—Lo siento —dijo entre dientes Luz.

Él apartó la mano y la miró como si le hubiera salido otra cabeza.

—¿Por qué te disculpas? ¿Por la pierna o por haberte caído?

—Por todo. —Alzó los hombros.

Sus ojos vidriosos le suplicaban perdón, cosa que no entendía. ¿Qué clase de monstruo pensaba que era como para recriminarle algo así?

—Ha sido un accidente. Además, si alguien tiene la culpa de que estés así soy yo —espetó.

La miró con seriedad, escrutando su rostro. ¿Estaba preocupado? No estaba segura de ello. Acostumbrado a llevar esa máscara impenetrable, apenas mostraba emociones. Excepto cuando sonreía. Ahí sí que se relajaba.

Harto de que lo mirara con compasión, se levantó y comenzó a pasear por la sala. ¡Qué mujer! En vez de dejarse ayudar, le daba la vuelta a la situación para preocuparse por los demás en lugar de cuidarse a sí misma. Supuso que todo era fruto de lo que sufrió con su padre. Suspiró, pasó las manos por su rostro y su pelo y volvió junto a ella. Cuando iba a hablar, una enfermera irrumpió en la sala.

—¿María de la Luz del Valle?

—Sí —respondió ella.

—Vamos a que la vea el médico.

Óscar la ayudó a levantarse y caminó detrás de ellas.

—¿Es su marido? —le preguntó la enfermera al ver que las seguía.

Su estómago dio un vuelco. No se esperaba esa pregunta.

—Eh, no. Soy su jefe —tartamudeó.

—Quédese aquí, no puede acompañarla.

Luz se disculpó de nuevo con la mirada, antes de que las dos desaparecieran por el interior del

hospital.



Quique despertó a los niños, les preparó el desayuno y los llevó al colegio.

—¿Se pondrá bien? —preguntó Sara al bajar del coche.

—Sí, Preciosa —respondió, acariciándole la cabeza—. No creo que tenga nada roto.

Cuando su tío le dijo lo de la caída, no pudo evitar pensar en el baile. No es que no se preocupara por ella, pero aún les quedaba mucho por ensayar y, si Luz estaba lesionada, no podría ayudarla con la coreografía.

—Venga, entrad y no os preocupéis. Nos vemos a la salida.

Besó sus caritas y se despidió de ellos con una gran sonrisa tranquilizadora. En cuanto los perdió de vista, buscó el móvil en el bolsillo del pantalón para llamar a su hermano.

—¿Aún no sabes nada?

—No, y no entiendo por qué tardan tanto —gruñó desesperado.

—¿Quieres que te releve?

—No hace falta. He avisado a la oficina y trabajaré desde casa.

Iba a insistirle, pero prefirió no hacerlo.

—Vale. Dime algo en cuanto sepas de ella.

—Sí.

Colgó preocupado y no solo por Luz. A pesar de que Óscar aparentara tranquilidad, sabía que su interior era como un volcán a punto de estallar. Y por eso estaba dispuesto a encargarse de cuidar a la niñera en cuanto llegaran a casa. Su hermano no necesitaba problemas, y menos ese día.



La ansiedad amenazaba con aparecer. ¿Cuánto más iban a tardar? Ya no tenía tan claro que lo del codo no tenía importancia. ¿Y si se había roto? ¿Y si la tenían que operar de urgencia? ¿Y si…?

«Para y respira. Esto no se parece en nada a lo que pasó hace tres años». Apretó los ojos con fuerza.

—Cariño —le llamó Mónica—. Coge al peque, voy a ir al baño.

Recibió a Ángel en sus brazos y besó su frente. Era lo más bonito que había visto en su vida. Bueno, eso no era cierto porque su niña también era preciosa. Sonrió como un tonto y comenzó a tararear una nana.

—¡Óscar!

El grito de su mujer lo alarmó. Dejó al bebé en la cuna y corrió hasta el baño. Al abrir la puerta, la vio sentada en el wáter, con el rostro blanco como la leche. Pero lo que lo asustó fue ver el camisón y las manos ensangrentadas.

—Llama a un médico —susurró antes de desmayarse entre sus brazos.

A partir de ahí todo pasó muy rápido: el revuelo de enfermeras y médicos llevándosela de allí, el llanto de Ángel, y las horas esperando sin saber qué es lo que había pasado.

Abrió los ojos de golpe para volver a la realidad. No, esta vez no iba a esperar sin saber nada. Se dirigió hacia las puertas para buscar a alguien y exigirle una explicación cuando se abrieron de golpe, y apareció Luz con el brazo vendado y en cabestrillo.


CUIDARTE

24

Pararon en la farmacia para comprar los analgésicos que le habían recetado y fueron directos a casa. Al entrar, Óscar le ordenó tumbarse en el sofá, y ella obedeció sin rechistar.

—¿Cómo está la enferma? —preguntó Quique que, al oírlos, corrió a saludarlos.

—No estoy enferma. Es solo un esguince.

—Tienes que mantener reposo y tomarte las pastillas para el dolor cada ocho horas —recitó Óscar con el informe en la mano—. Voy a por el agua y te prepararé el desayuno.

—De verdad, no es necesario —dijo, intentando levantarse—. ¡Uf! —gimió y volvió a tumbarse.

Su jefe llegó con rapidez y la acomodó de nuevo. Bajó hasta sus pies, la descalzó y colocó sus piernas en el sofá.

—No seas cabezota —gruñó—. El médico ha dicho que no debes forzar el codo. Puedes empeorarlo.

Luz lo miró enfurruñada, pero hizo caso. Le dolía demasiado como para discutir. Además, no quería reconocer que su contacto le había gustado. Mucho.



El ruido de Óscar tecleando la relajó. Cuando le anunció que estaría pendiente de ella, no se imaginaba que trasladaría su lugar de trabajo al salón y la obligaría a estar ahí en lugar de su dormitorio. Intentó que no lo hiciese, incluso Quique le insistió que él se podía hacer cargo de ella, pero no consiguieron convencerlo. Y ahí estaba, concentrado en la pantalla de su portátil, aunque si ella gemía o se movía, enseguida saltaba de la silla para acomodarla o preguntarle si necesitaba algo. Hacía mucho que nadie se preocupaba tanto por ella. Esbozó una leve sonrisa antes de cerrar los ojos.

Óscar la miró de reojo, dejó lo que estaba haciendo y se acercó a ella para comprobar si estaba dormida. El subir y bajar de su pecho y su cara relajada lo confirmaron. Buscó la manta fina, que bajó antes por si tenía frío, y la arropó. Acarició su melena, que estaba recogida con un moño, y la observó durante un momento.

«Preciosa». Sintió un hormigueo en el estómago. No quería admitir que esa mujer removía algo en su interior. Luz alzó una mano para rascarse la cara, y él apartó con rapidez la mano. Ni se había dado cuenta que la estaba acariciando. Carraspeó y volvió al trabajo.



Una gota de sudor resbaló por su mejilla. Jadeó por el esfuerzo y terminó por gritar frustrada.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Quique detrás de la puerta del baño.

Subió al ver que tardaba, cuando dijo que iba al baño. Se había quedado pendiente de ella mientras Óscar hacía una llamada de trabajo.

—¡No!

—¿Te ayudo?

Abrió la puerta, pero antes de que pudiese entrar, ella la frenó con un pie.

—No vas a desnudarme, si es lo que pretendes.

—-Vamos, Preciosa. Soy un experto —dijo con voz sensual.

—¡Ni de coña!

—¿Qué ocurre aquí?

Óscar, al oír los gritos de Luz, se asomó a la habitación y pilló a su hermano que intentaba entrar en el baño.

—Necesita ayuda para hacer pis.

—Y tú te has ofrecido como un buen samaritano, ¿verdad? —preguntó, entrecerrando los ojos.

—Sara está en el colegio, y a mamá no le da tiempo a venir. —Alzó los hombros.

—¿Podéis dejar de hablar y pensar en una solución rápida? ¡No aguanto más!

—Se acabó —dijo Óscar.

Apartó a su hermano a un lado, entró en el baño, empujó a Luz hasta el váter, sin retirar los ojos de los suyos, tanteó por su cintura y bajó de un tirón sus pantalones y braguitas. Dio media vuelta, localizó papel higiénico, le pasó un generoso trozo y salió. Todo bajo la mirada atónita de ella.

—Avísame cuando termines.

Quique soltó una carcajada al ver la escena, ganándose una mirada asesina de su hermano. No veía la gracia por ningún lado. El corazón le iba a mil, y no quería pensar demasiado en que había tocado su ropa interior y la tuvo desnuda delante de sus narices.

La niñera tardó unos segundos en asimilar lo que había pasado, pero su vejiga la avisó de que, si no tomaba asiento, se lo haría encima. Cuando terminó, se limpió, con mucho esfuerzo, pues no estaba acostumbrada a utilizar la mano izquierda, se levantó y, como no quería que nadie entrara, comenzó a subirse los pantalones. Gimió cuando, involuntariamente, bajó su brazo lesionado.

—¿No estarás subiéndote la ropa sola? —Entró Óscar, que se cubría con una mano para no mirarla.

—¡¿Y qué quieres que haga?! —gritó entre sollozos.

—¡Dejar que te ayude!

No quería gritarle, pero no podía con la cabezonería de esa mujer.

—Vamos, chicos, calma —intervino el hermano.

—¡Vete! —gritaron los dos al mismo tiempo.

—Vosotros sabréis —Alzó las manos y huyó de allí. No quería estar en mitad de esa batalla.

Óscar aprovechó que Luz estaba distraída con la huida de su hermano para acercarse a ella, sin bajar la vista, y le subió la ropa, intentando rozarla lo menos posible.

—Gracias —susurró más calmada.

Su mirada triste lo conmovió. Le acarició el hombro.

—No hay de qué, pero vamos a tener que idear un plan para que te puedas duchar.

Ella suspiró.

—No se lo podemos pedir a Sara, y me da vergüenza que tu madre venga —confesó.

Tenía razón y, por más reparo que tuviera, tenía que ayudarla.

—Pues lo hago yo —hizo una pausa, esperando su respuesta—. ¿O prefieres que lo haga mi hermano? —añadió al verla titubear.

—No, tu hermano no. Sé que no lo decía en serio, pero no me sentiría cómoda con sus

bromitas.

—Ya sabes cómo es. —Sonrió Óscar—. Aunque luego no va en serio.

Ambos rieron y soltaron un poco de tensión.

—¿Cómo lo vamos a hacer? —preguntó de pronto Luz.

Óscar la taladró con los ojos. Sabía que se refería a la ducha, pero no pudo obviar las mariposas que sentía en el estómago al oír esa frase.

—He pensado que podría lavarte el pelo, después ayudarte con la ropa, y tú apañarte con la mano izquierda, aunque si no puedes… —carraspeó.

Imaginársela desnuda en la ducha y mojada lo puso nervioso.

—Lo intentaré —susurró, acalorada al pensar en sus manos recorriendo su cuerpo desnudo.

—¿Esta noche?

—Esta noche.


BAÑO

25

Sara y Ángel no se movían del lado de Luz, y ella estaba encantada con toda la atención que esa familia le daba. Cada uno tenía un cometido: Sara le hacía compañía; Ángel jugaba a sus pies; Quique le llevaba agua, comida o lo que hiciese falta, y Óscar se encargaba de llevarla al baño y observarla desde su portátil.

—Veo que no hago falta aquí —dijo Alicia, sorprendida con todos.

En cuanto se enteró del accidente, fue a visitarla.

—Siempre eres bien recibida, mamá —añadió Óscar.

Sonrió y le dio un beso en la mejilla, que él aceptó con gusto. Después, se acercó a Luz y le susurró al oído:

—Si necesitas ayuda para el baño o la ducha, dímelo.

—No te preocupes, nos estamos apañando entre Óscar y yo.

Alicia abrió los ojos como platos y miró a su hijo. Él solo asintió con las mejillas sonrosadas.

—Lo dicho —carraspeó—. Veo que lo tenéis controlado. —Consultó su reloj—. Tengo que irme, llamadme si cambiáis de opinión.

Quique, que los había observado en silencio, siguió a su madre.

—Te acompaño.

Una vez en el exterior, la mujer se llevó una mano a la boca y negó con la cabeza.

—Mamá, deja que te explique.

—¿Sabes qué? No quiero saber nada. —Revoloteó las manos—. Ya sois todos mayorcitos para saber lo que hacéis, y yo soy demasiado antigua para estas cosas.

—Pero, mamá.

—No te preocupes, prefiero no meterme —se sinceró.

Dicho esto, se marchó dejando a Quique con la palabra en la boca. No la culpaba. Era demasiado extraño lo que estaba pasando. Aunque eso confirmaba sus sospechas y, por fin, el destino le estaba dando una segunda oportunidad a su hermano. Solo esperaba que no fuera demasiado precipitado, teniendo en cuenta el día que era. El sonido de su móvil lo distrajo de sus pensamientos.

«Tenemos que hablar. No puedes huir eternamente».

—¡Mierda! Ahora no.

No respondió. Respiró hondo y volvió a entrar en la vivienda. Aún no estaba preparado para enfrentarse a lo que dejó en Barcelona.



La hora de la cena se acercaba y ni Óscar ni ella decían nada. Ya bastante bochornoso era que la tuviera que ayudar a bajarse la ropa para ir al baño. ¿Cómo iban a hacer para ducharla?

—¿Estás segura de que quieres que te ayude mi hermano? —volvió a preguntarle Quique.

—Sí… no… no lo sé —tartamudeó—. Ahora no estoy segura —confesó, mordiéndose el labio.

—Si quieres llamo a mi madre.

—No, eso sí que me da apuro.

Quique no la entendía. Al fin y al cabo, las dos eran mujeres y tenían lo mismo, ¿no?

—Dejé de tener una figura femenina en mi vida, y fue mi padre el que se encargó de todo. Por eso, me siento más cómoda con Óscar. ¿Tan raro es? —dijo, adivinando lo que pensaba.

Él sonrió.

—Raro es, pero, si los dos estáis de acuerdo, adelante. —Suspiró—. Lo único que espero es que no pase algo de lo que os podáis arrepentir después.

—No creo que pase nada —respondió convencida.

Quique alzó los hombros poniéndolo en duda. Era más que evidente que se sentían atraídos el uno por el otro. Y era cuestión de tiempo que esa atracción saliera a relucir.

—Ángel ya está bañado —dijo Óscar, bajando las escaleras con el pequeño en brazos.

Su hermano corrió para llevárselo a la cocina y así dejarlos a solas.

—¿Cómo sigues? —Se acercó hasta ella, que seguía sentada en el sofá.

—Duele, pero supongo que se irá pasando.

—Bien.

Cambió el peso de su cuerpo de un pie a otro y apretó la mandíbula. Quería preguntarle por el baño, pero le costaba.

—¿Qué te parece si dejamos mi baño para después de cenar? —Se adelantó—. Así estarán dormidos los niños.

—Buena idea. —Respiró, aliviado por su propuesta.



La cena se alargó más de lo normal, y todo fue fruto de los nervios de ambos. Óscar estuvo torpe, se le cayeron los cubiertos, las servilletas, incluso la comida, y a Luz le sobrevino un ataque de tos que casi se ahoga con el brócoli.

Quique asistía, divertido, a la escena. Sin embargo, no hizo chistes ni bromas porque le habrían matado allí mismo. Así que optó por animar a sus sobrinos a terminar la cena y los llevó a la cama.

—Ve subiendo —dijo Óscar a los diez minutos—. Tengo que ir a por una cosa al garaje.

Luz asintió y fue hasta su habitación. No entendía que estuviera tan nerviosa. Él se había portado como un caballero todas las veces que la había acompañado al servicio. Incluso cerraba los ojos con fuerza cuando se acercaba a ella. Buscó la ropa interior y uno de sus pijamas más decentes para no insinuar nada. Aunque no pudo contener las mariposas de su estómago. Cabía la posibilidad de que, si ella no podía, él la tuviera que duchar. Respiró hondo para tranquilizarse. Él era su mejor opción.

—Ya está —murmuró Óscar al entrar en la habitación.

Pasó junto a ella, que lo miraba perpleja. Había cambiado el pantalón de chándal por un bañador; una silla plegable de playa, una bolsa de basura y un antifaz en la mano y lo dejó todo en el baño.

—Puedo entender lo de la silla y la bolsa, pero ¿el bañador y el antifaz? —preguntó cuando fue a buscarla.

—El bañador es para no mojarme cuando te lave el pelo, y el antifaz es para no estar demasiado tiempo apretando los ojos. Me duele la cabeza.

Luz apretó los labios para no reírse.

—No tiene gracia —dijo, intentando no reírse también.

Lo cierto era que la escena de él, apretando los ojos cada vez que le tenía que bajar o subir la ropa era cómica, y verlo en bañador fue el colmo. No pudo más y comenzó a reírse a carcajadas, contagiándolo. Intentaron no alzar la voz demasiado por no despertar a los niños, pero eso les sirvió para dejar de lado los nervios y entrar algo más calmados en el baño.

Óscar colocó la silla con las patas traseras encima de la placa de ducha y le indicó que se sentara. Se metió en el cubículo, la tumbó hasta una altura cómoda para él y abrió el grifo, bajo la atenta mirada de ella. Ajustó la temperatura y comenzó con su cometido.

Le deshizo el moño, con tanta delicadeza que un escalofrío recorrió su espalda. A continuación, acercó la alcachofa de la ducha y comenzó a mojar su larga melena.

—¿La temperatura está bien?

—Perfecta —suspiró de placer.

Cerró los ojos y se dejó hacer. La tensión que acumulaba su cuerpo comenzó a desaparecer con cada pasada. Las manos de Óscar tocaban con suavidad su cabeza.

Él cada vez estaba menos nervioso, aunque los suspiros de Luz no ayudaban mucho. Carraspeó, dejó a un lado la ducha una vez que estaba todo el cabello mojado, echó un poco de champú en sus manos, las frotó para hacer espuma —truco que le enseñó Mónica, para lavar el pelo de Sara— y comenzó a aplicarlo. Primero por las raíces, que masajeó con firmeza, sin apretar demasiado; después, lo extendió hasta las puntas y vuelta a empezar con el cuero cabelludo.

Luz sentía cada dedo de Óscar, cada masaje. Manejaba su cabeza como quería, al igual que hacía su padre. Una sonrisa involuntaria se dibujó en su cara y suspiró de nuevo. Entonces, sin esperarlo, lo escuchó tararear. Abrió un ojo y subió la cara para intentar verlo.

—¿No estarás recitando *La canción del viejo marinero*? —preguntó divertida.

Óscar detuvo sus manos y se asomó hasta quedar en su campo de visión.

—No tengo ni idea de lo que me estás hablando —mintió.

Claro que lo sabía, Mónica le habló de esa película cientos de veces, pero nunca quiso verla con ella. Las películas románticas no le entusiasmaban demasiado. A los pocos meses de morir, y después de una botella de *whisky*, la alquiló. Se aprendió de memoria la escena.

Luz se incorporó un poco y entrecerró los ojos. Sabía que le mentía, pero lo dejó estar y volvió a su posición.

—Pues es la escena más famosa de la película *Memorias de África* —respondió, obviando decir que era muy erótica.

Óscar emitió un sonido, pero no dijo nada y continuó masajeando su cabello hasta que decidió que era suficiente. Abrió de nuevo el grifo y comenzó a enjuagarlo. De la boca de la niñera salió un largo y placentero suspiro que le llegó hasta una parte que llevaba demasiado tiempo dormida. No podía creer que algo así lo estuviera excitando. Carraspeó por décima vez y echó otra porción de champú en sus manos.

—¿Qué tarareabas antes?

Habló porque lo que estaba sintiendo en su cuerpo no la dejaba relajarse del todo. Apretó las piernas cuando su jefe volvió a la carga con otro masaje.

—Una nana que le cantaba a Sara.

—¿Cuál?

Iba a decirle el nombre, pero dejó la vergüenza a un lado y comenzó a tararearla bajito. Así distraería su mente para no pensar en caricias y besos.

Luz la adivinó enseguida, era la *Canción de cuna* de Brahms. La había escuchado muchas veces en su vida, pero ninguna le pareció tan erótica. ¿Cómo era posible que ese hombre tan gruñón y malhumorado la hiciese sentir así solo con su voz?

Óscar escurrió la melena, agarró una toalla y la secó con suavidad. Después, se agenció una pinza del pelo, que vio enganchada en la estantería metálica que había dentro de la ducha, y le hizo un recogido.

—Ya está.

La mujer se levantó con las mejillas sonrosadas y le lanzó una mirada penetrante y, lo que pasó después, lo desconcertó y excitó a partes iguales. Agarró la silla con la mano buena, la apartó, se quitó los calcetines y se metió en la ducha con él, chocándose contra su pecho. Sus respiraciones, alteradas, se acompasaron.

Ya no había vuelta atrás para ninguno de los dos.

Luz se alzó de puntillas, lo agarró de la cabeza y comenzó a besar sus labios con ansia.

Óscar no lo pensó: respondió a cada uno de sus besos.



Sus labios ardientes recorriendo su cuerpo, el agua resbalando por sus piernas, la espuma, las risas nerviosas, las toallas, la cama y los gemidos ahogados por sus bocas.

Óscar se despertó de golpe por el sueño que acababa de tener. Se incorporó y frunció el ceño. No, no fue un sueño. Había ocurrido de verdad, y la prueba estaba tumbada de lado junto a él, desnuda. Estaba preciosa, relajada. Una sonrisa de bobo se dibujó en su cara. Alargó la mano para tocar su cara y, en ese momento, su cabello castaño y sus rasgos cambiaron hasta mostrar la imagen de su difunta esposa. Eso le propinó un puñetazo en el estómago. Entonces, su corazón comenzó a martillearle con fuerza y su respiración se aceleró.

«¡Joder!». Intentó respirar con normalidad, pero no pudo. Toda su vida con Mónica le aguijoneaba el pecho. Como si le mandara un mensaje del más allá. Temblando, se levantó lo más sigiloso que pudo, buscó toda la ropa y se escabulló. Con cuidado de no despertar a nadie, corrió hasta su dormitorio y se encerró allí.

Quique, que no había pegado ojo en toda la noche por culpa del mensaje que recibió de Barcelona, escuchó la carrera de su hermano y negó con la cabeza preocupado. Ojalá estuviese equivocado, pero, que Óscar huyera así de la habitación de Luz, no auguraba nada bueno.


ERROR

26

Su cuarta sesión en el fisioterapeuta terminó con una buena noticia: su brazo estaba bien, y no tenía que volver.

—Gracias por recomendarme la clínica y por acompañarme, Alicia —dijo al salir del centro.

Habían pasado diez largos días desde que Óscar y ella se habían acostado. Diez días esperando una explicación sobre su huida a la mañana siguiente. Cuando despertó, lo buscó por todas partes. Preocupada, preguntó a Quique, y él le dijo que solo le había enviado un escueto mensaje, informándolo de su marcha. El resto del tiempo solo se comunicaba con él y sus hijos. No quiso saber nada de ella. Esa misma mañana, no tuvo más remedio que pedir ayuda a Alicia para ir al baño y asearse. Se sintió humillada.

—Ya te dije que no es molestia, y Roberto es asiduo por su codo de tenista.

Cuando Luz la llamó llorando, se le partió el corazón. Su hijo, una vez más, decidió huir del problema y no enfrentarlo. Suspiró con pesar y la miró con tristeza. A pesar de sus intentos por hablar con Óscar, no hubo manera. Solo hablaba con Quique, y este solo respondía con evasivas y diciendo que ya volvería, que solo necesitaba tiempo para asimilar lo que le ocurría. Nada más.

—Gracias, Alicia —dijo Luz al dejarla en la puerta de su casa.

—No hay de qué. Y la próxima vez que necesites ayuda, no lo dudes, llámame. Estaré encantada de hacerlo. —Besó su mejilla y salió del coche.

De vuelta a casa, Luz volvió a llamar a su jefe. Dio tono y, después de tantos días, la esperanza de hablar con él se abrió camino. Sin embargo, no respondió, y eso la hundió aún más. Ya no estaba enfadada, solo dolida. Si al menos le hubiese dicho algo, lo que sea. Pero ese silencio la mataba. No habían hecho nada malo, y estaba dispuesta a hacérselo entender.

Al llegar y abrir la puerta del garaje, su corazón dio un vuelco al ver el coche de Óscar allí. Aparcó en el camino, salió del vehículo y corrió hasta el interior de la vivienda. Lo vio en el salón con Ángel en brazos y Sara agarrada a su cintura. Los tres sonreían. Quique, en cambio, estaba a un lado y muy serio, demasiado. Su mirada le intentó decir algo, aunque no supo el qué.

—Hola —saludó a su espalda.

Óscar dio media vuelta y cambió su semblante sonriente por uno muy parecido al que tenía su hermano.

—Hola —devolvió el saludo con tono neutro—. Chicos, ahora tengo que hablar con Luz, pero luego iremos los tres a comer por ahí, ¿de acuerdo?

Hizo una señal a Quique y se encaminó hacia el despacho sin esperarla.

—Lo siento —susurró el hermano antes de distraer a los niños.

Las lágrimas amenazaron con salir. La actitud de su jefe y la disculpa de Quique le hicieron saltar todas las alarmas. La estaba alejando de su vida.

«Son imaginaciones tuyas», se dijo mientras caminaba.

Cuando entró en el despacho, él la esperaba sentado en su sillón de director cabizbajo. Encima de la mesa, había un cheque y un papel firmado por él. Cerró la puerta tras de sí, pero no pudo acercarse. Esperó paralizada a que él hablara.

—Desde el primer minuto en el que entraste en esta casa, revolucionaste a mi familia y a mí. Intenté adaptarme a tus singulares métodos educativos y a tu sonrisa constante, pero lo que pasó el otro día fue el colmo y no puedo permitirme ese desliz —murmuró sin mirarla—. Gracias por

haber cuidado tan bien de mis hijos, pero todo termina aquí. Este es tu sueldo y el finiquito. Puedes recoger tus cosas con tranquilidad. Tómate el tiempo que necesites. —Arrastró los documentos hasta el filo de la mesa.

Luz no creía lo que pasaba.

—¿Y ya está? —espetó con voz ahogada—. ¿No piensas decirme nada más?

Óscar alzó la cabeza y la miró con ojos impenetrables. No mostraban emoción ninguna. Ni su cara, a excepción del tic de su mandíbula. Eso demostraba que, en el fondo, él no era del todo sincero y que se contenía. Luz dio un paso con las lágrimas resbalando por sus mejillas.

—Tienes miedo —afirmó con la voz quebrada—, y es normal. Pero no me alejes de tu vida.

Él apartó la vista y frunció los labios.

—Sé que es duro todo lo que has vivido, y lo que pasó el otro día fue…

—Un error —la interrumpió—. Ha sido un error que no volveré a cometer.

Luz contrajo su rostro, y él se sintió un canalla.

—Me despides porque sabes que, si sigo aquí volveremos, a besarnos —confirmó al ver un atisbo de debate en sus ojos. Se acercó a la mesa—. Vamos a hablarlo y, si quieres ir más despacio, así lo haremos. Pero no me apartes de ti ni de los niños. Os habéis convertido en mi familia —insistió, llorando.

—Mi familia y yo necesitamos estar a solas —espetó, sabiendo el daño que le estaba haciendo, sin embargo, era necesario para alejarla todo lo posible de él—. Estos días me he dado cuenta de ello y, por eso, necesito que salgas de nuestras vidas.

Sus palabras la destrozaron. Él fue testigo del momento exacto en que su corazón se rompió en mil pedazos y se maldijo cien veces.

—No te preocupes por mis cosas —añadió, destrozada—. Mandaré a alguien a por ellas, y quédate tu dinero. No lo quiero.

Salió del despacho como pudo, ya que sus piernas se habían convertido en gelatina. Con la vista borrosa por las lágrimas, huyó corriendo del que se había convertido en su hogar. No pudo despedirse ni de los niños ni de su tío. Si lo hacía, no dejaría de llorar en ningún momento.


OS EXTRAÑO

27

No podía creer que se fuera sin despedirse. ¿Había hecho algo mal? Si se llevaban bien, de hecho, rompió todos los papeles donde escribió las bromas que planeó hacerle. Incluso se había convertido en una amiga a quién contarle lo que la idiota de Claudia le hacía en el cole. Además, aún quedaban muchos ensayos del baile. Entonces, ¿por qué no se despidió de ella?

—¿Qué ocurre, cariño? —preguntó su padre.

Estaban comiendo en la pizzería, tal y como les prometió, y Sara permaneció callada en todo ese tiempo.

—¿Por qué se ha ido Luz? —preguntó, taladrándolo con los ojos.

Óscar miró a Quique buscando apoyo, pero su hermano negó con la cabeza. No estaba dispuesto a ayudarle. Él solito se había metido en ese lío y él solito tenía que enfrentarse a las consecuencias.

—Sara, Luz ya no trabajará más con nosotros.

—¿Por qué? —murmuró con lágrimas en los ojos.

La mirada de su hija lo hundió más en la miseria. Sabía que debían tener esa conversación y esperaba hacerlo en casa.

—Dime por qué se ha marchado —exigió al ver las dudas de su padre.

—La he despedido.

—¡¿Por qué?! —exclamó, levantándose tan rápido que tiró la silla.

—Siéntate, y lo hablamos con tranquilidad —susurró avergonzado. Todo el restaurante los miraba.

Sara respiraba acelerada y se llevó las manos a la cabeza.

—Luz es la única niñera que nos gusta, vuelve a contratarla.

—Eso no es posible, cariño. Siéntate, por favor. En casa lo hablamos.

—¡No! —Dio media vuelta para salir a que le diera el aire, aunque volvió sobre sus pasos y lo señaló con el dedo—. Desapareces diez días y vuelves solo para despedirla. No entiendo que es lo que te pasa, papá. Lo he intentado. Pensé que estabas muriéndote cuando comenzaste a sonreír y a tratarnos con cariño, pero todo fue por ella. Te estaba cambiando y, cuando parecía que todo volvía a ser como antes de que mamá muriese, vas y la despides. No quiero volver a lo de antes. A no tenerte en casa, a tus gritos ni a tus amenazas con meternos en un internado. Y encima, ni se ha despedido de nosotros. De mí. ¿Qué le he hecho para que no lo haga? —preguntó entre hipidos.

Sus palabras lo dejaron paralizado y con la boca abierta. Ya no importaban las miradas del resto de los comensales ni los murmullos. Su hija, su pequeña, tenía toda la razón, no podía consentir ni que se echara la culpa ni que se lo reprochara. Ella no.

—Es algo que ha pasado entre los dos, y que tú no puedes entender. Estoy seguro de que, si hubiera podido, se hubiera despedido de ti y de Ángel —respondió con toda la tranquilidad que pudo.

—O sea, que es culpa tuya.

Se levantó y fue hasta ella, pero retrocedió rechazando su contacto.

—Termina de comer, y vamos a casa.

—No tengo hambre —espetó con rabia.

Corrió hacia la salida bajo la mirada de su padre, que no sabía qué decir ni qué hacer con ella. Volvió la vista hasta su hermano, que estaba en pie también.

—La has cagado y parece que eres el único que no se da cuenta. Ahora atente a las consecuencias de tu estupidez —le reprochó al pasar junto a él. Quería alcanzar a su sobrina antes de que se alejara demasiado.

La gente de su alrededor comenzó a murmurar.

—¡Se acabó el espectáculo! —les gritó cuando su hermano salió del local.

Pasó las manos por su cabello y llamó de malas formas al camarero. Quería pagar y salir de allí cuanto antes, estaba a punto de darle un ataque. Ángel comenzó a llorar, y él casi se une al llanto de su hijo. Lo cogió y lo abrazó con fuerza. Sabía que se había equivocado al despedir a la mujer que lo estaba sacando del agujero, pero, siguiendo el legado de su familia, se comportó como un cobarde.



Como si fuera un fantasma, deambuló por la casa, esquivando bultos y muebles tapados con sábanas. La mudanza ya era una realidad, y todo estaba listo en cajas. El camión de transporte llegaría pronto, por lo que decidió esperarlo en el exterior. El sol impactó de lleno en sus ojos y la rodeó de calor, como si quisiera abrazarla y acunarla para espantar toda su tristeza. No lo consiguió, era tal su agonía que apenas disfrutó de la búsqueda de su nuevo hogar.

Con el dinero que recibió de la venta, compró una pequeña y coqueta casa de tres habitaciones con jardín y piscina en una urbanización de nueva construcción y a hora y media de allí. Eso era lo que necesitaba. Nuevos aires. Lejos del recuerdo de su padre y de la familia que tanto le había dado en tan poco tiempo. Así el dolor sería algo más soportable. Los echaba tanto de menos. La risa, los abrazos y la carita del pequeño; las conversaciones con la mayor; las bromas de Quique; el cariño de Alicia y Roberto; y él. Solo había sido una vez, pero el sabor de sus labios la había acompañado desde que salió de su vida hacía más de dos semanas. No quiso decirlo en voz alta, lo que sentía por él era algo más que deseo.

Caminó hacia ninguna parte recordando las palabras de Isaac:

—Lucha por ellos. Vuelve y dile que no te marchas de su vida o te arrepentirás el resto de la tuya, mon petit.

—No puedo —sollozó ella—. Me ha dejado muy claro que no quiere saber nada más de mí.

—Princesa, está claro que lo que sientes por ese hombre es algo más que atracción. —La agarró de las manos—. Te mereces, os merecéis, una oportunidad.

—No, ya es tarde.

—El miedo habla por ti.

—¿Miedo?

—Sí, miedo a sentirte rechazada y sola. A que te abandonen como lo hemos hecho los demás. —Lo miró extrañada al incluirse en la frase—. No me mires así, soy consciente de lo que te hice y no me lo perdonaré nunca. —Sonrió con tristeza—. Óscar está asustado por lo que siente por ti. Y es normal. Es como si hubiera engañado a su mujer contigo. Tiene que asimilarlo.

El sonido de un motor, entrando en la finca, alejó sus recuerdos y la alertó de que ya había llegado la hora. Dio media vuelta y los esperó dentro de la vivienda. Tenía que indicarles lo que se quedaba y lo que no. Echó de nuevo un vistazo al salón para no olvidarse nada, cuando escuchó unos pasos que se acercaban.

—¿Te marchas?

Su corazón dio un vuelco al oír esa voz tan familiar. Giró su cuerpo y vio unos ojos que la miraban con tristeza.


SECRETOS

28

Los ojos, anegados en lágrimas, le suplicaban una explicación, y ella no sabía qué decir.

—¿Te marchas?

—Sara, ¿qué haces aquí?

La joven se acercó a ella y miró a su alrededor, agobiada con tanta caja.

—¿Por qué no te despediste de mí?

Verla en ese estado le llegó al fondo de su alma.

—¡Oh, cielo! Ven aquí.

Abrió los brazos y la acogió en su pecho. Sara se dejó llevar por el llanto, y Luz se maldijo una y mil veces por no haber seguido a su corazón y llamarla. Pero estaba tan ofuscada y triste que no podía enfrentarse a sus preguntas. Lloró con ella y no hizo falta preguntar quién la había traído. Quique estaba apoyado en el quicio de la puerta, con los ojos enrojecidos por la emoción de verlas juntas y, ¿por qué no admitirlo?, por la tristeza de saber que su hermano y ella cometían un error.

Una vez se calmaron, los invitó a sentarse en el sofá, tapado con una gran sábana blanca. Él declinó la invitación, prefirió dejarles espacio para que hablaran con tranquilidad.

—¿No has ido al cole? —No pretendía regañarla, pero fue inevitable.

—El tito me contó lo de tu mudanza, y no me lo creía. Entonces, le dije que quería verte. ¿Por qué no te despediste? —preguntó con la voz aguda por el llanto, que volvía a la carga.

—No podía. —Acarició una de sus mejillas y enjugó sus lágrimas—. No sabía cómo hacerlo, Sara.

—Te echo de menos —susurró y volvió a abrazarla.

—Yo también, cielo. —Suspiró y la apartó para mirarla a los ojos—. ¿Cómo está tu hermano?

Quería preguntarle también por su padre, en cambio no se atrevió. No estaba preparada para oír que había pasado página y que se había olvidado de ella.

—Bien. Te nombra casi todos los días. Pero es pequeño y no se da cuenta de que no vas a volver. —Se secó las lágrimas, peinó su cabello largo con los dedos y volvió a la carga con sus inocentes preguntas—. ¿No me preguntas por mi padre?

Luz contrajo el rostro y miró a Quique, que seguía en la misma postura y alzó ligeramente los hombros.

—¿Cómo está Óscar? —susurró, mirando al hombre.

—Intenta hacer que no pasa nada y que todo sigue igual, pero lo escucho hablar con mamá llorando —respondió Sara por él.

Oír eso le partió el corazón aún más.

—¿Y qué dice? —Ahora sí que puso toda su atención en la niña, Quique no estaba muy comunicativo.

—Que le dé una señal de que se ha equivocado. No sé bien lo que eso significa.

Luz se llevó una mano a la boca para ahogar un sollozo, se levantó y dio la espalda a Sara. No podía soportar lo que le decía. Isaac tenía razón. El miedo se había apoderado de los dos. Intentaba aguantar el llanto cuando notó los brazos de Quique en sus hombros, no pudo y se refugió en su pecho. Sara se unió al abrazo, y lloraron durante unos minutos en los que, incluso él derramó alguna lágrima.

—Señora, ¿se puede? —La voz de uno de los mozos que venían a recoger las cosas los interrumpió.

—Sí, claro —carraspeó, se recompuso como pudo y comenzó a darles instrucciones.



Otro día más en el que no escuchaba su risa. Otro día en el que el trabajo se le hacía cuesta arriba. Miraba la pantalla del ordenador, perdido en los píxeles, cuando su jefe entró sin llamar y tomó asiento frente a él.

—Óscar, ya sabes que no me suelo meter en la vida de nadie —dijo sin más—. Pero está claro que algo te ocurre y quiero que sepas que, aunque no nos une nada más que nuestra relación laboral, sé escuchar.

Despegó los ojos de la pantalla para centrarse en él. Parecía preocupado. Y él necesitaba desahogarse con alguien, que no fuera su terapeuta o su hermano, que le diera otra perspectiva. Así que le contó todo. No se dejó nada por decir y, que le partiera un rayo en ese mismo momento, pero se sintió algo mejor al soltarlo.

El señor Fuentes escuchó en silencio toda su historia. Suspiró y pasó una de sus manos por la barbilla, meditando su respuesta:

—No es cuestión de miedo, sino que desconfías de tu capacidad para gestionar tus emociones y pensamientos cuando experimentas el miedo.

Óscar parpadeó confuso. Algo parecido le dijo su terapeuta, aunque no estaba del todo seguro de su significado.

—Vamos a ver, ¿ella te gusta? —le preguntó al ver sus dudas. Óscar asintió levemente—. Lo que te pasa es que piensas que vas a traicionar la memoria de tu mujer si comienzas una relación con Luz, y déjame decirte, que eso no es cierto. Han pasado tres años en los que he visto cómo te refugiabas entre papeles para no sentir nada. No puedes escapar del dolor, y tampoco del amor. Si esa mujer que, como me has dicho, ha tratado como nadie a tus hijos, a ti y al resto de tu familia, y te ha hecho sentir algo, que hacía tiempo que no sentías, no la dejes escapar. Puedo imaginar lo duro que es recordar a Mónica, pero no es traición. Estás más que salvado con el duelo. —Sonrió con afecto—. Además, si aún no estás convencido, ¿por qué no les pides opinión a tus hijos? Estoy seguro de que te sorprenderías con sus respuestas.

Se incorporó con un suspiro y se encaminó hacia la puerta, pero, antes de marcharse, lo miró por encima del hombro.

—Si necesitas cogerte unas vacaciones para meditar, hazlo.

Se marchó, cerrando la puerta tras de sí. Mientras, Óscar no dejaba de darle vueltas a sus palabras.



Sara y Quique acompañaron a Luz hasta su nueva casa. Era temprano, y les daba tiempo ir a recoger a Ángel y que Óscar no se enterase de las pellas de su hija.

—Es bonita —dijo la niña al terminar el *tour* por la vivienda.

En ese momento, se encontraban en la cocina.

—Es más pequeña que la de mi padre, pero para mí es perfecta —añadió Luz—. ¿Queréis algo

de comer?

Abrió uno de los armarios y sacó unos cruasanes, un bote de crema de cacao y un par de platos. Sara enseguida tomó asiento en uno de los taburetes de la barra americana. Apenas había tomado bocado por la mañana, nerviosa por saber que su tío iba a llevarla con ella.

—Aquí tienes. —Le acercó un plato con dos piezas bien cargadas de crema—. Si quieres leche, tienes en la nevera. Voy a enseñarle a tu tío una cosa del jardín.

La niña asintió y puso los ojos en blanco. ¿Pensaba que era tonta? Llevaba toda la mañana intentando hablar con él a solas. Era el momento de dejarlos.

Caminaron en silencio hasta llegar junto a la piscina. Luz lo invitó a sentarse en una de las sillas que estaban junto a la barbacoa.

—¿Cómo te has dejado convencer para traerla? —le reprochó con cariño.

—Sabes que no puedo negarle nada a mi sobrina preferida. —Sonrió con tristeza—. Además, tampoco te despediste de mí.

—Lo sé y lo siento —suspiró—. Pensaba llamarte una vez estuviera instalada aquí.

—Ya. —Apoyó los codos en sus piernas y sostuvo su mirada—. No voy a reprocharte nada, bastante tienes con sufrir por un Belmonte.

Ella alargó el brazo, agarró una de sus manos y la apretó. Era un gesto de agradecimiento. A pesar de que no le gustó que Sara faltara al colegio, hablar con ella fue un alivio. No quería que la recordase como una más que huyó de su casa.

—Y tú, ¿cómo lo llevas?

Se deshizo de su contacto y se apoyó en el respaldo, tomando distancia.

—Mal —confesó—. Mal por mi hermano, mal por ti y mal por mí, que no puedo marcharme sin que este desastre esté solucionado.

—¿Tú también te marchas? —Sonó a reproche, a pesar de que no era esa su intención.

—Tengo que volver al trabajo y a enfrentarme a mi responsabilidad.

—No te irás sin contármelo, ¿no? —Entrecerró los ojos, haciendo una mueca divertida.

Quique soltó una carcajada y comenzó a relatarle que huyó de Barcelona cuando una de las modelos con las que trabajaba le confesó que estaba embarazada y él, en vez de afrontarlo, agarró su maleta y se marchó, dejándola sola.

Luz casi se atraganta con su propia saliva. No lo creía capaz de hacer algo así.

—Lada es una mujer complicada —añadió al ver su reacción—. Al principio, no la creí, pero me enseñó la ecografía y reaccioné como solo sabía: huyendo. —Sonrió con ironía—. La distancia y el tiempo me han hecho ver que tengo que ser responsable de mis actos y regresar.

Ella se levantó, se situó junto a él y lo abrazó.

—Estoy segura de que serás un padre maravilloso —le susurró al oído.

—Tito —interrumpió Sara—. ¿Le has dicho lo que hemos hablado?

Quique se llevó una mano a la frente. Se le había olvidado por completo. Luz los miraba con una ceja enarcada. ¿Qué tramaban estos dos?


FIN DE CURSO

29

El día había llegado, y las mariposas que revoloteaban en su estómago no la dejaban respirar. Ataviada con el traje que le había confeccionado su abuela y el maquillaje que le hizo Luz, esperó su turno sentada detrás del escenario.

—Mucha mierda —le deseó Claudia—. Aunque sabes que voy a ganar yo, ¿verdad?

Las risas de ella y sus amigas la pusieron aún más alterada.

—¿Y esto? —Se acercó a ella y agarró su falda de tul blanco—. ¿*Ballet* clásico? Ten cuidado y no te tropieces con tus propios pies. —Soltó la tela de mala manera y se marchó a su sitio.

Aún podía oír sus carcajadas, y eso que estaban lejos la una de la otra. La suerte es que ella actuaría de las primeras, y al público le daría tiempo a olvidarse un poco de su actuación. Inspiró hondo y apretó los ojos para intentar tranquilizarse. Tonterías, seguro que lo hacía perfecto. Claudia había preparado un baile basado en los años 50, zapatos de claqué incluidos.

—No les hagas caso —susurró una voz familiar junto a ella—. Lo vas a hacer fenomenal.

—¡Has venido!

—Tu tío me ha colado. —Le guiñó un ojo.

Abrazó a Luz con fuerza. Menos mal que estaba allí, así se podría centrar en ella, tal y como le había indicado en los ensayos.

—¿Ha venido papá? —preguntó, asomándose por un extremo al salón de actos.

—Creo que sí, yo estoy con tu tío en el lado contrario, ¿vale? No quiero que me vea, cielo.

—Pero yo te veré desde el escenario, ¿verdad? —Entró en pánico.

—Sí, no te preocupes.

—Tiene que marcharse —Las interrumpió la profesora Peach, encargada de organizar el evento.

—Rómpete una pierna.

La abrazó de nuevo y la dejó sola. Ojalá pudiera estar allí con ella, pero ya se había peleado con la directora para que la dejase ver un momento. Tampoco quería que Óscar la pillara allí. Si se enteraba de su presencia, no sabía cómo iba a reaccionar.

—¿Cómo está? —preguntó Quique cuando volvió a su asiento.

—Muy nerviosa —respondió preocupada. Se colocó la capucha de la sudadera por si acaso.

—Seguro que lo hace bien.

—Eso espero.

La directora hizo aparición en el escenario y comenzó a dar el discurso de apertura del concurso. Mientras, Luz se transportó a dos semanas antes, al momento en que tío y sobrina la pusieron en un aprieto.

—Por favor, tienes que ayudarme —suplicó Sara con ojos de cachorrito.

—Cielo, ya no trabajo para tu padre.

—Nos apañaremos para ensayar en casa de mi madre —añadió Quique—. Ya lo hemos hablado.

Luz los miró de hito en hito y suspiró. No podía negarse, les quedaba la parte más importante de su actuación, y no podía fallar. Suspiró.

—Está bien. —Los dos gritaron de emoción—. Pero que tu hermano no se entere de nada, ¿de acuerdo?.

Y así lo hicieron, Sara ya no tenía clases extraescolares, y aprovecharon las tardes que su padre trabajaba en la oficina para ir a casa de Alicia y ensayar en el salón.

Las cortinas del escenario se cerraron de pronto, anunciando el comienzo del acto. Mientras los niños actuaban, Luz localizó a Óscar, que se encontraba en la segunda fila de la derecha, con Ángel encima y junto a Alicia. De vez en cuando, oteaba el salón de actos, buscaba a su hermano, y ella tenía que volverse.

—¿Por qué Quique no se ha sentado aquí con nosotros? —preguntó de nuevo a su madre.

—Ha llegado tarde, y no había sitio —mintió Alicia.

No le gustaba mentir, y menos a su hijo, pero no quería meter en un lío ni a su otro hijo ni a Luz. Solo esperaba que no se diera cuenta del engaño. Rezó para que todo terminara pronto.

La actuación de Claudia era la siguiente, y el salón al completo la ovacionó al salir. La directora y la profesora encargada del acto aplaudieron emocionadas, mirando también a los padres de la niña. Todo tenía que salir perfecto, ya que eran sus mayores benefactores y no podían permitirse ningún error.

Sara se asomó para asistir a una *performance* cuidada al detalle. La niña se movía por todo el escenario con soltura, sus movimientos eran impecables. Sonreía en el momento adecuado, daba un giro en otro y así continuó hasta el final. Luz, que no le quitaba el ojo, asintió sorprendida por la capacidad de la cría. Tenía que admitir que lo hacía realmente bien, aunque la notaba demasiado forzada. Sus años entre bambalinas y escenarios le daban la capacidad de ver más allá del baile. Claudia no se divertía, solo quería hacerlo bien, y nada más importaba. Negó con la cabeza.

Terminó con un doble giro, y toda la sala comenzó a aplaudir con fuerza. Ella abrió los brazos e hizo una reverencia, pero solo miraba hacia un lugar: sus padres, que se mantuvieron en la misma posición en todo momento, hicieron un mohín y aplaudieron más obligados por los demás que por ellos mismos. Luz suspiró entristecida, esa niña estaba forzada a ser perfecta cuando lo que necesitaba era amor y comprensión.

El espectáculo continuó, y por el escenario pasaron actuaciones de todo tipo: canto lírico, danza clásica, números cómicos. Luz no podía evitar mirar hacia donde se encontraba Óscar. Iba realmente guapo, con una de sus camisas blancas remangada hasta los codos marcando antebrazo. Sabía que estaba nervioso, no dejaba de apretar la mandíbula, pese a que lo disimulaba bien jugando con el pequeño. Como si la sintiera, volvió la vista hacia ella, que se refugió detrás del cuerpo de su hermano.

—Nos va a pillar —susurró, escondida.

—No, solo le extraña que yo esté aquí, nada más. —La tranquilizó Quique.

—¡Sara Belmonte! —anunció de pronto la voz de la directora, y todos se centraron en el escenario.

Se abrieron las cortinas, y Sara estaba en un extremo del escenario, paralizada. El pecho le subía y bajaba demasiado rápido.

—¡Mierda! Está muy nerviosa —murmuró Luz, que se quitó la capucha y le hizo señas.

La niña estaba cegada con el foco y no veía a la niñera por ningún lado. Las primeras notas de *Danza del hada del azúcar* de Chaikovski comenzaron, pero ella no hizo ningún movimiento. Pararon la música y comenzaron de nuevo a ver si así se animaba. Sin embargo, ella retrocedió al oír las carcajadas de Claudia a su espalda.

—¿Qué haces? —preguntó Quique a Luz, que se movía demasiado en su asiento.

—Calentando.

Movía brazos y piernas en su asiento y no se lo pensó. Ya se atendrían a las consecuencias, no podía dejarla sola. Bajo la mirada atónita del público y de Óscar, se levantó, se quitó la sudadera, se descalzó, corrió hasta el escenario y se montó en él de un salto. La directora y la profesora

intentaron impedírselo a voces.

—¿Qué haces, Luz? —preguntó Sara casi escondida entre las cortinas.

—Bailar contigo, vamos.

Tomó posición, miró al profesor encargado de la música y le hizo la señal para que le diera al *play*. Este, curioso por ver lo que pasaría, obedeció, ignorando los aspavientos de la directora.

Comenzó a bailar de puntillas, despacio, tan ágil como si fuera una pluma. El público, embelesado con sus movimientos, apenas respiraba.

—Vamos, cielo —susurró Luz—. Es ahora o nunca. —Dio un gran giro y fue a por ella. Tiró de su mano y la obligó a bailar.

Al ver a todo el mundo pendiente de la niñera, Sara tomó aire y comenzó a seguirla. Cada paso que daba, ella la imitaba.

Óscar, por su parte, no supo cómo sentirse, miró a su madre buscando una explicación. Y la encontró: tenía las dos manos en su boca y lágrimas en los ojos. Miró hacia su hermano, que también estaba feliz y emocionado. Entonces entendió que Sara y Luz habían estado ensayando a sus espaldas con el beneplácito de su madre y su hermano. Cerró los ojos, decepcionado. Aunque enseguida los abrió, no quería perderse el espectáculo.

Las dos parecían una. Sonriendo, perfectas. De pronto, Luz arrancó parte del traje de Sara, y la música cambió. *Walk Like an Egyptian* resonó en el salón, y él quería que se lo tragara la tierra. La directora casi se desmaya al verlas bailar con descaro, sin embargo, el público comenzó a dar palmas al ritmo de la música. Todos las animaban a continuar con su número, y él no tuvo más remedio que unirse. Ver a su pequeña tan feliz lo llenó de orgullo.

Sara sonrió aún más al ver a su padre aplaudir al ritmo de la música. Luz no quiso ni mirar, solo estaba concentrada en su pareja de baile y en que lo hiciera lo mejor posible. Acabaron el baile con un gran abrazo y bañadas en aplausos, silbidos y vítores de padres, madres y resto de familiares del colegio. Ambas lloraron de alegría.

—¡Qué bochorno! —gritó la directora junto a ellas—. Usted no tenía permiso para estar aquí. Lárguese ahora mismo. Y tú, señorita Belmonte, tomaremos medidas. ¡Esto es inadmisible!

—¡Venga ya, Margarita! —exclamó el jefe de estudios—. Si ha sido todo un éxito. Además, no creo que ni haga falta la votación del público para saber quién ha ganado el concurso.

Las bailarinas bajaron del escenario y los dejaron discutiendo. Todo el mundo se acercó a saludarlas y a felicitarlas. Incluida Claudia, que se acercó a Sara.

—Vaya, huérfana, sí que lo has hecho realmente bien. Enhorabuena.

Le tendió una mano.

—Gracias.

Aunque dudó, finalmente le devolvió el saludo. Ambas asintieron, dejando sus rencillas a un lado.

—¡Cariño! —exclamó Alicia, que se abrió paso entre la gente—. ¡Qué orgullosa estoy de ti!

La abrazó con fuerza y comenzó a besarle por toda la cara. En otro momento, se avergonzaría, pero se sentía tan satisfecha por su gran número que no le importó.

Luz daba las gracias a todo el que se acercaba a ella con humildad y exaltando la actuación de la pequeña. Al fin y al cabo, era la protagonista del número. Alicia apretó una de sus manos en silencio, y se lo dijeron todo con los ojos. Quique se acercó y le dio un fuerte abrazo.

—Gracias, Preciosa —le susurró al oído.

—Felicidades —dijo Óscar junto a ellos. Deshicieron el abrazo, y su hermano se apartó para dejarles intimidad—. Veo que habéis ensayado estos días —añadió serio.

—Óscar, yo…

Él levantó la mano para que no continuara.

—Gracias, sin ti ella no se hubiera atrevido —murmuró emocionado.

—Ha sido un placer —susurró con la voz quebrada.

Se quedaron mirando el uno al otro, gritando sin palabras lo que sentían. Cuando Óscar iba a decirle algo, Sara lo interrumpió.

—¡Papá! ¿Me has visto?

—¡Claro que sí! Has estado maravillosa, cariño. Aunque quedamos en que esa canción no era apropiada —la regañó con cariño.

—¡Y las ganadoras son… Sara Belmonte y su acompañante! —anunció el jefe de estudios por megafonía.

La niña, emocionada, subió al escenario a por su tan ansiado trofeo. Buscó a Luz entre la multitud sin éxito. Toda la familia, incluido Óscar, la buscó, aunque no la encontraron. Se escabulló cuando nadie miraba.


NUEVO EMPLEO

30

Los días posteriores a la fiesta de fin de curso fueron frenéticos. No supo cómo, varias madres del colegio de Sara, averiguaron su número de teléfono y le rogaron que les diera clases de *ballet* a sus hijas. Ya no sabía cómo decirles que ella no se dedicaba a enseñar, pero no había manera de convencerlas.

En una de las conversaciones telefónicas con Isaac, surgió el tema.

—¿Por qué no alquilas un local en el centro? —le sugirió.

—¿Estás loco? Los alquileres en esa zona están por las nubes. Además, yo no soy profesora —respondió, repanchingada en el sofá.

—Te lo estás planteando —cantó divertido.

—Nooo. —Puso los ojos en blanco.

—Entonces, ¿cómo sabes tú lo de los alquileres?

Luz no dijo nada. La había pillado. Sí que se planteaba ser profesora de *ballet*. Los días que había ensayado con Sara la transportaron a aquellos años en los que bailaba. Suspiró soñadora.

—¿Y si tuvieras un socio? —planteó de pronto el francés.

Luz se incorporó de golpe.

—¿Estás diciendo lo que creo que estás diciendo?

—*Oui.*

Durante la siguiente media hora, ella le relató todos los contras de ese tipo de negocio, y él se los echó abajo todos. Sin embargo, no estaba del todo convencida, y colgaron sin un acuerdo.

Su estómago rugió. ¿Qué hora sería? Consultó su reloj de pulsera, sorprendiéndose de lo tarde que era. El tiempo volaba cuando hablaba con Isaac. Se levantó, fue hasta la cocina y buscó algo rápido para cenar. Mientras se preparaba una ensalada de lechuga, tomate y pepino, le llegó un mensaje.

—¿Y si empiezas en tu casa? Piénsalo. Buenas noches, *mon petit*.

Alzó las cejas. Dejó la cena sin terminar de hacer y fue hasta el garaje. Encendió las luces y empezó a dibujar en su mente un boceto de cómo quedaría transformado en un miniestudio de danza. Al vivir en un barrio de nueva construcción, no tenían problemas con el aparcamiento, y podría prescindir de él. Necesitaría despejarlo de cosas, que no tenía demasiadas, comprar dos espejos grandes para una de las paredes y montar una barra de madera en el lado contrario. La música la escucharían en el pequeño equipo de su padre. Esbozó una leve sonrisa al imaginarse allí a dos o tres niñas. Con ese pensamiento, volvió a la cocina, cenó y se acostó.

La posibilidad de crear una pequeña escuela de *ballet* hizo que olvidara las llamadas y mensajes de Quique y Alicia. No podía hablar con ellos. Aún no. Necesitaba tiempo para aceptar que tenía que pasar página, o seguiría sumida en el dolor de haber perdido la oportunidad de formar parte de su familia.



Después de la euforia por ganar el concurso, Sara se centró en sus vacaciones. Su padre la apuntó a una escuela de verano en la que, durante quince días, hacían diversas actividades como piscina,

tiro al arco, agricultura, cuidado de animales de granja y juegos diversos, además de dormir con el resto de niños y niñas. Allí se encontró con varios compañeros de clase que, al verla, se acercaron para hablar con ella y recordar su fantástica actuación. El verano prometía ser perfecto. Excepto por el hecho de que Luz había desaparecido.

—¿Habéis hablado con ella? —preguntó al final de la conversación con su padre.

Hacía unas horas que llegaron a su destino, y tocaba hablar con los familiares para decirles que se encontraban bien.

—No, cariño —respondió, apretando la mandíbula—. Pero no te preocupes y disfruta del campamento. Te quiero. Besos de la abuela.

Cortó la llamada mirando hacia el infinito. Se había planteado llamar a Luz, pero, todas las veces que tenía el móvil en la mano, se arrepentía y lo soltaba.

—¿Cómo está mi niña? —preguntó Alicia.

Había estado cuidando de Ángel mientras Óscar trabajaba.

—Bien —respondió distraído.

—Te ha preguntado por ella, ¿verdad?

No podía engañarla, siempre se las apañaba para saber lo que pensaba. Asintió en silencio.

—¿Por qué no la llamas? —Sabía la respuesta que le iba a dar, en cambio no podía seguir viendo cómo sufría su hijo.

—Ya está todo dicho entre nosotros, mamá. Mañana no hace falta que vengas, trabajaré desde aquí —zanjó el tema, se levantó, la besó en la mejilla, agarró a su hijo de la mano y se lo llevó al dormitorio.

Alicia suspiró con tristeza, pero no insistió. Se marchó con la pena de ver cómo dos personas que se gustaban lo echaban todo a perder por sus propios miedos. Al salir, se encontró con Quique, al que no había visto en todo el día.

—¿Dónde estabas?

—He pasado el día con un amigo de Barcelona —respondió, cansado.

Su madre entrecerró los ojos. A su otro hijo también le ocurría algo, sin embargo, no tenía fuerzas para lidiar con más problemas familiares. Ya era hora de centrarse en su vida y dejarlos volar solos. Lo besó, le dio las buenas noches y se marchó en el taxi que había programado para que la recogiera.

Quique la miró extrañado. En otras circunstancias, lo habría interrogado; sin embargo, esa noche no. Sacudió la cabeza, seguro que no le pasaba nada. Entró en casa y fue directo hasta su habitación. Uno de sus amigos fotógrafos le había contado con pelos y señales todo lo que Lada había hablado de él. Se desnudó, entró en la ducha y accionó el grifo. El agua templada se llevaría toda la tensión acumulada. Después de pasar el día hablando de la modelo, su embarazo y su victimismo, estaba exhausto. Su reputación había caído por los suelos y tendría muy difícil su vuelta al mundo de la moda.

—¡Mierda!

Palmeó los azulejos con rabia. Sólo una noche con ella había bastado para poner su vida patas arriba. Y fue una más, nada significativo, y todo por su insistencia en acostarse con él. Sucumbió a sus encantos por culpa de una noche de juerga, *whisky* y chupitos que nublaron su juicio porque ella no le gustaba nada. Estaba buena, sí, aunque su mirada no era limpia. Y ahora estaba en un lío al haberla dejado embarazada. Salió, secó su cuerpo con rapidez y se fue a la cama tal cual. Necesitaba dormir.



La respiración tranquila de Ángel le indicó que ya estaba dormido. Salió con sigilo, entornó la puerta y se dirigió hacia su dormitorio. Arrastró los pies cansado. Desde que despidió a Luz, no dormía nada bien.

Al pasar por la habitación de la niñera, se detuvo. Entró y paseó su mirada por toda la estancia. Vacía. Sin vida. Los adornos y posters, que al principio odiaba, ya no adornaban las paredes blancas. Sus ojos se posaron en la cama, y el recuerdo de sus cuerpos haciendo el amor llegó como un aguijón hacia su pecho. El olor y sabor de su piel se habían impregnado hasta el fondo de su alma y, por mucho que lo intentara, no podía olvidarla. Esa mujer se había instalado en su mente y en su corazón para siempre, y no sabía qué hacer para cambiar lo que había hecho. Ya era demasiado tarde.


VERANO

31

El sonido de las cigarras era la señal de que el verano llegó con todo su esplendor. Una gota de sudor se derramó por su cuello y se perdió en algún lugar de su pecho. Cuando ideó el proyecto, no imaginó lo difícil que sería adecuar un garaje para convertirlo en una sala de *ballet*. Tampoco había sido buena idea comenzar a pintar casi al mediodía. Soltó el rodillo de pintura con un gruñido y buscó la botella de agua. Necesitaba hidratarse, o se desmallaría en cualquier momento. Eso la hizo replantearse comprar un aparato de aire acondicionado.

—¿De reformas?

—¡Jopé! —exclamó asustada al ver a Quique tras ella—. ¿Qué haces aquí?

Él alzó las cejas.

—Yo también me alegro de verte —dijo irónico.

Luz se acercó a él.

—Claro que me alegro, es solo que no te esperaba. —Sonrió de medio lado.

—Ya, entonces, ¿por qué no respondes mis mensajes? —Puso los brazos en jarras y la miró serio, demasiado.

Sus ojos azules la escrutaban, buscaba cualquier información que le aclarasen por qué había huido aquél día. Se fijó en que unos círculos oscuros rodeaban sus ojos. Suspiró, soltó la botella en el suelo y le indicó que la acompañara al interior de la casa. No podía posponer más su silencio.

Él obedeció y la siguió cabizbajo, guardándose las ganas de exigirle explicaciones. No podía desaparecer sin más. No así. Además, necesitaba una amiga más que nunca y no quería perderla. Llegaron hasta la cocina y tomó asiento en uno de los taburetes de la barra, mientras que Luz fue hasta el fregadero para lavarse las manos y refrescarse la cara.

—¿Quieres algo de beber? —Le ofreció, ganando el tiempo suficiente para ordenar sus pensamientos y prepararse para la conversación.

—¿Tienes cerveza?

Asintió, fue hasta el frigorífico, se agenció dos latas, buscó dos vasos en el mueble de al lado, rodeó la piedra y tomó asiento junto a él. Sirvió las bebidas en silencio. Quique aceptó la suya y bebió sin dejar de mirarla. Se relamió los labios y abrió la boca para hablar.

Luz se adelantó.

—Lo siento. No debí desaparecer así, pero yo…

—Te dio miedo enfrentarte a mi hermano —la interrumpió.

Dudó su respuesta. Iba a decirle que, aunque el concurso salió bien, las cosas no habían cambiado. Sin embargo, Quique tenía razón: el temor la atenazó cuando vio que Óscar tenía la intención de hablar con ella al terminar la actuación.

—Sí. —Sonrió con tristeza y alzó los hombros.

Quique bajó los pies del taburete, adelantó su cuerpo y agarró sus pequeñas manos. Notó que temblaba.

—No soy quién para dar consejos, pero sé que estás enamorada de Óscar. —Luz agrandó los ojos, oírlo en su voz hacía más real lo que su corazón le gritaba desde hacía tiempo—. No soy el único que se ha dado cuenta, créeme. —Sonrió a sabiendas que su madre e incluso Sara lo sabían —. Pero creo que deberías decírselo. Estoy seguro de que, si él sabe lo que sientes, dejará a un lado ese duelo estúpido que sigue y pondrá su mirada en la posibilidad de tener un futuro feliz contigo y los niños.

Las lágrimas amenazaron con salir, y tragó el nudo que se le había formado en la garganta. Pensar en un futuro con ellos la tentaba, pero las duras palabras de su exjefe y lo que sintió tras la huida la mañana después de hacer el amor le dolían demasiado. Negó con la cabeza.

—Estos días he estado meditando sobre todo esto y necesito pasar página —susurró, ahogando las malditas lágrimas—. Óscar necesita sanar su herida, y tampoco quiero que Sara y Ángel se ilusionen con mi vuelta. No quiero partirles el corazón. No se lo merecen.

Quique soltó una carcajada incrédula. ¿Cómo podía ser tan cabezota esta mujer?

—Estáis cometiendo el error de vuestras vidas y no lo veis. —Soltó sus manos y pasó las manos por su cabeza—. Os escudáis en vuestro miedo.

Luz inclinó la cabeza. Esto último lo había dicho con demasiada efusividad.

—¿Hablas solo de nosotros o de alguien más?

La miró frunciendo el ceño, ella alzó las cejas y él suspiró. Lo había pillado.

—Supongo que también de mí —confesó—. Ayer estuve con el fotógrafo que me sustituye en Barcelona, y me contó que Lada le va diciendo a todo el mundo que soy un cabrón por haberla dejado sola y embarazada.

—Lo lamento.

Luz intentó agarrarle las manos, pero él la rechazó y se puso en pie.

—¿Por qué lo lamentas? Si eso es lo que soy: un cabrón egoísta que solo piensa en él y en su polla.

—¡Eh! —Ella también se puso de pie—. ¿Quién dice eso de ti?

—Todas las mujeres que han pasado por mi cama, mis compañeros y yo, Luz. —Su voz se quebró, y se sentó de golpe—. No sé qué es lo que me pasa. Cuando una mujer me gusta, intento ir más allá de echar un polvo, pero, cuando me levanto por las mañanas con ellas, huyo. Las dejo sin mirar atrás. Y ahora la he cagado. No quiero que un hijo mío crezca pensando que su padre pasó de él y de su madre —sollozó.

Luz lo abrazó y lo acunó en su pecho durante un momento. Ese hombre se hablaba con mucha dureza. No quiso imaginarse el trauma que tenía por culpa de lo que vivieron con su padre. Cuando lo sintió más calmado, buscó su cara, agarró las mejillas entre sus manos y lo obligó a mirarla.

—Cielo, no creo que te pase nada, es que no has encontrado a la adecuada —le dijo con dulzura—. Y lo otro, pues no vas a tener más remedio que volver y afrontarlo de la mejor manera que puedas.

—¿Aunque odie a esa mujer?

—Aunque la odies. El bebé no tiene culpa.

Quique alzó una mano y acarició la cara de Luz.

—¿Por qué eres tan buena conmigo?

Ella enarcó una ceja.

—Pues porque eres un buen amigo y, aunque no lo creas, muy buena persona.

Eso lo hizo sonreír, y se fundieron en un fuerte abrazo. Ahora entendía, más que nunca, por qué su hermano estaba enamorado de esta mujer. Era imposible no hacerlo.

—Bueno —dijo, separándose de él—. ¿Cómo están los niños?

—Sara está en un campamento de verano y se lo está pasando en grande. Aunque pregunta todos los días por ti. —Luz encogió un poco el rostro al oír eso—. Ángel habla cada día más, y nos turnamos para cuidarle entre mamá, Óscar y yo.

—Mi pequeño campeón —dijo emocionada—. ¿Y tu madre? —Quique suspiró, y eso la puso en alerta—. ¿Le ocurre algo?

—Creo que está triste por nosotros, aunque no nos dice nada. —Arrugó la frente, parecía muy preocupado—. Ella también ha sufrido mucho, tanto con lo de mi padre como por la muerte de mi cuñada. Necesita que le demos alguna buena noticia.

Asintió en silencio. Esa mujer había pasado por demasiadas cosas también, y Quique tenía razón, necesitaba algo bueno. Meditó durante un momento si ella podía echarle una mano en algo y se le ocurrió una idea un poco loca.

—¿En qué campamento está Sara?

—Aventurama, en Talayuelas. ¿Por qué lo preguntas?

La interrogó con la mirada, pero ella hizo un gesto con la mano.

—Ya te lo contaré.


VACACIONES

32

Sin duda alguna, había sido una buena idea teletrabajar mientras Sara estaba en el campamento. Se libró de levantarse tan temprano, de arreglarse y de los atascos. Con su cómodo chándal y un café en la mano, tomó asiento en su despacho, sin dejar de vigilar a su pequeño a través de la cámara del vigilabebés. Lo tenía que haber hecho antes; sin embargo, cuando su jefe se lo ofreció, no estaba preparado para enfrentarse a la paternidad como ahora. Y eso debía agradecérselo a esa mujer que no se iba de su mente. Y, por qué no decirlo, de su corazón.

«La cagaste, pero bien», dijo su conciencia.

Sacudió la cabeza. Claro que era consciente de lo que había hecho. La echó de su vida por cobarde y por egoísta. No quería sufrir, ni vivir con la culpa de deshonrar la memoria de Mónica. Aunque eso sonara a excusa. Apartó esos pensamientos y se centró en el documento que tenía en la pantalla. Los números se convirtieron, poco a poco, en un cuerpo que bailaba. Sin querer, su mente lo transportó al salón de actos donde fue testigo de la belleza de sus movimientos. Las mariposas revolotearon en su estómago de nuevo. Estaba preciosa con su cabello al viento, la firmeza en sus pasos y la pasión de sus ojos.

Un movimiento lo volvió a la realidad. Era Ángel que se despertaba. Lo vio incorporarse en la cama, restregarse los ojitos y mirar hacia todos lados. Esperó un instante antes de levantarse e ir a por él. Debía dejarlo, así se lo indicó su maestra en las notas finales: «Ángel tiene la capacidad para comunicarse, pero no quiere. Suponemos que se debe a las circunstancias de su familia. Hay esperanzas; en los dos últimos meses, ha avanzado muchísimo. Hay que apoyarlo y no atosigarlo. Hablarle mucho, leerle cuentos, jugar y actuar con él como si os hablara con normalidad. Él solo saldrá de su mutismo».

El pequeño bajó de la cama, buscó su osito de peluche, lo agarró de una oreja y fue hasta la puerta del dormitorio. Se asomó al pasillo y, como si fuera la mejor de las melodías, escuchó de sus labios:

—¿Papá?

Al principio fue apenas un susurro, pero, al ver que no acudía a su llamada, gritó.

—¡Papá!

Óscar no pudo más y fue a por su pequeño, que lo esperaba en la puerta.

—Buenos días, campeón —dijo antes de cogerlo en brazos y llenarlo de besos—. ¿Has dormido bien?

Lo miró con ojos redondos.

—Yo sí y, ¿sabes qué? Tengo hambre. ¿Quieres que te prepare leche y tostada?

El pequeño asintió dos veces con la cabeza. Óscar sonrío y siguió hablándole de tonterías de camino a la cocina. Se sentía tan orgulloso de todo lo que estaba avanzando, que sonreía sin apenas darse cuenta. Podría decirse que estaba feliz, aunque aún le faltaba algo. Y ese algo tenía ojos castaños y una larga melena rizada que lo volvía loco. Pero era algo prohibido para él.



El campamento amaneció con el canto del gallo. Los niños despertaban poco a poco y fueron

llamados a desayunar. Sara, sonriente, apareció en el comedor junto a un par de compañeras de habitación. Por primera vez en su vida, tenía amigas con las que hablar de sus cosas y de chicos. En concreto, de Jaime, un niño de su edad que, casualidades de la vida, acababa de mudarse a la urbanización de su abuela. Nerviosa, barrió con la mirada la sala y lo encontró hablando con sus amigos. Como si notara su presencia, volvió la cabeza en su dirección, amplió su sonrisa y le hizo señas para que se sentaran con ellos.

—Hola —lo saludó al llegar a su altura.

—¡Hola! Sentaos con nosotros —dijo con entusiasmo.

Hablaron de las actividades que iban a realizar ese día, de lo emocionados que estaban y de las ganas que tenían de bañarse en la piscina.

—¡Buenos días, chicos! —saludó uno de los monitores y comenzó a leerles el programa del día.

Todos aplaudieron impacientes por comenzar.

—¡Ah! Recordaros que, dentro de dos días, es el día de la familia. Avisadles cuando habléis hoy con vuestros padres que pueden venir hasta cuatro personas por niño, ¿de acuerdo? Y ahora, ¡a desayunar!

El comedor era un ir y venir de niños y niñas con bandejas en sus manos. Sara y Jaime fueron juntos hasta la barra para hacer acopio de un buen desayuno.

—El domingo vendrán mis padres y mis hermanos —dijo el chico—. ¿Quién vendrá de tu familia?

—Aún no se lo he preguntado.

—Seguro que vienen todos. —Le sonrió, acentuando el par de hoyuelos que tenía en las mejillas.

Sara se sonrojó. Ese chico rubio de ojos azules le provocaba mariposas en el estómago y, según una de sus nuevas amigas, él también sentía lo mismo. Otro de los chicos se lo había confesado. Sin duda, ese campamento era lo mejor que le había pasado en la vida.



Apostillada desde hacía diez minutos en la puerta de la casa de Alicia, Luz se debatía en llamar o no. Cuando se le ocurrió el plan, le había parecido buena idea, ahora que estaba allí se estaba arrepintiendo. Además, se presentó sin avisar. ¿Y si no había nadie en casa? ¿Y si a Alicia no le gustaba la idea?

—Buenos días —la saludó una voz.

—¡Roberto! —exclamó asustada.

El hombre la miraba divertido. Hacía rato que la observaba, pero, al ver que no se decidía a llamar, se acercó.

—¿Qué haces por aquí?

—Pues yo… venía a visitar a Alicia, pero creo que no ha sido buena idea —tartamudeó.

—No seas tonta, le encantará verte. —Le acarició un hombro con ternura—. Le va a venir bien tu visita. —Cambió su sonrisa por una mueca triste.

—¿Ocurre algo? —preguntó preocupada.

—Últimamente está demasiado pensativa y callada —suspiró—. Creo que está preocupada por sus hijos. Ella no dice nada, pero a mí no me engaña. —Esbozó una sonrisa torcida.

Luz observó al hombre. Debajo de sus canas y sus arrugas, había esbozos de un rostro atractivo. Y que sus ojos brillaran al hablar de ella, lo hacían más guapo aún.

—Te sigo —dijo, dando un paso decidida. No podía quedarse impasible al saber que Alicia necesitaba ayuda.

Entró detrás de él, que abrió con su propia llave. Una sonrisa salió de sus labios. Para nada se esperaba eso. Lo siguió hasta el interior de la vivienda y esperó en el salón, tal y como le indicó Roberto con señas. No quiso esperarla sentada, estaba demasiado nerviosa. Decidió pasear y echar un vistazo a la casa. La otra vez que estuvo allí con Quique, se limitaron a pasear por el exterior.

En el fondo del salón había un aparador en el que reposaban varios portarretratos con fotos de la familia. Las miró curiosa. Estaban todos: Quique con sus sobrinos haciendo el tonto; Alicia con sus nietos en el regazo; los hermanos de pequeños; Alicia de joven. Luz sonrió con cada foto que veía hasta que llegó a una un poco más grande y que estaba detrás de todas, como si quisieran ocultarla. La agarró entre sus manos para verla mejor. Era un plano de las caras de Óscar y Mónica. Sus rostros y sus sonrisas irradiaban felicidad.

—El día que se casaron.

Luz se sobresaltó con la voz de Alicia y tiró la foto al suelo, con tan mala suerte que el cristal del marco estalló en pedazos.

—¡Madre mía! —exclamó, agachándose y recogiendo todos los cristales con las manos—. ¡Lo siento!

Roberto fue corriendo a la cocina a buscar el cepillo y el recogedor. Alicia se acercó para ayudar a Luz, intentando tranquilizarla.

—Ha sido un accidente, no te preocupes.

Con el disgusto por haber roto la foto, Luz recogió tan rápido que se cortó con uno de los cristales.

—¿Qué ocurre aquí?

Las dos mujeres volvieron la cabeza y vieron a Óscar que las miraba desconcertado.


TREGUA

33

Alicia y Luz se levantaron al mismo tiempo al ver a Óscar en la entrada del salón, que las miraba con rictus serio. Ángel estaba a su lado.

—Cuidado, cariño. —advirtió Alicia al pequeño—. Hay cristales rotos en el suelo, te vayas a cortar.

—¿Cristales? —preguntó Óscar, acercándose al estropicio—. ¿Qué haces con eso? —gruñó al ver la foto en las manos de Luz.

—Yo… verás… es que las estaba viendo… —tartamudeó al verlo tan enfadado.

Se la tendió, cuando él la iba a coger, se detuvo al ver algo en una de sus manos.

—¡Estás sangrando! —gritó.

—No es nada —susurró a punto de llorar al no entender por qué la regañaba.

Sin mediar palabra, Óscar desapareció del salón y volvió a los pocos segundos con una caja y un cuenco de plástico.

—Siéntate —ordenó, señalándole una silla de la mesa de comedor.

Luz obedeció conteniendo las lágrimas. En otra ocasión, no le hubiera importado ese detalle, en cambio, en ese momento, no le apetecía enfrentarse a él en modo gruñón. No se habían visto desde el baile, y no imaginaba su reencuentro así. Miró a Alicia, que se lamentó en silencio. Roberto, que tenía agarrado a Ángel de una mano, buscó con la otra a la mujer y se los llevó al jardín. Lejos del mal humor de Óscar.

Él se arrepintió de haberle hablado mal. Al verla allí, y con esa foto rota, no supo cómo reaccionar. Intentó concentrarse en detener la pequeña hemorragia que tenía en la palma de la mano con una gasa para no mirarla a los ojos, porque se perdería en ellos. Buscó en el botiquín de su madre suero y un apósito. Levantó un poco la gasa, comprobó que ya no sangraba tanto, llevó la mano hasta colocarla encima del cuenco y comenzó a lavarle la herida con suavidad. Ella siseó e intentó retirar la mano, pero él la sujetó con firmeza y continuó con la cura.

Luz sentía cada pasada del líquido por la herida. Mantuvo el tipo todo lo que pudo, pese a que le dolía. No creía que el corte había sido tanto. Se tragó las lágrimas, no lloraría delante de él. No podía. No, después de lo enfadado que estaba. Se moriría si él sintiera lástima por ella. Era lo último que quería. Así que se centró en su cara. Tenía el ceño fruncido y apretaba la mandíbula. Se fijó en sus ojos, en las arrugas que se le formaban en la frente, en la cicatriz de la ceja, en su nariz. Maldijo en su interior porque estaba condenadamente guapo y las mariposas de su estómago revoloteaban con fuerza al sentir su contacto.

Su mirada lo estaba poniendo nervioso. Notaba sus ojos, escrutándolo. Al tenerla tan cerca, le vinieron los recuerdos de esa noche, de sus labios, de su cuerpo. Carraspeó, sacudió la cabeza y miró bien la herida.

—Tienes un trozo incrustado, por eso te duele —dijo con voz suave. Buscó de nuevo en el botiquín algo con qué sacarlo y felicitó a su madre por tener de todo cuando encontró unas pinzas—. Quédate muy quieta.

Luz se mordió el labio inferior. Ni respiraba, expectante.

Él se acercó más, agarró las pinzas entre sus dedos y fue hasta el pequeño trozo transparente. Con pulso firme, lo agarró entre los extremos metálicos, lo sacó y lo tiró en el cuenco. Volvió a limpiar la herida con suero y buscó más partículas de cristal, pero no vio nada más. Cogió una gasa, secó la piel de alrededor y colocó el apósito encima de la herida.

—Ya está, creo que no tienes más trocitos de cristal. Si te duele, deberías ir al médico para que

te examinen bien la herida.

—Gracias —susurró.

Óscar no pudo aguantar más y la miró a los ojos. Los tenía algo enrojecidos, eso delataba que había estado a punto de llorar, y su corazón se encogió porque no sabía si se debía al dolor o a sus maneras. Suavizó su expresión, aunque no sonrió.

—Siento haberte gritado —murmuró—.No te esperaba aquí y al verte con esa foto…

—Lo entiendo.

Apoyó su otra mano encima y lo acarició. Extrañado las miró, no se había dado cuenta que aún mantenía el contacto con ella. Suspiró y la soltó. Aún le afectaba su cercanía y el roce de su piel. Para disimular, comenzó a recoger lo que había utilizado en la cura.

—¿A qué has venido, Luz? —preguntó con tono neutro.

Ella notó frío al no sentirlo. Creía que había pasado página, tal y como le dijo a Quique. Mentira. Solo se decía eso para que no le doliera tanto. Escrutó su mirada, pero solo encontró impaciencia. No quería enfadarlo más y decidió contarle la verdad.

—He venido a ver a tu madre.

Él entrecerró los ojos.

—¿Y no se te ha ocurrido llamarla? —preguntó suspicaz. Sabía que ocultaba algo.

—No sabía si respondería. No hemos hablado desde —hizo una pausa al quebrarse su voz—. Dejó de mandarme mensajes hace unos días, y pensé que se había cansado de insistir.

Óscar apartó la mirada. Verla tan afectada le dolía.

—¿Os apetece una limonada? —preguntó Alicia desde la puerta de acceso al jardín.

Ambos asintieron y decidieron darse una tregua silenciosa.



La propuesta que le acababa de hacer Luz le pareció una locura.

—No creo que sea buena idea —dijo, negando con la cabeza.

—Hijo —añadió Alicia—, Sara pregunta todos los días por ella, ¿tan malo sería que nos acompañara?

Apretó la mandíbula bajo la atenta mirada de todos. ¿No lo entendían? Si dejaba que Luz los acompañara al campamento, eso daría esperanzas a sus hijos de que volviera a estar en sus vidas, con la consecuencia de que él ya no podría controlar sus impulsos.

—No te preocupes, Alicia —intervino la exniñera—. Era solo una idea tonta. Ya no trabajo para tu hijo, y no tiene sentido que me presente el día de la familia en el campamento. Gracias por la limonada. —Se levantó, posó un enorme beso en la mejilla de Ángel, que no se había separado de ella en ningún momento, y se lo tendió a Óscar—. Gracias por la cura y perdona por haber roto el marco, os haré llegar uno.

Se marchó cabizbaja, negándose a que Roberto, que se ofreció amablemente, la acompañara a la salida. Así aprovecharía para soltar las lágrimas que había contenido todo el tiempo que estuvo con ellos.

—Estarás contento —dijo Alicia cuando Luz salió de su casa—. No solo la has echado de tu casa, sino que la echas de nuestras vidas también. ¿Se puede saber qué es lo que ha hecho tan mal para que te comportes así con ella?

Óscar resopló.

—Creo que no es asunto tuyo, mamá.

Alicia apretó los labios. Respiró hondo, se levantó y comenzó a recoger la mesa en silencio.

Roberto la observó y se lamentó. Sabía que necesitaba desahogarse, pero no lo hacía. Siempre decidía callarse y tragarse lo que pensaba por no molestar ni generar mal ambiente. Cuando comenzaron a salir, él se lo dejó claro: si algo no le gustaba tenía libertad para decirlo. Conocía su pasado con su exmarido y no iba a permitir que eso nublara su relación.

—Querida —La agarró de un brazo—. Deja que recoja yo esto.

Ella lo miró y vio lo que quería decirle. Afirmó con la cabeza, tomó de nuevo asiento frente a su hijo y dejó que Roberto se llevara todo, incluso al pequeño, que lo acompañó con la promesa de tomar un helado. Cuando los dejaron solos, Alicia apoyó los codos en la mesa e hizo caso de la recomendación de su actual pareja: hablar con libertad.

—Óscar, sabes que nunca me he metido en vuestras vidas. —Levantó una mano cuando su hijo iba a replicarle—. Luz se ha convertido en un miembro más de mi familia. Imagino lo que ocurrió entre vosotros, he sido testigo de lo mal que lo pasó cuando la dejaste diez días sola con un esguince en el codo y sin darle ni una explicación. Que conste que ella no me dijo nada, pero no soy tonta. Esa mujer está enamorada de ti y, si no lo quieres ver, es que estás demasiado ciego y obcecado en el duelo. —Él abrió los ojos con exageración, no daba crédito a lo que le estaba diciendo su madre—. Hijo. —Se adelantó y agarró sus manos entre las suyas—. Yo también quería muchísimo a Mónica y siempre estará presente en mi memoria, pero tienes que escuchar a tu corazón.

Óscar apretó los ojos con fuerza, intentaba asimilar las palabras de su madre. Nunca le había hablado de esa manera. Ella siempre se había quedado a un lado, sin interferir. Pero eso no le quitaba la razón. Cuando volvió a abrirlos, vio un par de lágrimas en sus mejillas. Sin mediar palabra, se levantaron y se abrazaron. Besó su cabeza.

—Lo pensaré —susurró contra su pelo.


DÍA DE LA FAMILIA

34

Ilusionada por ver a su familia, Sara se retorcía las manos. Al igual que el resto de alumnos del campamento, esperaba sentada en la sala común. En unos minutos, entrarían su padre, hermano, abuela y tío por la puerta. Hacía dos semanas que no los veía y, aunque se lo estaba pasando en grande, los echaba de menos. Nunca habían estado tanto tiempo separados.

Unos gritos de alegría la alertaron de la llegada de los familiares. Se puso en pie para ver mejor. Su corazón latía con fuerza, impaciente por verlos. Sabía que venían, así se lo habían confirmado la noche anterior, aunque eso no quitaba la duda que le presionaba el estómago al no localizarlos. La sala se estaba llenando, y no alcanzaba a ver bien la puerta, por lo que decidió subirse a la silla. Fue entonces cuando vio a su padre y a su tío entrando en la sala. Chilló y agitó los brazos con todas sus fuerzas, llamando su atención. Funcionó. Cuando su padre la vio, se hizo paso a través de la multitud con rapidez hasta llegar a ella, que saltó sobre sus brazos.

—¡Papá!

—Hola, cariño. ¿Qué tal estás? —La abrazó con fuerza. La echaba de menos, mucho.

—Bien, gracias por venir. ¡Tito!

—¡Hola, Princesa!

Lo abrazó también con fuerza. Estaba eufórica.

—Mi niña guapa —dijo Alicia, que abrió los brazos.

—¡Abuela! —chilló, apartándose de su tío.

Se separó y buscó a su alrededor.

—¿Y mi hermano?

Los tres adultos se miraron cómplices.

—¿Qué pasa? —preguntó, asustada por si le había ocurrido algo.

—Aquí está —dijo una voz a su espalda.

Sara abrió la boca y giró su cuerpo con lentitud porque no creía que fuera cierto. Pero sí, ahí estaba su hermano en brazos de Luz.

—¡Luz! ¡Ángel!

—¡Sharaaa! —gritó el pequeño abriendo sus manitas.

Los tres se fundieron en un emocionante abrazo, que duró un minuto.

El silbato de los monitores sonó, que acalló los chillidos de alumnos y familiares.

—Pedimos un poco de calma, por favor. A continuación, formaremos varios grupos, asignados a cada monitor. Os llamaremos por turnos para hacer la visita a las instalaciones. Mientras tanto, podéis sentaros un rato y poneros al día. ¡Gracias!

La familia, incluida Luz, tomaron asiento en una mesa compartida por la de Jaime. Sara lo presentó a su familia, y él hizo lo mismo. Todos se saludaron y compartieron miradas divertidas. Todos, excepto Óscar, que miraba al niño con seriedad.

—No seas tan descarado, hermanito —le susurró Quique.

—No me gusta —murmuró a su vez.

—Son unos críos, déjalos. —Le propinó un codazo.

Emitió una sonora carcajada. Imaginaba que no le iba a hacer gracia ese chico porque se notaba a leguas que bebía los vientos por Sara. Y él sabía de Jaime porque ella no hacía más que hablar de él en sus llamadas. A él le parecían tiernos. El primer amor de campamento. Suspiró ensoñador. Recordó con nostalgia esa sensación, aunque enseguida se esfumó. A pesar de haber pasado tantos años, sintió esa traición como si hubiera sido ayer.

«Ojalá a Sara no le ocurra lo que a mí», se dijo. Sacudió la cabeza y observó a su sobrina. No, seguro que no.

Luz los observaba sonriente, adivinando lo que hablaban. Echaba de menos la complicidad de los hermanos. Cuando esa mañana se habían presentado por sorpresa en su casa , no daba crédito. Se quedó atónita cuando Óscar llamó a su puerta y le preguntó si quería acompañarlos. Quique la esperaba en su coche. Como todos no cabían en el de Óscar, el hermano se ofreció a llevarla y así ponerse al día de todo. Durante todo el camino, le contó que su hermano la echaba de menos.

El sonido del silbato los alertó de nuevo. Era hora de la visita.



Después del *tour* por el recinto y de ver las habitaciones de los alumnos, comieron todos juntos. Compartiendo, de nuevo, la mesa con Jaime y sus padres. Resultaron ser una familia maravillosa, simpática y amable. Jaime padre, trabajaba como director de administración de una empresa de construcción y congenió con Óscar, mientras que Carmen, la madre de Jaime, era auxiliar administrativa de esa misma empresa y charlaba con Alicia animadamente.

Ángel no se separaba de Luz y de su hermana. Los tres hablaban sonrientes, y eso llamó la atención de Carmen, que, al acabar el postre, se acercó un momento en que Óscar los observaba en silencio y embobado.

—¿Es su mujer? —preguntó suspicaz porque sabía, por su hijo, que era viudo y sospechaba que había algo entre ellos. Se habían mantenido distantes, pero no dejaban de echarse miraditas cuando el otro no se daba cuenta.

—No, es… es la niñera —mintió, no tenía ganas de dar explicaciones.

—¡Oh! Pues, enhorabuena. —La miró interrogante—. Se nota que tienen un vínculo muy especial. —Los señaló con la cabeza—. Ya quisiera yo haber tenido una niñera así. —Le sonrió con amabilidad y se marchó junto a su hijo.

Óscar no se movió del sitio. Esa mujer dio en el clavo. El vínculo que se había creado entre Luz y los niños era increíble. Tragó el nudo que se le hizo en la garganta. Su familia tenía razón: al despedirla, no solo la echó de su vida, sino de la de sus hijos. Una punzada en el pecho lo hizo consciente del error que había cometido. Al verla allí, como un miembro más, la realidad lo golpeó. La necesitaba y no sabía cómo recuperarla. De pronto, le faltó la respiración. Se levantó, se disculpó y salió de la sala. El aire puro de la sierra lo abofeteó. Con las piernas temblorosas, caminó por uno de los senderos que rodeaban el campamento y, cuando se dio cuenta, sus pies se encontraban casi al filo del embarcadero del lago. Acogió todo el aire que pudo en sus pulmones y lo expulsó con lentitud. Las vistas eran preciosas. Su difunta mujer le hubiera propuesto darse un baño. Encogió su rostro al recordarla.

—¿Qué hago? —preguntó, mirando hacia el infinito—. Quique y mamá dicen que tú lo aprobarías, pero quiero que me des una señal de que estás de acuerdo, Mónica —se le quebró la voz—. Seguro que la has visto con Ángel y con Sara. Tienen una conexión brutal con ella, y yo necesito que tú me digas que está bien. Lo necesito.

El ruido de unas pisadas a su espalda lo alertó de que no estaba solo, y se intentó recomponer.

—¿Con quién hablabas? —La voz de Luz le llegó de cerca, y él lanzó una plegaria al cielo porque no estaba seguro de si era casualidad que ella estuviera ahí en ese instante. Sintió una de

sus manos en el hombro derecho y ahí supo que las casualidades no existen.

No había perdido detalle de su conversación con la madre de Jaime y, aunque no escuchaba bien lo que decían, estaba claro que lo había incomodado cuando salió huyendo de allí. Temiendo que tuviese uno de sus ataques de pánico, dejó a los niños con Alicia y fue tras él.

—Hablaba solo —carraspeó.

Luz esbozó una triste sonrisa.

—¿Te encuentras bien? —Él la miró sin entender cómo sabía que se encontraba mal—. He visto que has salido corriendo del salón después de hablar con esa mujer —respondió a su silenciosa pregunta.

—Estaba un poco agobiado, no te preocupes.

Entendía su mutismo, pero echaba de menos la complicidad que habían adquirido los últimos días que pasó en su casa. Sin pensar, se descalzó, tomó asiento en la madera y metió los pies en el agua. Un escalofrío la recorrió al completo, aunque agradeció esa carga de energía. Óscar la imitó, se dobló los pantalones hasta la rodilla y tomó asiento junto a ella.

—A veces hablo con mi padre, como cuando estaba en coma —confesó ante el temor de Óscar de que lo hubiera escuchado—. Creo que no se ha ido del todo y que me cuida desde donde esté. —Jugó con sus piernas haciendo círculos en el agua.

—Mi terapeuta me dijo que no es malo hablar con nuestros fallecidos si eso no condiciona nuestra vida —dijo sin mirarla.

Ambos mantuvieron en silencio durante un momento. No era incómodo, al contrario, se dieron cuenta de que, desde que comenzó ese día, se habían sentido a gusto juntos. Demasiado. Pero ninguno se atrevía a decírselo al otro. Sus manos, apoyadas en la madera, casi se rozaban. Un milímetro más y tomarían contacto. Fue Luz la que tomó la iniciativa y posó su mano encima de la de Óscar.

Él no la movió, agradeció su contacto. Giró la cabeza y las miró durante unos segundos, después subió hasta encontrarse con sus ojos castaños que le imploraban, en silencio, una respuesta.

Fue cuando cayó rendido a lo que su corazón le gritaba.

—Lo siento —susurró, apretando su mano—. No debí despedirte, yo…

Luz no necesitó más, agarró su cabeza con la otra mano y lo acercó hasta sus labios. El beso que se dieron habló por ellos, prometiendo perdonarse.

Sus labios sabían a gloria, pero la imagen de Mónica apareció como un fantasma y lo hizo retroceder.

—Espera —susurró, apartándose.

Luz vio el pánico en sus ojos y entendió que había cometido un error al besarle. Por mucho que lo entendiera, no podría continuar con la incertidumbre de si Óscar desaparecería otra mañana para siempre. Aún estaba aferrado a su duelo, y ella no tenía fuerzas para sacarlo.

—Lo siento, no he debido besarte —murmuró, alejándose de él.

Se incorporaron al mismo tiempo. Ella volvió a calzarse las sandalias sin mirarlo a los ojos.

—Luz, no es que no quiera esto es que…

Ella alzó una mano para frenarlo y que no dijera nada de lo que se pudiera arrepentir.

—No me des explicaciones. He actuado por impulso, pensando que tú sientes lo mismo que yo por ti, pero me he equivocado. —Hizo acopio de todo el valor que pudo, se incorporó para enfrentarlo a los ojos y tomó una determinación—: Si quieres que vuelva a ser tu empleada, será bajo la condición de mantener nuestra relación solo y exclusivamente laboral. Nada de miraditas ni de besos. Si no es así, me marcharé. No para siempre, porque me gustaría saber de los niños y

de los demás, pero mantendremos las distancias. —Esperó su respuesta, pero solo obtuvo la máscara impenetrable y el tic de la mandíbula de siempre—. No hace falta que me respondas ahora. Volvamos para seguir disfrutando del maravilloso día de la familia con tu hija.

Dicho esto, le dio la espalda y se perdió por el camino de vuelta al campamento.

Óscar se quedó mirando cómo se iba la oportunidad de resarcirse.

—¡Joder! —gritó hacia el cielo, maldiciéndose por hacerle daño de nuevo.


SOLO TRABAJO

35

El resto del día fue maravilloso. El hecho de que su familia al completo fuera a verla, incluida Luz, la hizo inmensamente feliz. Eso solo significaba que todo volvía a estar bien.

—Gracias a todos por venir —se despidió con una enorme sonrisa.

Abrazó a cada uno con cariño, terminando por su padre, con el que se recreó más de la cuenta. Él respondió a su abrazo, sintiéndose culpable por darle esperanzas a su pequeña. La besó en la mejilla y la separó de su cuerpo.

—Sigue disfrutando del campamento, cariño. Mañana hablamos. Te quiero.

—Te quiero —respondió emocionada.

El resto de la familia se despidió con la mano y se repartieron en los coches, tal y como habían llegado por la mañana.

—¡Adiós, cielo! —exclamó Luz desde el asiento del copiloto.

Quique, que observó a Luz durante todo el día, esperó a estar en carretera para preguntar.

—¿Me vas a contar qué es lo que os ha pasado?

—Nada —respondió Luz, mirando el paisaje.

—No me mientas, Preciosa. Desaparecisteis sin dar explicaciones y, cuando regresasteis, habéis mantenido la distancia y apenas habéis cruzado palabra entre vosotros.

Lo miró de reojo en un intento de espantarlo con su mirada, pero él solo alzó las cejas esperando una respuesta. Puso los ojos en blanco. Estaba claro que a él no podía mentirle.

—Nos hemos besado.

—¡Bien! —exclamó divertido.

—De bien, nada. —Cruzó sus brazos bajo el pecho—. Él se ha apartado, otra vez, y yo le he dejado claro que no pienso volver a intentarlo.

Quique abrió aún más los ojos.

—No lo entiendo. Esta mañana estaba convencido —murmuró en voz tan baja que Luz tuvo que agudizar el oído.

—Pues te ha engañado porque otra vez iba a desaparecer, y menos mal que lo he frenado, si no, esta vez la que hubiese desaparecido era yo —zanjó la cuestión alzando la barbilla y volviendo la cara.

Quique frunció el ceño. Recordaba cada una de las palabras que le dijo su hermano por la mañana y tenía muy claro que lo iba a intentar. ¿Qué había pasado? No insistió. Ya hablaría con el gilipollas de Óscar.

En el otro vehículo, las cosas no iban mejor. Alicia reprendía a su hijo.

—¿Qué es lo que le has hecho a Luz?

—No le he hecho nada, mamá —gruñó.

—Ya, y yo soy monja —ironizó.

Óscar la miró de soslayo. ¿Por qué todo el mundo daba por hecho que era él quién provocaba los conflictos con esa mujer? Él no había pedido ese beso, solo quería arreglar las cosas e ir poco a poco, pero le pilló de sorpresa, y Luz malinterpretó su gesto. Después, al verla tan decidida a terminar su relación, o como quisieran llamar a lo que tuvieron, no pudo decirle que quería intentarlo con calma. Le dolieron sus palabras y su determinación a olvidar lo que habían vivido. Y esa mirada que le echó, cargada de reproche, fue el colmo.

«¡Mierda! Quizá sí que ha sido mi culpa».

Propinó un pequeño golpe en el volante, dejando perpleja a su madre. Durante la vuelta a casa,

apenas hablaron.



Cuando Quique aparcó en la entrada de su casa, Luz salió con rapidez del coche seguida por él de cerca.

—Gracias por traerme —dijo escueta en la puerta.

—Preciosa —susurró, acercándose—. Estoy seguro de que lo que ha pasado antes debe ser una confusión.

Ella chasqueó la lengua.

—No lo creo, pero eso da igual ya. Le he dado un ultimátum a tu hermano: si quiere que vuelva a trabajar para él, solo será trabajo.

—Pero Luz.

—No insistas, de verdad —suavizó su tono—. No quiero sufrir ni que sufran los niños. Es mi última oferta. Respétala y no le digas nada a Óscar, ¿de acuerdo?

La miró dubitativo.

—Promételo.

—Lo prometo, pero déjame decirte que cometes un error.

Asintió, besó su mejilla y entró en casa. Cerró la puerta tras de sí. No tenía fuerzas ni ganas de seguir hablando del tema. Dolía demasiado haber sido rechazada dos veces por el hombre del que se había enamorado. Enjugó sus lágrimas, respiró hondo y fue directa hacia la ducha. Necesitaba refrescarse.



Una vez hubo dormido al pequeño, Óscar se sirvió un vaso de agua, fue hasta el salón y se tiró en el sofá a esperar a su hermano. Seguro que llegaría como un torbellino, avasallándolo a preguntas. El ruido de la puerta le advirtió de su presencia.

—Hola —lo saludó y tomó asiento junto a él.

Durante unos segundos, los dos se quedaron mirando hacia ninguna parte. Uno, pensando en cómo explicarle lo que había pasado; el otro, preguntándose hasta dónde llega la estupidez humana.

Quique carraspeó, apoyó los codos en sus rodillas y miró a su hermano interrogante. Óscar tomó la misma posición.

—La he cagado, hermanito —dijo, imitándole.

—Sí.

—No quería rechazarla, solo quería ir más despacio, y ella ha sacado de contexto todo y me ha dado a elegir: si lo dejo estar, la perderé para siempre; si la vuelvo a contratar, no volveré a tenerla entre mis brazos. —Pasó las manos por su cara y su pelo—. Haga lo que haga, tengo las de perder.

Quique puso los ojos en blanco.

—No me puedo creer que no lo veas.

Óscar frunció el ceño.

—Anda, llámala y contrátala de nuevo y, esta vez, no la cagues.

Se levantó, palmeó su espalda y se marchó, dejándolo desconcertado. ¿Qué es lo que tenía que ver? Los siguientes minutos no dejó de darle vueltas. Estaba demasiado cansado como para pensar más allá de la metedura de pata. Buscó su teléfono móvil, lo sostuvo entre sus manos, dudando en si llamarla o esperar al día siguiente. Lo pasó de una mano a otra hasta que, de pronto, cayó en la cuenta de lo que quiso decir su hermano. Se rio de sí mismo. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido de no verlo? Desbloqueó el terminal y la llamó.

—¿Diga? —respondió al tercer tono. Su voz sonaba soñolienta.

—Si te sigue interesando el puesto, es tuyo —dijo en tono neutro—. Puedes incorporarte cuando quieras. Teletrabajo y estoy en casa casi todo el tiempo. Buenas noches.

Cortó la llamada sin darle tiempo a responder. No quería darle opción a rechazar su oferta.

Luz se quedó mirando al teléfono perpleja. Ahora la pelota estaba en su tejado, y no podía retractarse de lo que dijo. Tenía que aceptar, aunque doliera verlo todos los días, vivir bajo el mismo techo y no poder tocarlo.


DECISIONES

36

Daba vueltas y más vueltas en su despacho. Quique se había llevado al pequeño a casa de su madre porque él, en teoría, tenía mucho trabajo que atender.

Mentira.

Lo que le pasaba es que estaba nervioso. Tres días desde que la llamó y no había respuesta. ¿Qué más quería? Le había ofrecido su puesto de nuevo y acataría las condiciones que le había impuesto, aunque eso significara reprimir sus impulsos. Quería besarla y abrazarla. Sin embargo, llegados a este punto, se conformaba solo con su presencia.

Tomó asiento en su silla de director y fingió trabajar, pero no podía. Resopló. Cogió su móvil y lo desbloqueó. Le dio golpecitos con los dedos. Si la llamaba de nuevo, parecería desesperado.

«¿Y si le mando un mensaje?».

«No, no seas estúpido».

Gruñó frustrado y tiró el teléfono de mala manera en la mesa. Sacudió la cabeza y se intentó concentrar en la pantalla del ordenador. Diez minutos estuvo perdido entre las celdas del Excel.

«¡Se acabó!».

Se levantó, guardó el teléfono en uno de los bolsillos del pantalón de chándal y se dirigió hacia la puerta. Un paseo lo despejaría. Cuando abrió la puerta para salir, se dio de bruces con ella.



La noche que Óscar la llamó por teléfono, no pudo dormir. No imaginaba que se decidiera tan pronto a contratarla de nuevo. ¡Solo habían pasado unas horas desde que estuvieron juntos! Dio vueltas y más vueltas en la cama hasta que, sobre la una de la madrugada, se levantó y se trasladó al sofá.

Miró su teléfono como si él tuviese la respuesta.

«Él no, pero podría llamar a alguien que sí».

No había diferencia horaria entre Madrid y París, y lo pillaría durmiendo, pero tenía que hablar con alguien sobre esto y no podía hacerlo con Quique. Él ya había dejado clara su postura. Así que, sintiéndolo mucho por Isaac, presionó el botón de llamada.

—*Allô?* —La voz de una mujer la sorprendió a través de la línea.

Su cerebro tardó unos segundos en recordar sus años en Francia y sacó de su memoria las palabras que no había utilizado en mucho tiempo. Con Isaac, siempre hablaba en español.

—*Bonsoir, puis-je parler à Isaac?*

El sonido de un forcejeo y la voz de su amigo se oía a lo lejos.

—No, está… ¿cómo se dice? *Un peu* ocupado —reía la mujer.

De pronto, silencio. Miró atónita la pantalla de su terminal. ¿Le había colgado? Resopló indignada. Sin embargo, le duró poco su indignación, Isaac la llamó.

—Perdona a Sophie, *mon petite* —dijo con la voz velada por el alcohol—. ¿Te ocurre algo?

La voz de otra mujer distinta apareció también a lo lejos, y Luz se sintió una estúpida.

—Nada, siento haberte molestado —dijo, intentando controlar las lágrimas—. Hablaremos por la mañana, o cuando no estés tan ocupado con tus amigas.

—No, no me cuelgues —suplicó al tiempo que gritaba en francés que lo dejaran hablar por teléfono.

Más forcejeo. Risas. Choques de copas.

—Lo siento, Isaac está en mitad de una situación un tanto… complicada —habló la otra mujer en un perfecto español—. Será mejor que lo llames en otro momento.

El sonido de besos, risas y gemidos le llegó como un jarro de agua fría, y luego nada. La llamada se cortó definitivamente. Esperó unos minutos, pero el móvil no sonó de nuevo. Y ahí se dio cuenta de que estaba sola en este mundo. Un escalofrío la recorrió desde los pies hasta la cabeza, y se dejó llevar por el llanto, que duró toda la noche.

A la mañana siguiente, Isaac la llamó, aunque ella no se lo cogió. Insistió durante todo el día. Le dejó una decena de mensajes disculpándose, con mil excusas. Sin embargo, no sucumbió a sus melosas palabras. Esta vez no. Y no lo culpaba. La culpa era solo suya.

Durante todo el día, deambuló por la casa con la canción *Carrie* de Europe a todo volumen. No es que sintiera algo más por él; lo de la noche anterior le había dejado claro que él era así. No iba a cambiar. Pero eso no significaba que no doliera. Su mejor amigo no iba a estar ahí siempre, y lo tenía que asumir.

Al segundo día, se despertó y fue directa hasta el garaje. Se pasó allí media mañana. Repasando cada uno de los espejos que ya había colgado, la barra de madera, la pintura y todo lo que había dispuesto para dar clases allí. Se sentó en mitad de la estancia y meditó si era eso lo que quería o volver a trabajar para Óscar.

Desayunó, almorzó y cenó allí. Pensando una y otra vez los pros y los contras de uno y otro trabajo. Los dos eran buenas opciones. Sin embargo, solo uno de ellos le daba algo más.

El tercer día se levantó dispuesta a afrontar sus miedos y su vida, tal y como le pedía su corazón. En ese instante, se encontraba frente a la casa de la familia Belmonte. Cuando se acercó para llamar, la puerta se abrió con brusquedad, y un cuerpo la atropelló. Pensó que se iba a dar un buen golpe y apretó los ojos con fuerza, en cambio sintió cómo unos brazos la rodeaban y frenaban su caída. Al abrirlos de nuevo, se encontró con la mirada que la había mantenido en vilo las últimas noches.

—¿Estás bien? —preguntó Óscar.

Sus plegarias habían funcionado. Allí la tenía, entre sus brazos. Le había propinado un buen golpe, por lo que comenzó a examinarla. Cuando se cercioró de que estaba bien, volvió a posar los ojos en su rostro. Estaba sonrojada y lo miraba entre asombrada y embobada, con su boca ligeramente abierta. Como si le estuviera gritando que la besara, obviamente no lo hizo. Se limitó a ayudarla a incorporarse. Le costó Dios y ayuda, pero no tenía más remedio si quería mantenerla a su lado.

Luz, que no podía articular palabra alguna, intentó recomponerse. Se alisó la ropa, se atusó el pelo y respiró. Porque había dejado de hacerlo al sentir su contacto y verlo preocupado por su bienestar.

Ambos se miraron en silencio sin saber bien qué decir.

—Hola —dijo ella al fin.

—Hola —susurró, esbozando una leve sonrisa.

—Eh… lo he estado pensando y me gustaría recuperar mi puesto —carraspeó—. Si aún sigue en pie tu oferta.

Óscar gritó de alegría en su interior. Sin embargo, mantuvo la compostura.

—Sí, sigue en pie.

—Menos mal. —sonrió aliviada—. Porque tengo el maletero lleno con mis cosas.

Ambos rieron, soltando todos los nervios acumulados.
«Cómo he echado de menos sus ocurrencias», pensó Óscar.
—Te ayudo —dijo en su lugar.
«Me encanta su sonrisa», pensó Luz.
—Gracias —replicó a su vez.


OTRA DESPEDIDA

37

Al entrar, aspiró el aroma que desprendía el hogar y supo que estaba en casa. Siguió a Óscar hasta la que fue su habitación y no pudo evitar una pequeña punzada de dolor al verla tan vacía.

—Dejo que la vuelvas a decorar —dijo él, como si adivinara sus pensamientos.

—¿Y Ángel? —preguntó antes de que se marchara.

—En casa de mi madre. —Ella sonrió con tristeza—. Le diré a Quique que lo traiga en cuanto pueda —se apresuró a decir. No quería entristecerla ni molestarla en su primer día.

La dejó a solas en la habitación y se marchó a su despacho. Se tiró sobre la silla y respiró hondo. Ya no tenía sentido ir a correr. La tenía en casa por fin. Eso le dio fuerzas para terminar el trabajo rápido y poder disfrutar de ella enseguida.



Con la canción de *Karma Chameleon* de Culture Club en bucle, terminó de colocar las cosas, tal y como estaban antes de su marcha. Después, recorrió toda la casa, terminando en el salón. Nada había cambiado. Nada, excepto lo que sentía por el hombre que estaba encerrado en su despacho. Sacudió la cabeza, se había prometido no sucumbir a su sonrisa. Estaba allí para cuidar de sus hijos, nada más.

—¡Luz!

La vocecita de Ángel llamó su atención. Corrió con los brazos abiertos y lo alzó en volandas cuando llegó hasta él.

—Bienvenida —dijo Quique con una gran sonrisa.

—Gracias.

Besuqueó la carita del pequeño, provocándole risas que llegaron a través de la puerta del despacho de Óscar.

Al oírlas, salió a su encuentro y lo que vio hinchó su pecho, que le dejó una sensación placentera de paz y tranquilidad. Su hijo estaba feliz por la vuelta de la niñera. Miró a su hermano, y éste le guiñó, cómplice, un ojo.

«Ojalá su teoría fuera cierta», pensó.

Según Quique, por mucho que Luz dijera que su relación no iría más allá de lo laboral, el hecho de que quisiera volver a trabajar para él decía lo contrario. Tarde o temprano, los sentimientos que sentía por él aflorarían.



No se cansaba de mirarla y no hizo nada para disimular, ganándose más de una mirada de reproche por parte de ella. Sin embargo, no dijo nada. Solo se limitó a regañarle con los ojos, y eso le divertía. Mucho. Al fin y al cabo, le demostraba que su hermano tenía razón.

Después de cenar los cuatro juntos, Luz fue a dormir al pequeño, que la obligó a acostarse con

ella. Le cantó, le rascó la espalda, le dio dulces besos y, cuando parecía que dormía y se apartaba, él se volvía y la llamaba. Así estuvo más de una hora en la que los hermanos los observaban divertidos desde la cocina.

—Es el que más la ha echado de menos —dijo el padre.

—Lo dudo —se burló.

Ambos sonrieron como bobos y continuaron mirando la pantalla del vigilabebés. La imagen de los dos era enternecedora, y ella no perdía ni la sonrisa ni la paciencia. A pesar de sus intentos por escabullirse y de la insistencia del pequeño Ángel.

Una punzada de envidia recorrió el cuerpo de Quique. Si Lada fuese la mitad de lo que era Luz, no hubiera huido como lo hizo, pero no lo era. Esa mujer era la maldad personificada. Sin embargo, debía volver. No podía posponerlo más. Tenía que afrontar de una vez su responsabilidad y recuperar, al mismo tiempo, su prestigio como fotógrafo.

—Mañana vuelvo a Barcelona —dijo sin apartar la mirada de la pantalla.

Notó los ojos inquisidores de su hermano.

—¿Estás seguro?

Lo miró a su vez.

—No —se sinceró—, pero no quiero que mi futuro hijo o hija piense que lo abandoné.

—Si necesitas algo, lo que sea…

—Lo sé.

Óscar palmeó su espalda, y Quique asintió. Esa era su manera de decirle que lo quería y él lo aceptaba.

—¡Por fin se ha dormido!

Irrumpió Luz en la cocina. Se tiró en una de las sillas y suspiró. Aunque frunció el ceño al verlos.

—¿He interrumpido algo?

Ambos se miraron, y Quique hizo un gesto que ella no entendió.

—Estoy agotado —dijo Óscar, levantándose—. Buenas noches.

—Buenas noches —respondió Luz confundida.

Lo miró interrogante, estaba claro que algo había sucedido en su ausencia.

—¿Te apetece una copa en el jardín? —le preguntó Quique.

—Prefiero agua, pero te acompaño —respondió curiosa por saber qué es lo que ocurría.

Él sirvió un par de vasos de agua y los llevó hasta la mesa de fuera. Esperó a que Luz se acomodara en una de las sillas para hablar.

—Me voy mañana. Vuelvo a Barcelona.

Ella alzó las cejas.

—Vaya, no esperaba que te fueses tan pronto —murmuró más para sí que para él.

Si él se marchaba antes de que Sara volviera del campamento, no sabía si tendría las fuerzas suficientes para contenerse con Óscar y sus miraditas.

—Supongo que esperabas tenerme por aquí tras tu vuelta, pero no puedo postergarlo más. —Apoyó los codos en la mesa y agarró sus manos—. Sé que todo os irá bien. Ten paciencia con él, ya sabes que le cuesta.

—Te voy a echar de menos —respondió con lágrimas en los ojos.

—Y yo a ti, Preciosa.

No aguantó más y se abalanzó sobre su regazo y lo abrazó con fuerza. Quique la recibió con una sonrisa. Estuvieron un rato así hasta que él la separó para mirarla a los ojos.

—Te llamaré y estaré pendiente de vosotros. —Secó sus lágrimas con los pulgares—. Y si el

terco de mi hermano vuelve a hacerte daño, dímelo y estaré en un *plis* aquí. Aunque sé que no lo volverá a hacer.

—¿Cómo estás tan seguro? —preguntó incrédula.

—Creo que ya sabes la respuesta.

Luz sonrió con tristeza. En otra ocasión, le hubiera rebatido, pero estaba tan abatida por la noticia de su marcha que se limitó a echarse sobre su pecho.

Óscar los espiaba desde el salón y, por primera vez desde que supo que sentía algo por Luz, no tuvo celos. Al contrario, se alegraba de que su hermano y ella se llevaran tan bien.



La mañana siguiente fue algo triste. Alicia y Roberto llegaron temprano al saber que Quique se marchaba. Las despedidas no eran nada fáciles para Luz y prefirió hacerlo la primera.

—Buen viaje. —Lo abrazó de nuevo—. Y no lo olvides: serás un buen padre —le susurró al oído y se separó entre lágrimas.

—Gracias por todo, Preciosa.

—Cariño —Alicia se acercó—. No tardes mucho en volver, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, mamá.

Mientras se abrazaban, Luz se escabulló en silencio y se refugió en su habitación. Óscar la dejó, ya iría a verla cuando se quedaran a solas.

Roberto le dio un escueto apretón de manos a su hermano y dejó que él se despidiera.

—Escribe cuando llegues —dijo, imitando a su madre—. Y recuerda lo que te dije anoche.

Quique sonrió.

—Ven aquí —Se acercó y le dio un fuerte abrazo que Óscar no rechazó—. Gracias por todo, hermanito.

Se palmearon ambas espaldas y se separaron antes de sucumbir a las lágrimas.

Alicia volvió a abrazarlo y a besarlo hasta que Roberto tuvo que separarla. Los tres se quedaron mirando cómo montaba y arrancaba el coche. Él se despidió con la mano y salió con rapidez de allí. No quería alargar más la despedida o se arrepentiría en el último momento.

Óscar se despidió de Roberto y su madre y fue directo hasta la habitación de Luz. Llamó y esperó a que le diese permiso para entrar. Cuando lo hizo, la encontró sentada en su cama, abrazando un cojín rosa en forma de corazón y con la mirada perdida en alguna otra parte lejos de allí.

—¿Te encuentras bien? —preguntó desde la puerta. No quería invadir demasiado su espacio.

—No me gustan las despedidas —respondió con la voz afectada.

Él se acercó hasta la cama y tomó asiento a una distancia prudente.

—Mi hermano y tú habéis hecho buenas migas—afirmó sonriendo.

—Bajo su apariencia de despreocupado y ligón, hay un buen hombre.

—Lo sé, se parece a su hermano mayor —dijo con toda la seriedad que pudo—. ¿Lo conoces?

Ella le arrojó el cojín a la cara, y él se lo arrojó a su vez. Entonces, ella se acercó y le dio un manotazo en el pecho. Óscar retuvo su brazo y la acercó hasta que ambos chocaron. Sus alientos se entremezclaron, y los corazones, que latían deprisa, se pusieron de acuerdo para ir al mismo compás.

El deseo de besarlo la inundó y supo que él la esperaba. Sus labios se lo decían, pero no podía.

Había decidido no dejarse llevar. No quería sufrir. Así que obligó a su cuerpo a despegarse de él.

—Voy a ver si Ángel se ha despertado —carraspeó.

Dejó a Óscar solo en su cama, pero esperanzado. Había estado a punto de besarle otra vez. Y él lucharía para que la siguiente lo hiciera de verdad.


DESCANSO

38

El despertador sonó por tercera vez. Su mano, aún dormida, lo buscó y lo apagó con un golpe brusco. Dio media vuelta para descansar un poco más, pero el sonido de una notificación lo interrumpió. Se incorporó entre gruñidos y agarró el móvil. Era un mensaje de su hermano:

—Ordenando aún mi vida. Necesito tiempo. Dile a mamá que la quiero, pero no puedo hablar. Todavía no. Espero que no la hayas cagado con Luz.

Tiró el móvil en la mesita. A pesar de estar preocupado por Quique, no lo llamó. Ese era el primer mensaje que recibía después de una semana sin dar señales de vida. Su madre y Luz no hacían más que preguntar por él y le insistían en que tenían que seguir llamándolo hasta que respondiera, él le conocía demasiado bien como para saber que no debían atosigarlo. Y lo sabía porque, en eso, eran iguales. Cuando estuviera preparado, les llamaría. Por eso no le respondió, con el doble *check* sabría que lo había leído.

Con ese pensamiento, se levantó de la cama, se aseó, se vistió con ropa cómoda y bajó para preparar el desayuno. Después, irían a recoger a Sara. El campamento había terminado, y su niña volvía a casa.

—¡Buenos días! —le saludó Luz cuando entró en la cocina.

Como en los últimos días, se había adelantado. Eso le hizo sonreír.

—Buenos días.

Tomó asiento, echando un vistazo a la pantalla del vigilabebés. Su pequeño dormía aún.

Un café apareció en su campo de visión.

—¿Algún día me dejarás preparar el desayuno? —preguntó, fingiendo estar molesto.

—Tendrás que madrugar más —respondió Luz con voz cantarina.

Alzó las manos a modo de rendición y bebió de la taza. Suspiró y se acomodó en la silla mientras la observaba preparar todo. Iba de un lado a otro, tarareando una de sus canciones favoritas. Él anotaba en su mente todo su repertorio. No quería dejarse ninguna atrás.

Sirvió las tostadas y su guarnición en la mesa bajo la mirada atenta de Óscar. La ponía nerviosa, en cambio, había decidido ignorarlo. No mostraría su interés por esas miraditas que le echaba cada vez que podía. No quería darle pie a nada.

—¿Sabes algo de tu hermano? —preguntó cuando tomó asiento.

—Me ha mandado un mensaje —respondió sin más detalle. Como no fue suficiente para ella, que lo miraba expectante, añadió—: Está bien, aunque aún no está preparado para hablar del tema, y hay que respetarlo.

Asintió no muy convencida. Sin embargo, tenía razón. Había que respetar su mutismo, y si decía que estaba bien, pues había que creerle.

—¿Cuándo coges vacaciones? —preguntó, cambiando de tema.

Óscar la miró sorprendido. No había caído en que ella podría querer unos días libres para irse a la playa o a la piscina.

—La semana que viene. Así que, si tienes planes o necesitas unos días de descanso, dímelo.

Continuó, degustando su tostada, pero se detuvo al verla dudar.

—No —dijo tímida—. Yo es que… nada, olvídalo.

Soltó el pan en el plato y puso toda su atención en ella. No era propio en Luz tener esa timidez, y temía que tuviera algún problema.

—Dime, ¿necesitas algunos días más? ¿Ha pasado algo que deba saber?

El color de sus mejillas aumentó, desconcertándolo.

—Nada, es que quería proponerte una cosa.

—¿Qué cosa? —Entrecerró los ojos y apoyó los codos en la mesa.

¿Habría cambiado de opinión con respecto a su relación? La mínima posibilidad lo puso eufórico, aunque prefirió contenerse.

«Va, díselo», pensó ella.

—No sé dónde pasáis las vacaciones y, como hoy recoges a Sara, pues había pensado en invitaros a la playa unos días. Solo si estás de acuerdo, y sin compromiso —añadió, haciendo aspavientos.

Se la quedó mirando sorprendido por su propuesta. Lo cierto es que él había pensado algo parecido. Sonrió en su interior gracias a esa bendita casualidad, pero decidió ocultarle sus intenciones. Así que tomó su postura de seriedad habitual.

—Lo meditaré.

No hablaron más del tema. Terminaron de desayunar, despertaron a Ángel y tomaron rumbo al punto de encuentro del autocar que traía de vuelta a Sara.



Los nervios atenazaban su cuerpo. El tiempo se le acababa, y debía ser rápida. El autocar llegaba a su destino, y aún no lo había hecho. Con el papel arrugado en su mano, se levantó del asiento y fue hasta el de Jaime, que hablaba animadamente con su compañero. Al verla aparecer, éste le propinó un codazo para avisarle que Sara estaba junto a él.

—¿Qué quieres? —preguntó un tanto borde.

Sara se quedó paralizada por su actitud, aunque lo achacó a que estaba nervioso por volver a su casa. Se agachó hasta la altura de su oído.

—Toma, te dejo mi número de teléfono por si quieres que quedemos algún día —susurró para que solo lo escuchara él.

Jaime se sonrojó un poco y, al ver a su compañero alzar ambas cejas, se recompuso y respondió en voz alta:

—¿Para qué voy a querer tú número de teléfono? —se carcajeó—. ¡Pesada!

Le dio la espalda y miró hacia la ventana, conteniendo las ganas de pedirle perdón, pero, si lo hacía, sería el hazmerreír de sus amigos. Por lo que continuó ignorándola a sabiendas de que la haría llorar.

Sara apretó los puños a los lados de su cuerpo y mordió su labio inferior para no llorar. ¿Por qué se comportaba como un energúmeno? La noche anterior se habían besado. ¡Su primer beso!

—¡Idiota! —exclamó antes de volver a su asiento.

A pesar de las preguntas de su amiga Clara, se negó a hablar hasta llegar a su destino. Bajó con rapidez, buscó sus maletas y esperó a que su familia viniera a recogerla.

—Llámame, ¿vale? —le dijo Clara.

Asintió y vio cómo se marchaba con sus padres. Jaime la miraba desde su posición y parecía que se iba a acercar cuando una voz llamó su atención.

—¡Sara! ¡Cariño! —exclamó Óscar.

Fue hasta su encuentro, se abrazaron, y él cargó con sus cosas hasta el coche. Allí, Luz y Ángel la abrazaron.

—¿Cómo ha ido el viaje de vuelta? —le preguntó la niñera una vez emprendieron el camino a

casa.

—Bien —respondió con la vista clavada en la ventanilla.

Su padre y Luz se miraron extrañados. Durante toda su estancia, Sara estuvo encantada con la experiencia, en cambio, en ese momento parecía triste. Lo achacaron a que echaría de menos a sus amigos y no le dieron más importancia.



Después de la comida, Óscar le pidió a Sara que se reuniera con ellos en el salón.

—Luz y yo hemos hablado sobre las vacaciones —dijo—. ¿Qué te parece si vamos unos días a la playa?

La niña alzó los hombros como si le diese igual.

—¿No te gusta la idea? —insistió.

Chasqueó la lengua.

—Haced lo que queráis. ¿Puedo irme a mi cuarto?

—Sí, claro.

Sin más, se marchó, dejando a los dos desconcertados. Estaba claro que algo le pasaba. Luz convenció a Óscar de que la dejara lidiar con la joven y la siguió hasta su dormitorio.

—¿Puedo pasar? —preguntó detrás de la puerta.

Un gruñido, que interpretó como un sí, le llegó del interior de la habitación y entró, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Te ocurre algo, cielo?

Tomó asiento junto a ella, que estaba medio tumbada en la cama.

—¿Cómo fue tu primer beso? —le preguntó directamente. Sabía que la niñera no pararía hasta conseguir una confesión y prefirió ir al grano.

—¡Oh, Sara! —Sonrío y se acercó más a ella—. Cuéntamelo todo.

La niña le contó todo lo que había pasado en el campamento con pelos y señales. Cuando terminó el relato, Luz se tornó seria y meditó un momento su respuesta.

—Dices que era totalmente otro chico cuando estaba contigo, ¿no?

—Sí.

Suspiró.

—Pues creo que lo que le pasa es que se ha dejado llevar por sus amigos y que, en el fondo, es cierto que le gustas. Los chicos pueden ser así de tontos cuando están delante de otros.

Sara no estaba muy convencida del todo y así se lo hizo saber. Entonces, Luz comenzó a pensar alguna solución, hasta que le vino algo a la cabeza.

—Vive en la urbanización de tu abuela, ¿verdad?

—Sí.

—Bien, antes de irnos a la playa, nos pasaremos por allí y…

Le contó el plan que se le había ocurrido, haciendo que Sara sonriera cómplice.


PLAYA

39

Cumpliendo su palabra, y con la excusa de que Sara quería despedirse de su abuela, Luz le dijo a Óscar que la llevaba a casa de Alicia. Al llegar a la urbanización, aparcaron y buscaron la casa de Jaime. No fue difícil, con las indicaciones que la amiga de Sara le había dado. Con sigilo, se acercaron a la valla que cercaba la entrada y lo vieron a través de las hiedras que se enredaban en las rejas. Corría por el jardín, lanzándole una pelota a un pequeño perro de color negro.

—¡Allí está! —cuchicheó Sara—. Vámonos, Luz, no ha sido buena idea venir.

Esa mañana estaba dispuesta a vengarse de Jaime; sin embargo, al verlo, se arrepintió. Retrocedió unos pasos, pero la mujer la detuvo.

—¿Cómo qué no? —añadió empujándola—. Venga, sigamos con el plan.

Animada por la niñera, hicieron como si pasearan con tranquilidad y comenzaron con su interpretación.

—Verás lo bien que lo vamos a pasar en la playa, Sara. Será una oportunidad de conocer más amigos —dijo Luz todo lo alto que pudo.

La niña disimuló su vergüenza y añadió:

—Tienes razón, Luz. Lo del campamento estuvo bien, pero busco alguno más… interesante.

Jaime, que había escuchado todo, sentía su corazón acelerado. Creyó que no la volvería a ver tan pronto, y allí estaba. Nervioso, se acercó a la valla y, por un hueco en el que no había plantas, asomó la cabeza.

—Hola, Sara —saludó con timidez.

La aludida lo miró con el mentón levantado.

—Ah, hola.

Luz aguantó como pudo la risa. Lo hacía genial.

—¿Cómo estás? —preguntó Jaime, agarrándose a los barrotes.

—Bien.

Sara continuó andando, aunque más despacio. No quería marcharse tan rápido, pero tampoco que Jaime supiera que se moría de ganas por hablar con él.

—He oído que te vas a la playa —insistió él, que no quería perder la oportunidad de pedirle perdón por lo del autobús.

Sara asintió, pero no detuvo su paso.

—¿Cuándo te vas? Podríamos quedar una tarde antes de que te vayas —dijo, envalentonado.

Ella se detuvo y lo miró directamente a los ojos.

—¿Y por qué querría quedar contigo? —preguntó con una frialdad impropia de alguien de su edad.

Luz alucinaba con la cría. Era digna hija de su padre.

El niño abrió aún más los ojos. Para nada se esperaba esa respuesta. Al ver que Sara continuaba con su camino, aceleró el paso hasta la puerta de entrada y salió con rapidez.

—¡Espera!

Ella giró su cuerpo y esperó con el rostro serio a que él llegase a su altura. Luz les dejó espacio.

—Pensaba que no querías saber nada de mí —dijo Sara con una ceja levantada.

—Yo… quería pedirte perdón. —Bajó la mirada.

Al ver que Sara no dijo nada, se acercó más a ella y la miró con esperanza en los ojos.

—Lo siento. Fui un tonto al decirte eso. Estaban los otros chicos, y no sé qué me pasó.

Sara miró de reojo a Luz, pidiéndole consejo. La niñera asintió para que lo perdonara. Era enternecedor ver al chico arrepentido.

—Quizá podemos quedar cuando vuelva de la playa —dijo Sara.

—¡Estupendo! —exclamó emocionado.

Se quedaron un momento, mirándose a los ojos, hasta que Luz carraspeó. Tenían que marcharse y todavía debían ir a casa de su abuela.

—Adiós —se despidió Sara sin sonreír. Debía mantener su papel hasta el final.

—Adiós —dijo Jaime esperanzado por volver a verla.

Sara fue corriendo junto a Luz con una sonrisa. Su plan había funcionado, y no podía estar más contenta. Con rapidez, fueron hasta casa de Alicia para no levantar sospechas. Óscar no podía enterarse por nada del mundo lo que habían hecho, o mataría a Luz.



Cuando Óscar le dijo que emprenderían un viaje todos juntos a la playa, no pensaba, ni por asomo, que irían a uno de los pueblos más bonitos que ella había visitado nunca. Altea, un idílico pueblecito situado en la Costa Blanca, era precioso, y la villa que había alquilado, impresionante. Situada algo lejos del pueblo y con acceso a una playa privada, era perfecta para ellos. Disponía de tres habitaciones y cuatro baños, gran salón con cocina integrada y un jardín con piscina que a los niños le encantaron. Pero lo mejor de todo era el porche, que tenía unas vistas al mar espectaculares.

Sara y Ángel correteaban por toda la casa, exploraban emocionados cada rincón.

—¿Podemos bañarnos en la piscina? —preguntó Sara.

Acababan de llegar y deseaban probar el agua.

—Esperad a que coloquemos la compra y abramos las maletas —respondió Óscar.

—¡Jo! —protestó, cruzando los brazos delante del pecho.

Luz se acercó a Óscar y acarició su hombro, provocándole un leve cosquilleo.

—Yo me encargo de la compra —susurró, lo que le erizó la piel—. Tú puedes ayudarles con las maletas.

Él la miró con una ceja levantada, preparado para darle una negativa, pero al ver determinación en sus ojos, no pudo hacerlo. Así que no tuvo más remedio que asentir.

—¡Bien! ¡Gracias, Luz! —gritó la niña.

Tiró con fuerza de su maleta y desapareció por el pasillo de acceso a las habitaciones. Luz sonrió divertida, y Óscar negó con la cabeza. Se acercó a Ángel, cargó con su maleta y lo llevó hasta su dormitorio para cambiarlo.



Después de muchos chapuzones en la piscina, degustar una deliciosa comida y una corta siesta, cogieron una sombrilla, toallas para todos y una pequeña nevera con la merienda y salieron por el camino de acceso al trocito de playa que pertenecía a la villa. Buscaron un sitio cercano a la orilla y, mientras Luz extendía un par de pareos gigantes para colocar las toallas encima, Óscar

embadurnaba a sus hijos en crema solar.

—¡Jo! Si por la tarde no hace falta —protestaba Sara, que deseaba meterse en el agua.

—Son las cinco y media de la tarde, y todavía quema el sol —gruñó su padre—. Además, espera a que tu hermano tenga puesto el chaleco.

—Valeeee.

Ángel se dejó hacer con una gran sonrisa en la cara. Una vez le hubo ajustado el chaleco de natación, se puso en pie para acompañarlos hasta el agua, aunque un frío en su espalda lo detuvo.

—Usted también tiene que ponerse crema, señor Belmonte —dijo Luz, conteniendo la risa.

Óscar se mordió los carrillos y aguantó, estoicamente, a que la niñera extendiera toda la crema por su espalda. Debía dar ejemplo o, al menos, intentarlo.

—¿Ya? —protestó él impaciente.

—Sí.

Suspiró aliviado, lo que provocó una carcajada en su hija. Su padre también detestaba la crema solar y había probado de su propia medicina. Ya preparados, los tres corrieron hasta la orilla y comenzaron a jugar. Al principio, con timidez y, al cabo de unos minutos, se salpicaban unos a otros. Luz los observaba divertida. Se acercó para grabarlos y hacerles fotos con su móvil. Satisfecha con el resultado y declinando la invitación de la familia a participar del juego, volvió a su toalla. Era su momento, y debía dejarles espacio.

Durante media hora, disfrutó viéndolos. Reían, bromeaban y se daban cariño como una familia cualquiera. Se lo merecían. Habían sufrido demasiado. Con una sonrisa en su cara, cerró los ojos y se tumbó para disfrutar de la calma que le transmitía el mar. No supo cuánto tiempo estuvo así hasta que notó que le caían unas gotas. Al principio, tímidas y por las piernas, después no cesaban de caer en todo su cuerpo. Extrañada abrió un ojo y lo que se encontró la dejó sin respiración: Óscar, frente a ella, la salpicaba divertido. Se incorporó para verlo mejor. El agua resbalaba por su definido pecho, bajaba por sus abdominales y se perdía en la cinturilla de su bañador. Verlo así era un deleite para sus sentidos y el de las féminas que pasaban por allí.

—¿Te has dormido? —preguntó, tomando asiento junto a ella.

—No, solo estaba relajada.

Buscó con la mirada a los niños, y los encontró haciendo un castillo de arena.

—Gracias por venir —susurró Óscar.

Luz posó sus ojos de nuevo en él y lo que vio la puso nerviosa. Se había acercado a ella y la miraba cargado de intenciones. Con el corazón a mil, se levantó y puso distancia entre los dos. Cuando decidió ir con ellos de vacaciones, no calculó que estarían todo el día juntos y en bañador.

—Nos merecíamos unas vacaciones —respondió antes de ir junto a los niños.

Óscar la siguió con sus ojos y con una socarrona sonrisa en sus labios. El trato que hicieron para su vuelta no era tan firme como ella pensaba, y él se lo iba a demostrar.


JEFE Y EMPLEADA

40

Los días de vacaciones fueron maravillosos. Se levantaban sin prisa, desayunaban en el amplio porche, nadaban un rato en la piscina y después se iban a la playa. Luego regresaban a la villa, comían, descansaban, y o bien regresaban a la playa, o se arreglaban y daban un paseo por el pueblo. Otros días lo hacían al revés.

En todo ese tiempo, Luz rehuía de Óscar. Evitaba a toda costa quedarse a solas pues temía caer en sus brazos de nuevo, y eso no podía ocurrir. Él, que buscaba la oportunidad de pillarla desprevenida, los invitó a todos a cenar en la pizzería que se situaba en la plaza del pueblo. Después de hacer buena cuenta de las *pizzas* y una sangría deliciosa, les propuso volver a la villa dando un paseo por la playa. Había luna llena, y les serviría de guía en la oscuridad.

—¡No os alejéis mucho de nosotros! —exclamó Luz, preocupada por los niños.

—Déjalos, mujer —añadió Óscar, sorprendiéndola—. ¿Qué? Estamos cerca, y se ve perfectamente —se defendió.

Luz asintió. Habían intercambiado los papeles en vacaciones, y no sabía cómo. Ella estaba todo el día pendiente de los niños, y él parecía tan relajado que la sacaba un poco de sus casillas.

«¿O es porque estás molesta por no besarlo?», preguntó su conciencia con ironía.

Espantó esa irritante voz que llevaba todas las vacaciones torturándola y se centró en vigilar a los niños, que correteaban por la arena.

Óscar sonrió. Se puso a su altura y se rozó adrede con ella. Le gustaba provocarla, tentarla.

La niñera chasqueó la lengua.

—¡Sara! ¡Ten cuidado con tu hermano! —gritó, ignorando la corriente eléctrica que sintió al contacto con la piel de su jefe.

—Relájate, ya estamos llegando —susurró él.

Luz lo miró con cara de pocos amigos, y él levantó las manos a modo de rendición. Estaba claro que su enfado no era por los niños. Así que dejó de provocarla y aceleró el paso para llegar cuanto antes a la casa. Una vez entraron, se limpiaron los pies, y ella acompañó a los niños a la cama.

Mientras, Óscar se quitó la camisa y se quedó vestido solo con los pantalones de lino que se había comprado en el mismo pueblo unos días atrás. Fue hasta la cocina, buscó en el botellero un vino blanco y se sirvió una copa. Salió al porche, buscó el móvil en su pantalón para poner música. Cuando encontró lo que quería, le dio al botón del *play* y ajustó el volumen, pues no quería despertar a los niños. Lo dejó en la mesa y avanzó unos pasos para contemplar el reflejo de la luna en el mar. La suave brisa le recordó todas las veces que Mónica y él habían hablado sobre esa misma villa y las ganas que tenían de venir unas vacaciones. Suspiró. Su deseo se había cumplido pero sin ella, y eso lo entristecía. Sin embargo, en esa ocasión, sentía que estaba bien, que la compañía de Luz lo confortaba, y esa era la señal que esperaba para abrir su corazón.

Sara se durmió en cuanto se acomodó en su cama; Ángel, en cambio, tardó un poco más. Estaba demasiado agitado por las carreras en la playa. Luz se tumbó con él y comenzó a cantarle y acariciarle la espalda con suavidad. Al final, sucumbió al sueño con el osito de peluche entre sus pequeñas manos. Así se lo decía su pausada respiración. Con todo el sigilo que pudo, se levantó y salió de la habitación dejando la puerta encajada. Fue hasta el salón en busca de Óscar para darle las buenas noches, pero la luz del porche le advirtió que estaba fuera. Al salir, su corazón dio un vuelco.

La melodía de *Don’t dream it’s over* de Crowded House salía del móvil de Óscar y de su

garganta. Lo observó en silencio, con la piel erizada. ¿Por qué demonios se había quitado la camisa? Verlo así, descalzo y tarareando una de sus canciones preferidas era demasiado para ella. De pronto, empezó a sentir calor. Dos días más, y volverían a la rutina. Tenía que aguantar un poco más. Retrocedió un par de pasos, con tan mala suerte que se tropezó con una silla.

Al oír el ruido, Óscar dio media vuelta y la pilló, maldiciendo.

—Los niños ya están dormidos —carraspeó.

—Bien —respondió y clavó sus ojos en ella.

El calor aumentó en Luz. Óscar estaba condenadamente sexi. Recorrió su cuerpo con la mirada y humedeció sus labios sin darse cuenta. Ese gesto provocó una sonrisa en él, que deseaba devorarle la boca, pero se contuvo.

—¿Quieres acompañarme? —dijo, alzando su copa.

¡Mierda! Esa voz ronca y esos abdominales la invitaban a algo más que a charlar.

Al ver sus dudas, Óscar se acercó a ella.

—Solo necesito un ratito de charla con una adulta. Sin niños —dijo, guiñándole un ojo.

Eso la hizo sonreír. Tenía razón. No se habían separado en ningún momento de los peques y les vendría bien hablar de otra cosa que no fuese relacionado con la playa, la piscina y las comidas. A pesar de su reticencia por tenerlo delante medio desnudo, asintió y fue a buscar una copa para ella.

Media hora después reían y charlaban relajadamente junto a la piscina. Se habían trasladado a las tumbonas.

—¿Sabes algo de tu hermano? —preguntó ella de pronto.

—Solo nos comunicamos por mensajes —respondió, mirando hacia las estrellas que cubrían sus cabezas—. Lada no deja que la acompañe a las revisiones, y discuten cada vez que se ven, aunque él lo sigue intentando.

Luz asintió. Quique también le respondía escueto a sus mensajes.

—Es una situación muy difícil —susurró—. Espero que ella entre en razón y deje que se haga cargo. Estoy segura de que verá lo buen padre que será.

—Ojalá que sí.

Ambos se miraron y sonrieron con tristeza.

Óscar se incorporó para buscar la botella. La agarró y puso una mueca divertida.

—Señorita del Valle, se ha acabado el vino.

Ella agrandó los ojos. Normalmente no bebía tanto.

—¿En serio? —preguntó, levantándose de un salto.

Lo hizo tan rápido que a su cuerpo no le dio tiempo a estabilizarse y se tambaleó. Él se levantó para sujetarla. Al hacerlo, notó su duro cuerpo pegado al suyo y suspiró. No supo si fue por el efecto del vino, por los ojos cargados de deseo de Óscar o por la canción *I was made for lovin' you* de Kiss que sonaba en ese instante, y siempre la ponía a tono, que se olvidó de su trato y se lanzó a los labios del hombre del que se había enamorado.

Él la recibió sorprendido y, al verla tan atrevida, respondió a su beso. Sus cálidos labios lo tentaron. Ambos suspiraron y ahondaron en sus bocas. Sus lenguas batallaron; sus dientes mordieron con delicadeza. Óscar la abrazó con fuerza y clavó su entrepierna en el abdomen de Luz, dejándole patente su excitación. Ella lo acogió y paseó las manos por su espalda, recreándose en cada músculo. Descendió hasta su culo y lo apretó. Emitió un gemido de satisfacción al tenerlo bajo sus manos. Él sonrió contra sus labios.

—¿Estás segura? —susurró, separándose un poco.

Luz lo miró con los ojos velados por la pasión.

—No.

—Entonces deberíamos parar —dijo, soltándola.

Ella respiraba agitada. Por su cabeza, achispada por el alcohol, pasaron mil razones por las que no debían continuar con aquello.

—Es mejor que lo dejemos —añadió él, que puso distancia entre los dos.

Pasó una mano por su cabello y la miró con ojos cargados de deseo, pero no se acercó. Al ver que ella no decía nada, comenzó a recoger todo y se despidió.

—Buenas noches.

Luz no pudo articular palabra, se quedó mirándole mientras desaparecía en el interior de la casa.

Óscar, por su parte, se sentía decepcionado porque ella no continuase con lo que había empezado. Sin embargo, también estaba esperanzado. Ese beso significaba mucho. Entró en su habitación y se dirigió hasta el cuarto de baño. Necesitaba bajar esa erección como fuera, por lo que decidió darse una ducha fría. No llegó ni a poner un pie en él cuando un ruido le detuvo. Dio media vuelta y se encontró a Luz en la entrada de su habitación.

—Habíamos hecho un trato —susurró.

El asintió.

—Solo jefe y empleada —respondió él.

Ella entró, cerró la puerta y se acercó hasta quedar a escasos centímetros de su cuerpo.

—Si lo rompemos, mantendré la distancia —susurró no muy convencida de ello.

Él asintió de nuevo con la respiración acelerada.

Sin añadir nada más, Luz se lanzó hacia sus labios, y Óscar no necesitó más. La cogió en volandas, haciendo que enroscara las piernas en su cintura, y la llevó hasta la cama.


NO PUEDO

41

Amaneció como nunca: descansado, relajado y feliz. Se estiró en la cama y tanteó el otro lado del colchón. Nada, estaba frío. Se incorporó, buscó unos calzoncillos y una camiseta, se vistió y salió a buscar a Luz.

—Buenos días, papá —le saludó Sara desde la puerta de su habitación.

—Buenos días, cariño. ¿Has visto a Luz? —preguntó en tono neutro. No quería que sospechara nada, no sabía si se tomaría bien que ellos tuviesen una relación.

—No, acabo de despertarme. ¿Por qué? —preguntó, entrecerrando los ojos.

—Por nada, tengo que hablar con ella de la vuelta a casa.

Continuó su camino hasta la habitación donde dormía la niñera y llamó con la mano. Al hacerlo, la puerta se abrió sola. Asomó la cabeza, pero vio que la cama estaba hecha. Frunció el ceño. ¿Dónde se había metido? Se dirigió hacia el salón, después al exterior y nada. Luz no estaba. Su corazón comenzó a latir desbocado. Volvió con paso rápido a su dormitorio para buscar el móvil y la llamó.

Apagado o fuera de cobertura. ¡Mierda!

—¿Ocurre algo, papá?

Su hija lo miraba extrañada.

—No, es solo que me he preocupado al no verla por aquí. Y… ahora que me acuerdo, creo que me dijo que iba a dar una vuelta por las tiendas de suvenires para comprarle algo a la abuela —mintió.

Sara alzó los hombros y se marchó a la cocina a prepararse un tazón de leche y cereales.

—¿Dónde estás? —susurró Óscar mientras le escribía un mensaje.

Luz estaba tomando un café en la plaza del pueblo. Cuando se despertó entre los brazos de Óscar, se sintió mejor que nunca. Querida. Aspiró su olor y se acomodó en su pecho. Entonces, él la abrazó con más fuerza y murmuró un «te quiero, Mmm…». Creyó oír el nombre de su difunta mujer y le entró el pánico. Habían pasado la noche haciendo el amor y susurrándose promesas, que no debieron pronunciar. ¿Y si él se arrepentía de nuevo? ¿Y si ella no estaba a la altura de Mónica? Su relación había dejado el listón muy alto, y no estaba segura si ella podría sortearlo. Con esas preguntas en la cabeza, se vistió con rapidez y huyó de la casa al amanecer.

Pasó toda la mañana dando vueltas por el pueblo. Visitó la iglesia y tomó asiento en uno de los bancos para meditar sobre lo que había pasado. No es que fuese muy creyente, pero intentó rezar para encontrar la solución al lío en el que ella sola se había metido. Bueno, ella sola no, ella, la sangría de la cena y el vino de después. Suspiró mirando hacia arriba. En otra ocasión, hubiera disfrutado de la vista, admirado su cúpula blanca y dorada. Sin embargo, solo se fijó en el altar mientras pensaba en cómo solucionar su problema.

No supo cuánto tiempo estuvo allí, pero, cuando entraron varios turistas, optó por salir y visitar las tiendas de suvenires. Se distrajo comprando varios regalos para Alicia y Roberto. Una vez hubo terminado, paseó por las calles del pueblo hasta que consultó la hora en su móvil e ignoró las llamadas y los mensajes de su jefe. Era casi mediodía, y no tenía más remedio que volver. Buscó un supermercado para hacerse con los ingredientes de la comida y, al salir, llamó a un taxi. Iba demasiado cargada como para volver andando.

Al llegar a la villa, se cercioró de que la familia no estaba. Fue hasta el patio y vio que se habían llevado las cosas de la playa. Bien. Podía cocinar con tranquilidad y pensar en cómo abordaría la situación con Óscar.



Preocupado y algo enfadado, pasó la mañana como pudo. Disimulaba todo lo que podía por los niños. Aunque le costó horrores. ¿Dónde se había metido Luz? ¿Qué es lo que había pasado para que desapareciera sin dar explicaciones? Repasó una decena de veces la noche y no encontraba motivos para su huida. Él le demostró con caricias y palabras que estaba por y para ella.

Jugó con Ángel a hacer castillos de arena, nadó con Sara, pero sin descuidar el móvil, por si Luz lo llamaba.

Cerca del mediodía, le llegó un mensaje de la niñera.

«En media hora, está lista la comida».

Soltó el aire que, sin darse cuenta, había retenido. Al menos, sabía que estaba en casa sana y a salvo. Llamó a sus hijos para que se dieran prisa en recoger y secarse. Necesitaba verla pronto.



Antes de meter la comida en el horno, envió un mensaje a Óscar. Sabía que estaría preocupado, pero no quiso dar señales de vida hasta que no estuviera preparada para enfrentarse a él y sus preguntas. Suspiró y fue a poner la mesa del exterior. Mientras lo hacía, su teléfono comenzó a sonar.

Era Isaac. Colgó y continuó con su tarea.

La siguiente media hora, la pasó cortando las llamadas de su ex. No quería hablar con él. Estaba dolida. Pero no dejaba de insistir. Desesperada porque no quería apagar el móvil, descolgó.

—¿Qué quieres? —gruñó.

—No me cuelgues, por favor. —Su voz sonaba desesperada, por lo que no lo hizo—. Perdóname, *mon petit*. La otra noche me porté como un gilipollas. No tengo excusa, pero no quiero perderte, Luz.

Con los ojos anegados en lágrimas, se refugió en su habitación por si la familia volvía a casa.

—Me sentí humillada como nunca, Isaac —dijo con un nudo en su garganta.

—Lo sé y lo siento. Déjame que te compense, llego mañana por la tarde a Madrid. Te invito a cenar.

Suspiró. No estaba preparada para perdonarlo. Porque, si quedaba con él, lo perdonaría. Siempre lo hacía. No podía evitarlo, le quería demasiado como para echarle de su vida.

—No me parece buena idea.

—Por favor, quiero hablarlo en persona.

—De todas maneras, estaré agotada del viaje.

—¿Qué viaje?

Le contó su vuelta al trabajo y sus vacaciones con Óscar y los niños, omitiendo el detalle de la noche anterior. No le apetecía dar explicaciones.

—¿Y tu proyecto de la escuela de *ballet*? —preguntó al acabar su relato.

Luz cabeceó.

—Pospuesto —suspiró.

—Pero si es tu sueño…

—No hagas eso, Isaac —lo interrumpió molesta.

—Pero *mon cherie*. Estabas tan ilusionada —se lamentó.

—¡Pero nada! —hizo una pausa para tranquilizarse—. Sí, estaba ilusionada con montar una pequeña academia de *ballet* en mi garaje, pero ellos me necesitan, y no pienso dejarlos. Además, ¿a ti qué te importa? Tus fiestas y tus amantes son tu prioridad ahora.

—Claro que me importa —susurró—. Y no, mi prioridad eres y serás siempre tú. Por favor, necesito verte.

Luz sintió de nuevo las lágrimas. En el fondo, sabía que decía la verdad, aunque estaba tan dolida con él que lo quiso castigar un poco.

—El viernes. Llévame a un sitio bonito a cenar.

—De acuerdo. —No tuvo más remedio que aceptar, pese a que su intención era verla en privado—. Te recojo a las nueve.

—Vale.

Un ruido procedente del pasillo la alertó de que no estaba sola en casa.

—Tengo que colgar. Adiós.

Cortó la llamada, se recompuso y salió con rapidez de la habitación. Se topó con Óscar en el pasillo.

—Hola —lo saludó.

Él no respondió. Se limitó a mirarla con cara de pocos amigos.

«Mierda». La tensión de su mandíbula no auguraba nada bueno.


ALÉJATE

42

El camino que los separaba de la villa se le hizo eterno. Los niños no dejaban de jugar y chincharse, y casi estuvo a punto de perder la paciencia. Pero no lo hizo. Respiró hondo y se tranquilizó. Al acceder al patio, no la vio.

—Sara, limpiaos los pies en la ducha de la piscina y secaos bien antes de entrar —ordenó a su hija.

Necesitaba que le dieran margen para ver a solas a Luz. Entró en la cocina, y el olor a lasaña inundó sus fosas nasales, pero allí no estaba. Entonces oyó un grito que provenía del interior de la casa. Se dirigió hacia el pasillo con rapidez, aunque frenó en seco al oír el nombre de Isaac. Sabía que no debía hacerlo; sin embargo, la curiosidad pudo más, por lo que dejó la silla de playa a un lado y pegó la oreja a la puerta para enterarse de la conversación.

Enfadado, abrumado y desconcertado, escuchó atentamente todo. Su llanto le llegó al corazón. En cambio, no se movió. No podía descubrirse. Al oír que habían quedado, algo se removió en su estómago y dio un par de pasos hacia atrás, con tan mala suerte de tropezar con la silla que hacía unos instantes él mismo había dejado ahí. Nervioso porque lo pillara, volvió sobre sus pasos e hizo como si entrara de nuevas. Luz salió con rapidez y casi se chocaron en mitad del pasillo.

—Hola.

Él solo la miró. Durante toda la mañana había repasado una y otra vez todo lo que iba a decirle, pero, en ese momento y después de haberla escuchado al teléfono con Isaac, estaba demasiado cabreado como para hablar con tranquilidad.

—Desapareciste —gruñó.

Luz bajó la mirada.

Óscar dio un paso hacia ella para pedirle explicaciones, pero sus hijos no lo dejaron.

—¡Qué bien huele! —exclamó Sara desde la cocina.

La niñera aprovechó para escabullirse y pasó por su lado sin mirarlo.

Él tragó el nudo que se le había formado en la garganta y fue a su habitación a cambiarse.



El resto del día lo pasaron sin apenas hablar. Los niños estaban siempre presentes y, cada vez que Óscar intentaba quedarse a solas con ella, Luz se las ingeniaba para desaparecer. La situación lo estaba volviendo loco. Él solo quería aclarar las cosas, decirle que todo estaba bien, que lo que había pasado la noche anterior no fue un error. No pudo, y no le quedó más remedio que centrarse en recoger y hacer las maletas. Al día siguiente, saldrían temprano.

Después de cenar, Luz acostó al pequeño mientras él recogía la cocina. Sara hacía rato que estaba ya en su cama. Cuando terminó de secar el último plato, tomó asiento en uno de los taburetes y la esperó. Sabía que volvería porque todas las noches tomaba un vaso de agua antes de irse a la cama.

Diez largos minutos estuvo allí, mirando hacia el pasillo, hasta que la vio aparecer. Diez minutos en los que no dejaba de darle vueltas a algo que escuchó y lo tenía en vilo. Necesitaba

más información antes de sacar conclusiones y lo iba a averiguar esa misma noche.

—Dormido —susurró al llegar al fregadero.

—Tenemos que hablar.

Luz, que le daba la espalda, apretó los ojos. A pesar de haberlo evitado durante todo el día, sabía que tarde o temprano tendrían esa conversación. Aunque necesitaba algo más de tiempo.

—Estoy cansada, Óscar.

—Por favor —suplicó cerca de su oído.

Dio un respingo al sentir el cálido aliento en su oreja. ¿Cómo había llegado hasta ella sin hacer ruido? Intentó alejarse, pero él se apoyó en la encimera cortándole el paso con sus brazos. No podía huir.

—¿Por qué te fuiste?

El tono suplicante, su calor y su cercanía hicieron que su cuerpo se rindiera. Suspiró y apoyó la cabeza en su fuerte pecho.

—No lo sé.

—Sí lo sabes, pero no quieres decírmelo —gruñó contra su coronilla.

Una lágrima se escapó por una de sus mejillas. No quería hacerle daño ni que él se lo hiciera a ella. Intentó buscar las palabras, pese a que su garganta no la dejaba expresarlas.

Óscar la sintió temblar. Era ahora o nunca.

—¿Qué es eso de montar una academia de *ballet*?

Se limpió la lágrima, giró sobre sí misma y lo miró directamente a los ojos.

—¿Me has espiado?

Él negó con la cabeza con seriedad.

—Lo escuché de casualidad —mintió—. Por favor, explícame a qué te referías.

—Es una tontería. —Le restó importancia.

—Nada de lo que venga de ti es una tontería. Dime qué es.

Luz puso los ojos en blanco. Ese hombre era imposible.

—Al acabar la fiesta de fin de curso, muchas madres del colegio contactaron conmigo para que les diera clases de baile a sus hijas. Cuando me mudé, se me ocurrió montar una pequeña academia de *ballet* en el garaje. Lo estaba acondicionado cuando me ofreciste volver. Así que ya está olvidada. —Se encogió de hombros.

—Pero…

—Pero nada, Óscar —suspiró cansada—. ¿Puedes dejarme? Necesito dormir.

No se movió del sitio. Su mente iba a mil por hora. Había roto su sueño sin saberlo y se sentía un miserable egoísta. Tenía que arreglarlo como sea. Luz lo empujó para salir, aunque él no se movió del sitio y aprovechó que la tenía acorralada para aclarar todo.

—No hasta que me digas por qué huiste esta mañana. ¿He hecho o dicho algo malo como para que te alejes de mí? ¿O es una venganza por hacerte yo lo mismo? —Se acercó hasta aplastarla contra la encimera—. Lo pasamos bien —murmuró con voz sensual.

El calor de la excitación la recorrió por completo. Sin embargo, no sucumbió ante el deseo de besarlo. Lo empujó de nuevo en vano. Resopló molesta. Ahora sí que estaba encendida, pero no como él imaginaba.

—Déjame salir —ordenó entre dientes.

Óscar negó, esbozando una socarrona sonrisa. Sabía lo que le provocaba y se atrevió a bajar la cabeza y besarla en el lóbulo de la oreja. A riesgo de que se enfadara aún más.

Luz cerró los ojos. No podía creer lo que estaba haciendo. Quién le iba a decir que su jefe iba a ser tan atrevido. Cuanto más lo conocía, más se enamoraba de él. ¿Y si se dejaba llevar?

Disfrutó de su cercanía y de sus labios, que bajaban por su cuello con suavidad, provocándole miles de sensaciones. Pero la imagen de él cuando susurró el nombre de su difunta mujer en sueños la golpeó sin piedad.

—No puedo —susurró, apartándolo.

—¿Qué ocurre? —preguntó él que agarró su rostro con suavidad—. Por favor, dime que podemos arreglarlo.

—De verdad que no puedo, Óscar.

Exasperado por no saber lo que ocurría, se apartó de ella y se revolvió el pelo.

—Por el amor de Dios, Luz. ¿Qué es lo que no puedes?

—Competir contra ella —susurró.

Él abrió aún más los ojos.

—¿Con quién? —preguntó todo lo despacio que pudo.

—Con Mónica.

La miró boquiabierto sin dar crédito a lo que decía.

—¿Por qué dices eso?

—Anoche, cuando dormías, me abrazaste y me dijiste «te quiero, Mónica» —dijo entre lágrimas.

Él intentó abrazarla, pero le rechazó. Puso distancia entre ellos.

—Lo siento, yo no pretendía… —se disculpó entre balbuceos.

Jamás hubiera imaginado que era eso lo que pasaba. Ni siquiera recordaba haberlo hecho.

—Sé que no lo hiciste a propósito —añadió—. Pero no puedo evitar pensar que nos vas a comparar.

—¿Qué? Luz, yo jamás haría eso. —Se acercó de nuevo, siendo igualmente rechazado—. Si he hecho o dicho algo que te haya dado a entender algo así, lo siento, pero no pienses ni por asomo que es mi intención. —Volvió a revolverse el pelo, nervioso—. Tú no eres Mónica ni yo quiero que lo seas. Luz, yo también me he enamorado de ti.

Al decir eso, lo miró incrédula. Esto se les había ido de las manos y tenía que remediarlo.

—Sin embargo, no puedo evitar pensar en ella. Fue tu mujer y la madre de tus hijos. Siempre estará presente, y lo asumo. Pero tú, aunque lo niegues, sigues en duelo, y tengo miedo de que mañana amanezcas con un ataque de pánico y desaparezcas para siempre. No podría soportarlo. Otra vez no. Por eso, necesito que te alejes. Por favor.

Una punzada de dolor atravesó su pecho. ¿Cómo iba a alejarse de ella después de haberle confesado lo que hacía tiempo le gritaba su corazón?

—Luz —susurró dando un paso hacia delante.

—No. —Alzó la mano para que no se acercase de nuevo—. Te lo suplico. Necesito que no vuelvas a besarme. El trato sigue en pie. Si insistes, me marcharé para siempre.


VUELTA A CASA

43

La vuelta a casa fue dura. Óscar estaba aterrorizado. Tras la confesión de Luz, no tuvo más remedio que aceptar dejarle espacio y no volver a acercarse a ella. No podía perderla, y si se tenía que conformar con tenerla como empleada, que así fuera. A pesar de estar muriendo por dentro.

Luz, a su vez, se sentía horrible. Se dejó llevar por su inseguridad y el miedo a quedarse sola, pero no tenía más remedio que hacerlo así. Estaba decidida a sacrificar sus sentimientos con tal de no perder a la familia al completo. Porque eso es lo que pasaría si continuaban con su romance.

Durante el viaje en coche, intentaron disimular todo lo que pudieron por los niños. Aunque Sara, que los observó durante todas las vacaciones, notó que algo no iba bien. Los veía tensos. ¿Qué había pasado? Parecían tan felices juntos. Pensaba que, por fin, su padre había encontrado una pareja, y ella estaba encantada con Luz. Era cariñosa, divertida y los trataba como nadie. En la última de las paradas que hicieron para estirar las piernas e ir al baño, aprovechó para acercarse a la niñera.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, sorprendiéndola.

Luz estaba mirando hacia ninguna parte con ojos vidriosos.

—Sí, cielo. ¿Por qué lo preguntas? —carraspeó.

—Pensáis que no me doy cuenta de nada, pero no es cierto, ¿sabes? —dijo, pegándole una patada a una piedra—. ¿Qué ha hecho esta vez mi padre?

La niñera sonrió con tristeza y acarició la cabeza de aquella pequeña tan lista.

—Nada, cariño.

—Ya, y por eso estás casi llorando. Seré pequeña, pero no tonta. —Cruzó los brazos sobre el pecho—. Si por su culpa te marchas de nuevo, se va a enterar.

Luz la agarró de los hombros.

—No, cariño. No hagas eso. Son cosas de mayores, y no debes preocuparte. No me voy a ningún sitio, ¿entendido?

Sara miró hacia un lado con lágrimas en los ojos.

—¿Ocurre algo? —preguntó Óscar al llegar a su lado.

—Nada —gruñó Sara, volviendo al coche.

Él miró a Luz interrogante, y ella le restó importancia con la mano. Montaron en el vehículo y continuaron su viaje. El resto del trayecto lo hicieron en silencio.



Los días siguientes a su vuelta no fueron fáciles. Luz lloraba cada vez que se quedaba a solas o por las noches. A pesar de sus intentos por sonreír, los demás se daban cuenta de que no estaba bien. Incluso Alicia y Roberto, que le preguntaron a su hijo. Él les contó todo, necesitaba que alguien aportara alguna solución a su situación.

—Tendrás que demostrarle lo comprometido que estás con ella —le dijo su madre el viernes.

Luz acababa de marcharse para disfrutar de su día libre, y aprovecharon para hablar de ello.

—No sé qué más hacer, mamá —respondió desesperado—. Me he apartado, le he dado espacio. Sin embargo, está peor que nunca.

—Pues porque te quiere y, a pesar de haberte pedido todo eso, necesita estar contigo.

Óscar se levantó y comenzó a ir de un lado a otro del salón, revolviéndose el pelo. Alicia lo observó con tristeza. Al fin, había abierto su corazón, pero Luz no se lo ponía fácil y temía que volviera a encerrarse en sí mismo de nuevo. Pensó, buscando una solución a su problema, pero no se le ocurría nada. A Roberto, que hasta ese momento había permanecido callado, se le vino algo a la cabeza.

—¿Y si haces algo para que sepa realmente lo comprometido que estás con vuestra relación? —Óscar detuvo el paseo y lo miró interrogante—. Dices que su sueño es montar una escuela de *ballet*, ¿verdad? —Él asintió—. Pues haz que lo cumpla.

—Pero no quiero que se vaya, ni los niños tampoco —susurró.

Alicia, entendiendo lo que Roberto quería decir, intervino:

—Cariño. —Se levantó y fue hasta su lado—. Demuestra que estás dispuesto a luchar por ella y su sueño, aunque se aleje de ti. Que, a pesar de que ya no sea tu empleada, quieres verla feliz. Dale una alternativa. A lo mejor, es eso lo que necesita.

Óscar la miró dubitativo, pese a que sabía que tenían razón. No podía seguir así. Ella se pasaba toda la noche llorando; lo sabía porque amanecía con los ojos enrojecidos. Él la amaba, pero no la quería así. Había perdido ese brillo en la mirada, y no soportaba saber que él era la causa.

—¿Qué estáis diciendo? —Sara, que los espiaba escondida en el hueco de las escaleras, en vez de estar con su hermano jugando, apareció en el salón—. ¡No quiero que Luz se vaya!

—¡Oh, cielo! —exclamó Alicia.

—¡Todo esto es por tu culpa! —gritó, señalando a su padre.

—¡Sara! —la reprendió Alicia.

Óscar le hizo un gesto con la mano para que no la regañara. La situación se estaba complicando, y lo que menos necesitaba es que a sus hijos les afectara.

—Cariño, tranquilízate —le pidió con las manos alzadas—. No sabes lo que está pasando.

—¡Sí lo sé! Eráis novios y ahora no. Y seguro que es porque le has hecho algo, como la otra vez cuando la echaste de casa —escupió con rabia.

—Sara, no es lo mismo…

—¡Mentiroso! —lo interrumpió—. Estabais pensando en echarla otra vez, y no voy a dejaros.

Dicho esto, salió corriendo escaleras arriba entre llantos. Todos se miraron con cara de circunstancias.

—Voy a hablar con ella —dijo Alicia.

—Te lo agradezco, mamá. —La frenó su hijo—. Pero esto es cosa mía.

Los despidió, prometiendo informarles de todo, y fue hasta el dormitorio de Ángel para cerciorarse de que estaba bien. El niño, al verle, se tiró a sus brazos, y él lo alzó para darle un fuerte abrazo. Sus pequeños brazos lo rodearon confortándolo.

—Tata *tá* triste —dijo contra su pecho.

—Sí, cariño. —Besó su cabeza—. Papá va a solucionarlo. Sigue jugando, ahora vuelvo.

Ángel sonrió cuando lo soltó en el suelo y volvió a jugar con unos cochecitos que Luz le había comprado en Altea. Disfrutó un instante mirando a su hijo concentrado en el juego, respiró hondo y se dirigió hasta la habitación de Sara. Llamó con la mano al llegar a su puerta.

—¡Vete! —gritó llorando.

—Sara, cariño —dijo al entrar—. Déjame explicarte.

—¡No! No quiero escucharte más.

A su padre le dolió verla de esa manera. Sentada en su cama, con un cojín entre sus brazos, el rostro enrojecido y anegado en lágrimas. Y lo peor de todo era su mirada acusatoria. En parte tenía razón, durante años los tuvo apartados y, cuando parecía que volvían a ser una familia, la cagó. Una vez más.

—Por favor, Sara —susurró, acercándose a ella, aunque mantuvo cierta distancia—. Lo que ha pasado entre Luz y yo es cosa nuestra, y lo que menos queremos es que os afecte.

—No hables por ella —gruñó—. No haces más que darme excusas. Ojalá mamá estuviera aquí, y no tú.

A Óscar se le paró el corazón cuando la oyó. Sintió un mareo. Todo daba vueltas, como si estuviese en una maldita pesadilla. Entonces, alguien irrumpió en la habitación.

—¡Sara! Retira ahora mismo lo que has dicho. ¿Cómo puedes decir eso? —Luz apareció a su lado. Volvió para coger el móvil, que estaba en su habitación y escuchó todo el revuelo que había formado en la casa—. Tu padre no ha hecho nada para que le hables de esa manera. Si hay algún culpable de esta situación, soy yo.

La niña la miró boquiabierta. Se había equivocado, pero estaba tan furiosa que no podía parar y gritó:

—¡Te odio! Ojalá nunca hubieras venido a casa —gritó y se encerró en el baño.

Luz dio media vuelta y miró a un Óscar hundido.

—Lo siento, esto no debería estar pasando —balbuceó—. Mandaré a Isaac a recoger mis cosas. Por favor, Óscar. Tu hija te necesita y es lo único que importa —añadió al ver que él iba a detenerla—. Tienes que recuperarla, y yo necesito alejarme de ti. Perdóname.

Sin darle derecho a réplica, lo dejó allí. Desorientado, por lo que acababa de ocurrir, y desolado por perderla. Otra vez.


ESPERANZA

44

Su corazón estaba roto y, ni las bromas pesadas de Isaac ni su intento de llevarla a bailar, la hacían sonreír.

—Luz —llamó su atención—. No puedes seguir así. Ha pasado una semana, y tienes que salir de aquí.

Desde que volvió a su casa, su vestimenta se basaba en unos *leggins* y una vieja camiseta que le quedaba grande, y se pasaba el día en el sofá o en la cama. Ya ni lloraba. Sabía por él que los niños la echaban mucho de menos. De Óscar no sabía ni quería saber nada. Era mejor así. Corazón que no ve…

—Vamos, *mon petit* —insistió—. Esta noche hay concurso de los setenta en Come y baila.

Lo miró de reojo, puso los ojos en blanco y dio media vuelta en el sofá. Desde que él llegó —tenía una copia de sus llaves para entrar y salir sin molestarla—, no se había movido, ni siquiera le había dejado sitio junto a ella.

—¡Se acabó! —exclamó Isaac con su teléfono móvil en la mano—. No iba a recurrir a esto, pero es lo que necesitas.

Ella ni se inmutó. No le importaba lo que hiciera. Nada tenía importancia. Había renunciado al posible amor de su vida y a su sueño. Daba igual a quién llamara, no se iba a mover de allí.

—Sí, ahora mismo. Toma, ponte. —Le tendió el móvil.

Como no se movió, se lo dejó encima de la oreja. Avisando al interlocutor.

—Preciosa, ¿qué ha pasado?

Luz agarró el teléfono con fuerza y comenzó a llorar.

—Shh, tranquila. Cuéntame qué ha hecho el gilipollas de mi hermano.

—Esta vez he sido yo, Quique —balbuceó.

—¿Tú? No me lo creo.

—Pues créetelo.

Y comenzó a relatarle lo ocurrido entre hipidos.

Quique, que al ver la llamada de Isaac se alarmó, la escuchó con atención. A pesar de los aspavientos que le hacía la nueva maquilladora con la que trabajaba, le pidió un momento con gestos para centrarse en su amiga, que terminaba su relato.

—No dejes que el miedo te aparte de los que amas —dijo con suavidad—. Luz, escúchame bien: te mereces, os merecéis ser felices juntos, no permitas que la inseguridad lo eche todo a perder. Mi hermano te quiere, y sé que no va a dejarte.

—¿Cómo estás tan seguro? —sorbió.

—Pues porque ha estado contándome, ilusionado, todas vuestras vacaciones. No lo veo así desde hace muchos años. Créeme.

Intentó tragar el nudo que se le atascaba en la garganta. ¿Estaría diciendo la verdad o solo era una treta de las suyas para que cayera como una idiota? Por un segundo, vio un rayo de esperanza, pero la oscuridad la engulló.

—No, no puedo competir con el recuerdo de tu cuñada. Lo siento.

Isaac alzó los brazos, dando por imposible a su amiga. La dejó a solas porque, si no, la mataría.

—Preciosa, tú no tienes que competir contra nadie. Eres única. Además, mi hermano no creo que te pida eso. No es tan cabrón, te lo aseguro.

Luz sonrío con tristeza. Óscar le había dicho lo mismo, aun así no quería creerlo.

—¿Y tú? ¿Cómo estás? —preguntó de pronto.

—Has cambiado de tema y, por ahora, te vas a librar —la regañó con cariño. No quería ser pesado, ella misma se daría cuenta de su error. O eso esperaba—. Yo estoy, que ya es mucho. Lada no me deja ir a las revisiones, pero me mantiene al tanto. Y estoy comprando todo lo necesario para la llegada del bebé.

—Me alegra oír eso. Te lo mereces.

Quique sintió un tirón en el brazo. Thais lo reclamaba con cara de pocos amigos. ¡Qué insufrible! Desde que llegó al estudio, le hacía la vida imposible con sus comentarios mordaces y su rostro angelical. En otra época de su vida, lo hubiera arreglado con una noche de cama. En ese momento, no pensaba en otra cosa que en su futuro retoño y no estaba para nada más.

—Preciosa —dijo sin apartar la mirada de la maquilladora, que lo esperaba con los brazos en jarras—. Tengo que dejarte. Piensa en lo que te he dicho. Mi hermano solo quiere lo mejor para ti. Más tarde, hablamos.

—Hasta luego.

Dejó el móvil en la mesita auxiliar, se incorporó y, con un enorme esfuerzo, se obligó a levantarse. Necesitaba estirar las piernas.



Óscar guardó su teléfono en el bolsillo. La llamada que acababa de hacer dio sus frutos. Todo estaba en marcha y nada ni nadie lo iba a detener. Con esa certeza, se levantó, salió de su despacho y fue hacia el salón.

—Ya está —anunció al entrar.

—¿Estás seguro, hijo? —preguntó Alicia, que jugaba con el pequeño y sus cochecitos.

—Segurísimo. —Esbozó una mueca, que dejaba entrever una sonrisa.

—Pues adelante. —Asintió orgullosa.

Hacía mucho tiempo que no lo veía así, pero no podía evitar sentir temor a que cayera en errores del pasado. Sin embargo, no dijo nada porque, cuando a su hijo mayor se le ponía algo entre ceja y ceja, no paraba hasta que lo conseguía.



El paseo de una hora le había sentado fenomenal. Lo necesitaba. Llevaba demasiados días regodeándose en su tristeza, y era hora de cambiar esa actitud. Estiró sus articulaciones y regresó a casa.

Isaac la miró con cara de pocos amigos cuando entró en la cocina.

—¿Se puede saber dónde te has metido? —gruñó.

—He ido a dar una vuelta. —Alzó los hombros y tomó asiento en uno de los taburetes.

—No te has llevado el móvil, y estaba preocupado. —Apoyó las manos en la encimera y la apretó hasta que sus nudillos se tornaron blanquecinos.

Luz alzó las cejas. Cuando decidió estirar las piernas un poco, no pensó ni en el móvil ni en que Isaac estaba en casa. Alargó una mano y acarició uno de sus hombros.

—Lo siento, lo hice sin pensar —susurró con la súplica en los ojos.

Él resopló y lo dejó estar. Sabía que no estaba bien y lo que menos necesitaba era otro sermón. Agarró su mano y la besó con devoción, clavando sus ojos verdes en los suyos. Buscó un atisbo de esperanza, pero en seguida se le pasó. La idea de estar con ella siempre le rondaba la cabeza. Sin embargo, estaba seguro de que la cagaría de nuevo y solo quería verla feliz. Por eso, y con todo el dolor de su corazón, cuando recibió la llamada de Óscar contándole su plan, aceptó ayudarlo. Ella se merecía algo así.

—Voy a preparar la comida —dijo al fin, dando por zanjado el tema.

Cuando Luz iba a protestar, su teléfono comenzó a vibrar desde la mesita del salón. Dio un saltito y fue en su busca. Al ver que era Sara, no dudó en descolgar. Prometió no desaparecer más de sus vidas y no iba a faltar a su palabra.

—Hola, Sara.

—Luz, me he metido en un lío —sollozó.

Luz sintió un nudo en el estómago. ¿En qué clase de lío estaba metida la cría como para acudir a ella?

—¿Qué pasa, cielo? —preguntó con toda la tranquilidad que pudo.

—Es que… quedé con unas amigas y resulta que mi padre no lo sabía… y he cogido el autobús… y ahora estoy sola…

—Sara, dime dónde estás, y voy ahora mismo a por ti.

La niña le dio la dirección y, sin tiempo que perder, salió corriendo de la casa, explicándole a Isaac que fuese con ella. Solo por si acaso.

Una vez llegaron al centro de la ciudad, aparcaron cerca de la calle que le indicó Sara y corrieron hasta un local que parecía cerrado. Los cristales del escaparate estaban tapados con papel blanco y, por mucho que Luz lo intentó, no se veía nada del interior.

—¿Estás segura de que es aquí? —preguntó Isaac con disimulo.

—Sí, es este número.

Desesperada, se acercó a la puerta y agarró la manilla. Abrió sin problema. Miró a Isaac, que asintió con la cabeza, y la siguió hasta el interior.

—¿Sara?

Todo estaba en penumbra. Agudizó la vista. ¿Qué narices hacía Sara en ese lugar? Un ruido al fondo, la alertó.

—¿Sara? —la llamó de nuevo.

—¡Sí, estoy aquí!

Se acercó con rapidez a ella, que la esperaba de pie.

—¿Te encuentras bien?

La examinó con atención y la abrazó con fuerza.

—Sí, estoy bien. No te preocupes —respondió, aguantando la risa. Luz la miró sorprendida. ¿Qué pasaba?—. No te enfades, pero escucha lo que tiene que decirte, ¿vale? —dijo, señalando hacia una puerta que había junto a ellas.

—Pero…

Luz frunció el ceño y miró atenta la puerta. Una silueta muy familiar apareció, dando un vuelco a su corazón.


TU SUEÑO

45

Con el corazón en vilo, vio cómo Óscar se acercaba a ella con cautela y una sonrisa velada.

—Vamos, *mon petit* —le dijo Isaac a Sara—. Dejémoslos a solas.

Luz lo miró con los ojos entrecerrados, y éste le tiró un beso desde la lejanía. Estaba al corriente de todo desde el principio. Ya se enteraría, ya.

Ambos pasaron junto a Óscar, que asintió agradecido, y desaparecieron por la misma puerta que él había salido.

—Te estarás preguntando qué haces aquí, ¿verdad? —Se acercó a ella con una carpeta en la mano que intentaba esconder en su espalda. Luz cruzó los brazos delante del pecho y lo miró enfadada—. Imagínatelo. —Ignorando su mirada, caminó hacia un lateral del local y abrió los brazos—. Unos grandes espejos. —Fue hasta la pared contraria y pasó la mano sobre el muro desgastado—. Una barra a lo largo. —Corrió hasta un punto cercano a la puerta de entrada—. Un mostrador para recibirlos.

Estaba pletórico. Desde las palabras de Alberto, había dado vueltas a cómo podría sorprenderla y demostrarle que estaba dispuesto a hacerla feliz. Y esa era la manera: cumpliendo su sueño.

Luz se llevó una mano al pecho y tragó saliva con dificultad al adivinar lo que quería decir.

—Tú, aquí, enseñando a varios pequeños a bailar —susurró, acercándose a ella.

—Óscar, no puedo.

Retrocedió con la respiración entrecortada. ¿Qué pretendía enseñándole todo esto? ¿Acaso no sabía que no podía permitírselo? Apenas le quedaban ahorros y no tenía trabajo.

Alzó su barbilla para obligarla a mirarlo.

—Sí que puedes. Sé que serás una profesora de *ballet* excepcional. —Aguantó las ganas de besarla—. Además, sería una pena desaprovecharlo. El alquiler del primer año y la obra para reacondicionarlo están pagados —añadió, encogiendo los hombros.

—¿Qué? —exclamó, apartándose—. No puedo aceptar esto, ¡es un dineral!

¡Se había vuelto loco!

—¡Ah! No, es solo un préstamo, señorita del Valle. —Se acercó de nuevo con una socarrona sonrisa—. Cuando te estabilices, que será en pocos meses, podemos acordar una cómoda cuota. Está todo bien estipulado en este contrato —añadió, le pasó la carpeta que había tenido en la mano todo ese tiempo.

Luz estaba atónita. Miró los papeles con detenimiento. Todo parecía bien hilado, aun así era demasiado. Abrió la boca para protestar, pero la cerró de golpe al ver el nombre del establecimiento: Estudio de danza Duval. Su labio inferior comenzó a temblar. Había tenido en cuenta a su padre.

Óscar la abrazó por detrás al verla temblar. Se había contenido todo ese tiempo y necesitaba su contacto.

—¿Qué me dices? —susurró, acariciando sus hombros.

Sintió su acelerado corazón en la espalda. Agobiada, se deshizo de su agarre y se alejó lo suficiente para mantener la distancia y no caer rendida en sus brazos. Nadie, nunca, había hecho nada parecido por ella. Con la respiración algo más calmada, recorrió la estancia imaginando todo. Los espejos, el mostrador, los pequeños bailando. Notó un cosquilleo en el estómago. Ese tan familiar que anunciaba ilusión.

Óscar la observaba en silencio, dejaba que asimilara su propuesta. Aunque su impulso era

acogerla entre sus brazos y colmarla de besos, no debía. No quería forzarla.

—¿Y mi empleo como niñera? —preguntó desde el centro del local.

Esperaba esa pregunta y estaba preparado para su respuesta.

—He hablado con mi jefe para reducir mis horas de oficina, y entre mi madre y yo nos ocuparemos de los niños, por lo que no necesitaremos niñera. Además, tú estarás muy ocupada con tu nuevo trabajo —carraspeó.

—¿Y nosotros? —preguntó con un nudo en la garganta—. Porque está claro que esto lo haces también para que vuelva contigo, ¿no?

Óscar se tornó serio.

—Te quiero y quiero que vuelvas —dijo con firmeza—. También quiero que seas feliz. Con o sin mí. Así que no te sientas presionada porque esto no es un chantaje ni nada parecido. La propuesta sigue en pie aunque no volvamos a estar juntos. Te dejaré tu espacio, y solo tendremos contacto a través de Sara y Ángel si eso es lo que necesitas.

Aspiró hondo porque lo había soltado todo sin apenas respirar. A pesar del dolor que suponía perderla, se mantendría firme.

Las cartas estaban sobre la mesa, y ella era la próxima en jugar. Lo veía tan convencido, tan seguro. Y era todo tan bonito sobre el papel que a punto estuvo de firmar en ese momento. Sin embargo, la sombra de la duda se cernía sobre ella.

—¿Puedo pensármelo?

Óscar apretó la mandíbula, lo que dejó patente su nerviosismo, pero continuó con su plan.

—El tiempo que necesites. Ya sabes dónde localizarme.

Luz asintió.

—Despídeme de Sara —dijo, esbozando una triste sonrisa, y se marchó sin mirar atrás.

Cuando llegó al coche, entró y esperó a que Isaac apareciera. Aunque sus ganas de dejarlo tirado podían más, prefirió tener unas palabritas con él por la encerrona que le acababa de hacer. Óscar tendió la mano a Isaac, que apareció con su hija.

—Gracias por echarme un cable.

—Todo sea por la felicidad de *mon petit*. —Sonrió, le dio un toque en la nariz a Sara y se despidió en silencio.

Padre e hija se abrazaron.

—Gracias por tu ayuda, Princesa.

—¿Crees que Luz aceptará? —preguntó, mirando hacia el exterior del local.

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. Ahora solo nos queda esperar.

Sara asintió, agarró de la mano a su padre y juntos se marcharon con la esperanza de recibir la llamada de Luz pronto porque, a pesar de su reticencia, habían visto un atisbo de emoción en sus ojos.

Él ya no podía hacer nada más por demostrarle lo comprometido que estaba con su relación. La amaba y las ganas de ir a su casa para besarla y abrazarla eran muy fuertes, pero tenía que contenerse, dejarle espacio para que pensara su propuesta y que decidiera por ella misma.



Después de aguantar estoicamente el enfado de Luz, llegaron a su casa. Isaac bajó del vehículo y se dirigió al suyo, seguido de cerca por ella.

—Sé que estás enfadada, pero he de reconocer que ese hombre te ama más que yo. Y me da mucha rabia —gruñó—. Ha elaborado un plan para que cumplas tu sueño a pesar de negarte a volver con él —dijo con cierta tristeza porque él no lo hubiera hecho. Era demasiado egoísta.

Luz miró hacia un lado con lágrimas en los ojos. Él se acercó y agarró su rostro con suavidad.

—Cariño, ese cosquilleo en tu estómago te grita que le digas que sí —susurró, adivinando sus emociones—. Creo que no hay nada que pensar.

Besó su frente y la abrazó como si fuera la última vez que lo hiciera. La estaba dejando marchar con otro hombre. En otra época, no lo habría consentido, pero tenía la certeza de que él la iba a hacer muy feliz. Se apartó un poco y la observó en silencio. Sí, sería muy feliz con Óscar y su familia. Dio media vuelta en silencio y se marchó sin mirar atrás. Él también tenía que darle espacio.


NOSOTROS

46

Los nervios amenazaban con estrangularlo. Se encontraba en la puerta de Come y baila, unos minutos antes de la hora que Luz le había indicado en el escueto mensaje que le envió esa misma mañana:

«Debemos hablar. A las 21:00 en Come y baila. Pregunta por una mesa reservada a mi nombre. Te espero».

Hacía una semana que se vieron en el local. Siete días sin saber nada de ella. Tentado estuvo, en varias ocasiones, de llamarla y preguntarle si aceptaba su propuesta. Sin embargo, se contuvo y ahora sabía que lo hizo bien.

Como no sabía qué atuendo llevar, consultó en Google la temática exacta de ese restaurante. Ese día estaba dedicado a la época de los ochenta. Entonces, no muy convencido del todo, buscó las prendas. Y ahí estaba vestido con un vaquero, demasiado ajustado para su comodidad; camiseta negra, también ajustada; zapatillas Converse; y una chupa de cuero, que tenía en el hombro porque hacía un calor horroroso. Iba a pasar una mano por su cabello engominado, pero se arrepintió. Sara se había esmerado mucho en hacerle el tupé, y no quería estropearlo. Cuando se enteró de su cita con Luz, lo convenció para dejarse peinar. Sonrió para sí. Lo cierto es que fue divertido compartir ese momento padre e hija. Últimamente tenían muchos, y lo agradecía cada día.

El revuelo de un grupo de hombres y mujeres llamó su atención. Vestidos con ropa similar, entraron en el establecimiento entre carcajadas. No quiso curiosear demasiado, pero escuchó el nombre de Luz y no pudo evitar poner la oreja.

—Isaac y Luz van a hacer su actuación estelar —dijo uno de ellos.

—Dicen que es la última vez que lo hacen —añadió una de las mujeres.

—No lo creo… son tal para cual —dijo otra ensoñadora.

Óscar apretó la mandíbula. Sabía de sobra que Luz no sentía nada por su ex, pero los celos y la inseguridad atenazaron su estómago. ¿Qué podría ofrecerle él? No pertenecía a su mundo. Él no bailaba. Había entrado detrás del grupo, aunque frenó en seco ante el torbellino de emociones que sintió.

«¡Qué narices haces! ¿Acaso crees que ella ve un futuro con un gruñón como tú?». La ansiedad hablaba por él.

Apretó con fuerza los ojos, inspiró todo lo calmado que pudo y expulsó todo el aire de sus pulmones por la boca. Debía continuar lo que había empezado, y si Luz lo rechazaba, intentaría seguir adelante. Por Sara, por Ángel y por él mismo.

—¿Se encuentra bien?

Abrió los ojos de golpe, y se encontró con una mujer de mediana edad, alta, vestida de cuero, larga melena rubia y muy atractiva, que lo miraba con preocupación.

—Sí, gracias.

Ella lo miró no muy convencida, pero esbozó una estudiada sonrisa y volvió a colocarse detrás de una mesa alta en la que había una *tablet*.

—De acuerdo. ¿Tiene reserva?

—Soy Óscar Belmonte y tengo una reserva…

—Con Luz —lo interrumpió, observándolo con detenimiento—. Nos ha avisado de su llegada. Sígame —añadió sin esperarlo y desapareció por un par de puertas batientes.

La obedeció con el ceño fruncido. No le gustaba ser el centro de atención, pero ese era el

precio que pagaba por ir a la que era la segunda casa de la mujer que amaba. Espantó sus dudas y entró con paso firme.

La siguió por lo que parecía el escenario de una película que mezclaba todas las épocas del cine y la música. Micrófonos de radio antiguos, discos de vinilo, guitarras eléctricas y más objetos variopintos decoraban las paredes del establecimiento. Las mesas, dispuestas alrededor de una gran pista de baile, estaban llenas de comensales disfrazados. En el fondo del local, una orquesta amenizaba la velada con música suave.

Según se informó, este restaurante era uno de los más famosos de Madrid y llevaba abierto unos diez años. Desde luego, él no lo conocía y no le extrañaba. Ni en sus peores pesadillas frecuentaría un sitio así. Pero ahí estaba, dispuesto a dejar su sentido del ridículo a un lado por ella.

Llegaron hasta una de las mesas junto a la pista de baile.

—Aquí es —dijo la metre—. Su cita aparecerá en cualquier momento.

Óscar dejó la chaqueta en el respaldo de la silla, asintió y tomó asiento obviando lo que había dicho. No era una cita, o eso intentaba pensar porque, si lo hacía, su corazón estallaría en pedazos si Luz lo rechazaba de nuevo.

La mujer sacó un móvil del bolsillo trasero de su pantalón.

—¿Qué le pongo de beber?

—Un botellín de cerveza.

—Estupendo, la comida ya está reservada, y la traerán en seguida. Disfrute del espectáculo —se despidió, guiñándole un ojo.

Se removió inquieto en la silla. ¿Dónde se había metido Luz? Recorrió todo el local buscándola sin éxito. Intentó sacar el móvil del pantalón. ¡Qué complicado! Tuvo que ponerse de pie, tiró de él con tan mala suerte de que se le cayó al suelo. Resopló y se agachó para recogerlo.

Entonces, unos pies enfundados en unos zapatos de tacón negros aparecieron en su campo de visión.

—¿Problemas con la vestimenta? —pregunto divertida una voz femenina.



La hora había llegado. Paseaba de un lado a otro del camerino. ¿Estaría sentado en la mesa? Se frotó las manos.

—Vendrá, *chérie* —repitió por enésima vez Isaac.

—No he recibido ni llamadas ni mensajes de su parte, ¿y si se ha cansado de esperar? —balbuceó.

Se acercó a ella y agarró con suavidad sus hombros.

—Ese hombre es demasiado testarudo como para dejarlo pasar. Y si no viene, él se lo pierde.

Clavó sus ojos en ella. La miraba cargada de intenciones, no podía evitarlo. Por un lado, debía dejarla marchar por su bien; por otro, anhelaba tenerla entre sus sábanas.

Luz carraspeó y consultó la hora en su reloj de pulsera.

—Nueve y diez, voy a mirar —susurró, ignorando lo que Isaac le decía sin palabras.

Necesitaba saber si Óscar había acudido. Dio la espalda a su ex y salió del camerino. Accedió a la parte del restaurante y sintió un pellizco en el estómago cuando lo vio hablando con Tessa, la dueña y *metre* del local. Se quedó sin habla. Estaba condenadamente guapo, aunque se le notaba

incómodo con esa ropa. Lo observó durante un momento. La estaba buscando. Sonrió complacida y fue hasta él. Aguantó la risa al ver que se le cayó el móvil al suelo.

—¿Problemas con la vestimenta? —preguntó divertida.

Óscar alzó la mirada, y su rostro se iluminó al verla. Se incorporó con lentitud hasta ponerse en pie. Enfundada en un vestido beige ajustado y con una falda de vuelo, Luz lo miraba con esa sonrisa que la caracterizaba. Su corazón latió con fuerza.

—Hola —susurró embelesado.

—Hola.

Se miraron en silencio durante unos segundos. Ni se atrevieron a moverse, estudiándose el uno al otro. Él, con la esperanza de volver a besarla; y ella, con el anhelo de sus labios.


ADIÓS

47

Los ojos del hombre con el que soñaba todas las noches le pedían a gritos un beso, pero no podía. No debía.

—¿Has pedido bebida? —preguntó Luz, rompiendo la magia.

—Sí.

—Bien. Tengo que marcharme.

Dio media vuelta, pero Óscar la agarró de un brazo. Su piel se erizó ante su contacto.

—¿Dónde vas?

—Hay una cosa que debo hacer, pero no te preocupes, me tendrás el resto de la noche.

Le guiñó un ojo y corrió hacia el fondo del restaurante, dejándolo confundido.

—Señor, aquí tiene su cerveza —llamó su atención un camarero.

—Gracias.

Resignado a esperar, tomó de nuevo asiento y dio un largo trago del botellín. Se recostó en la silla observando aquí y allá. Los camareros y camareras iban de una mesa a otra sirviendo bebida y comida, mientras los clientes bebían y comían. De pronto, hubo un revuelo en la orquesta, y un hombre de unos cincuenta años, bien parecido y vestido para la ocasión, apareció en mitad de la pista. Micrófono en mano, sonrió al sentir los aplausos del público.

—¡Bienvenidos, un viernes más a Come y baila! Como anuncié la semana pasada, hoy homenajeamos una de las épocas más emblemáticas: los ochenta. Estamos de acuerdo en que es nuestra preferida, ¿verdad? —hizo una pausa para el aplauso pertinente—. Además, estoy emocionado; hoy, después de tres años sin verles juntos, harán su actuación estelar dos de mis más queridos amigos. —El restaurante estalló en aplausos y vítores. Óscar no supo de quién estaba hablando—. Bien, bien, pero eso será más adelante. Ahora, como siempre, demos la bienvenida a las parejas participantes del concurso de baile de esta noche: ¡Come y baila!

En ese instante, la música inundó la estancia, y varias personas accedieron a la pista para comenzar a bailar. Entre ellas, se encontraban Luz e Isaac, que se movían al unísono. Mientras duraba el espectáculo, el camarero que le había servido antes apareció con una hamburguesa con patatas fritas y la dejó en la mesa. Parecía deliciosa, pero no tenía hambre, así que la ignoró. Solo quería ver a la mujer que amaba bailar y disfrutar.

Una a una las parejas inscritas en el concurso, se adelantaban y hacían su coreografía mientras el resto esperaban al fondo. Al mismo tiempo, el presentador narraba datos de cada una y comentaba sus movimientos. El jurado, sentado en una mesa frente a la pista, apuntaba en sus libretas. Todo el restaurante estaba pendiente de las actuaciones. Excepto Óscar, que solo miraba a Luz.

—No te quita el ojo de encima —susurró Isaac en su oído.

Ella sonrió ruborizada. Era la primera vez que Óscar iba a verla bailar con Isaac. Estaba tan nerviosa que sus manos temblaban. ¿Y si no le gustaba? ¿Y si había cometido un error al invitarle?

Isaac masajeó sus hombros. La conocía a la perfección y sabía lo nerviosa que estaba. Besó su coronilla al tiempo que dirigía la mirada a una mesa en particular. Sintió la furia de sus ojos. Bien. Esa era la idea.

—Señoras y señores, no creo que tenga que presentar a nuestra siguiente pareja… ¡Isaac Michel y Luz del Valle!

Ambos asintieron al escuchar sus nombres y comenzaron con su coreografía. Óscar se puso

rígido al ver cómo Isaac la guiaba por la pista al son de *Faith* de George Michael. Ella daba vueltas escapando de él hasta que, en una de estas, el bailarín la retuvo entre sus brazos y comenzó a acariciarla. Durante toda la canción, estuvieron acercándose y alejándose, tocándose, casi besándose, y eso lo enfureció. Se dijo una y otra vez que sólo era una actuación, pero sus emociones iban por otro lado. Se levantó con los puños apretados a ambos lados del cuerpo y la respiración acelerada.

«Estás así porque quieres ser tú el que la mueva así», le dijo su conciencia. Y tenía razón, por eso no salió huyendo de allí. Aguantó las ganas de ir a partirle la cara al francés por provocarle. Porque eso es lo que estaba haciendo. Cada vez que la tocaba o acercaba su boca a ella, lo miraba con sorna.

Luz, ajena a la lucha de los dos hombres, lo dio todo en el escenario. Como cuando bailaba profesionalmente. Quería mostrarle a Óscar de lo que era capaz. Terminó la coreografía con un empujón a Isaac. Lo tiró al suelo, puso un pie encima de su pecho y tendió una de sus manos en dirección a la mesa. Solo esperaba que entendiera lo que quería decir.

—¡Guau! Impecable, como siempre. Está claro quiénes son los rivales más fuertes. Y ahora, el jurado deliberará para saber quién se alzará con el trofeo —anunció el presentador—. En unos minutos, lo sabremos.

Luz aprovechó la pausa para acercarse hasta la mesa. Óscar tomó de nuevo asiento para esperarla.

—¿Todo bien? —le preguntó al verlo tan serio.

Él solo asintió. Cuando iba a abrir la boca para preguntarle si había entendido el final, el presentador llamó su atención.

—¡Lo prometido es deuda! ¡Isaac y Luz harán su actuación estelar! ¡Vamos, cielo! —la apremió.

—Ahora vuelvo —gritó y fue hasta el centro de la pista.

Isaac se colocó frente a ella, pero bastante alejado. La voz de Bill Medley cantó, y le hizo una señal a Luz con el dedo para que se acercase a él. Recreaban la icónica última escena de la película *Dirty Dancing*. Todos los asistentes, incluido el personal del restaurante, aplaudieron eufóricos y dejaron todo para prestar atención a lo que sucedía en la pista. Óscar se removió en el asiento. Su enfado se acrecentaba por momentos, pero aguantó allí para exigirle una explicación a Luz.

Los dos bailarines se compenetraban a la perfección. Daban vueltas por la pista como si fuesen los protagonistas de la película. Llegado el momento cumbre de la canción, se detuvieron en un extremo, Isaac avanzó hasta el centro y la llamó de nuevo, fue entonces cuando Luz corrió hacia él y saltó. La elevó por encima de su cabeza, y la gente aplaudió emocionada. Ambos sonreían de emoción.

Óscar había dejado de respirar al verla saltar de esa manera, temiendo que su compañero no la cogiera a tiempo. Ahí se dio cuenta de la conexión que tenían. Algo que él no podría ofrecerle jamás. Las esperanzas de que aceptara su propuesta se desvanecieron por completo. Resignado, aguantó el tipo como pudo hasta el final de la canción.

Isaac bajó con lentitud a Luz, la abrazó y besó en la mejilla. Aspiró su olor con fuerza, quería llevarse ese recuerdo para siempre.

—*Je t'aime* —susurró en su oído—. Te echaré de menos, *mon petit*.

—Yo también te quiero —susurró entre lágrimas—. Que seas muy feliz.

Al oír las ovaciones, deshicieron su abrazo y miraron a su alrededor. Todo el restaurante estaba en pie. Se miraron emocionados e hicieron una reverencia. Sin duda, era el mejor final que

podían darle a su relación.

—¡Bravo, bravo! —irrumpió el presentador en la pista y se colocó entre ellos—. Nos habéis emocionado, amigos.

Luz abrazó una vez más a Isaac y lo dejó en el escenario para dirigirse hasta la mesa, mientras presentador y bailarín hablaban.

—¿Qué te ha parecido? —le preguntó a Óscar, que se había levantado.

—Ha sido… espectacular —respondió sincero.

Ella sonrió complacida.

—Gracias por la invitación —añadió, agarrando la chaqueta.

—Un momento, ¿te vas?

—Sí.

Le dio la espalda y comenzó a caminar, pero ella lo retuvo de un brazo.

—Tenemos que hablar.

—¿Qué quieres de mí, Luz? —Óscar sonrió irónico—. Te he dejado espacio y tiempo para pensarte la propuesta. Cuando estaba asumiendo que no la ibas a aceptar, me mandas un mensaje para vernos y, ¿qué me encuentro? A ti y a tu ex más felices que nunca. Yo no estoy para juegos. Ya no. Lo siento.

—No lo has entendido.

—¡El qué quieres que entienda! —exclamó harto de enigmas.

—¡Que sí! —gritó ella a su vez.

En el escenario, continuaba hablando el presentador:

—Tu compañera ha estado espectacular, como siempre. Isaac, te deseo todo lo mejor en tu nueva carrera.

Óscar la miró interrogante. No entendía lo que querían decir ni el presentador ni ella.

—Escucha —suplicó, acercándose a él.

Óscar prestó atención a lo que decía el anfitrión. Isaac se marchaba de España para continuar con su carrera como primer bailarín del *ballet* de la Ópera de París. Este pidió el micro para hablar.

—Quiero agradecer a esta casa por acogerme durante todos estos años —dijo emocionado—. A pesar de mis orígenes y de no perder mi acento, me considero un miembro más de esta familia y siento una enorme tristeza al tenerme que marchar, pero no puedo posponerlo más. Esta es la última oportunidad que la Ópera me da, y voy a aprovecharla. Ya nada me retiene aquí.

Eso último lo dijo mirando directamente a los ojos de Óscar. Había rechazado varias veces la oferta por quedarse con su mentor y con Luz, pero ya no tenía sentido retrasarlo más. Ella amaba a otro hombre, y debía dejarla ser feliz.

Óscar miró de nuevo a Luz con la esperanza instalada en su corazón.

—Acepto tu propuesta.


INAUGURACIÓN

48

Luz paseaba nerviosa de un lado a otro, pendiente de que todo estuviese perfecto. Atendía a las personas que entraban por la puerta, les enseñaba las instalaciones y les ofrecía comida y bebida. Mientras, Óscar trasteaba en el equipo de música para cambiar de canción. Después de meditarlo, se decantó por *Never Gonna Give You Up* de Rick Astley y comenzó a tararearla.

Ella lo observó con atención, esa había sido su banda sonora esos días. Aprovechaba cualquier descuido para cantársela. Era su forma de repetirle que lo tenía a su lado. Suspiró. Sus barreras se derrumbaban sin remedio.

El tintineo de la campanilla de la puerta le indicó que seguían entrando posibles clientes, por lo que apartó esos pensamientos y se dirigió hacia ellos para darles la bienvenida. Después de enseñarles el local, comprobó que a nadie le faltara bebida y regresó a la mesa de los canapés para colocar las bandejas, que estaban movidas de sitio. Cuando iba a ir de nuevo a la entrada, unas manos la agarraron por los hombros y la guiaron hasta la habitación que hacía de vestuarios.

—Respira —dijo Óscar, acariciándola con suavidad.

Ella cerró los ojos, recostó la cabeza contra su pecho y obedeció. Él comenzó a masajearle los hombros. Desde que aceptó su propuesta, no había tenido ni un momento de descanso. La obra, la pintura, el pedido del mobiliario, la inauguración. Estaba exhausta. Por suerte, no pasó por el proceso sola. Toda la familia se volcó en el proyecto y echó una mano en lo que pudo; incluso Quique les ayudaba desde Barcelona, consiguiendo contactos para la publicidad. Estaba muy agradecida. Era muy afortunada por haberles encontrado.

—¿Más tranquila? —susurró.

—Sí.

—Volvamos entonces.

La separó de su cuerpo, abrió la puerta y salió pensando que lo seguiría. Al no sentirla, miró hacia atrás y, cuando iba a volver a por ella, una mujer lo interceptó y comenzó a hablarle de manera coqueta. Él la atendió con toda la amabilidad que pudo, evitando su contacto cada vez que ella reía con exageración y le ponía una mano en el hombro.

Luz lo observaba desde el vestuario con una sonrisa velada. Sabía que Óscar estaba haciendo un enorme esfuerzo ese día al exponerse ante tantas personas. Los dos meses que pasaron codo con codo los unieron más que nunca, y ya no podía negar la evidencia: estaba ahí por y para ella. Y, aunque ella también estaba para él, la sombra de la duda no la dejaba tranquila.

En una de las ocasiones en que la mujer volvió a rozarle, él la buscó con la mirada. Era hora de rescatarlo. Se atusó los rizos, sonrió con amplitud y salió para quitarle a esa pesada de encima. Al llegar hasta ellos, Óscar la agarró de la cintura.

—Luz, te presento a Olga, madre de una compañera de colegio de Sara.

La mujer esbozó una sonrisa falsa.

—Encantada.

—Igualmente.

Se dieron la mano, estudiándose la una a la otra.

—Le contaba a Óscar que mi Valeria es una bailarina excepcional —alardeó.

Luz, acostumbrada a ese tipo de madres presumidas, que luego tienen que tragarse sus palabras porque sus hijas —pobrecitas— no son todo lo buenas que ellas imaginan, le respondió con toda la amabilidad que pudo:

—¿Sí? Pues estaré encantada de tenerla entre mis alumnas.

La mujer la miró con los ojos muy abiertos.

—¡Ah! No, no. Ella ya asiste a una academia de prestigio —se carcajeó—. Solo he venido al saber que Óscar estaba implicado en el proyecto. —Se acercó a él y lo agarró del brazo—. Puedo darte unos consejos mientras cenamos.

Él apretó la mandíbula.

Luz alzó las cejas y parpadeó una vez con lentitud. De repente, un calor la recorrió por completó y, sin pensarlo, apretó más su cuerpo contra el de Óscar, alzó una mano y le acarició la mejilla, dejando perpleja a la otra mujer.

—Pues, sintiéndolo mucho, tiene planes.

—¡Oh! Perdón. Yo pensaba que… bueno, os dejo a solas.

Soltó el brazo del hombre como si le quemara y huyó de allí sin mirar atrás.

—¿Qué ha pasado aquí? —La miró con una ceja levantada.

¿Acaso estaba celosa?

—Nada —respondió sonrojada.

Se alejó, simulando buscar algo en la mesa de los canapés.

«¿Cómo se te ocurre?», se reprendió.

No entendía por qué reaccionó así.

«Claro que lo sabes».

Negó con la cabeza, pero su corazón le gritaba. Como si tuviesen una relación. Como si no quisiera que ninguna mujer, además de ella, se le acercase. Volvió la cabeza en su dirección por si no se había descubierto, pero él la miraba con una sonrisa velada. ¡Mierda!

Miles de mariposas revolotearon en su estómago. Por mucho que ella intentara disimular, su impulsividad le había jugado una mala pasada. Era la señal que estaba esperando para intentarlo de nuevo. Y, esta vez, no aceptaría un no por respuesta.



La inauguración fue un éxito. Luz tuvo que abrir agenda para matricular a varios niños y niñas. Estaba emocionada.

—¡Enhorabuena, cielo! —la felicitó Alicia.

—Gracias.

Comenzaron a recoger todo, cuando el pequeño Ángel se acercó a su padre.

—Papi, tengo zoño.

Él lo cogió en brazos, y el pequeño apoyó la cabeza en su hombro. A pesar de ser viernes y no tener clase al día siguiente, estaba acostumbrado a irse sobre las nueve a la cama, y ya eran casi las diez de la noche. Sara, que intentaba aguantar con los ojos abiertos, estaba repanchingada en una silla.

—Pobrecito mi niño —dijo Luz—. No hace falta que os quedéis a recoger. Estaréis cansados, y los niños, casi dormidos.

—Tú también estás cansada —añadió Óscar.

—Podemos venir mañana. Hasta el lunes, no tienes que abrir, y a mí no me importa madrugar para ayudarte —dijo Alicia.

Luz dudó, pero tenían razón, estaba agotada.

—De acuerdo, esperadme un momento que voy al servicio, y nos vamos todos.

Óscar tuvo una idea y se acercó a su madre.

—Mamá, ¿os importa llevaros a los niños a tu casa?

Alicia lo miró comprendiendo sus intenciones.

—¿Estás seguro?

—Más que nunca.

Ella le sonrió.

—Adelante, hijo.

Él le dio un beso en la mejilla y le dio al pequeño. Los acompañó hasta la salida sin hacer ruido y cerró con llave. Echó las persianas del escaparate, apagó las luces de la entrada y se dirigió hasta el equipo de música. Buscó la canción que tenía en mente.

—¿Ya se han ido? —preguntó, sorprendida Luz al salir del baño.

—Ajá —respondió, accionó el *play* y la miró con los ojos velados.

Las primeras notas de *Is this Love* de Whitesnake los envolvieron. Óscar se acercó a ella con lentitud sin apartar la mirada. Luz negó con la cabeza, pero él no se dio por aludido. La agarró de la cintura y la pegó a su cuerpo.

—Óscar —protestó no muy convencida.

—Shh. Bailemos —susurró a escasos centímetros de su boca.

No se separó de él, aunque debía hacerlo. Pero su cercanía, su olor y su calor eran confortables. Apoyó la cabeza en su pecho y se dejó guiar por él, que la llevaba con suavidad y le tarareaba al oído. Su corazón latía con fuerza. Sintió sus manos que recorrían su espalda. Ella se recreó en las sensaciones que le provocaba. Sus labios buscaron su cuello, y la besaron con suavidad. Ella suspiró.

—¿Es amor? —lanzó la pregunta en voz alta sin darse cuenta.

—Sí.

Se separó y lo miró a los ojos. Claro que era amor, y ambos, con el miedo presente, pero con la luz del final del túnel muy cerca, se fundieron en un beso.

EPÍLOGO

Alzó los brazos sobre su cabeza, se puso de puntillas y dio una vuelta. No pudo terminarla porque perdió el equilibrio, por enésima vez. Resopló.

—Desde el principio —dijo la profesora con suavidad. No quería agobiar a la niña.

El resto de la clase atendía con atención las explicaciones, y ella les sonreía emocionada. Habían pasado dos meses, y todavía sentía ese cosquilleo en el estómago. La academia estaba siendo un éxito, y le faltaban horas para acoger a todos los niños y niñas que llegaban para matricularse. Tuvo que contratar a una recepcionista para atender la agenda porque no daba abasto.

—Es la hora —la avisó su empleada.

Luz asintió.

—Bien, se terminó por hoy. Ensaya en casa, cielo.

Acarició la cabeza de la pequeña y le dio un empujoncito para que recogiese sus cosas. Fue hasta el equipo de música y lo apagó. Después, supervisó que nadie dejara nada allí y acompañó a sus alumnos hacia el exterior, donde sus progenitores los esperaban.

—Nos vemos el lunes, Luz. Que os divirtáis esta noche —se despidió la recepcionista, después de echar las cortinas y apagar las luces de la entrada.

—Gracias, y descansa, Julia.

Era un encanto y se compenetraron en seguida. Además, se estaban convirtiendo en buenas amigas.

Recogió sus cosas, apagó las luces, salió del estudio y cerró con llave. Estaba deseando irse a casa a darse una buena ducha antes de que Óscar la recogiera. Esa noche habían quedado para tener una cena romántica. A solas. Sin niños.

Desde que volvieron juntos, apenas habían pasado tiempo a solas. No es que se quejara, pero necesitaba una velada romántica con aquel hombre que ya no estaba triste ni gruñón. Bueno… un poco gruñón sí que era. Sonrió como una boba.



Inquieta, arrancó el motor de su coche. Había pasado una hora, y Óscar no aparecía. Su teléfono móvil estaba apagado o fuera de cobertura. Fue hasta su casa, pero allí no había nadie. Asustada, sacó la copia de sus llaves y fue hasta el despacho para buscar el teléfono de la oficina. Lo encontró en seguida. Ventajas de tener como pareja a un hombre meticuloso con su trabajo. Rezó en su interior para que le cogiese el teléfono, pero no fue así.

«Quizás está reunido con su jefe, se ha quedado sin batería y por eso no ha avisado».

Buscó en la agenda el número de su jefe.

—¿Diga? —respondió al segundo tono.

—¿El señor Fuentes?

—Sí, soy yo.

—Soy Luz, la… —¿Cómo leches tenía que presentarse?—. La novia de Óscar Belmonte.

—¡Ah! Encantado, ¿en qué puedo ayudarte? —preguntó, extrañado por recibir esa llamada. Los creía en la cena.

—¿Está Óscar con usted?

—Pues no, hace casi dos horas que nos despedimos en la oficina —susurró.

Luz tuvo que tomar asiento, el cuerpo apenas le respondía.

—A lo mejor ha pillado un atasco. —Intentó tranquilizarla.

—Sí, será eso. Gracias.

Cortó la llamada sin oír bien lo que el hombre le decía. Las lágrimas aparecieron y su corazón comenzó a acelerarse. El eco del recuerdo amenazaba con estallar en su cabeza, pero no lo permitió. Inspiró con fuerza y llamó a Alicia.

—Dime, cielo —respondió efusiva, como si se alegrase de su llamada.

—No localizo a Óscar y tiene el teléfono apagado —sollozó.

Alicia se quedó paralizada durante unos segundos. ¿Le habría ocurrido algo?

—Bueno, no vamos a pensar en lo peor. A lo mejor se ha entretenido en la oficina —dijo no muy convencida.

—Acabo de hablar con su jefe. —El sollozo se convirtió en llanto—. Esto pinta mal, Alicia.

—Vale, vente para mi casa y, desde aquí, lo buscaremos —dijo antes de colgar.

Luz asintió. Se dirigía hacia la salida cuando le sonó el móvil. Al ver el número de la pantalla, se le encogió el estómago. Era de una centralita. Apretó los ojos cuando recordó la llamada que recibió del hospital, anunciando el accidente de su padre.

—¿Di… diga? —respondió con voz ahogada.

—¿Luz del Valle? Le llamamos del hospital… Óscar Belmonte ha tenido un accidente…

«No, no, no».

Apenas oyó lo que le decía la mujer. Solo se quedó con el nombre del hospital en el que se encontraba y corrió, como aquel fatídico día, hasta su coche. No supo cómo no tuvo ella otro accidente. En pocos minutos, llegó al recinto y entró en urgencias. Preguntó, como pudo, por él y le indicaron que estaba en observación, al tiempo que le daban la acreditación como familiar. Ni siquiera se preguntó por qué la llamaron a ella primero y no a la madre de Óscar.

El camino hacia la sala se le hizo eterno. Los recuerdos se agolparon en su mente y comenzó a temblar. Tuvo que detenerse a coger aire antes de entrar en la sala.

Una vez se repuso, entró, preguntó a la auxiliar que se encontraba en la puerta y la dejaron pasar. Llegó hasta la cortina que le indicaron, la agarró con fuerza, cerró los ojos y abrió con lentitud.

—¡Luz!

Abrió los ojos de golpe y corrió hasta él, que la esperaba con los brazos abiertos. Lo examinó con detenimiento. Tenía un collarín puesto y una herida en la frente. Nada más.

—Estoy bien, tranquila —susurró, tratando de abrazarla.

—¿Qué ha pasado? —gimoteó.

—Ven aquí —susurró.

Ella se apoyó en su pecho y comenzó a llorar.

—Un perro saltó a la carretera, y el coche de delante frenó en seco. Ha sido un choque en cadena, pero estoy bien. Son solo magulladuras. Me dejan en observación por si acaso —relató con suavidad.

La acunó entre sus brazos durante unos minutos hasta que la obligó a mirarle a los ojos.

—No me des estos sustos —suplicó compungida.

—Lo siento, cariño.

La acercó y besó con suavidad sus labios.

—Disculpe —Apareció una auxiliar por la cortina—. Tiene que marcharse.

Luz lo besó de nuevo.

—Descansa.

—Y tú. Duerme tranquila, que estoy bien.

Asintió, aunque la imagen de él en la cama del hospital no iba a borrarse tan fácilmente de su memoria.



Alicia, Luz y los niños esperaban en el salón de la familia la llegada de Óscar. Los planes eran que ella iba a ir a recogerlo, pero Sara, que aún seguía en *shock*, le suplicó que no se marchara. En su lugar, fue Roberto.

—¿Cuándo van a llegar? —preguntó de nuevo Sara.

—No tardarán mucho, tranquila.

Luz apretó su mano con ternura. A pesar de saber, por él mismo, que se encontraba bien, no dejaba de preocuparse. Era inevitable. Todos habían pasado por unos duelos traumáticos y, con cualquier accidente, se aterrorizaban. El ruido de un coche los alertó de que ya se acercaban. No pasó ni un minuto cuando Óscar hizo aparición en el salón. En cuanto los vio, abrió los brazos para acogerlos a todos. Toda la familia se unió al abrazo.

—¿Te han quitado el collarín? —apreció su madre.

—Las radiografías han salido bien.

Se separó de todos, miró a su madre y asintió. Ella sonrió.

—Niños, apartaos un poco.

Luz los miró extrañados. Entonces, Óscar se adelantó hasta ella y la agarró de las manos.

—Siento haberte asustado. Yo también lo estaba cuando frené. Lo primero que pensé fue en mis hijos y en ti. En todo lo que tenía planeado decirte durante la cena. —Suspiró— Este no era el plan, pero… —Se encogió de hombros, sacó una cajita de su bolsillo y clavó una rodilla en el suelo. Luz se llevó una mano a la boca, ahogando un grito—. Señorita del Valle, desde que apareció, nos deslumbró con su sonrisa y llenó de luz nuestra casa y nuestras vidas —hizo una pausa para tragar el nudo que tenía en la garganta. Ni en sus mejores sueños imaginó que ese día estaría así delante de ninguna otra mujer—. Te amo y quiero pasar el resto de mi vida junto a ti. ¿Quieres casarte conmigo?

—¡Sí! ¡Sí! —respondió con lágrimas en los ojos.

Agradecimientos

A ti, mi querida lectora. Ya sea porque llevas conmigo desde el principio o porque acabas de llegar. Gracias. Por ti, sigo intentándolo. Aunque cueste. Y, si no es mucha molestia, me ayudarías si dejases tu valoración en Amazon. No te llevará más de un minuto, y yo te estaré eternamente agradecida. Clica AQUÍ

A mi marido, por apostar siempre por mí; y a mi peque, que me recuerda que mamá pasa muchas horas en el ordenador, pero que me besa y premia con su sonrisa más bonita cuando le digo que lo dejo todo para atenderle.

A las masterianas, por estar ahí en los malos, regulares o buenos días. Gracias, chicas.

A las clientas de Boli-lápiz. Gracias por insistir en que terminara esta historia. ¡Ya es vuestra!

A Paola C. Álvarez, por empezar conmigo a dibujar los personajes de esta historia y enseñarme a organizarme, aunque sea un poquito. Gracias. ¡Por fin la terminé! Ja, ja, ja.

A Maiki Niky. Chica, clavaste a Luz en la portada. ¡Eres la leche!

A Dani Vera, mi correctora. Que siempre me anima a seguir. Gracias por tus bonitas palabras hacia esta historia.

Y, por último, pero no menos importantes, a mis lectoras cero: Rocyo, Cuñi, Ampi y Pilar. Santa paciencia habéis tenido con mis retrasos. Gracias por haberme acompañado.

Se os quiere,
Marissa

¿Quieres saber más sobre Óscar y Luz?

A veces, pasa que un personaje secundario pide a gritos que cuente su historia. En esta ocasión, gritar no gritó, más bien intentó seducirme:

—Preciosa.

Se acerca a mí con esa sonrisa socarrona que suele ponerle a sus conquistas.

—A ver, ¿qué quieres ahora? —pregunto, poniendo los ojos en blanco.

—Eres dura de roer, escritora.

Alzo las cejas y lo miro condescendiente.

—Suéltalo, Quique.

—Ya lo sabes. —Sonríe de medio lado.

Yo le sonrío a su vez, no puedo enfadarme con él.

—¿Estás seguro?

—Del todo. Creo que tus lectoras deberían saber lo que la arpía de Lada me está haciendo sufrir y lo loco que me pone la nueva maquilladora que trabaja en el estudio. ¡No la soporto! —suplica, poniendo ojos de cachorrito triste.

—Vaaale. —Suspiró resignada porque sabe que esos ojos verdes son mi debilidad.

Acorta la distancia que hay entre nosotros y me planta un beso en la mejilla.

—¡Gracias! No te arrepentirás.

—Va, vete y déjame que teclee.

Próximamente: El Objetivo de sus Vidas. La historia de Quique Belmonte.
Mientras la esperas, puedes visitar mi página web y descubrir más *novelas que te hacen sentir.*